JORGE ASÍS

CHURRASQUITOS HERVIDOS, BILLETES CROCANTES

LA NOVELA DEL PODER

SUDAMERICANA

Jorge Asís

Churrasquitos hervidos, billetes crocantes

Sudamericana

1999

“Quédese, gobernador, hágase amigo”, dijo el presidente Omar Masud al gobernador que le resultaba insoportable.

De casualidad, Iván Smirak se encontraba en la residencia de Olivos. El ministro Levy Simón se lo había olvidado.

Pero Omar era un adicto a la cortesía y nada tenía para hacer. La lluvia amagaba, la mañana contenía nubes espesas, no era el clima apropiado para el golf.

“Si quiere habitar esta casa va a tener que esperar un par de años. Aunque le disguste, en tres meses va a ocupar la residencia un radical. Cárcova Güiraldes. Ya es imposible evitarlo. Pero si camina el país y tiene suerte, en un par de años podrá pertenecerle”.

Rol jactancioso de visionario profético. Correspondía históricamente al liderazgo peronista. Tendencia vocacional hacia el esoterismo.

Iván tampoco lo quería a Omar. Lo contemplaba ahora con ambiguo desconcierto. Como si lo midiera. Pero conocía sus medidas de memoria.

Peronista pragmático sin escrúpulos ideológicos. Dispuesto a hacer lo que fuera para mantener el poder que había conquistado. Y se le acababa.

Omar e Iván se tenían las costillas contadas.

Para Omar, el gobernador era un vivo. Otro desesperado turrito en ascenso. Bastaba con mirarlo para darse cuenta. La sed de poder lo desbordaba.

El croata Iván estaba secretamente encantado por estar en Olivos con el árabe Omar, sin rigor apodado “El Turco”. O El Califa, según Lito Altamirano.

Iván sentía por Omar una repudiable admiración, complementada con el simultáneo desprecio. Resistía la reconocida noción del carisma. Tampoco se sentía cautivado por su simpatía. Y siempre le parecía que

Omar lo sobraba. Que fingía tomarlo en serio.

Dos políticos ambiciosamente peronistas que tenían en común el complejo inicial del provinciano. Aunque se subestimaban como si fueran porteños.

Omar había llegado hasta la residencia de Olivos desde Vinchina, un pueblo concebible de La Rioja, tan pintoresco como melancólico.

Hasta los opositores internos conservaban alguna fotografía de ocasión con el popular Omar Masud. Tal vez con los dedos en V de la victoria. Mientras Iván era un peronista olímpicamente desconocido en la capital. Lo identificaban por ser el esposo de la senadora Soraya Gutiérrez.

Procedía de Puerto San Julián, Santa Cruz. Un recodo para tarjeta postal de la Patagonia. Pretendía también llegar a lo más alto. Desde San Julián —su Vinchina— parecía un delirio. Porque el poder estaba escriturado para los porteños. De la provincia de Buenos Aires o su prolongación, la capital, desde donde se contemplaba el país de los malos finales.

La Argentina desaprovechada. La patria desperdiciada a la que habían arribado los padres extintos de Omar y de Iván.

Desde Daraa, en las polvaredas de Siria, llegó primero don Saúl Masud, vendedor de lo que fuera. En dos años mandó a buscarla a Yashira.

Desde los alrededores de Rijeka —villa portuaria de Croacia— arribaron juntos Brigita y Mirko, el nacionalista que llegaba en búsqueda de una nación.

Cada vez que el presidente Masud llegaba a Río Gallegos el gobernador Smirak lo colmaba de homenajes. Lo elogiaba en exceso. Era casi empalagoso. Mentía con idoneidad profesional. Y la senadora Soraya de Smirak aplaudía las palabras laudatorias del marido. Pero le costaba mirarlo de frente a Omar. Ideológicamente lo detestaba. Se esmeraba en simularlo.

En la interna legendaria del peronismo en 1988, entre Tony Sanardi y Masud, cuando Soraya era diputada provincial había “jugado” para Masud. Mientras Iván, intendente de Río Gallegos —y jefe político de

Soraya— había “jugado” para Sanardi. Los veloces Smirak ya sabían repartir la hacienda.

Pero desde la presidencia Omar hizo exactamente lo contrario de lo que esperaba Soraya. Y que Omar había prometido. Derivaciones de la militancia juvenil en la Tendencia Revolucionaria. Remitía a Villa Elisa, a la Universidad en La Plata. Cuando Soraya leía la biblia del Descamisado, a Hernández Arregui, Cooke o Abelardo Ramos y apostaba por la difusa “Patria Socialista”. Destino gloriosamente final que debía alcanzarse a través del instrumento plebeyo del peronismo. Atajo pequeñoburgués, mero canal. Y Omar —para Soraya— había utilizado también el atajo del peronismo, pero para alcanzar otro objetivo. El instrumento plebeyo servía para consolidar las bases vulgares del capitalismo. Sistema único que Soraya solía degradar con la estampilla de neoliberal.

Rondaba Soraya los 40 años cuando podía disfrutar de las transformaciones impulsadas por Masud, aunque las impugnaba con rigor.

La senadora manifestaba con frecuencia críticas hacia Masud cuando formaba parte del inventario de los canales de cable. Como Política y Economía, la señal que transmitía desde la calle Cangallo, proximidad de la Plaza Once.

La esquiva senadora, junto al ansioso gobernador, aguardaban al pie de la escalera, cuando el presidente Masud bajaba del Tango. Celebraban a la comitiva con una bienvenida memorable. Militantes con bombos desafiaban el viento frío del aeropuerto. Vivaban a Masud. Se mezclaban opositores internos de Smirak.

Habituado a los agasajos, a las ponderaciones rutinarias, Omar se daba cuenta de que Iván contemplaba con envidia la magnificencia del Tango. Como si mentalmente se prometiera que el avión iba a trasladarlo pronto. En condición de jefe.

Detrás de Omar bajaba, inalterablemente, Reinaldo Aguinaga. Eterno basquetbolista, atlético y moreno, secretario de amplio espectro. Siempre cerca de la sombra de Omar. Descendía también el enigmático Alfredo Kornblit, intrigante secretario general de la

presidencia. Canciller paralelo y clandestino, encargado de las misiones especiales que solían fastidiar a Iñigo Cañones, el refinado canciller real.

Kornblit le caía de maravillas a Iván. Lo prefería a Kornblit y nunca al Flaco Ricardo Winston. Lugartenientes que se disputaban la hegemonía en el masudismo, la atención de Masud.

“El ruso Kornblit es un masudista distinto, un rosarino rápido, de cuidarse. Es entrador y siempre está dispuesto con buena onda a hacer favores. Y a pedirlos también”.

Así se lo describió Iván a Soraya. Ella lo consideraba “un funcionario oscuro, misterioso”.

“Kornblit se encarga de hacerle los mandados más complejos al Turco”.

Pero la terrible Soraya desconfiaba de todos los masudistas. Desconfiaba también de los funcionarios más leales que rodeaban a su marido. Prefería —decía— no saber.

“A Soraya le gusta gastarla, no le gusta saber cómo se la junta”, decía Peñalba, el futuro embajador. Peronista atorrante de Entre Ríos, instalado desde hacía diez años en Río Gallegos. Conocía en detalle los fundamentos espirituales de la obra pública. “El desarrollo urbano y la vivienda”, el IDUV, territorio del porteño Filomeno, y de Gomecito, el tucumano que dependía nominalmente de Filomeno, pero mantenía línea directa con Iván.

1992

Los viajes de Omar a Santa Cruz resultaban más productivos para los Smirak cuando era de la partida Domingo Espelucín, el hiperactivo ministro de Economía que siempre lo ayudaba a Iván. Le atendía con generosidad hasta los delirantes planteos económicos. Porque lo consideraba el gobernador ideal. Cumplía con sus lineamientos.

“Smirak es medido con los gastos y no genera nunca deudas por su cuenta”, comentaba Espelucín y Omar entonces lo aprobaba.

Para Espelucín resultaba imposible rescatar a la Argentina del precipicio eterno si no se les cortaba “el chorro” a los gobernadores que se endeudaban y dejaban las provincias siempre al borde de la quiebra. Total, reclamaban luego ayuda a la nación, que debía estar a merced. Por cuestiones políticas la nación siempre debía hacerse cargo.

“La nación, en la Argentina, o el Estado, es Mongo. Como decir: paga Mongo. No paga nadie, a endeudarse a la bartola, todo es joda”.

Por tomarse con seriedad su ministerio Espelucín solía amargarse. Vivía en plena tensión, los peronistas lo enloquecían y ya se había resignado a no entenderlos. No podían pagar los salarios, pero siempre por malditas cuestiones políticas le incorporaban empleados de más.

Iván la instruía a Soraya.

“Con el gordo Espelucín no jodás. No le discutas ni le pegues bajo la línea de flotación, con él tenemos que andar siempre bien”.

Soraya distinguía selectivamente los comentarios de las órdenes del “jefe político”.

“Al Turco raspalo un poco si querés, es del oficio y entiende, pero con Espelucín hay que arreglar, darle bola, con él no quiero quilombos”.

Soraya cumplía con el protocolo y con el juego de cintura del marido. Pero se jactaba de conocer de sobra a los protagonistas mejor

que Iván. Dureza con Masud y cortesía profesional con Espelucín. Correspondía a una militante encuadrada, dirigente disciplinada, parte sustancial del esmiraquismo como proyecto colectivo.

Iván sentía que Omar lo sobraba. Pero el presidente no estaba en condiciones de sobrar a nadie. En tres meses lo aguardaba el llano. La superioridad se le acababa. El poder ya era un plazo fijo. Lo tenía recortado.

"En el peronismo el llano es peor que la traición".

Sentencia ingeniosa del Tuerto Simonetti transformada en lugar común. Pensador que todos creían mendocino. Reportaba al Cartel de Mendoza. Banda devastadora que había copado gran parte del masudismo. La encabezaba el Flaco Ricardo Winston, junto al Gordo Orestes Draghi, abogado civilista que dibujaba los presupuestos creativamente sofisticados. Diseñador de estrategias contables. Inapelables. Discípulos que siguieron los caminos abiertos en el inicio de la democracia por el poderoso Jorge Agostinelli. Político velocista que culminó su trayectoria como empresario acaudalado. Constaba que a los 30 años Agostinelli se planteaba la duda existencial.

"¿Ser presidente o ser millonario?".

Para presidente no tenía tenacidad.

El sobrador Omar se iba hacia la nada del llano. Y el sobrado Iván tenía la reelección asegurada como gobernador por cuatro años. Miraba desde la seguridad que solía brindar la sensación de permanencia. Cuatro años más de poder provincial. Lapso útil que planificaba aprovechar para proyectarse en la nación. Financiado por la propia actividad. Sin depender de nadie. Solo los aficionados necesitaban dinero para lanzarse. Los profesionales sabían que el crecimiento en el oficio debía ser financiado por la gestión.

Es el origen de los riesgos que aseguran la oquedad del llano. Desengancharse de la cadena. Quedarse afuera. A merced de los traidores y de los ingratos. Los que culpan en defensa propia. Los que para salvarse sepultan al jefe anterior.

Un auténtico profesional del poder sabía financiarse. Y de paso, discretamente enriquecerse. Hacía dinero para que lo respetaran. Dinero como medio, nunca como fin. Desafío que debe superar cualquier concejal que se inicia en el oficio.

Iván fingía interesarse en el presidente que lo sobraba. Estadista simpático y oportuno, copia pintoresca de los caudillos provinciales que admiraba de verdad. Sin los berretines peronistas del ocultismo que había patentado Ignacio Funes Zabala. Aquel Rasputín de utilería que se le había anexado al único brujo real. Perón.

La historia oficial indica que Funes Zabala se le había prendido al General por culpa de Estela Frutos, su última esposa y primera presidenta de la Argentina. Categoría que Soraya nunca iba a reconocer. La primera presidenta debía ser ella.

Aquel Rasputín elemental había practicado severas brujerías en la misma residencia donde ahora Omar trataba de gastarlo a Iván. En la etapa agónica del segundo mandato. El último.

“Tómese algo, gobernador, al menos tome una determinación”, dijo Omar. “Se cuenta que suele darle con hidalguía al scotch. Pero a esta hora, al filo de mi desocupación, puedo ofrecerle apenas un mate cocido, o té de jengibre, jugo de naranja”.

Al gobernador Smirak se le grabaría la imagen del presidente Masud en la mañana nublada de primavera, durante aquel viernes vulgar. Ambiente denso de despedida.

Habían sido diez años. “Suficientes, excesivos”, hubiera querido decirle Iván. Tal vez se lo iba a decir más tarde.

Diez años ideales para entregarse a la inmortalidad. Con la solemnidad ridícula del que se sentía seguro de figurar en la historia.

Omar se había resignado. Debía irse. La epopeya concluía. Nunca más iba a volver. Lo intentaría en 2003. Justamente cuando había caído en la trampera preparada por Alejo Utrera, que frontalmente se vengaba.

Paulatinamente Utrera había logrado que Omar ingresara en la trampa del camino sin retorno. Como si se tratara de un político inexperto.

Con perversidad, Utrera lo había calculado minuciosamente.

Demasiada campaña compartida. Como la de 1988, cuando la fórmula Masud-Utrera había vencido en la interna peronista a la dupla del Tony Sanardi con Cristóbal Zanettini.

Antesala intensa de la campaña por la presidencia de 1989. Una cruzada menor contra los radicales. Llamativamente, durante las campañas, Masud lo toleraba a Utrera. Y a veces hasta lo divertía. Nunca tomaba en serio los intentos de pactar.

“Un ciclo para cada uno”, proponía Utrera.

“Sí, Alejito, como quieras”.

Utrera pretendía ser aceptado por la farándula masudista. Se esmeraba en complacerlos. Incluso para entretenerlos, durante un feriado, en la residencia del gobernador de La Rioja, Utrera bailó con una damajuana en la cabeza. Hacía equilibrio mientras la banda de masudistas coreaba “Bravo, Alejo Campeón”.

Pero la imagen de Utrera, con la damajuana en la cabeza, iba a aparecer en la portada del semanario *Fuimos*. Fue el festival de la inmolación. Hasta su esposa, la dulce Betty de Utrera, que tenía ambiciones de ser “primera dama”, le protestó.

“Te toman siempre por estúpido, Alejo, no te das cuenta”.

Pero la Betty de Utrera se apiadó bruscamente del marido humillado.

“Esto te pasa siempre por ser tan buen tipo, por dar siempre más de lo que te dan, por creer que los masudistas te quieren, que te respetan, pero se burlan de vos, te usan, si fuiste el compañero solidario que les puso la organización en Buenos Aires. Sin Alejo Utrera el masudismo no llegaba ni al Dock Sud”.

1955 - 1976

El periplo mitológico se inicia en 1955. El derrocamiento de Juan Domingo Perón marca el inicio del insumo movilizador de la resistencia.

En setenta y cinco años, el peronismo iba a tener solo tres jefes. El primero mantuvo el liderazgo desde que fue recluido en la cañonera paraguaya de1955 hasta el epílogo triunfal del vuelo de Alitalia de 1973. Los militantes aguardaban en Ezeiza con la ansiedad que derivó en la orgía de balazos. El regreso con gloria de Perón conducía a la antesala del infierno. La estrategia exitosa facilitaba el derrumbe. La utopía culminaba en fatalidad ordinaria. En dieciocho años había reconstruido la legitimidad colectiva de su causa a partir del fracaso de los derrocadores.

“Eran peores que nosotros. Comparados, éramos malos mejores. Conste que no servíamos para nada”.

Nada bueno podía surgir en la Argentina con el peronismo en la oposición ni inflamado con la resistencia. Pero tampoco nada bueno podía surgir con el peronismo en el poder. “Hecho maldito” combatido por militares que cavaban su sepultura histórica mientras lo bombardeaban. La equivocación de perseguirlo fue nefasta como la ceguera de prohibirlo. O indagar sobre la mejor manera de matarlo. Los libertadores se deslizaron en el error de pretender usarlo. Desafiarlo con la osadía póstuma del general Lanusse. La sucesión de fracasos se acumulaba y debían resignarse a ceder el mando. Ilusionarse con la transición relativamente democrática. Intermediar en la pugna entre radicales escindidos y radicales originarios. Del Pueblo e Intransigentes. La pieza concluyó transitoriamente con la victoria del radical que rompía (Frondizi), sobre el radical originario (Balbín) Pero después de haber pactado (Frondizi con Perón). Con inteligencia aluvional y portafolios recargados.

El General padecía las derivaciones energéticas de la desaparición de la señora Eva Duarte de Perón. Fenómeno teatral que admitía la interpretación esotérica del peronismo. Sin el caudal de Evita, el General oscilaba en el desconcierto. Coincidía la relajación de la abundancia económica con los retrocesos políticos, y el conflicto con la Iglesia marcó el inicio de la caída irremediable. En la interpretación oculta el General se recuperó precisamente a partir del exilio centroamericano, entre la austeridad obligada por no haber sabido recaudar y el calor que profundizaba su tendencia erótica y el deseo de ponerla. Pero la recuperación real se registró a partir de la providencial irrupción de otra dama también vinculada al costado marginal del arte. Evita procedía del melodrama radial. Estela Frutos emergía desde la danza, en la incertidumbre de una gira sospechosa. Como si el servicio de inteligencia de la Libertadora le hubiera plantado a una bailarina argentina golosa y peronista y que, para colmo, lo veneraba. Se lucía en escenarios de tercera categoría con la jota aragonesa. Era preferible mantener controlada a la "calificada espía" que le habían plantado. Pero adentro. Y para que el jefe contuviera su fogosidad.

Estela Frutos era la pendeja riojana que bailaba la jota aragonesa. Dulce, amable, de Chilecito, se hacía llamar artísticamente Estela Frutos, pero su nombre real era Helena Sánchez Pinto. Pronto sería Helenita. Tenía también sus conocimientos del universo oculto. Con los atributos que fascinaban naturalmente al General.

Estela Frutos produjo el cambio de aire que le permitió al General encarar con resultados optimistas la idea de la resistencia y del regreso. Con la concentrada dependencia, Estela lo fortalecía a Perón. Bastaba a veces simplemente con su mirada.

La gira sospechosa había quedado definitivamente atrás. Para el mellizo antiperonismo la referencia a Estela Frutos solo servía de canal para desembocar en la antesala del feroz Funes Zabala que traficaba videncia. Un policía imaginativo que había conocido a Helena Sánchez

en Paso de los Libres, Corrientes, donde repartía bendiciones y protecciones la Madre Verónica. De Paso de los Libres también llegaría Francisco Peñaranda, un adicto a la orientación sexual que Perón despreciaba. Pero Peñaranda se había dado cuenta enseguida de que en el grupo que rodeaba al futuro General no había nadie que supiera hacer una moneda. Entonces desde la nada el marica armó una pequeña editora y una distribuidora para diseminar libros espirituales por España a través de la venta domiciliaria.

Pero quien conquistó oficialmente su lugar, en la mala historia, fue Funes Zabala. El Brujo vocacional quedó asociado a las fantásticas extravagancias del ridículo y a las patéticas matanzas de la Triple A. Costaba admitir que el verdadero brujo era Perón. Porque Funes Zabala, comparativamente, era el divulgador que lo entretenía con sus visiones, que don Juan nunca tomaba en serio. Pero Funes Zabala le resultaba útil y era servil. Mientras a Perón le funcionaran las neuronas, el divulgador de espiritualismo era directamente inofensivo.

Junto al peronismo había nacido el antiperonismo. El mellizo. Pasiones confrontadas que serían catastróficas para el país de los malos finales. El Brujo Perón palpaba el pulso misterioso de la sociedad a través del arte de conducirla. Y con su batallón de argumentaciones lícitas, el antiperonismo lo combatía.

Perón aspiraba a conducir también a los sectores de la sociedad que lo degradaban. A los irracionales que vivaron al cáncer cuando ocurrió la cesación de Evita y resultaban fundamentales para encarar el proyecto del regreso.

“El peronismo”, sostenía el General, “era bueno para nada”.

Y el mellizo que decidió eliminarlo resultó infinitamente más mediocre. El próximo General los gastaba. El Perón del 73 que volvía sabio, con 80 años y el delirio insensato de la reconciliación. Con la utopía del reencuentro de los mellizos que nunca se habían soportado.

Pero Perón también volvía a equivocarse. Como cuando creyó que la Tercera Guerra Mundial era inevitable. Signaría la consagración como potencia del país de los malos finales.

En los 70 tenía la ambición romántica de acordar con el Chino

Balbín, el “viejo enemigo”, protagonista del sketch que derivó en el salto mitificado de una tapia. Selectivamente Perón lo había escogido a Balbín para que disertara en la solemnidad desgarradora de su sepelio. Para que Balbín conmoviera a la sucesión cíclica de los ilusos de las próximas generaciones que decidieran mitificar la utopía de la reconciliación: El acercamiento de los mellizos suicidas.

“Este viejo adversario despide a un amigo”, iba a decir Balbín ante los despojos de Perón y el llanto contenido de Estela Frutos.

Sabiduría tardía. A aquel Perón le sobraban las ideas para las soluciones. Pero le faltaban años. En el invierno de 1974 estaba para cumplir 81 años. Era Serpiente de Agua de 1893 y no Cabra de Madera de 1895. Lo iba a aclarar, en su biografía, sin el rigor de la astrología milenaria, el confidente y cordial interlocutor.

Don Enrique Pavón Pereyra.

La violencia atropellaba con las contradicciones ideológicas de la epopeya. El ensamble de la derecha y de la izquierda, supersticiones enemigas que confluían en la conducción. Alucinados que pugnaban por mostrarse más cerca. Ezeiza signó la chiquilinada generacional de pretender influirlo de manera cuantitativa. La valentía arrastraba un candor ligeramente irresponsable. Revolucionarios y contrarrevolucionarios apostaban por la certeza invariable del enfrentamiento. Turno de la nostálgica tensión de los secuestros. De la algarabía moral de los tiroteos. Las cantadas “citas de control”. Vendidas. Rutina de asesinatos a canilla libre por la grandeza movilizadora del apellido. Perón. Dieciocho años de resistencia generaron la hondura irreversible del rencor.

El delirio popular concluía su peripecia el 1° de julio de 1974 para precipitar en dos años el descontrol planificado. El caos sigilosamente programado. El regreso de los golpistas que reiteraban, en 1976, el fracaso de 1955. Con otros generales experimentados, almirantes bravíos, brigadieres predispuestos a aplicar la magia de las eliminaciones. Muestras caras de la desgracia del país de los mellizos. Donde todo, invariablemente, terminaba mal. Civiles y militares para construir y obstruir grandes fracasos. Con pretextos incuestionables

para legitimar el suicidio patrióticamente institucional.

1999 - 2003

Masud, otro aprendiz de brujo. Desde las celebraciones rituales al caudillo asesinado Facundo Quiroga, en La Quebrada. Con asados, invocaciones, empanadas, contactos de cuarta dimensión y frutas, muchas frutas, los ojos cerrados, las aceitunas inmensas, negras o verdes.

O con los diálogos sombríos con el degollado Chacho Peñaloza. En la plaza de Olta, en la Quebrada del Cóndor que conmovía con el atributo de la grandeza.

Pero en los días previos a la elección de 1999, Masud se despedía junto al siglo. Nada en común con los días de plenitud. No lo buscaba ningún inversor, ni un empresario con pretensiones. Sin adulones igualmente se podía vivir. Y ser relativamente feliz. El tiempo le sobraba. Situación ideal para el ejercicio de la melancolía.

Saber delegar había sido su acierto principal. Un arte. Base de acero del dilatado mandato. El secreto elemental del poderoso para administrar el tiempo según su antojo. Podía jugar tranquilamente tres horas de golf. O saltear por diversos canales de televisión. Contemplar un partido de fútbol. O amar sin urgencia de relojes a las mujeres inimaginables que solían desfilar debajo de su cuerpo. Se las llevaban, como si se tratara de un obsequio.

“Tengo algo en la isla que te espera”, podía decirle Mito Garcillach. Se trataba de la amiga ambiciosa que quería conocerlo. Garcillach ponía la isla, a veces hasta el helicóptero, el champagne y siempre alguna de sus empresas se anotaba para una licitación puntual.

Las amigas quedaban radiantes, seducidas. Contentas. Pero Omar distaba de engañarse. No se debía a la condición de macho riojano, de gran dandy. Lo que erotizaba era el poder. Y la vocación de amador no había sido descubierta de grande, como cualquier subsecretario que de pronto se descubría “lindo”, galante y seducía a las empleadas.

Cualquier nabo con cargo y presupuesto podía creerse un Don Juan.

Al contrario, Omar penetraba desde la adolescencia en Vinchina, cuando comparativamente Chilecito o La Rioja equivalían, en su imaginación, a París o Nueva York.

Casi 70 años. Con una década encima como presidente, Omar podía considerarse cumplido. Para ingresar en el epílogo que debía ser lo más extenso posible. La vida había sido generosa con el militante peronista de Vinchina que arrasaba con vigor y simpatía.

Transmitía la serenidad que tranquilizaba a los visitantes que llegaban tensionados. Algunos se preparaban con devoción, estrenaban trajes. Pero los amigos a veces caían los fines de semana por Olivos con ropas deportivas, un poco de fútbol o tenis como antesala del asado.

Detrás de cada golpe de raqueta se ocultaba —como decía— el esfuerzo cotidiano de sus mejores funcionarios. Desde Levy Simón hasta el Flaco Winston. O el misterioso Kornblit que vivía en incansable estado de conspiración. O el Loco Espelucín, que concentraba en Economía lo que en los próximos diez años serían siete ministerios distintos. O Cañones, el distraído canciller, un intelectual que vivía asombrado mientras trataba de entender, para explicar, al peronismo.

“Todo lo hacemos mal, pero cuanto más nos equivocamos todo nos sale mejor, ¿alguien puede explicarlo?”, reflexionaba Cañones.

“¿Cómo puede ser que hagamos todo para el carajo y acertemos? Es un tema de tesis doctoral”.

“Mis funcionarios están capacitados, yo soy apenas el jefe”, cautivaba Omar, con relativa modestia, se vanagloriaba de su plantel de ministros y era una manera explícita de valorar su gobierno. Su hermano Gerardo le brindaba respaldo intelectual, era el verdadero número dos, el senador ideal que le manejaba el billar del Senado.

En la práctica, Gerardo Masud era el vicepresidente real. Porque al vice original, Utrera, pronto Omar lo había despachado con la

estampilla de gobernador de Buenos Aires. Para sacárselo de encima. Utrera le resultaba un pesado. Fiscalizaba con la ansiedad. Creía de verdad en la existencia del compromiso. Proclamaba que era el sucesor de Omar.

"Sucesor de las pelotas", y guiñaba ojos el Flaco Winston.

Para resolver los temas parlamentarios estaba también el portugués Joaquín Guimaraes Pereira, que presidía la Cámara de Diputados. Junto a Bustillo, el sofista cordobés de la llanura, como titular del bloque, Guimaraes era el encargado de conseguir los votos, les sobraba ingenio para el "poroteo", costaba más conseguir los votos propios que los ajenos.

"El enemigo está adentro, afuera está el adversario", definía el sofista cordobés de la llanura.

Votos alquilados, permutados, votos comprados, obtenidos "por sorteo o licitación", poroteaba Bustillo.

Pese a pertenecer a la banda originaria de Utrera, el portugués Guimaraes era valorado por Omar. Empresario improvisado como político que pronto iba a destacarse como el máximo experto en legislaturas. Le sobraba astucia, arrastraba la picardía que le proporcionaba "la calle", procedía de Lanús Oeste y se había enriquecido con la venta de chacinados y después con las máquinas para tejer, tenía puestos en las ferias y estaba habituado al desfile de billetes más manoseados que crocantes. Pero con "la política" Guimaraes se divertía más que con el comercio. Ya tenía dinero en abundancia, casas y quintas. No le alcanzaba el tiempo que le quedaba para gastar los canutos desparramados, y apenas tenía 50 años.

Tan rápido era Guimaraes que llegó a sugerirle a Utrera, amigo y probablemente su jefe, que se dejara de jorobar con el rol agobiante del quejoso fiscal interno.

Por la magnitud de sus críticas, por su hipersensibilidad, Utrera iba a transformarse en el adversario interno de Masud. Escalón previo para diplomarse de enemigo.

"El adversario es más respetable que el compañero cuando se te hace enemigo interno", continuaba el sofista de la llanura.

Con la raqueta o con la lengua Masud paleteaba. Se daba cuenta cuando, en el tenis, lo dejaban ganar. Dejaba entonces de respetarlos. Como se daba cuenta también de que las mujeres que le llevaba Garcillach se excedían con las exclamaciones de placer.

Lo importante era que, mientras Omar penetraba o paleteaba, el equipo resolvía. Sus funcionarios valían. Y si alguno no servía para resolver los problemas concretos simplemente lo removía.

"Es tu problema, te designé para que te hagas cargo y resuelvas, si a cada rato venís a consultarme es porque no estás en condiciones de ser mi funcionario, lo siento".

Los ministros y secretarios de Estado se encontraban empoderados de verdad. Bien atendidos y mejor retribuidos por los recursos especiales que se generaban desde diversas vertientes.

La Convertibilidad teórica fue una inspiración del ministro Espelucín, fortalecida por la espalda política de Omar. La moneda adquiría importancia. El peso argentino se equiparaba con el dólar. Tiempos idílicos del "uno a uno" pero que fueron reales. Los billetes crocantes aparecían, sobraban las vertientes marginales por izquierda o se generaban desde la Jefatura de Gabinete. O desde la Secretaría General y por supuesto hasta de la obviedad del Servicio de Inteligencia. Billetes crocantes que servían para cubrir hasta el penúltimo agujero de disconformidad. La potencia de la generosidad contenía los brotes de oposición interna y estimulaba las amplitudes de los aliados alquilados que apoyaban siempre.

El ministro Levy Simón había citado al gobernador Smirak a las 8.45. Aunque, por el ajetreo de la campaña, le había advertido que todo podía modificarse. Y al llegar, el ministro le pidió al gobernador que por favor lo acompañara y conversaran en el trayecto. Smirak quería hablar con Levy Simón exactamente de la campaña. Pero el ministro no podía atenderlo en el despacho porque lo reclamaban con urgencia desde Olivos. Smirak no podía siquiera imaginar que el trayecto fuera precisamente hasta la residencia presidencial. Había estado en Olivos solo en algún acto protocolar, con varios gobernadores y seguido del asado convencional que tenía la sorpresa

del tango. Cantaba Beba Bidart. Fue cuando Iván presenció, y hasta aplaudió, a Omar, que se daba el lujo de bailar el tango "Compadrón" con la Beba, la cantante.

De pronto, entre los arrebatos grupales de la quinta, Levy Simón lo perdió a Smirak que se había entretenido con otros personajes conocidos. Impregnados, todos, de la precipitada atmósfera de campaña.

El espectáculo de los funcionarios apresurados lo fascinaba al gobernador. En una ráfaga Iván hasta lo vio pasar al senador Gerardo Masud, que solía mantenerlo a la distancia y lo saludaba con ostensible frialdad. Iván sabía. La causa del desdén era Soraya, que solía ponerse francamente intolerable con los senadores masudistas, compañeros del bloque. Con altiva superioridad, Soraya los agredía. Los desafiaba, se burlaba, la antipática los colmaba de desplantes. Tratarla era más que difícil. Era un padecimiento. Irónicamente Soraya solía identificarse, ante sus pares, en las reuniones de bloque, como "la recluta Gutiérrez". Les hacía, incluso, la venia militar. Planteaba rebeldías innecesarias y siempre estaba en desacuerdo con algo. Y para lo que fuera ella tenía un enfoque más profundo, los hacía sentir superficiales. Como si el objetivo secreto de Soraya fuera hacerse expulsar del bloque. E iba a lograrlo. Porque los senadores hartos la expulsaron. Razón sustancial para que Soraya pudiera lucirse en todos los programas políticos de la televisión por cable. Mientras despedazaba al oficialismo del Partido Justicialista, plantaba loas hacia quien gobernaba su provincia de adopción. Santa Cruz. Soraya promovía entonces a Iván Smirak, su "compañero de la militancia y de la vida", que tenía mucho para dar al "país desperdiciado por décadas de mala praxis".

Justamente Smirak pretendía plantearle a Levy Simón su proyecto que creía innovador. Había trascendido la idea en el canal de *Crónica*, el medio popular que alquilaba, pero como simple rumor. Ahora pedía la audiencia con el ministro del Interior para transmitir sus gestiones ante el Loco Espelucín.

Hasta 1996, cuando lo echaron, el Loco Espelucín le disputaba a

Masud la paternidad del “modelo transformador”. La Convertibilidad. La magia del “uno a uno” que había acabado con la plaga de la inflación. La ilusión concretada del peso igualado al dólar había servido para aliviar al ciudadano del calvario nacional. Creían, los admiradores de Espelucín, que la igualdad monetaria estaba conquistada para siempre.

Pero en 1999 Espelucín era el candidato a presidente con su Mutual. El partido Movilidad para la República.

Espelucín lo apreciaba a Smirak Lo consideraba el mejor gobernador que tenía el peronismo. El patagónico Iván siempre le cumplía. Era obediente y disciplinado, defendía lo suyo, lo de su provincia, y siempre con su constante buena onda, dispuesto a resolver con pragmatismo y cierto desparpajo.

Incluso mantuvieron conversaciones telefónicas cuando Mingo Espelucín ya había dejado de ser ministro y daba conferencias para hacer una moneda. Pero era inútil porque todos creían que Espelucín daba charlas para simular.

“No te engañes, la juega de pobre pero Espelucín es megamillonario, por lo menos tiene encanutados trescientos palos verdes”.

Muy sensible, el conferencista Espelucín, que no tenía un miserable palo, valoraba la actitud del gobernador Smirak. Por atenderle el teléfono. Y hasta llamarlo.

En virtud de la compartida amistad, Iván pretendía que Espelucín retirara la candidatura presidencial. Con el propósito de anexarlo. Y situarlo como vicepresidente de Utrera, ya declarado enemigo interno de Masud. Para colmo, los masudistas que querían reubicarse trataban de tomar con seriedad la causa perdida de Utrera. Y los masudistas dispuestos a llegar hasta el final con Masud solían divertirse con la campaña desdichada de Utrera. Celebraban por anticipado su derrota.

Para el acto del cierre de Utrera, El Bandeja Altamirano recolectaba masudistas interesados en justificar las ausencias. Coincidía el cierre de campaña de la fórmula Utrera-Jimmy Tolengo con un grandioso homenaje a Masud en el hotel Hermitage de Mar del Plata. Obra de los agradecidos pescadores y los reconocidos empresarios del turismo.

Junto al Gallego Florencio Catedrales, El Bandeja Altamirano le organizó la despedida con un ágape memorable; el Hermitage estaba más suntuoso que nunca. Las fuerzas demasiado vivas de Mar del Plata valoraban el gobierno de Masud y tampoco podían fallarles a Catedrales y al Bandeja Altamirano, dos gigantes que apostaban todavía por Mar del Plata y no se rendían ante los masudistas que habían ahorrado lo suficiente como para invertir y solearse en Punta del Este.

"¿Qué quiere Utrera?". "Tenía ganas de perder, y va a perder". "De concejal de Lanús lo subimos a vicepresidente y todavía se queja".

Lo sostenía el hotelero Abdo Caram, paladar negro, primer cordón del masudismo.

"Después de vicepresidente lo hicimos gobernador y se queja más. Como si nos hubiera hecho un favor. Cree que le corresponde ser el próximo presidente. Nunca logró quitarse la damajuana de la cabeza".

Smirak igual se había entusiasmado con la idea de bajarlo a Jimmy Tolengo, el ídolo de multitudes, gran cantante popular que iba como compañero de fórmula de Utrera. E Iván quería poner, en el lugar de Tolengo, a Espelucín. Suponía que era una idea genial, la solución que el peronismo necesitaba. Y creía que Levy Simón y Masud iban a aprobarla. Aunque Levy detestara a Espelucín y Masud no quisiera saber nada con Utrera. Sin calcular tampoco Iván que, para Espelucín, ambos (el presidente y el ministro) eran sindicados como dos "amarillos". Amigos del gran enemigo de Espelucín. El capo amarillo Elías Abdenur. Conocido como Don Elías.

Constaba que Espelucín se había estrellado contra el paredón del masudismo cuando decidió inmolarse en 1994 y combatir a don Elías Abdenur.

Ahora, en 1999, Abdenur ya se había suicidado. Pero se extendía la obstinación de no admitir su muerte. Para la fantasía, don Elías estaba en Dubái, con otro rostro, y con más millones.

Creía saberlo todo, pero en los desplazamientos hacia la capital

Smirak recibía cantidad de lecciones involuntarias. Para analizarlas después en la lentitud de Santa Cruz, junto al porteño Filomeno, de Boedo, su máximo colaborador para la acción. Y con el cordobés Schultz, que se encargaba de poner las letras. Escribía con decoro cualquier delirio que se le ocurriera a Iván y le daba forma racional.

Aparte de diluirse, el poder desgastado generaba faltas de respeto. Limaba las relaciones afectivas. Relativizaba la cuestión de la amistad. La problemática, en su terruño, era similar. Desconocía la sentencia del tal Benjamin Disraeli, que le había transmitido Levy Simón.

"No hay amistades permanentes, gobernador, hay intereses permanentes".

La causa del gobernador estaba perdida de antemano. Salvar al peronismo de la derrota era imposible. Pero Iván insistía en agotar las instancias para darle una mano a Utrera. Buscaba la aprobación donde ya lo habían condenado. O se resignaban, sin una mueca, a mirar la caída. La desesperada idea de salvar a Utrera o al peronismo, a través del liberal Espelucín, era la aventura literaria que ni siquiera Schultz podría pasarle en limpio.

En la plenitud del desequilibrio, Espelucín los había tratado directamente de mafiosos por ser cómplices del Turco Abdenur.

Pero don Elías Abdenur ya se había clavado el balazo en la garganta. Perseguido y difamado. En la tapera solitaria del campo perdido por los recovecos isleños de Entre Ríos.

Para Levy Simón, el gran error de Omar había sido insistir en otra reelección. Y cuando la alucinación se había desvanecido, pese al voto favorable del juez de Río Cuarto, durante aquella mañana de setiembre Omar le confesaba a Iván que nunca había tomado el proyecto con seriedad. Pero aceptaba que, en algún momento, lo había entusiasmado. Cuando pareció que le salía.

Masud había disfrutado el poder. Como disfrutaba también el final del juego. La declinación personalmente no lo afectaba. Sabía mentir. Fingir que estaba entero, solo con atisbos de melancolía anticipada.

En la última cruzada no lo había acompañado ni su hermano Gerardo. Y el leal Levy Simón se había atrevido a desalentarlo.

Justamente Levy, que marcaba la agenda diaria desde la puerta de su edificio, a las siete y cuarto de la mañana. Pero Levy era categórico: “Una locura, jefe, plantear otra reelección”.

El dictamen del juez Cabañas de Río Cuarto, por un encargo de Zanettini, lo habilitaba confusamente a participar de las internas partidarias. Era la equivocación política que laceraba la grandeza de Masud. Epílogo que no debía descalificar la totalidad de la obra.

“Una falta a la Constitución, presidente, que se reformó durante su mandato”, continuaba Levy.

Pero los incontenibles masudistas solo tenían para perder sus salarios y lo alentaban a Omar, hacían operaciones de prensa y pegoteaban afiches con la consigna “Masud 1999”. Sin Masud se les acababa la vigencia. Debían transformarse en viudas del poder.

“Si pasaba, Flaco, adelante y a cobrar. Pero lástima, no pasó”.

Zanettini gobernaba Córdoba gracias a los favores de Masud. Y como retribución, para ayudarlo con relativa buena fe, según Levy consiguió el dictamen de Cabañas que emocionaba a los masudistas inventariados. El pelado Zanettini pudo convencer al juez de su provincia para que suscribiera el documento favorable a otro intento electoral del presidente, que la Constitución prohibía.

“No sirve, presidente, perdóneme, se cae solo, lo voltea cualquier estudiante de abogacía”, le suplicaba Levy Simón.

“Terminemos bien, Omar, no hagamos papelones”, le decía Gerardo. “Después de tantos logros”.

Por su cuenta, Levy Simón generó un diálogo de ablandamiento con Utrera, que amagaba con convocar a un plebiscito en la provincia de Buenos Aires con una sola pregunta: “¿Usted cree que el presidente Masud tiene derecho a presentarse a otra elección, o que su ciclo, como consigna la Constitución, está terminado?”.

Levy Simón le aseguraba a Utrera que la candidatura de Masud era una especulación. Nada que ver con la realidad.

“Masud amaga, Alejo —le dijo Levy Simón—, solo para conservar algo de poder hasta los últimos meses”.

Pese a la desconfianza elaborada, Utrera prefirió creerle a Levy

Simón el verso tradicional. El lugar común, la muletilla para comentar en los asados.

Aunque Levy Simón fuera un incondicional de su enemigo, Utrera desistió de convocar al plebiscito. Se conformó: "Suspendo el plebiscito por usted, compañero Levy, pero ese turro merece la humillación de perderlo por 85 a 12, con un 3 por ciento de indecisos".

Gran consumidor de encuestas, Utrera tenía ya el resultado exacto del plebiscito que nunca había convocado.

Pero desde que se estrelló la intentona reelectoral, Masud debió resignarse y permitir el paso inexorable de los días lentos. Eran menos los buscapinas interesados en verlo. Debía habituarse a la nostalgia arrebatada del que se despedía. Nada, en adelante, podía conmoverlo. Un duelo extraño. Tenía tiempo ahora para conversar hasta con el flaco distante que gobernaba Santa Cruz. Al que tenía precisamente conceptuado como un peronista desagradable. Como un pesado que le caía mal. Tal vez porque lo hacía responsable de las barbaridades que emitía la senadora Soraya, que lo tenía de punto.

Omar apenas lo había tratado a Iván en funciones. En actitud de reclamarle siempre algo. De pedirle un nuevo subsidio. O para declarar ciudades remotas de la Patagonia como "zonas francas". O comprometerlo en la necesidad de construir una carísima represa.

Levy Simón y el Flaco Winston tenían instrucciones claras con respecto al gobernador Smirak.

"Al cargoso ese denle razonablemente lo que les pida. Atiéndanlo como a cualquier gobernador, pero por favor no me lo traigan, no quiero verlo ni cerca".

El peronismo perdía. Game over. Ciclo terminado. El peronista transformador, Omar Masud, iba a ser sucedido por el radical imbatible, Ezequiel Cárcova Güiraldes. Era justamente lo que atormentaba a Smirak. Gobernar Santa Cruz, provincia potencialmente rica pero dependiente, con un presidente de otro signo político. Los radicales de la Patagonia se iban a fortalecer. Ideológicamente. Río Negro, la provincia radical, extendería su influencia. En adelante,

negociar con los radicales patagónicos iba a ser más complicado. Saldrían aún más caros. Los radicales nunca habían sido baratos.

A Smirak le costaba encontrar beneficios en la nueva etapa que se abría. Aunque los canallas del oficio, supuestamente expertos como Kornblit, le decían a Iván que podía ser conveniente. Porque con un presidente no peronista, aunque fuera radical, los gobernadores peronistas recibían en general más dinero. Desde la administración central, por inseguros, girarían más fondos. Para contenerlos y que no conspiraran.

"Aunque los peronistas siempre vamos a conspirar igual".

Para colmo, Smirak notaba que los entrañables compañeros, no necesariamente traidores ni canallas, estaban rendidos. Con los brazos bajos, en la asimilación racional de la derrota. El clima de campaña electoral complementaba la tensión de las reuniones con "los compañeros".

Todos apurados, con congoja, igualados en la incertidumbre.

Iván lo veía bastante relajado al presidente en su condición de inquilino que debía entregar la residencia. Omar exhibía su costado atlético. En jogging azul y zapatillas. Con un buzo blanco y predispuesto a respirar. Ajeno a las precipitaciones de los compañeros tensos en campaña que debían partir hacia alguna parte. Podía quedarse en paz, llevarle el apunte hasta a Iván. Una lástima, por el golf, que amagara la lluvia. Podía después del breve almuerzo dormir la siesta. Recostarse, si prefería, hasta solo. Aunque le sobraban las mujeres fieles con derecho a roce. Agradecidas y con inmanentes deseos de aparecer, a la espera de un llamado para la visita. Junto al envío del discreto colaborador, para buscarla y llevarla. O llevarlo. Sin custodia. Para entrar en el departamento misterioso de Castex por el garaje. Ascensor y placer. Con la esteticista Claudine que trajinaba con la erudición milenaria del reiki y sus manos ligeramente mágicas. Ungüento verde, crema suave y azul, transmisión energética, epílogo calmo y dulcemente fervoroso.

Los ministros se mostraban tensos. Con los secretarios pendientes del celular. Portadores de agendas. Algún periodista del canal oficial los celebraba. Todos con ilusiones remotas de permanencia en los puestos. Retener los cargos, a esa altura de la campaña, era una utopía. Ningún milagro salvador se reproducía en el camino. Solo restaba la idea que Smirak definía como providencial. Pero Utrera mantenía la derrota estampada en la frente. Aunque, como se trataba de un profesional del suburbio, debía comportarse como un duro. Acostumbrado a la relevancia de ganar o la irrelevancia de perder. Entonces fingía el entusiasmo artificial y culpaba del próximo sofocón electoral a Masud, porque le había jugado en contra. Al final, en el peronismo el compañero es mayor obstáculo que el enemigo (que siempre está adentro). Utrera debía comportarse con entereza. Como si la caída anunciada fuera un invento de los encuestadores alquilados, financiados por los que sostenían a Cárcova. O por los amigos de Masud. Pero no correspondía que Utrera, de manera confusa, se mostrara frontalmente crítico del último tramo del gobierno de su propio partido. El que presidía Masud. O que cuestionara, en sus discursos, la cultura del "uno a uno". La Convertibilidad, como decía, había sido una medida indispensable para acabar con la inflación. Pero "por exitosa", siempre según Utrera, la Convertibilidad debía concluir. Superarse con la "cultura de la producción".

Al contrario, Cárcova Güiraldes, el radical conservador espiritualmente renovado prometía mantener la Convertibilidad. Encabezaba una alianza con los traficantes de progresismo, imponía la imagen límpida del opositor que ganaba elecciones desde 1973 (cuando había vencido, en Buenos Aires, al candidato equivocado del peronismo de Perón).

Con la izquierda colgada de su impertinencia ganadora, Cárcova pugnaba por la Convertibilidad que Utrera defenestraba. El "uno a uno" ya era un bien inamovible, adquirido por la sociedad, instalado para siempre. Hasta donde fuera posible había que mantenerlo.

"¿Para qué cambiar lo que había funcionado tan bien?".

Aunque para Utrera tomar distancia de la Convertibilidad significaba plantar una distancia explícita de Masud. A quien responsabilizaba por la derrota anunciada. Porque prefería, en su

evaluación, a Cárcova, el adversario.

"El sucesor preferido de Masud es Cárcova, no yo", confesaba Utrera, y lo reiteraba en conversaciones confidenciales con interlocutores que competían para ver quién era el primero en contarle a Omar.

Le costaba a Utrera simular el desprecio. Lamentaba que no fuera ostensiblemente recíproco. Porque Utrera se enteraba de que Masud, cuando se refería a su persona, decía: "No entiendo qué le pasa a Alejito, ¿por qué razón me descalifica? Si yo siempre quise para Alejito lo mejor. Por algo lo puse conmigo en la fórmula cuando solo soñaba con ser intendente de Lanús".

Mientras tanto, Cárcova Güiraldes facturaba. Defendía el gran logro del periodo de Masud, su antecesor. Por influencia segura de su amigo Espelucín, que había descubierto de grande la política y modestamente quería ser también el próximo presidente.

Ambos, Cárcova y Espelucín, eran originarios de Córdoba, como Zanettini. Pero Cárcova se había transformado en un porteño artificial que conservaba (como coherente conservador) la tonada cordobesa. Hermanados los tres por el cordobesismo, ante el desconcierto de los peronistas y las vacilaciones teóricas de los mazorqueros bonaerenses que acompañaban a Utrera, con la sospecha de participar de un solemne funeral.

Kornblit, el intrigante, trataba con serena cordialidad al gobernador Smirak. Con la calidez del astuto que cultivaba naturalmente las relaciones humanas, y la amable simpatía del político preparado para descuartizar al adversario con una sonrisa.

Competía Kornblit con el Flaco Winston por ser el preferido de Masud, quien estimulaba con perversidad la rivalidad que le aseguraba la placidez del centro. Muestra gratis del ejercicio de poder. Al Flaco Winston también Iván lo estimaba. Pero menos que a Kornblit. Era discreto Winston, eficiente y silenciosamente pícaro. Aunque, "para hablar tranquilos", lo citara a las siete de la mañana, en la Casa de Gobierno. A más tardar siete y cuarto. A esa hora la Secretaría General de la Presidencia ya era un amontonamiento de ministros provinciales,

intendentes, punteros, asesores, secretarios de Estado y hasta algún gobernador o vice. O probablemente alguna bella mujer recomendada, con el propósito de figurar en la plantilla del Estado, de ser posible en "Protocolo", o en la antesala de cualquier museo.

Acaso para disuadirlo y que se olvidara de los motivos del pedido de entrevista, Winston solía citarlo tan temprano. Para que el encuentro quedara, en todo caso, pendiente para la próxima visita del gobernador "a la Capital". Pero Iván le doblaba la apuesta y lo sorprendía.

"Puedo ir, doctor Winston, pero tiene que ser antes. ¿Puede seis y media, o seis cuarenta y cinco?".

Winston tomaba termos enteros de mate en el despacho cargado de la Secretaría General. Mientras tanto, en la sala de espera, en el pasillo, se apilaban los vicegobernadores, las mujeres irremediables y los lobistas, alcaldes, buscapinas y pedigüeños desesperados por ser recibidos por Winston y conversar siquiera cinco minutos. Para decir después, con vago aire de jactancia: "Estuve con el Flaco Winston y me aseguró que…".

Al despacho de Winston subía también con frecuencia el ministro del Interior, que estaba en la planta baja. O a cada rato Winston se comunicaba con Levy Simón por línea interna. Sin necesidad de ser intermediados por el electrizante Pocho Calderaro, que pretendía saber todo. Y lo sabía. Confidencialmente, en voz baja, Calderaro solía advertir a los misteriosos que llegaban por primera vez: "Nunca hable de plata con el doctor Winston. Al doctor no le gusta, lo toma muy mal. De plata solo tiene que hablar conmigo".

El gobernador avasallaba, era obsesivo y demasiado rápido.

"Un tipo para cuidarse, mantenerlo a distancia", le contaba el sindicalista Rondón al Lito Altamirano, mientras almorzaban en el sindicato.

"El croata se come hasta las migas de la panera. Como decía el Turco Lorenzo del Tony Sanardi".

Cuando Rondón conservaba brotes de alegría (antes que le mataran al hijo secuestrado).

“El croata tiene la viveza notoria para hacer caja”.

Complementaba la invalorable virtud con la franqueza de la ambición. Se percibía su sed de conquista. El descaro lo tornaba relativamente tolerable.

“No se tiene que notar que se es muy vivo”.

A Masud no le hacía falta el relato que un Rondón aún entero le ofrecía al Bandeja Altamirano. Al croata lo tenía medido, ambientado, lo indispensable como para preferir mantenerlo siempre lejos.

Rondón era el sindicalista petrolero que tenía mayor experiencia en la Patagonia. Amigo del Rengo Marchessi, primo del gobernador Smirak que había financiado los primeros pasos de su campaña. Y hasta le pagaba a veces el alquiler de las dos unidades básicas.

Fue Marchessi quien le advirtió a Rondón sobre una característica que Rondón le describió después al Bandeja Altamirano (que se lo dijo a Masud). “El croata tiene una pronunciada tendencia hacia la traición”.

Marchessi aseguraba que el croata estaba predestinado a dejar la marca indeleble en el peronismo.

“Sabe construir poder, es simpático, un titán para recaudar y si corresponde es el mejor traidor”.

Aunque no lo soportara, Omar no tenía entonces otra alternativa que respetarlo a Iván. Pero debía mantenerlo alejado del ámbito de las decisiones. El gobernador que sabía recaudar y traicionar sin reparos se destacaba por el pragmatismo fundamental que seducía a Espelucín. Combinado con el sentido descarado del humor que lo incitaba a abrazar las cajas fuertes.

“Amada mía, te voy a llenar”, le decía a la caja fuerte y los vagos reían.

Como reía también el vicegobernador Radrizzani, el mismo que iba a sorprender años después en Santa Cruz. Al declarar, para los profanos de Buenos Aires, que desconocía la existencia de “actos de corrupción”.

O naturalmente se incitaba solo y le clavaba un dedo en la cola al secretario habilitado para conocer claves y escondites. O para estamparle porque sí un cachetazo, solo para desahogarse.

Iba Iván por “la de él”. Peleaba también por “la de la provincia”.

Pero el insaciable nunca se conformaba.

Smirak no era sobón, ni chupamedias. Dos datos positivos. Bastante cargoso sí, pero con el temperamento del que sabía ubicarse. Si debía elogiar, elogiaba. En público, como a Masud, cuando lo tenía a su lado y Omar no le creía el elogio.

"Omar Masud es el presidente que tuvo más en cuenta a la Patagonia".

Otra gran ventaja de Iván, comparado con Omar, era la edad. El gobernador tenía veinte años menos. Y se notaban. El croata lo hacía notar. El presidente iba por los 70 y el gobernador aún no había llegado a los 50.

"Un tipo ideal para desconfiarle. Enchufado a toda hora, siempre para adelante y sin la menor intención de regalarse".

Procuraba proyectarse, tenía el gen del líder. Para Rondón era otro atributo para valorar.

"A ese hijo de puta conviene tenerlo distante pero dentro del equipo, nunca enfrente ni en contra".

Aníbal Rondón sintetizaba la descripción. Sindicalista entrañable y siempre positivo que pronto iba a dejarse silenciosamente morir de abatimiento. Después que le asesinaran al único hijo. Y sin haberse tratado de ninguna muerte heroica, ni siquiera pasional.

Por culpa del turrito. Un pobre desesperado que salía de caños a asaltar por primera vez. En la calle de Palermo que aún se llamaba Serrano, plagada de boliches, en el barrio altanero que se ponía de moda.

A los 20 años, Johny Rondón estaba con su novia Irene en el Peugeot bordó. Y el turrito pobre quiso asaltarlo desde una moto, y de puro novato, de tan nervioso, sencillamente se le escapó el tiro.

Padecía el bajón del que se despide. Y con tiempo ocioso por delante para esmerarse en la utopía del regreso. Debía reiterar la proeza del General Perón, que lo había recibido en Madrid cuando Omar era el militante de Vinchina que se ilusionaba con ser gobernador de La Rioja. Tenía 30 años y llegaba al General de la mano de su amigo mayor Jorge Antonio Zaker. Legendario empresario que había sido

demasiado generoso con Omar. Una razón ancestral los acercaba. Eran hijos de árabes. Don Jorge Antonio había conocido a su padre.

La jornada de Madrid resultó inolvidable. Jorge Antonio podía entrevistarse con Perón solo cuando no podía evitarlo el Rasputín de utilería. Funes Zabala denigraba a don Jorge, pero no tenía la suficiente autoridad como para prohibirle la entrada en Puerta de Hierro.

Zaker le había anticipado al General que en un pueblo inadvertido de La Rioja persistía un político joven y especialmente carismático.

"Un muchacho dispuesto a dar la vida por la causa del peronismo. Hijo de un paisano mío, General. Hoy anda por Madrid, es pintoresco, un caudillito vivo y simpático, se lo quisiera traer".

En la quinta Puerta de Hierro, durante una mañana de 1971, el General Perón esperaba al potencial caudillo peronista Omar Masud. Dispuesto a brindarle quince minutos, pero al final fueron tres horas, ante la indiferencia furtiva de la historia y el silencio hondamente hostil de Funes Zabala. Al General lo enternecía la estampa del visitante. De estatura breve, el pelo larguísimo y las patillas espesas hasta el mentón. Pero Omar tenía otra ventaja. Procedía casualmente de la misma provincia de la dama incorporada a su vida. Ya no podía imaginar sus días sin Estela Frutos.

Se mostraba ansiosamente entusiasta el gobernador. En alza. Algo acelerado al escuchar el relato del presidente Omar. Le había confesado que Perón había sido el único político al que verdaderamente admiraba. A su lado, comparativamente, "somos todos mascotas".

Por una cuestión generacional, Iván no compartía el apasionamiento de Omar por Perón. Sin proclamarlo, los muchachos tendenciosos de la juventud lo tenían conceptuado como un "viejo de porquería" que los había "usado".

Delante de Omar, el gobernador se guardó la disidencia. Compartió falsamente la fascinación por la trayectoria del General. Haberse ido derrocado por un golpe, políticamente aniquilado, para regresar dieciocho años después de manera triunfal. Con el pregón de la unidad

que, cuando Iván era un muchacho, confundió con un literal acto de traición. Los había dejado de costado como a cubiertos descartables. Mejor callar.

Masud debía abandonar el poder por una vulgaridad elemental, alejada del heroísmo. La norma que le impedía presentarse a otra reelección. En la nación no existía, como en Santa Cruz, la reelección indefinida.

El mero agotamiento del ciclo democrático coincidía con el agotamiento político. Al Turco nunca podían haberlo desalojado con un golpe militar. Porque los militares, como estructura de poder, se encontraban en el piso. Habían asustado hasta a su antecesor, El Providencial, con los rostros severos, pintados de negro. Pero a la primera rebeldía que intentaron en 1990 Masud no vaciló en ordenar el aniquilamiento físico de los conjurados. E irse, de inmediato, a dormir la siesta. Y aunque el asustador principal fuera otro paisano, el coronel Ismail Daer Ali. Estaba cargado de razones para ser contempladas, pero lo había desafiado y se ganó un encierro por varios años.

“Primero se los mata, o se los encana, para marcar la cancha, y después, si quedan vivos, se los indulta”.

Lo dijo Iván. Y Omar sintió que empezaba a respetarlo.

“Hubiera sido preferible un golpe militar solo para crear la épica de otra resistencia”, agregó.

Smirak dejaba de ser el cargoso. El peronista tenso e intenso que le importaba un carajo la memoria de Perón y siempre reclamaba por algo. Iván mangaba, suplicaba por ventajas, mientras la senadora Soraya lo masacraba por los medios. Dupla imbatible. Dos que rompían. Insoportablemente.

Era preferible colocar la banda al adversario radical Cárcova Güiraldes que al enemigo que “siempre está adentro”. Con el compañero Utrera había conquistado la presidencia. Ahora ni siquiera se hablaban. También resultaba conveniente ocultar las claves irracionales del rencor, sentimiento siempre presente entre las contradicciones del peronismo.

Aquella mañana nublada de 1999, Omar podía tratar el fenómeno del rencor con el gobernador ambicioso que lo despreciaba. Aunque lo desgastara en elogios empalagosos cuando visitaba su provincia. Para criticarlo luego entre los pares del peronismo (que le contaban a Omar, irremediablemente, con detalles).

Pero el croata había llegado de carambola a Olivos y de la mano de Levy Simón, que simplemente lo había olvidado al gobernador como si fuera un paraguas. Un clavo dejado como regalo al presidente, en la casa, por el apuro olvidable de la campaña que tenía marcada el destino final de la derrota.

Soraya Gutiérrez era infinitamente menos tolerable que el marido. Con virulencia frontal, con la jactancia de la insegura que se creía superior. La senadora solía degradar al masudismo desde las emisiones matinales de radio, entrevistada por don Bernardo o Alfredito, en las emisiones televisivas del maldito cable Política y Economía, PyE.

Mientras Soraya apretaba a Masud en público, Iván reclamaba concesiones en privado. Para la provincia, siempre, impresentables. Pero la senadora generaba cotidianos conflictos en el bloque. Solo el riojano Jorge Akil podía tratarla. Lo divertía. Porque al Negro Akil le encantaba que atormentara tanto a Gerardo Masud, su enemigo regional.

“Medio rayada la Soraya, pero buena mina, no hay que dramatizar tanto ni tomarla tan en serio, entran como chorlitos en su juego”, sostenía el ocurrente Akil.

Pronto Soraya iba a conseguir el objetivo de ser expulsada.

Ambos —Soraya e Iván— estaban irreparablemente dotados para abusar del poder cuando lo consiguieran.

El croata era el típico especulador que fingía sigilosa espontaneidad. En las reuniones de gobernadores del Consejo Federal de Inversiones, Iván ni siquiera pedía la palabra. Pero solía retirarse siempre quince minutos antes del final, con el pretexto de algún compromiso. Se anticipaba a sus pares para madrugarlos con el periodismo. Para declarar, en tono quejoso de denuncia, ante los periodistas que esperaban. En especial ante el contratado corresponsal patagónico, que

de inmediato transmitía, y ante Miguelito Almirón, el contratado de Crónica, canal popular con el que había acordado un alquiler mensual. O ante el chico de la agencia Impacto Argentino que estaba en línea directa con la radio secretamente suya, de Santa Cruz, que le manejaba Ramiro Quiroga, sin saber que con el tiempo se convertiría en una celebridad.

Iván cromaba a sus pares. Los raspaba. Caricaturizaba a los serviles colegas gobernadores que se quedaban adentro, entreverados en alguna aburrida rosca del Consejo Federal de Inversiones, CFI. Los caudillos del norte no toleraban los desplantes, los arrebatos del colega del sur. Como Remorino, el de Salta, o Desaux, de Misiones. Sin mencionarlos, ante los periodistas Iván los tildaba de meros lamedores del oficialismo masudista, los trataba de meros representantes de sus provincias ante el Ejecutivo. Celebradores que solían inclinarse por las migajas que les arrojaban desde el poder central, consecuencias del falso federalismo de un país que había que rehacer.

Desaux se sentía aludido. Y era justamente quien lo tenía más estudiado. Antes de empezar otra reunión en el Consejo Federal de Inversiones, delante de los pares, bastante harto, le dijo: “No jodas, Ivancito, aquí adentro estás siempre callado y hacés los deberes como el mejor empleado del mes, pero salís antes a hablar con los periodistas para hacernos quedar como pelotudos a todos los que participamos. Y no nos tomes por boludos porque sos tan oficialista como nosotros y la chupás más que nosotros y te la tragás. Si aparece Espelucín aquí en el CFI nos arrojamos todos a los pies, nos tiramos de palomita para pedirle lo que sea para nuestras provincias”.

1973 - 1983

Era otro país. La muerte deparaba una noción de perentoriedad.

En los 70, Masud oscilaba entre los amigos montoneros que querían matar a los burócratas sindicales, y a los amigos peronistas de derecha. O entre los sindicalistas que querían matar a los montoneros que después los militares iban a matar. Militares que durante seis años iban a encerrar, también, a Masud. Militares y montoneros a los que Omar, dos décadas después, en su condición de presidente, iba a indultar. “En nombre de la Reconciliación Nacional”.

“Una pelotudez”, pensó Iván, pero había aprendido a callarse. En la complejidad del peronismo costaba encontrar la oportunidad para proyectarse.

La utopía de ser el gobernador de La Rioja, desde Vinchina, había resultado más difícil que llegar, desde La Rioja, a la presidencia. Con la mandíbula adiestrada, desde 1973 como gobernador bajaba semanalmente a Buenos Aires para conseguir los fondos y pagar los sueldos. También se desplazaba para conquistar alguna presencia en los medios de comunicación, para declarar en alguna radio o ser entrevistado por don Bernardo y Grondona en la televisión en blanco y negro. O para desquitarse en la cama. Donde se registraban las batallas con las mujeres fascinantes que ni podían soñarse en Vinchina. Damas que incrementaban el prestigio de seductor de Masud, el carismático de patillas y pelo largo.

Como un demócrata veloz, Masud llegaba en vuelo de línea al Aeroparque para saludar y celebrar al presidente Campari, como también después al efímero presidente Larrera, el yerno del brujo Funes Zabala.

Con superior devoción se ponía en la fila para saludar al General Perón. Siempre le recordaba, con generosidad, aquella visita inicial a Puerta de Hierro. Gracias a don Jorge Antonio Zaker, aunque también

a Estela Frutos. Después de la muerte del General, Omar también visitaba a Estela Frutos y siempre aludían al origen provincial. Semanas intensas de estampidos y muertes que Masud después iba a recordar con la morosidad de una película lenta. Encerrado en un barco. Cuando ya no era gobernador. Apenas un presidiario. O padecía en otra prisión común, en Magdalena, o enclaustrado en Tandil, o en el pueblo más cálido de Formosa donde se había convertido en el presidiario popular. Como volvería a bajar semanalmente, en los 80, a saludar, otra vez como gobernador, al amigo Astigueta, El Providencial. Como correspondía al demócrata sigilosamente amable y calculador celebraba al presidente radical, su amigo, gran persona.

Providencial presidente Astigueta y gobernador Masud se hicieron favores recíprocos. Sin palabras. Sin pactos. Se entendían. Continuaron con los favores en los 90. Cuando el presidente era Masud y ya buscaba la forma de quedarse más años de los seis que le correspondían. El Providencial era el jefe opositor. Se conocían demasiado.

Había que reformar la Constitución para habilitar el atributo de la reelección del presidente y generar algo parecido al “primer ministro”. Categoría europea, berretines socialdemócratas del Providencial. Epopeya módica, bastante servida, donde podía lucirse El Bandeja Altamirano. Venía bastante agrandado Altamirano como filósofo del arrabal. Por una frase feliz armada por un comentarista radial de Mar del Plata que tenía la consagración estampada en la frente. Como también se iba a destacar otro amigo radical, un equilibrista de la permanencia, Genaro Scigliano, reconocido por la astucia sombría, la expresividad del silencio y su sociedad para las travesuras con Altamirano.

Omar supo aprovechar las ventajosas contradicciones de ser gobernador opositor al partido del presidente. Masud le brindaba a Smirak otra lección involuntaria.

“Cuando la relación institucional se complementa con el afecto, al

ejecutivo nacional se le saca para la provincia más como opositor que si se fuera del mismo partido". Y agregó: "No es su caso, gobernador, que es de mi mismo partido, y de aquí se lleva siempre lo que puede. Pienso que va a saber manejarse si alguna vez, tal vez pronto, se ubique de este lado del mostrador".

El presidente hablaba para despejar las dudas del gobernador: ¿Y si acaso le resultaba más conveniente a Iván que presidente fuera el radical Cárcova Güiraldes? Invariablemente, Omar lo tenía bien fichado a Iván. Otra prueba del eficiente servicio de inteligencia, que comandaba el vasco Mogaburu. Claro que Masud, como cualquier otro presidente, conocía los secretos íntimos de sus gobernadores. No podía entonces desconocer las dudas de Iván. Sus proyectos. Sus sospechas.

A Masud no le entraban las balas. Menos podían perturbarlo las descalificatorias televisivas de Soraya. Ni lo desgastaban. Obviedades simples del oficio monótono de administrar el poder.

1989

Ya casi amigos. Omar evocaba con Iván el tramo final de su antecesor. El Providencial Astigueta. Diez años atrás, era el presidente electo y se le diluía el poder. Por culpa, como siempre, de la economía.

“En realidad al Providencial se le había agotado antes la política”.

A Masud no le iba a pasar. A Smirak tampoco. Otra lección aprendida. El acento en lo económico fortalece la dinámica política.

“La carrera, Flaco, es de resistencia, nunca de velocidad. ¿Qué sentido tiene ir muy adelante en los primeros quinientos metros? Cuando se llega al kilómetro no se aguanta más. Hay que cuidar el aire”.

La campaña ya había pasado. Como el festejo. Transcurría el turno de las ideas. Los planes para acertar.

Debía Masud mostrarse aplomado ante el Providencial. Como un estadista seguro de sus pasos. De las decisiones para llevar adelante los proyectos (que aún no existían).

Dos colaboradores del primer cordón de influencia, Tab Hunter y Julito Hormazábal, competían por apropiarse de la iniciativa de llevarlo a Masud hacia las instalaciones de Bunge y Born. Le iban a presentar un modelo econométrico. Verso puro. La gran empresa pedía pista con el gobierno masudista que se preparaba para asumir. Y Masud necesitaba dar un mensaje a los empresarios, que estaban inquietos y amagaban con escaparse a Montevideo o aburrirse en el invierno de Punta del Este. Temerosos como estaban por el desembarco de la barbarie masudista.

BB, Bunge y Born, buscaba el contacto para llegar al próximo presidente. Tab Hunter y Hormazábal se precipitaron en postularse para programar el encuentro.

Amagaba —BB— con el plan revolucionario. El verso innovador de la econometría. BB se comprometía con una inversión inicial de dos

mil millones de dólares. Llegaba la hora de relativizar las palabras de la campaña. Las promesas debían quedar al costado de la realidad. Había que abrirse hacia las nuevas argumentaciones, aunque estuvieran inventadas desde hacía siglos. Masud había pedido "al pueblo" que lo siguiera. Reclamaba confianza, fe. Nunca los iba a defraudar. Muchos podrían sentirse engañados si se entregaba la Revolución Productiva a BB.

Para salir adelante, para emerger "desde el abismo", Omar se disponía a aplicar medidas transformadoras. A operar sin anestesia, según el recetario cotidiano de don Bernardo, el unánime visionario.

Con rostro vencido, El Providencial estaba urgido por abandonar el poder. Deshacerse. Entregarlo a quien tanto lo había celebrado cuando era el gobernador de La Rioja. El Providencial y Omar mantenían la relación de complicidad que irritaba a los otros gobernadores del peronismo. Hasta la condena o la envidia. Difamaban a Omar.

"El Turco Masud es el peronista de los radicales".

Para colmo, El Providencial se llevaba mejor con el extravagante Masud que con los gobernadores prolijos de su partido. En especial con el Pichón Miguelucci, gobernador radical de Córdoba que pretendía sucederlo. Era el único que había quedado de pie después de la debacle electoral de 1987.

Pero Pichón había perdido precisamente con Masud. Otro amigo. Juntos, Omar y Pichón habían estudiado abogacía en la Universidad de Córdoba. En la campaña Pichón Miguelucci buscaba inútilmente la manera de confrontar con Masud. Lo desafiaba a debatir. Lo provocaba con la imagen del debate trunco. La "silla vacía" del piso televisivo. Pero Omar reducía la magnitud de las críticas.

"¿Cómo voy a discutir con Pichón?, si es mi gran amigo, tiene luz verde para decir de mí lo que se le ocurra".

Pichón no sabía ya cómo atacarlo.

"Yo solo puedo destacar su voluntad, su hombría de bien, aunque estoy algo sorprendido por sus deseos de perder. Me resulta admirable tanta pasión puesta por Pichón en un asunto cerrado".

El Providencial rivalizaba internamente con el enemigo que tenía

adentro. Miguelucci. Celebraba entonces el comportamiento esquivo del adversario Masud, el turco que exhibía brillos y solo distribuía elogios para Pichón. Declaraba que la obra (de Pichón) era estimable.

"Un ejemplo, pero para no seguir".

Lo dijo Omar en el acto de campaña en Córdoba. Ciudad que, como dijo, amaba. Córdoba lo había formado en el Derecho y podía testimoniar acerca de la generosidad de su pueblo, notable en cualquier rincón de la provincia privilegiada por "los paisajes que llevaba estampados en la memoria". Se consideraba, decía, un "cordobés vocacional, por adopción. Era un riojano eternamente agradecido".

El Providencial tampoco había podido evitar que Miguelucci fuera el candidato radical. Pero después de 1987, con el triunfo del peronista Tony Sanardi en Buenos Aires, el providencialismo ingresaba en el ocaso. La política había sido perforada por la economía. La vorágine inflacionaria había arrastrado el Plan Austral y no quedaba en pie siquiera aquel recitado conmovedor del preámbulo de la Constitución. El Providencial solía memorizarlo en voz alta ante la aprobación entusiasta de la militancia y de los independientes izquierdistas que se arrimaban al radicalismo para disponerse a valorar la democracia que nunca habían defendido.

Diez años después, Masud tampoco podía evitar la circularidad. Que Utrera, por el peronismo, fuera el aspirante para sucederlo. Entonces Cárcova Güiraldes era, para Masud, lo que en el círculo Masud era para El Providencial. El adversario preferido y externo para acabar con el enemigo que se clavaba adentro.

1999

El poder estaba vacante. Coincidían Omar e Iván. Con el imbatible radical Cárcova Güiraldes emergía un pentágono extraño de difusa centroizquierda. La Alianza de los radicales con el peronista Jonatan Benavídez. Un náufrago del flamante progresismo que acompañaba a Cárcova como vice.

El Rata Benavídez conducía el Frente Gigante junto a la venerable señora Adela Jurado de Arizmendi. Dama sensible que cargaba con el prestigio moral de ser madre de un desaparecido. Paulatinamente Jurado de Arizmendi adquiría una sólida destreza para conducirse en el fango de la política. Al pentágono debían sumarse otros dos radicales distinguidos. El Providencial, eterno rival interno de Cárcova, lo más parecido a un enemigo, y Reinaldo Dinápoli, pudoroso intelectual, un modernista infatigable que trepaba como titular de la Unión Cívica Radical. Era notorio que Dinápoli añoraba ocupar el sitial de Cárcova.

El invencible Cárcova, al que apodaban Pitufo, eran quien más irritaba sensiblemente a Iván. El patagónico no se daba por vencido y le costaba admitir que Cárcova, con una alianza artificial, venciera al peronismo acompañado de una runfla de entrañables izquierdistas, a los que para colmo Iván apreciaba. Pero se trataba de un tema terminado. La causa de Utrera era irrecuperable e Iván sospechaba que ese final a Omar lo hacía feliz. Creía que Omar disfrutaba secretamente la derrota de Utrera, pero no podía demostrarlo. Tampoco le interesaba. Debía conformarse también, aunque nunca quedaba mal con los compañeros al mostrar vestigios severos de indignación.

Aquel Masud en alza caminaba ganador por los jardines de Olivos,

junto al Providencial desmoronado. Estaba dispuesto, claro, a asumir antes de tiempo. El Providencial se había decidido a tirarle el poder por la cabeza. Para deshacerse del poder desperdiciado.

Masud nunca hubiera invitado a ningún Smirak a pasear por los jardines para desprenderse del poder. Tampoco podía invitarlo a caminar a Iván aquella mañana por los jardines. Primero porque la lluvia amenazaba. Segundo porque les faltaba aún atravesar el primer paréntesis de la historia que compartían.

El ciclo decadente de Cárcova Güiraldes con el Rata Benavídez. 1999-2001. Antesala de otro paréntesis, agonías de 2001 con el dramatismo del caos.

Segundo paréntesis. 2002-2003. Utrera.

El gobernador (Iván) sentía que el presidente (Omar) se encontraba históricamente rendido. A su disposición. Como si se tratara de la ceremonia de otro presagio.

Para Iván, que no era ni quería ser amigo, había sido imposible mantener minutos de intimidad con el presidente en su plenitud. Tuvo la suerte de compartir momentos en el tramo final. A la hora del balance precipitado, mientras políticamente Omar se encontraba en liquidación. Pudo notarlo levemente despreocupado, emotivo, abierto. Debía disfrutar hasta los sorbos lentos del mate cocido. Con la sucesión de lecciones involuntarias que Iván podía aprender para no repetirlas. Correspondía olvidarlas. Al patagónico nunca lo iban a obstruir con normas que estaban para llevárselas puestas, como a los mocasines de Guido.

“Supe, gobernador, de tus esfuerzos titánicos para salvar al compañero y amigo Utrera. Habla bien de vos, Flaco, te redime. Tu intento de salvataje de Utrera es un acto de arrojo que merece destacarse. Una manera de ser solidario, como corresponde a un buen varón peronista”.

En la voz de Masud perduraba el tono cínico de fresca ironía.

“Es que Alejito jugó muy mal. Una lástima. Por la desorientación. El votante capta la improvisación. No tiene sentido que nuestro candidato ataque la Convertibilidad. Nos vertebró la década y nos

permitió llegar hasta aquí. Y que el adversario nos gane con la promesa de continuar con lo que hicimos nosotros es demencial. Cárcova el opositor utiliza los méritos que nuestro candidato oficial rechaza".

Iván fingía no resignarse. Ubicado, se excedía en la calculada indignación. Exageraba el apoyo al compañero Utrera, un par. Aunque hasta la dulce Betty de Utrera descontaba la naturalidad de la derrota.

Utrera gobernaba la provincia numéricamente importante y era el candidato inevitable. Pero no podía quebrar el maleficio de la historia. Desde la gobernación de Buenos Aires nadie había podido saltar hacia la presidencia.

"Preguntale al Tony Sanardi, que también quiso saltar de la gobernación a la presidencia. En la Argentina no se entiende que Buenos Aires sea otro país. Y lo de Utrera te lo digo con dolor, aunque no lo creas, porque lleva un excelente compañero de fórmula. Tolengo está mejor preparado para ser el Uno que Alejito".

Otro par, Jimmy Tolengo, ídolo de Tucumán, cantante popular que era otra invención salida de la galera mágica de Masud. Como Cabalén, el piloto de Santa Fe, de fórmula uno, o el rugbier Estefanía. O el motociclista Cabral. Inventos surgidos de la galera de Masud que estimularon ilusiones presidenciales. Como si se dijeran: "Si llegó el Turco Omar, ¿por qué no puedo llegar yo?".

Como si bastara con ser famoso, sacarse fotos, ser portada de revistas, alzar niños, besar abuelas, penetrar artistas esculturales. O penetrar lo que fuera, "porque un buen varón peronista debe ponerla siempre, donde pueda".

Pero Iván se excedía también en la sigilosa indignación. Utrera era el compañero gobernador que lo había considerado. Probablemente no tuviera la relevancia o la jerarquía para aspirar a la presidencia. Pero el solo pensarlo era una falta de decoro. Una injusticia. Preferible era creer que le habían puesto la maldita bolilla negra en el Norte. Sin especificar. Todos entendían.

"Alejo no pasa la prueba del ácido".

Solo Lito Altamirano o el Ronco Venegas Lynch podían insinuarle a Utrera que había alcanzado su techo y debía conformarse. Hasta aquí nomás. Y dejar suspendida en el aire la fábula de la bolilla negra. Y sin

quejarse.

“Fuiste vicepresidente, Alejo, fuiste gobernador, ¿qué más querés?”.

Al margen de las fábulas, Masud no lo registraba a Utrera ni siquiera como adversario interno. Era su error. Lo descalificaba. Pero Utrera se había convertido en el enemigo frontal que Omar no tenía en cuenta, pobre Alejito.

Le costaba entonces a Utrera contener el rencor acumulado de los “compañeros” del peronismo mazorquero que lo seguían. Los que habían apostado por la fábula distinta, el Movimiento Productivo. Cuando jugaban juntos el Turco Omar y el Cabezón Utrera para completar la hazaña de vencer al Tony Sanardi en la única gran interna de lo que supo ser el peronismo.

La caravana de réprobos de Masud y de Utrera iba a vencer a las virtudes blancas del peronismo culturalmente renovado, colonizado por el radicalismo humanitario del revalorado Providencial.

Miguelucci, el cordobés, en junio de 1988 era lo que Utrera, en 1999, para Cárcova Güiraldes. Para colmo Masud se jactaba de ser amigo de Miguelucci. Lo recalcó mientras revisaba tramos generales de su trayectoria ante Smirak, el patagónico veloz que la conocía de memoria.

“Cuénteme algo que no sepa”, pensó decirle Iván, ya más consolidado. Pero Iván lo atendía a Omar con la especulativa sumisión del discípulo falso.

A Masud le costaba pronunciar el apellido del interlocutor que ya le resultaba hasta simpático. Llamarlo gobernador era demasiado formal, casi solemne. Directamente le decía Flaco. Y evocaba que al Pichón Miguelucci le había ganado sin despeinarse. Sin siquiera criticarlo.

“Un vivo, Flaco, nunca habla mal de otro, aunque no sea un vivo”.

Frase de cabecera que Masud le había copiado al radical memorable. Muletilla de César Saslavsky, un buen amigo hasta de don Elías Abdenur, el empresario que había signado la década, espectacularmente suicidado el año anterior.

“A ese turco sí que me hubiera gustado conocerlo”, dijo Iván. “Como a don Zaker, su amigo, Jorge Antonio”.

“El que se haga cargo del peronismo, Flaco, se hace cargo de la Argentina”.

Sentencia de Masud, repetida desde la fe avasallante del carisma, pero que tomó del Negro Álvarez, el creador de Puerta de Hierro que formó muchos cuadros que lo reconocían, como maestro, aunque después no le hicieran más caso.

Lo decía Masud ante el escepticismo de los peronistas pragmáticos que preferían identificarse con la modernidad de Tony Sanardi.

Un peronismo perdonable, blanco, sin plebeyos. La continuidad de la socialdemocracia del Providencial, pero con ropaje presentablemente peronista. Consta que la campaña por la interna fue la máxima epopeya masudista. Signó la plenitud de la lucha por el poder en el peronismo. En el país, según el rigor de la sentencia del Negro Álvarez.

La caravana de réprobos del masudismo juntaba en el camión —el masudmóvil— a los peregrinos de la izquierda con los pragmáticos del centro, a los peronistas tradicionales, emocionales, a los marginales de diversas cepas. Junto a los nacionalistas de derecha, los que festejaban con desparpajo el cumpleaños del Tío Fito, don Adolfo.

A la izquierda de la derecha y a la derecha de la izquierda. A los que habían sido revolucionarios y a los que habían sido represores. Con Masud todos dispuestos a mojar la medialuna.

Incentivados por la fe, los réprobos de Masud se reían de los virtuosos de Sanardi. Solo había que seguirlo al Gran Omar y a su estrella.

“Masud nunca los iba a defraudar”.

Otra vez, en la Argentina, fracasaba la virtud. O lo que pretendía presentarse como virtud.

Durante el festejo del triunfo, Masud y Utrera ni compartieron cinco minutos. Incluso a Utrera le costó subir para anotarse en el jolgorio. Transcurría en el primer piso de la Casa de La Rioja. Por Callao, donde la luna, también de festejo, rodaba.

Tampoco participó Utrera de las giras triunfales por Europa. No le correspondía figurar. Menos enojarse.

Agosto de 1988. Cuando los argentinos de marca, los ricos capitanes de la industria subsidiada, los poderosos de terciopelo pretendían reubicarse. Buscaban atajos para llegar al probablemente próximo presidente, acompañado siempre de majestuosos atorrantes situados en el primer cordón del afecto.

Dos leales de hierro estaban adheridos, formaban parte del cuerpo de Masud. El crack del básquetbol, Reinaldo Aguinaga, y Angelito Pécora, influyente y blanco, exempresario. Después estaban los accionistas. En primer lugar, el ruso intrigante, Kornblit, y más atrás, acompañante infaltable, el tesorero Santiago Casartelli, al que llamaban "Billetera Casartelli" porque era el que pagaba las cuentas, con "la suya". La de "su bolso". Para los regalos (al jefe), las comidas del jefe, los antojos menores del jefe. Y caía siempre en las giras el irreparable consejero Milton, el único diplomático que se había jugado de entrada por Masud y se anexaba desde Riad, la Arabia Inaudita.

La señora Carola de Maurois, fosforescente filántropa, dueña del máximo corralón de cementos, ponía el barco a disposición del próximo presidente tan encantador, seductor, tan sabio, Omarcito Masud. Le ponía el barco en el puerto que quisiera del Mediterráneo, o en el Adriático, en el Tirreno.

"¿Acaso al presidente electo le interesaba la Costa Esmeralda? ¿O Formentera?".

Solo tenían que avisarle a Carolita con una semana de anticipación.

Como presidente electo, después de ganarle al Pichón Miguelucci, en plena pulseada por los puestos importantes, se impuso otra gira. Pero la billetera exclusiva de Casartelli ya no copaba la parada. Acompañaba ahora una formidable selección de lobistas con generosas tarjetas de crédito doradas o negras.

Buenos Aires-París. Al aterrizar en el aeropuerto Charles de Gaulle el diplomático ponderado Abelardo Salazar Sánchez madrugó a la delegación y le robó al presidente electo en la salida. Puerta 14. Con rigurosa habilidad, el experimentado Salazar, con su arsenal de

picardías inimaginables y portador de graves proezas en su trayectoria, invirtió apenas en el alquiler del automóvil negro de alta gama. Lo aparcó en la puerta 14 de salida del aeropuerto y con una audacia infinita, como si fuera el embajador en Francia, se lo cargó a Masud, ante el desconcierto del basquetbolista y del flaco Pécora. Solo después de tres horas, y gracias al ministro de segunda Aristóbulo Escalada, acreditado en la Unesco, pudieron recuperar al presidente electo. (Salazar con Lomuto lo habían llevado a Masud a la casa de un brujo de las afueras de París, que le suministró unos cuantos "pases mágicos").

El ministro Escalada actuaba en tándem con el consejero Milton, su jefe político. Otra vez el consejero se había desplazado desde la Arabia Inaudita para estar cerca de Masud, complacerlo y acompañarlo en las entrevistas que organizaba Escalada.

El proyecto de Milton consistía en quedarse con el armado de la política exterior del nuevo gobierno. Justificaba el esmero del ministro Aristóbulo, al que llamaban Aristi, para recolectar personajes y planificar una agenda presidencial.

La figura más difícil de conseguir había sido el barón de Rothschild, con quien Masud, secundado por Escalada, habló "de igual a igual". Como si el barón fuera una versión apenas superior de Billetera Casartelli. También Aristi entretuvo a Masud con infinidad de condesas veteranas que mantenían secretas esperanzas de ser penetradas por el próximo presidente de la Argentina. Un macho alfa de ascendencia árabe con inveterada fama de desprejuiciado, patillas exuberantes de caudillo y ropas todavía brillantes que iban a ser perfeccionadas, en poco tiempo, con el refinamiento de la sobriedad y el pelo prolijamente recortado.

Tiempos gloriosos, cuando Masud se divertía. Entre las pausas de los aeropuertos solía caminar por el shopping. Para distraerse, perseguido por la legión que procuraba complacerlo con la magia de las tarjetas doradas o negras. Bastaba que Masud contemplara con admiración algún reloj para que de pronto surgiera la tarjeta milagrosa. Billetera Casartelli ya no podía competir con los encargados de las relaciones

institucionales de las grandes empresas que casualmente coincidían en los viajes. O con cualquier empresario soñador que ansiaba expandirse, y pagar el derecho de piso (que no existía) con obsequios. Y ni hablar cuando Masud se detenía en las comparativamente accesibles corbatas de Hermes. Aparecían las tarjetas plásticas en cantidad. Se peleaban por hacerse cargo.

Especialmente literarios eran los desplazamientos del presidente electo hacia La Rioja, donde aún era el gobernador. Los hoteles estaban colmados de aventureros que aportaban propuestas. Había quienes estaban dispuestos a pagar para ser invitados a la residencia del gobernador, tener al menos cinco minutos de intimidad y sacarse una fotografía. Los perspicaces riojanos se habían acostumbrado a la llegada de aviones privados que se amontonaban en el aeropuerto austero. Por la sucesión de aterrizajes sin pausas.

Los viajeros se instalaban en el ambicioso Plaza Hotel. Tardaban dos o tres días en ser recibidos, a los efectos de conversar sobre cuestiones tangenciales del espíritu. O para recibir efectivas espiritualidades de los presuntos influyentes, sin llevarse siquiera promesas de contraprestación. Para los empresarios, o para los gerentes, se había convertido en una proeza conseguir quince minutos con Pécora, o con Reinaldo, El Bandeja Altamirano o con Kornblit. Y los riojanos estaban socialmente inflamados por tener detrás, ansiosos y con tarjetas, a los empresarios importantes, o a los lobistas que manejaban con erudición los cubiertos y hacían un curso práctico de populismo acelerado.

Acceder al presidente electo era una bendición. Masud era tan llano, amable, querible. Llegaban asustados y se iban enternecidos, masudistas convertidos y con deseos de dejarse crecer las patillas. Fotografiarse junto a Masud y su sonrisa deparaba cierta sensación de inmortalidad. Y daba suerte.

Transcurrían entonces en el Plaza Hotel las “horas Masud”, como las denominaba Tab Hunter, en el bar y con minuciosa lentitud. Cuando constaba que Masud se retiraba hacia La Rioja para desconectarse y estar ilusoriamente tranquilo. En efecto, el centro del poder se había trasladado desde la metrópoli hacia La Rioja. De pronto los empresarios infatuados encaraban la peregrinación hacia el pueblito pintoresco de Vinchina. Para recorrerlo con el fondo protector del

folklore. Vinchina, Zamba, Tierra Santa. Se mostraban entusiasmados con las aceitunas riojanas, negras o verdes. Vinchina era un oasis de paz telúrica y de magia ancestral.

Y cuando estaba Omar en Buenos Aires era un amontonamiento más anárquico. Costaba acercarse al despacho pequeño de Callao, donde Reinaldo y Pécora, con la anuencia auditora del Bandeja Altamirano, le habían preparado a Omar la oficina presidencial. Breve pero suntuosa. Con un escritorio de madera barnizada. Con la bandera argentina al costado. Y separado por un dique de contención, un patio. Instalado para los desordenados del peronismo que se proponían verlo, abrazarlo, ponerse a su disposición, aquí o en el exterior, alguna embajada siempre podía sobrar. Para los infinitos audaces que esperaban horas para proponer negocios, o hacían antesala para llegar a Altamirano, complacer al Flaco Pécora, de ser posible a Kornblit, para presentarles al socio, o entregar a la hermana como muestra de lealtad, o, si lo preferían, a la mujer.

2003

El presidente Utrera descontaba que Masud se iba a imponer en la primera ronda. Pero como arrastraba la extraordinaria imagen negativa, era imposible que venciera en la segunda. Significaba que Utrera, con cualquier muñeco, podía vengarse. El muñeco del comisario iba a ser Iván Smirak, pese a la advertencia operativa de Lito Altamirano.

“El croata ese te va a cagar, Alejo, acordate”, le decía.

Pero Utrera había preparado sigilosamente la trampera en un congreso partidario de Banfield para autorizar las tres candidaturas oficialmente peronistas.

Masud de La Rioja, Smirak de Santa Cruz y Calixto Domínguez Mendiburu del Estado Libre Asociado de San Luis.

Según la planificación de Utrera, la elección estaba servida.

El muñeco ganador debía ser el segundo. El croata.

El Profeta Masud lo había visto con claridad. Jactancia de brujo intuitivo. Tres años antes. Durante la mañana nublada, en Olivos. Cuando entre sorbos de mate cocido Omar le dijo a Iván: “Esta, gobernador, podrá ser pronto su casa”.

1989

“Tranquilo, Providencial, todo se resuelve”.

Masud llegaba dispuesto a no contemplar el espejo retrovisor. El Providencial debía apaciguarse, a la historia se le iba a ofrecer solo el perfil adecuado del humanista transparente que había recuperado el instrumento de la democracia, para consumo hasta del peor escéptico. Omar miraría hacia adelante. Se iba a concentrar en resolver los obstáculos del camino, con positiva actitud de avance. Su estilo político nada tendría que ver con la botonería de sus contemporáneos. La delación era una facultad ajena, para los inseguros que necesitaban anticipadamente justificar el fracaso. No tenía la menor intención de echar culpas, ni de hurgar entre las faltas presuntas del pasado. Aunque abundaran.

Con el Estilo Masud no había que temer. Tampoco esperar las denuncias previsiblemente fáciles, para aniquilar las bases del poder anterior. Se había agotado. Suficiente.

El Providencial necesitaba que el presidente electo, su amigo Omar, adelantara la ceremonia de asunción. Que se hiciera cargo del desastre que se avecinaba irremediablemente. Los tiempos institucionales estaban para ser respetados. Pero si se acataban las normas como correspondía, todo podía estallar con el complemento del caos.

Más allá de las consignas Masud nada tenía preparado. Aguardaba apenas el vacío expresivo de la incertidumbre. Arrastraba el emblema temido de ser imprevisible. Confiaba irracionalmente en su carisma y en su suerte.

Los empresarios inmanentes estaban sensibles como siempre. Era la manera clásica de presionar. Sin tener claro el presente, estaban extraordinariamente pesimistas con respecto al futuro. Los

atormentaban las barbaridades enunciadas por Masud durante la campaña.

Ignoraban, como lo ignoraba Masud, que llegaba precisamente para complacerlos. Para producir el efecto confianza y cambiar el clima político y económico con la inversión privada, única garantía para el crecimiento.

Paulatinamente Omar relativizaba las consignas. Las quebrantadas empresas del Estado padecían una sucesión de catastróficas gestiones. Un conjunto de deficiencias demenciales, clavos financieramente inviables. La deuda externa era tan pesada como la interna, y el cuerpo social aún estaba, aunque deteriorado, entero, y el país ya no era ejemplo de nada. Hasta la confianza daba pérdida y el déficit moral y anímico era definitivamente dramático.

Para colmo don Bernardo, el periodista influyente, impactaba todos los pecadores días y era el más escuchado por la mañana en la radio y por la tarde también, y hasta por la noche desde la televisión. La exaltación mística de don Bernardo imponía la pulverización del Estado ogro que impedía crecer.

El último alarido de la moda eran las privatizaciones. El culto a lo privado, la épica de acabar para siempre con el monumental "gasto público". El recetario privatista era incontenible y el caudillo Masud debía a disponerse a privatizar, a reformar el Estado y transformar la economía en un mundo que dinámicamente se transformaba con el desmoronamiento precipitado de la ilusión comunista.

La caída cultural de la Unión Soviética se convertía en el mayor pretexto. Justificaba la inexistencia de cualquier otro modo de acumulación que no fuera el glorioso capitalismo. Iría para adelante Masud, "sin anestesia". Aunque debiera comerse, ante la frivolidad de la historia, el mote peyorativo de neoliberal. A pesar de los peronistas tradicionales que lo acompañaban, como los suburbanos melancólicos de la banda de Utrera. Y de los militantes justicialistas que lo vivaban para que hiciera, en efecto, lo contrario. Consolidar el Estado protector. O que hiciera, mejor, lo que pudiera, con la carrindanga estancada del país paralizado. Al Providencial se le había diluido completamente el poder por las rejillas de la historia. Como se le iba a diluir, diez años después, a Masud.

La frescura cordial de la caminata por los jardines de Olivos hizo que el paseo del Providencial y Omar fuera ameno, casi agradable, a pesar de la tensión del que debía irse y la controlada ansiedad del que llegaba. El encuentro había sido tramitado por Dinápoli, un periodista transformado en el ministro innovador que tenía portación de intelecto superior y no había podido innovar en absolutamente nada. Se había afiliado al radicalismo y estimulaba la extravagancia alocada de creerse un próximo presidente.

En su epopeya, Dinápoli alcanzó a intermediar entre los dos presidentes, El Providencial agotado y Masud con su vigor tranquilo. Uno presuroso por adelantar su partida con la mochila del fracaso y el otro con la voracidad energética del que no quería fracasar. Como gobernador, el riojano astuto de Vinchina había sabido exprimir con contundencia de fondos al Providencial preocupado por precipitar su propia partida, desesperado por arrojar la toalla y rendirse de una vez ante los golpes implacables de la realidad. Para decirse “no va más, basta para mí”.

“Tranquilo, Astigueta”.

En la caminata Masud descontaba que El Providencial debía preguntarle si podía anticiparse la coronación. Se lo había planteado Dinápoli al enigmático Kornblit.

“Se lo pido, Omar, por el país”, dijo de pronto El Providencial, solemne y patrióticamente conmovido.

“Si usted lo solicita, presidente, mañana mismo puedo hacerme cargo”, dijo Masud, casi irresponsablemente montado en su audacia ilimitada.

“Le aseguro que voy a cuidarle la casa. Y duerma tranquilo, presidente. Porque sobre todo le voy a cuidar la memoria”.

Dinápoli había operado con acierto. Prefirió arreglar los términos del encuentro previamente con Kornblit, aunque El Bandeja Altamirano se sensibilizara, como el titán Scigliano. Los dos también estaban al tanto de la elaboración de la caminata.

Transcurrió el formal abrazo de los estadistas. Al partir Masud, fue el turno de la respiración aliviada del Providencial. En pocos días

podía retirarse hacia el ostracismo transitorio. Hacia las delicias del olvido manso. Al paciente ejercicio de la recuperación. El oficio de estadista siempre brindaba, después de todo, la posibilidad de la revancha.

1989 - 1991

Como vice, Masud pudo tolerar a Utrera solo cuatro meses. Costaba esquivarlo. Era insistente. Pretendía verlo cotidianamente y con planteos. Reclamaba por acuerdos que Masud no reconocía. Pero siempre Utrera estaba para pedir algo. O por alguien. Alguna embajada menor para un intendente suyo, un leal que tenía la obligación de acomodar.

"O una subsecretaría que te sobre". Alguna "direccioncita por ahí".

O por asesores con rango de secretario de Estado.

Por el raquitismo de la economía, los primeros meses del masudismo fueron angustiosos, indomables. La inflación doblegaba.

El ministro de Economía, el econométrico Pablo Rey que había aportado el Grupo BB se extinguió pronto. Duró menos de una semana. El pobre no aguantaba la dinámica de la tensión y fumaba hasta mientras dormía. Murió repentinamente estimulado por la incontenible voluntad de partir. Y Adelmo Bellini, el segundo ministro econométrico, no acertaba una ni de casualidad. A los tres meses no lo respetaba nadie, ni siquiera los colegas corporativos del BB.

Masud temía que la inflación lo volteara. Llevárselo puesto como una bufanda. El masudismo parecía que se volteaba solo, por impericia, el estigma de la mala suerte o la nunca asumida incapacidad.

1999

“1990, Flaco, el primer año, fue el peor. El gobierno era un plazo fijo. Tenía que hacer la transformación económica que a vos no te gustó, lo sé. Pero bien que supiste aprovecharla”.

“No lo niego, Omar. El tema privatista, para mí, no era lo recomendable. Pero acepto que personalmente me favoreció”.

“Te fue demasiado bien, Flaco, te felicito. Gracias, lo sé, al Mingo Espelucín. Me consta que Espelucín pedía por vos. Te daba siempre algo más de lo que te correspondía. Y aparte, por si no bastara, te asesoraba. Decía que eras el gobernador ejemplar. Supiste engañarlo bien. Igual, la senadora nos masacraba. ¡Qué dura es! Te admiro por bancarla”.

En mayo de 1990 Masud había decidido sacárselo de encima a Utrera. Para iniciar la moda que se volvería habitual. Utilizar el nivel de conocimiento popular del vicepresidente para lanzarlo después como gobernador de Buenos Aires. El vice era de exportación.

Nada barato le salió al Estado la liberación. La salida de Utrera resultó bastante cara. Se fue con el blindaje del Fondo Especial para administrar la barbarie del conurbano bonaerense. Masud logró despacharlo a Utrera con la estampilla. Pero no le resultaría fácil librarse de las posteriores molestias cotidianas. Los llamados frecuentes de Utrera para señalar críticas (y pedir siempre algo, o por alguien, como si no bastara con los lugares que tenía para repartir en Buenos Aires).

Ocurría que el gobernador Utrera se preparaba para ser el sucesor de Masud, en 1995. Era el pacto que precisamente Omar no reconocía. Lo declaraba inexistente.

“Una fantasía conurbana de Alejito”.

Tal vez, en alguna ocasión, para sacárselo de encima Masud se comprometió. Para que fuera el delfín. Su sucesor.

“El primer turno es para vos y el próximo es para mí. Acordate, Omar, que te lo pedí antes que asumieras”.

Acordado, según Utrera, cierta noche de campaña en el hotel Elevage de la calle Suipacha, donde tenía banca El Bandeja Altamirano por su socio (político) radical. En el Elevage se había decidido que Masud fuera acompañado por Utrera, de Lanús, y no por el locutor Indalecio García Palero, de Morón.

“Sucesor, Flaco, sí”. Como difundía Kornblit o Winston.

“Sucesor de las pelotas”.

Alianza para el Trabajo, la Paz y el Amor. Cárcova Güiraldes-Benavídez. Fórmula plantada para triunfar.

Iván debía dejarse jorobar con Utrera y no sobreactuar. Nadie se lo pedía. Aparte el Rata Benavídez, ahora adversario, era bastante amigo, y antes de disponer de cargos lo admiraba. Cuando Iván era un militante que nunca fue romántico, pero antes de iniciarse en la gloriosa recaudación como intendente de Río Gallegos. Cuando era un abogado sin prejuicios del montón y un peronista patagónico que llegaba a la Capital para oxigenarse. Volvía con la revista *Unidos*. Para discutir las notas con los “compañeros” de la Unidad Básica “Los muchachos peronistas”.

Y si a Iván le hubiera correspondido ser diputado junto al Rata, con seguridad lo hubiera acompañado en la ruptura. Para aprovechar la disidencia ideológica con las transformaciones económicas de Masud, salirse del esquema y degradarlo por neoliberal. Como el Rata.

El próximo inquilino que ocuparía la residencia iba a ser un radical. Pero acompañado del excompañero, el peronista Benavídez. Tan crítico de Masud como el mismo Iván. Aunque Soraya sola era más crítica que ambos sumados.

El radical Cárcova Güiraldes era un verdadero ganador que venía invicto. Había goleado a todos sus rivales. Externos e internos, los peores. Desde Dinápoli, el periodista extraño que cuando menos lo entendían más se lo respetaba. Les hablaba a los radicales de microbiología y computadoras de quinta generación. Hasta El Providencial, que lo denigraba a Cárcova por conservador, por ser un

producto intragable para la socialdemocracia e impresentable para la Tercera Internacional.

Y en la pugna interna de la Alianza del Amor y del Trabajo, el conservador Cárcova había superado hasta el máximo emblema de los derechos humanos, la noble humanista Alicia Jurado de Arizmendi, figura primordial, junto al Rata, del Frente Gigante y Progresista que arrastraba la aureola pegajosa de la transparencia.

Con los peronistas Masud y Utrera ocurría lo mismo que con los radicales Miguelucci y El Providencial. Se denigraban recíprocamente. Y Cárcova y Utrera, los contendientes de 1999, libraban la batalla cultural con los respectivos enemigos internos. El Providencial y Masud. Pero Cárcova, el ganador serial, descontaba el festejo. Había empezado a festejar un cuarto de siglo atrás. Cuando le ganó al peronismo de 1973 en el mejor momento del brujo Perón, en tiempos del león herbívoro, casi un vegano. Cuando hasta a los radicales les fascinaba la idea de ser peronistas. O se culpaban por no serlo y hasta saltaban tapias míticas para abrazar al General.

Pero Cárcova igual le ganó a don Saturnino Menéndez Bello, el equivocado candidato a senador por la Capital. Excelente persona y superior escritor. Un portador sano de nacionalismo reaccionario que entraba en contradicción con el fervor revolucionario de la época. Lo peor fue que Menéndez Bello intentó reubicarse y se largó enfáticamente a colmar de elogios a la Revolución cubana. Los suyos, los de derecha, se sintieron defraudados. Y los chiquilines de la izquierda, pese a la extraordinaria confusión imperante, no le creyeron.

Aunque fuera invencible, Cárcova arrastraba la cuestionable fama de ser muy distraído, casi tonto. Pero lo complementaba perfectamente el Rata Benavídez, el peronista que se le había escapado a Masud por izquierda. Después de haber encarado la guadaña de las “grandes transformaciones”.

“Cuando se hacen gárgaras, siempre algunas gotas se tragan”.

Benavídez había sabido explotar el flanco abierto y vulnerable de la corrupción y junto a la señora Jurado de Arizmendi monopolizaban la

redituable cuestión moral. Para instalarse limpiamente desde la ética en el supermercado de la televisión. El Rata se presentaba como el adalid de la transparencia para convertirse en el principal impugnador del líder de su propio partido que lo había defraudado, en tiempos en que la decepción se compraba barata, por dos pesos, o se decepcionaba colectivamente gratis.

Y Masud, como opositor, lo elegía al Providencial. Al Rata ni siquiera lo tomaba oficialmente en cuenta, se proponía inútilmente no subirle el precio, aunque el rápido se cotizaba solo, por su cuenta, a fuerza de discurso. Benavídez había llegado al congreso como masudista hasta que se dio vuelta para ser, de pronto, quien lo molestaba más. El Rata basureaba a Omar desde el televisor y El Gran Diario multiplicaba las agresiones y le brindaba prensa generosa porque Benavídez prendía, interesaba, y castigaba a Omar con una crueldad apenas equiparable a la de Soraya.

El Rata Benavídez, antigua referencia de Iván, era un lúcido ideólogo, un porteño emblemático con la cultura del vendedor de enciclopedias. Antes, en Río Gallegos, Iván discutía con Soraya y los muchachos de la Básica los editoriales del Rata, como los artículos del rusito Ivanov o mismo los de Levy Simón, que aparecían en *Unidos*. Melancolía del tiempo sepultado, cuando era un patagónico peronista con simpatías tendenciosas que aún no había descubierto la prepotencia del dinero. Cuando Soraya lucía la superioridad de brillante intelectual en las precarias tertulias provincianas, protegidos del viento en la Básica.

El doctor Smirak, selectivo en materia de escrúpulos, iniciaba el ascenso en el palo enjabonado del peronismo con la piadosa Unidad Básica de Río Gallegos que financiaba su cuñado, el amigo de Rondón, Caramelito Arancibia. Y con frecuencia mensual subía hacia Buenos Aires para establecer contactos. Combinaba los trámites vulgares del abogado con las relajaciones de la política para regresar, en tres días, al bufete de la Patagonia.

“Yo también lo valoré al compañero Benavídez —sorprendió Omar —. Pero cuando era un compañero intelectual, en el llano. Es hábil el

Rata. Fue diputado por mí. Era inteligente y lo creí leal. Valía. Se ganó el derecho a traicionarme".

Constaba que Masud no criticaba nunca a nadie. No hablaba tampoco nunca mal ni siquiera de Utrera. Tampoco iba a hablar mal del Rata. Ni de la veta lícita hacia la traición, concepto políticamente cuestionable.

"Benavídez fue de lo mejorcito que dio el peronismo de la capital. En su momento, 1989, ayudó. Buenos Aires nunca fue fácil para los que venimos del interior. Nadie mejor que vos, Flaco, para entenderlo. Venís bien de abajo, la Patagonia, cuesta, lo sabés".

De pronto Omar evocaba aquel mediodía en el hotel Alvear. En la calentura envolvente de la campaña. Cuando el "candidato de la silla vacía", Masud, en campaña debía hablar en el almuerzo para los diplomáticos acreditados en Buenos Aires. Embajadores que habían sido recolectados por José Orlando Veronese, un exgobernador de Mendoza que aspiraba modestamente a ser el canciller. También movilizaba diplomáticos el inapelable consejero Milton, el ministro Escalada y el hiperactivo Ahmed Vaquir.

Y justo cuando, con su puntualidad obsesiva, entraba Masud en el salón principal de la planta baja, Vaquir lo tomó del brazo.

"Tenés que conocerlo a Vaquir, Flaco. Trabaja con Gerardo, mi hermano. Trabajó también con tu amigo Levy Simón".

"Sé quién es —dijo Iván—. Es o fue senador. Otro turco más. Hay tantos".

Entonces Vaquir lo tomó del brazo al candidato Masud para decirle, en voz baja, casi en un susurro: "Jefe, le pido tres minutos ahora, están los muchachos porteños que lo esperan desde hace dos horas, quieren sacarse la foto con usted para el afiche, son los militantes rivales de Billetera Casartelli".

Retrocedió Masud, pidió disculpas. Salió por los tres minutos (que al final fueron ocho) con Vaquir, seguido de cerca por Milton mientras los miraba de reojo el irritado Veronese.

Ahí, entre los tres, estaba el compañero Benavídez.

"Ratita, cómo andamos, gracias por acompañarme, tu mujer bien, la

novia ¿todo en orden?".

Con la camperita marrón de cuero, la sonrisa austera y el rostro del militante despierto. La mirada vivaz y el gesto veloz. Dispuesto el Rata a controlar la oportunidad.

"¿Cómo adivinar que Benavídez se me iba a transformar en el más duro opositor? Imposible. Le cabe a cualquiera. Una traición en este oficio no se le niega a nadie".

Había crecido el Rata, hasta instalarse como el próximo vicepresidente de la nación. No tenía territorio propio ni para colgar una maceta. Solo mostraba su fuerza desde la trascendencia creciente de los medios. Merced a la articulación de la palabra y a los dibujos del humo.

El Rata Benavídez fue el visionario que había descubierto a tiempo el atajo de los medios. Un fenómeno que Francisco Manrique, veinte años atrás, de puro intuitivo, sospechaba que existía y que iba a tornarse con los años fundamental. Benavídez demostraba que se podía llegar a lo más alto del poder solo con la seducción del relato y desde la fosforescencia de la televisión.

"Y con algo más, entre nos, Flaco, que es muy importante. Ponerla mucho. Ponerla todo lo que se pueda. Un peronista debe vivir siempre predispuesto a colocarla".

Otra lección involuntaria. Y no por los polvos. Obviedad que Iván tenía incorporada desde "las casitas" tristes de Río Gallegos.

Había que cuidarse de los débiles. De los sin tierra. De los turritos que supieran expresarse en la televisión.

"En cuanto los débiles se fortalecen, Flaco, te masacran. Te la ponen. Siempre".

Entonces ojo: "Cuidado con cualquier turro que te aplauda para crecer".

"El diputado menos pensado te la puede clavar".

Y ni siquiera por la espalda. El puntazo es de frente. En la garganta.

1993

En otra mañana de primavera, Masud lo sorprendió a Utrera con el proyecto de reformar la Constitución.

Casualmente, Masud se encontraba en La Rioja. Y el Flaco Pécora había invitado al gobernador, el amigo y compañero Alejo, a jugar tenis en el Polideportivo de Olivos (así el periodista Verbitsky llamaba a la residencia).

Utrera había llegado con su radiante uniforme blanco de tenista. Pantalones cortos blancos, zapatillas y medias blancas. La raqueta blanca en la mano. El tenista debió enterarse por Pécora que Masud había acordado con los radicales la creación de una Convención Constituyente para elaborar la Reforma Constitucional. Contendría la cláusula exclusiva que le importaba de verdad a Masud. Aunque se hacía el distraído, para Pécora el relato tenía el sentido de una patada en los testículos del compañero Utrera. El derecho a la reelección para el presidente. Pero por una sola vez. Y elecciones cada cuatro años, nunca más de seis.

"¿Cómo una reforma?", despertó Utrera. "¿Desde cuándo? No sabía nada".

Para colmo Pécora, ante el desconcierto de Utrera, agregó: "Es el estilo oriental del jefe. El mecanismo de acción inspirado en tres pilares. Información, decisión y efecto sorpresa".

Utrera se daba cuenta. Omar lo había dormido. Los masudistas eran cagadores. Le cambiaban abruptamente las reglas del juego. Tenía ganas de pegarle un raquetazo en la cabeza a Pécora, que acentuaba en especial la cuestión del efecto sorpresa. Y con la raqueta en la mano y los pantalones cortos, Utrera se sintió ridículo. Se puso pálido. Masud era definitivamente un garca.

Debió evocar Utrera la imagen burlona del Cachorro Saldaña. El Trucho ocurrente tenía rango de secretario de Estado. Su tema: Migraciones y Población. Saldaña teorizaba sobre la perversidad del Califa. Aludía al control rigurosamente personal de la minicarpa. Como llamaba al círculo infernalmente íntimo de Masud. La mesa chica era una mesa ratona, sin lugar para otro.

"El Califa nunca respeta a nadie que se ponga los pantalones cortos en la residencia", enseñaba Saldaña con su tono académico.

"Cuando te invite a jugar al tenis o al fútbol, hay que decirle siempre que estás ocupado. Hay que poner de excusa la agenda. Problemas de gestión. Aunque te pierdas después el asado. Porque en cuanto El Califa te ve con los cortos deja de respetarte. Te manda a inflar la pelota".

Utrera, de blanco y con los cortos, simuló entereza ante el Califa ausente. Pero lo representaba Pécora. Con las medias cortas y blancas y con la raqueta blanca en la mano. Utrera debió irse sin jugar. Se le habían diluido las ganas. Ya se la iba a cobrar. Paulatinamente le crecía el rencor interior.

Después, por Altamirano, otro animador del pacto con Astigueta, El Providencial, debió enterarse de que les daban a los radicales la propina del tercer senador más. Uno más, por la minoría. En vez de dos senadores por provincia, en adelante iban a ser tres. Y también a los radicales se les aseguraba que a partir de 1995 el presidente no iba a elegir más al alcalde de la Capital. Se implantaba el voto directo para los porteños. Para que pudieran escoger su propio intendente. Aunque llamado con ínfulas "jefe de Gobierno".

El Acuerdo de Olivos estaba a punto de firmarse. Punto caramelo. Faltaban las masitas dulces para el brindis. Los cubanitos rellenos de dulce de leche. Las cuadradas con crema pastelera. Las tortitas negras, caras sucias. Los chocolates efectivos, verdes y negros, para compensar la sensibilidad espiritual y tradicionalmente democrática de los centenarios radicales que accedían a reformar para una nueva era, y diseñar la democracia del siglo veintiuno.

1999

La derrota de Utrera lo serenaba a Masud. No había tenido otra alternativa que aceptar la candidatura de Utrera para la presidencia. Imposible evitarla. Costaba admitir el sentimiento de desdén. Se jactaba Omar de no odiar ni despreciar a nadie. A lo sumo, a quien le jugaba mal, le brindaba migajas de indiferencia. A veces hasta los saludaba. Pero como quien contempla un poste del camino, o una vaca aburrida.

En 1988 Utrera le había puesto a su disposición la considerable estructura que tenía en la provincia.

"Pero si se le ganó a Sanardi fue por el carisma incomparable del Califa", le decía Lito Altamirano a Utrera.

En general se lo repetía, para verduguearlo, en los almuerzos demorados, sala comedor del sindicato del Bandeja, detrás de su despacho, donde se gestaron tantos acontecimientos y travesuras.

"Con tu aparato solo, Alejo, llegábamos a la otra cuadra. Con la Tercera no alcanza. Y el Califa hacía un desparramo cuando lo llevábamos a la Séptima, o a la Primera, y hacía un desparramo, acordate, hasta en la Capital".

Cuando todos los peronistas conservaban alguna fotografía al lado de Omar Masud. Con los dedos en V de la victoria. Para colmo también guardaban la foto, como si fuera un tesoro, los dirigentes que respondían al Tony Sanardi, pero lo querían a Omar.

Y en 1990 Masud no podía soportar la presencia del vicepresidente.

"Otro candidato mejor que vos para gobernador no tengo, Alejito".

Para sacárselo de encima, improvisaban hasta encuestas de Poliarquía. Utrera aceptó la oferta, como si se tratara de un sacrificio. Pero igual mantenía el proyecto de sucederlo en 1995.

Entonces el gobernador Utrera trataba al presidente Masud con la petulancia de creer que el mandato era un plazo fijo. Con vencimiento

“como el yogur”. Mientras tanto Masud sigilosamente alentaba el pacto con los radicales para reformar la Constitución, entregar la Capital y quedarse cuatro años más. Y nadie mejor que El Bandeja Altamirano para conseguir el objetivo.

Iván había tratado evitar, en efecto, la caída del peronismo. Hacía méritos innecesarios de lealtad, mientras su par, Utrera, se prestaba mecánicamente a la ficción de la campaña.

Para constar en actas Utrera daba vueltas por la patria, al lado del cantante Jimmy Tolengo, que le brindaba generosamente a Utrera el atributo de su popularidad. Un producto identificado con el éxito. Y con el afecto del pueblo que coreaba “con el corazón contento lleno de alegría”.

Ambos, Utrera y Tolengo, tenían la misma edad, 58 años. La edad plena del poder. Pero Utrera, muy desconfiado, no le permitía a Tolengo manejar las sutilezas de los fondos. Le iban con cuentos. Chismes de campaña entre los aventureros del peronismo que aún celebraban las frases de Perón sobre Sanardi.

“Buenos muchachos que se quedan con los vueltos”.

Como sostenía el Buscapié Ireneo, poeta santafesino e inmortal: “El billete que agarran los compañeros se pierde en la noche de los tiempos”.

Juntos, Utrera y Tolengo, enternecían. Daban sus discursos abrazados. Pronunciaba un párrafo cada uno. Desde el estribo del tren de la historia que se detenía en todas las estaciones, ante lugareños llevados por militantes, ante los disciplinados peronistas sentimentales o las señoras románticamente otoñales que estaban fascinadas por la posibilidad de verlo en persona a Tolengo y corear por “la felicidad”.

Recitaban Utrera y Tolengo como si cumplieran con el rito partidario. El mismo argumento repetido ante la euforia simulada de los bombistas que acompañaban las consignas o entonaban la marchita. Aunque estuvieran rigurosamente convencidos de que marchaban hacia el abismo imperdonable. Porque en el peronismo perder era peor que un error o un defecto.

Y a los funcionarios que no figuraban en las listas de diputados o de

concejales en condiciones de resultar electos, los esperaba el riesgo más mediocre. La nada del llano. Según la filosofía positivista de Simonetti.

"Lo tuyo, Flaco, fue meritorio —dijo Omar—. Exploraste maneras para salvar al peronismo. Pero cuando la derrota llega debe ser aceptada. ¿Qué sentido tiene negarla?".

Había que admitir la responsabilidad. O la culpa, para otros. La tarea pendiente de Utrera era ponerle con valentía la cara y el cuerpo. Hacerse dueño, encarnar la caída, hacerse cargo.

Y que se abrieran los que figuraban como incondicionales también era normal. Estaba registrado en los manuales clásicos (nunca escritos). Lógicamente había que tener coraje para arriesgarse a quedar como un infeliz por el pecado de haber perdido. Y sentirse protagonista del Teorema de Vernet, que enunciaba: "Perder no es grave. El problema es la cara de boludo que te queda".

"Me cuesta, presidente, aceptar el fenómeno de la derrota".

Mientras tanto, Omar pensaba: "Este turrito de la Patagonia me viene a sobrar a mí, me toma por b…".

Pero dijo: "Será porque, hasta ahora, Flaco, nunca perdiste. En nada. Se te dio todo servido. Ni siquiera te mataron. Pudiste rajarte de La Plata con tu compañera, sobrevivir y generar tu propia campaña. Pudiste, incluso, como gobernador, vos y la senadora, tener el permitido de criticarme. Desde la presidencia, Flaco, solo es boludo aquel que quiere serlo. Y como boludo nadie llega hasta aquí".

Para un militante peronista perder tenía un costado positivo. Como enseñanza o experiencia, aunque fuera indeseable. En alguna ocasión era hasta preferible. Para emprender la epopeya de la recuperación.

"La venganza, Flaco, se goza más que el polvo".

Para recuperarse hacía falta, en principio, caerse.

"Este turro me gasta —pensó el gobernador—. Me toma por b…".

"¿Y quién mejor que Utrera para perder, Flaco?".

Utrera tenía la personalidad justa para ser el perdedor perfecto.

“Para perder con Cárcova Güiraldes, un político que las peleó todas”, confirmaba Masud. “Y aparte es un buen hombre, algo inusual en el oficio”.

Constaba que definir a un rival como “buena persona” era lo peor que podía decirse de un político.

“Como presidente Cárcova va a ser un desastre. Jura y de inmediato comienza a debilitarse”.

Ser una buena persona pasaba a convertirse en algo perjudicial.

“Para gobernar un país de hijos de puta como la Argentina, hay que ser más hijo de puta que todos los hijos de puta que pueblan el bendito país que concentra más garcas por metro cuadrado”.

Las lecciones involuntarias eran innumerables. Para gobernar la Argentina era imprescindible ser una mala persona. Obviedad que Iván Smirak había aprendido solo. En Santa Cruz.

A ser un hijo de puta nadie le iba a ganar. Mucho menos Masud.

El siglo veinte acababa con Masud. Concluía otra etapa agotada del peronismo. La vertiente neoliberal. Había coincidido exactamente con la fumigación de la Unión Soviética. Con la avanzada prepotente del capitalismo como único sistema de acumulación.

“Omar, querido presidente, a mí no hace falta hacerme el verso”.

Tomaba confianza. Comían ahora trozos de milanesas (asadas, no fritas) con puré y ensalada. Iván lo tuteaba. Como si lo conociera desde la Básica.

“Decime que era lo que debías hacer para no caerte y te lo tomo. Pero no me vendas espejitos. Yo no compro. Los vendo”.

Cuatro años después, cuando el gobernador fuera el presidente, iba a condenar al neoliberalismo con entusiasmo. Y a pulverizar a Omar, por corrupto y entregador del patrimonio. Al cordial antecesor con el que había compartido milanesas. Cuando asistía al turno de “la construcción del poder personal”.

El uniforme peronista coincidía ahora con el fracaso de “la política transformadora” del neoliberalismo “que había conducido a la catástrofe de 2001”. Se había desmoronado. Sin construir el capitalismo ni un pepino.

Empresarios argentinos aprovecharon la valorización de sus fábricas en los años 90 para venderlas a los brasileros, a los franceses y a los españoles. Y conformarse, en adelante, con entretenerse —en el país donde todo terminaba mal— con comprar una librería o producir helados artesanales, cervezas creativas, o arriesgarse y fundar una galería de arte y vivir gran parte del año en Uruguay. Pero con la parte del león depositada en activos del exterior, o simplemente bien apretada en el interior de algunas latas, vigiladas herméticamente por los bancarios.

Repentinamente cambiaba el contexto y en el peronismo siempre se destacaba la pituitaria que advertía la situación. Se imponía reubicarse. Resignificarse. La América Latina otra vez se sentía en alza. Crecía el prestigio y la billetera del máximo locutor Hugo Chávez. Con el capital bolivariano que emocionaba a los buscapinas del subcontinente.

Brasil se imaginaba en las vísperas de la revolución popular con Lula da Silva y su innovadora reproducción peronista de las capas medias. Con la elevación de los miserables que abandonaban, paulatinamente, la pobreza. Para ilusionarse con la identidad de la capa media.

El presidente Smirak debía recitar entonces otro relato. En el Salón Blanco, mientras “construía el poder personal”. Anunciaba obras no necesariamente gigantescas que se ventilarían, una década después, en los Tribunales.

“Aquello del peso igual a un dólar fue una fantasía ingenua, la Convertibilidad nos hundió y nos castigó con el neoliberalismo genocida que nos hizo vivir un mundo irreal”.

Como correspondía al peronista del clásico manual nunca escrito, Masud debía entenderlo. Padecer la temporada de agravios. Saldos lógicos, ataques del oficio, con la honra en mesa de saldos.

2000

La receta indicaba aguantar. O exiliarse. El desafío de evitar la prisión. Las humillaciones. Pero durante el mandato del amigo Cárcova Güiraldes a Masud lo iban a encerrar. Por suerte ya no lo encerraban en un barco, ni lo enviaban en el verano al poblado más cálido de Formosa. Quedó encanado en la quinta de Tantarián, su amigo histórico. Omar se destacaría también por el hábito previsible de sorprender. Se iniciaba en otra luna de miel con la exreina de belleza de Salta, Cinthya Almirón, mujer fascinante que había sabido rejuvenecerlo y acompañarlo en la única campaña que iba a perder. Por culpa de Utrera, el vengador.

Se había quedado Masud con la imagen del gran corrupto. Pero sin dinero vivo disponible para comprarse siquiera un automóvil como los que el Estado le ponía para trasladarlo en su condición de expresidente. Aparcados en la entrada de la quinta de Tantarián, con choferes disponibles para cualquier mandado.

“La fantasía de la Convertibilidad se estiró más de la cuenta”, exclamaría Iván, dos años después. Transformado —por las maniobras de Utrera— en el presidente Smirak.

“Muchos cretinos supieron aprovechar el equívoco y se forraron mientras el pueblo languidecía y se sumergía en la miseria y desocupación”.

Continuaba Iván, mientras la senadora Soraya lo contemplaba con los ojos muy abiertos, brillantes de admiración.

“Los que sabían, los informados, los elitistas —avanzaba Iván— habían transformado oportunamente los pesos sobrantes en dólares que se fugaban hacia el resguardo. Para apretujarse en canutos”.

Sostenía Iván: “El sentido común estaba ausente y la ilusión de la Convertibilidad iba a quebrarse con los ahorros de generaciones de argentinos. A resignificarse en una pesadilla atroz que avergüenza a

los argentinos de bien, de trabajo, que sucumbieron en la ruina".

Como no era peronista, Espelucín se deprimía con los ataques de Iván, el gobernador disciplinado y ejemplar al que consideraba su amigo. Era bastante sentimental y le costaba adaptarse al pragmatismo brutal de los peronistas. A la extraordinaria facilidad para ubicarse en un esquema dinámico de cambios.

El exministro de Economía había compartido con Masud los beneficios políticos de ser los autores de la Ley de Convertibilidad. También había conscientemente competido. La Convertibilidad era la representación de la victoria en la lucha contra el virus fatal de la inflación.

Pero las condenas de Smirak comenzaron a blindar las experiencias de Espelucín. El gobernador ejemplar pasaba a transformarse en un crítico despiadado.

Quien cumplía sin quejarse, con estricta obediencia, todo aquello que se le requería, lo trataba ahora como si hubiera sido el peor enemigo del pueblo. Espelucín lo había ayudado especialmente a Smirak durante la privatización de YPF. Por ser Santa Cruz una provincia petrolera, como reparación le correspondían fondos suficientes como para proyectar el crecimiento y desarrollo de la región.

Pero aquellos fondos se diluyeron en gastos extraños de caja chica. Para sostener la maquinaria burocrática. O para penetrar el mecanismo mágico del misterio. Iván lo había celebrado a Espelucín como cualquier otro gobernador. Se estimaban.

Compartían amenas comidas en Teatriz, donde Espelucín solía invariablemente manchar sus camisas como consecuencia de las cuatro empanadas pequeñas y jugosas de la entrada. Al intentar cortarla, la empanada salpicaba. Y si la mordía era peor. El gobernador agasajaba al ministro con invitaciones solemnes a tomar café en el departamento de Montevideo y Juncal. O acaso un té de jengibre servido decorosamente por Soraya, que se tomaba el trabajo de caminar hasta Los Dos Escudos para comprar los manjares que enternecían al ministro goloso.

Pero el pragmatismo de los peronistas lo desbordaba al articulado Espelucín.

“Se resignifican los cretinos”, le explicaba a Espelucín un amigo embajador.

“Cambian con facilidad de posición como de corbata. Te traicionan mientras celebran, en simultáneo, la lealtad”.

A Espelucín le encantaba escuchar las teorías desopilantes del embajador Rastelli, al que solía visitar en Estocolmo, aunque hubiera dejado de ser ministro.

“El peronismo es la ideología del poder. Pero es el poder, amigo Espelucín, quien signa las claves de la ideología”.

Le costaba entender a Espelucín el fenómeno peronista. Y trataba de entender a Rastelli cuando le decía que el ocaso real de la Argentina había comenzado exactamente con el nacimiento de los mellizos en 1945.

El peronismo y, simultáneamente, el antiperonismo.

Espelucín no podía aceptar las modificaciones técnicas y estructurales que signaban la ideología “de esta manga de aventureros”.

Por un mero cambio de reglas, de pronto lo trataban públicamente como un fracasado. Con desequilibrios que bordeaban el ridículo.

En el mejor de los casos Espelucín debía ser interpretado como un cretino que fingía ser crédulo. Había tomado con seriedad el delirio de creer que el peso valía lo mismo que el dólar. Pero en efecto lo valía.

Y ahora Iván, estimulado por Soraya, demostraba que aquel Espelucín al que endiosaba había sido el instrumento de los poderosos. A los que protegía.

“Los 90 fueron una maldita desgracia para la Argentina”, proclamaba Iván.

“El masudismo nada tiene que ver con el peronismo que traicionó”.

Y ya ni siquiera tenía que ver con el tópico marketinero de la justicia social.

En cuatro años, aquel visitante inesperado, Iván, el Flaco de la Patagonia, con la ayuda inestimable de Utrera lo iba a expulsar a

Masud de la cancha grande de la política.

Era la primera vez que Iván lo veía con atuendo más deportivo que informal. Ropa que lo hacía aún más pequeño. Como si Masud se hubiera abreviado. Contrastaba con la altura de Iván, que para colmo estaba agrandado. Y con traje gris.

Las ambiciones de permanencia de Masud se habían frustrado. Debía abandonar el Polideportivo. Como si arrastrara la cruz de la corrupción de la "década transformadora". Derivaciones de la serie inalterable de denuncias motorizadas por la izquierda y perfectamente instaladas por el agotamiento.

Cuando Iván fuera el presidente iba a mantener a la izquierda preferiblemente controlada, tranquila y con protagonismo. Pero dentro de la red para recaudar en paz. Sin arriesgarse a las denuncias ni a los cuestionamientos morales.

Debía proporcionarles, para conformarlos, lo que pidieran.

"Si piden militares presos, hay que apresar a los militares".

Invocaciones vengativas de la justicia manipulada.

"La que voltea, en esta versión de la democracia iniciada en 1983, es la izquierda, nunca la derecha".

Funcionaba aún la fábula de la superioridad moral.

Los contados izquierdistas de Santa Cruz, asociados a los radicales, oportunamente molestaban al gobernador por los intentos de esclarecer el asunto de los fondos evaporados de Santa Cruz. Iván debía aguantarlos. Si se ponían prepotentes en las movilizaciones se les suministraban los palos correspondientes. Los merecían.

Pero cuando fuera presidente los iba a acomodar. Y no iba a permitir siquiera un empujón. Para terminar de seducirlos, debía anular, con un decreto y mil gestos, los indultos de Masud. Colmar nuevamente las mazmorras de represores presos. Aunque tuvieran más problemas por el colesterol que por las culpas. Faltas que creían superadas.

A la izquierda también había que habilitarle sueldos. Hacerla partícipe del presupuesto. Concederle reparaciones morales en cantidad. Por muertes o simplemente por exilios. Debían contar con la hegemonía total en materia de derechos humanos. Territorio liberado. Con homenajes permanentes a las Madres y las Abuelas, distinguirlas

en la primera fila de todos los actos protocolares.

Debía entonces encarar un curso práctico y acelerado de progresismo básico. Sumarse a la épica bolivariana en “el continente de la esperanza”. Y aniquilar “el accionar del neoliberalismo”. Desterrar para siempre la teoría absurda del derrame y todo aquello que oliera a masudismo rancio, a espelucinismo intrascendente, vencido, como un podrido yogur.

El tono confesional servía para envolver mentiras.

La idea de quedarse, de insistir con el esquema de la reelección imposible, era para retener al menos un poco de poder.

Concentrar algo de atención, demorar la decadencia, estirarla.

“Caso contrario, Flaco, fuiste”.

Claro que, si la idea prendía, y se daba la magia de otra reelección, “la agarraba, Flaco, no me detenía ni Levy Simón”.

El cuento del “pato rengo”, en la Argentina, era un absurdo irrelevante.

Cualquier gil se daba cuenta cuando el poder se había evaporado. Perdido. Disuelto como el azúcar en el mate cocido.

“Este turco me toma por boludo, seguro”, pensó el gobernador.

“Falta que me digas que sin el poder te sirven el café frío y ni te atienden las secretarias”, dijo mentalmente.

“Cuando te pican el boleto quedan a tu lado solo los verdaderos amigos. Los incondicionales. Son muy pocos. Y los perversos que abundan. Nunca hay que olvidarse de los perversos”.

Los que gozan con la caída de aquel que fue poderoso, y quieren mirarla de cerca.

“No hay que darles el gusto. Ni darles bola”.

1999

Mientras tanto Utrera marchaba hidalgamente hacia la derrota estipulada. A la hora relajada del vino y de la sobremesa, solía culpar a Masud. Con fundamentos lícitos.

“El Califa lo descalificaba siempre a Alejo”, aceptaba Lito Altamirano, siempre extravagante El Bandeja y divertido.

“Un tipo de porquería, ¿quién carajo es para descalificarme?”, recriminaba entonado Utrera.

El banquero Pedrosa le hacía el aguante, como el Padrino Lincoln o el Negro Tilcara. Acaso también el Japonés Insúa.

Como si la imagen de Utrera se hubiera quedado congelada con la damajuana en la cabeza. Mientras los masudistas cretinos se divertían y se jactaban de no aceptarlo. La bancadora Betty de Utrera no lo perdonaría jamás.

“¿Y quién tuvo que ponerla para que la fotografía no apareciera más?”.

Todos lo miraban a Pedrosa. Pero Utrera contaba, agradecido, que la había puesto fuera de circulación el portugués. Guimaraes disputaba en la interna del utrerismo para lograr la sucesión del caudillo que se compadecía en el lamento anticipado.

Era relativamente cierto: Omar se había esmerado en obstaculizarle el acceso. Pero porque no lo consideraba apto para sucederlo. Y tampoco respetaba el acuerdo: del 89 al 95 para Masud, y si todo salía bien, como salió, del 95 hasta 2001 para Utrera.

“Sí, Alejito, sí, dormí tranquilo, sin frazada”.

No esperaba que Masud fuera a garcarlo con la reforma de la Constitución, asociado al Providencial y por intermedio de Lito Altamirano, que tenía menos escrúpulos que su histórico compinche radical.

Scigliano dirigía la orquesta desafinada de la democracia desde

1983.

Constaba que cuando El Providencial repartía el juego de los cargos, había dicho: “A Scigliano no se le da ningún ministerio. Hay que ponerle solo dos o tres teléfonos y se las arregla hasta para dominarme a mí”.

2003

Cuatro años después, Utrera iba a esmerarse para obstaculizar el regreso de Masud. Sus recursos no requerían damajuanas. Solo encuestas de Poliarquía y de Haime, calculada frialdad e infinita sed de venganza. El objetivo era facilitar el acceso de Smirak, instrumento que se encontraba a cargo de Pepe Pedutto, ladero eficaz. Antes Utrera había probado con el cordobés Zanettini. Instrumento amigo que no prendió (estaba a cargo del bigotón Antúnez).

Para conquistar su poder propio, en la primera de cambio Smirak lo iba a expulsar a Utrera de la política. Un riesgo de manual. En 2005. Pero después de haber dejado al costado del camino en 2003 a Masud. Sin lecciones involuntarias, ni milanesas al horno ni mate cocido. Gracias a Utrera, al que Smirak debía, después, voltear. Tal como Altamirano lo vaticinara.

“El croata, Alejo, no me gusta nada, te va a cagar —le advertía Lito —. Y la Soraya esa me gusta menos. Tan cagadora como él”.

En efecto, en defensa propia y para sostenerse, Smirak debía voltearlo a Utrera. Porque Iván no era instrumento de nadie. Condenaría al benefactor al aburrimiento de contar reiteradamente las anécdotas que le quedaban. Los encuentros con Lula. El recurso a la autorreferencia para relatar lo que le dijo en una cena al colombiano Uribe, un “político de ultraderecha, pero bien intencionado”. O lo que supo comentarle a su gran amigo Juan Carlos, el Rey de España, un gallego rápido que merecía ser compañero peronista, con muchos caminos recorridos y cientos de mujeres penetradas.

“Me lo contaste tres veces, Alejo, pero puedo escucharlo de vuelta”, piadosamente decía Altamirano.

1999

“Fama de embrollón, Flaco, la tuya”. Lo sostenía Omar, sentado, ya con ganas de irse a dormir la siesta. Se había puesto la gorra blanca que tenía la inscripción “YPF” en azul. Contemplaba el horizonte, desde el jardín.

“Fama de quilombero pero de buen recaudador. Constante y prolijo”.

“Que me lo digas vos, presidente, un honor. Aunque la juntes más que yo”.

“¿Que vos, Flaco?, difícil, comparativamente soy un gil”.

El peronismo transgredía con su cultura plebeya hasta en el final.

La soledad de Omar era abrumadora. No quedaba ni Reinaldo el basquetbolista (se le había ido por un encargo). Los gobernadores, los ministros y los secretarios también se habían esfumado, como los prenseros. Por el clima envolvente de la campaña lo dejaron al presidente completamente solo, sin agenda y despreocupado. Sin ganas de agarrar los palos de golf. Y para colmo con el Flaco insoportable de regalo. Seguía nublado. Correspondía irse a dormir la siesta. Pero al Flaco se lo percibía feliz. Lo tenía al presidente solo para él, la confianza ya era casi excesiva. Hubiera deseado tenerlo así, disponible, dos o tres años atrás. Sin la melancolía anticipada del inquilino que pronto debía mudarse. Y dejar atrás la simbología. Los ritos. Las reuniones reservadas, la severa disputa por su atención. El esmero que el visitante ponía en interesarlo con un dato, una reflexión, un gol, un proyecto o un chisme. O una mujer.

El gobernador ya se sentía amigo del presidente. Para crecer debía aniquilarlo.

“Flaco, nunca fuiste mío, no soy tu jefe, sos demasiado despierto. Tu senadora me maltrata por los canales como si compitiera con el peor de mis rivales. Jamás le respondí, no iba a elevarle el precio, y no voy

a responderle ahora, que ya me voy. La Soraya es brava, me tira con lo que puede, se gana sus centímetros, minutos de exposición. La entiendo y la banco. Sé que tampoco nunca fui su jefe, aunque sé que entre Sanardi y yo me prefirió a mí. Cuando vos estabas a favor de Sanardi. Pero a esta altura, el que viene con fuerza y con ganas sos vos. Estoy por los 70 y vos estás con la edad del poder. Justo para tomar el poder. Vas para los 50. Lo natural es que quieras tener el poder que ya no tengo".

"Sí, voy por él. Pero en un par de años, presidente. Dejemos un ciclo para Cárcova, y si a Cárcova le va bien que se quede hasta 2007".

"Estás bien orientado, Flaco. Pero olvidate, Cárcova no aguanta hasta 2007. Con mucha suerte llega a 2003. Aunque se haya agrandado por ganarle siempre al peronismo".

"Un peronismo agotado, presidente", sentenció Iván, "lo hiciste mierda".

"Te equivocás de nuevo, Flaco. El peronismo es inmortal porque ya no existe. Los que existen son los peronistas. Lo que menos puedo recomendar a los peronistas con hambre de poder es que se pongan a defenderme. Ni se te ocurra. Mi obra la dejamos para la historia. Corresponde que me niegues, o que me desprecies como la Soraya. Es lo que yo haría conmigo, si fueras vos. Como lo hace muy bien tu senadora, que es astuta y sabe que la entiendo. Que nunca me voy a enojar por sus ataques. Como sí se puede enojar ella, en una situación semejante. O vos, Flaco, si te tomás muy en serio".

El programa de Omar era el golf. Pero estaba por llover.

Había pasado el mediodía y ni acechaban los secretarios. Omar e Iván compartieron hasta un lapso de silencio.

Omar no tenía nada en la agenda e Iván no tenía el menor interés en irse. Su paso pendiente consistía en llamar a su chofer y dirigirse al aeropuerto, a la zona reservada para los vuelos privados. Y volverse a Río Gallegos. O directamente al Calafate, donde estaba Soraya y debía contarle.

"Yo soy un hombre mayor y me iré a dormir la siesta, creo que solo".

Y Omar miró su reloj.

“Y el gobernador se va de trampa con alguna novia”.

Omar sabía vivir. Era algo parecido a un genio. O simplemente un amigo. Fue una estupidez no haberlo sido. El poder estaba para ejercerlo y disfrutarlo. Y a Omar lo notaba distendido, sin los brotes de tensión que percibía en sus pares, gobernadores o intendentes. El fin de ciclo debía ser necesariamente nostálgico. Pero igual mostraba su inalterable sentido del humor. Indudablemente era un jefe. Pero nunca podía haber sido un jefe suyo.

Iván también lucía cómodo, Omar lo serenaba. Su lógico nerviosismo se había disipado sin esfuerzo. Se comportaba con la desenvoltura del gobernador que nada tenía para reclamarle al presidente que ya nada le podía dar.

A la altura agónica del segundo mandato, Omar podía ofrecerle compañía, el silencio o un postre.

“Solo te pido que no me hables más de Utrera. Ni del peronismo que pierde”.

“Omar, Turco, verdaderamente, sos un grande”.

Iván se dio cuenta de que se le había escapado naturalmente el “Turco”. Como lo llamaban todos.

“El Flaco puede hablar del negocio formidable que le hizo hacer Espelucín”.

“Otro grande, Espelucín, lástima que también quiera ser presidente”.

“Loco como él solo pero un enorme funcionario. Pero tu invento nunca va a salir, olvidate”.

“El que habla del peronismo que pierde ahora sos vos”.

“Tenés razón, mejor hablemos de minas… De la hotelera, por ejemplo —sonrió Omar—. La del sombrero. Me la presentaste cuando inauguramos el aeropuerto. En El Calafate”.

Iván también sonreía, pero pretendía cambiar de tema.

“Entera, la veterana, pero linda, simpática… O mejor hablemos de fútbol, aunque seas de Racing”.

“Mejor hablar de fútbol, presidente”.

La mirada saltona de Iván era brillante, levemente inclinada,

expresiva.

"Mirá que sos bravo, Turco, eh… Propongo un intercambio confesional. Te cuento la historia con la hotelera si me contás la historia de la vedette que saltó por el balcón".

En los días previos a la derrota, Utrera se sorprendía por la capacidad del embrollón para diseñar escenarios. Hacía méritos, se esmeraba en imaginar situaciones favorables para la causa. Planteaba problemas que solo él podía resolver. Tendencia natural al armado de conspiraciones.

El triunfo de Cárcova con la Alianza para el Amor significaba el retroceso de Utrera, el único gobernador que, en efecto, soportaba a Iván.

Cuatro años después, Utrera iba a impulsarlo a Iván hacia la presidencia. Y cinco años más tarde Iván iba, como correspondía, a traicionar a Utrera.

El embrollón planificaba lanzarse hacia la presidencia en 2007. Pero Utrera iba a subastar el poder en 2003 y no encontraba oferentes. Hasta que recurrió al único que podía ponerla. Iván.

El tercer candidato, Espelucín, era el tercero cómodo. El ministro al que Iván solía invitar a comer en Teatriz, donde se manchaba las camisas con las empanadas de la entrada. Coautor de las transformaciones económicas de los 90. Fenómeno que Iván, cuando fuera presidente, iba a condenar.

El proyecto de los 90 había sido el último boceto capitalista con vocación estratégica. Correspondía que terminara invariablemente mal.

Cuatro años después Iván olvidaría su condición de amigo celebrador del economista de las camisas manchadas.

Iván, como un profesional, iba a especializarse en denigrar a Masud. A tratarlo de mufa. Al extremo de tocar madera cuando alguien lo mencionaba. Y cuando lo tenía cerca caía en la chiquilinada de hacer cuernitos con la mano.

El embrollón pretendía en 1999 que Espelucín, mediante un acuerdo, bajara la candidatura presidencial para postularlo como vice en la fórmula con Utrera, y bajar a Jimmy Tolengo y su guitarrita. Ofrecía, en el trueque, vacantes aseguradas en el gabinete. Le garantizaba el manejo de la economía, el transporte, la energía. Varias Cajas. Y el ídolo popular Jimmy Tolengo debía entender patrióticamente la jugada y conformarse con algún palo crocante, y una buena embajada, o el ministerio de Turismo, un Fondo para las Artes o cualquier tontería por el estilo.

Por la cruzada de salvar al peronismo. Insólitamente, Utrera lo atendía al embrollón, lo dejaba conspirar y diseñar. Total, ya todo estaba perdido.

Espelucín lo recibió a Iván en su departamento de Libertador. Tenía el mejor recuerdo del gobernador patagónico. Lo ponderaba con frecuencia. Por haber sido estricto con las cuentas y disponerse siempre a resolver los problemas (que en general generaba). Espelucín había ayudado a Iván para obtener los primeros 500 millones de dólares de las regalías petroleras para Santa Cruz.

La desesperación del embrollón por salvar al peronismo le deparaba alguna esperanza a Utrera, que se aferraba a las fantasías. Le fascinaba que el fiel Smirak pretendiera rescatarlo en su cuesta abajo.

Para diferenciarse, Utrera criticaba con ferocidad las medidas adoptadas por Masud y por Espelucín. Proclamaba que debían escaparse del laberinto de la Convertibilidad. Artificio que había funcionado durante más de un lustro para acabar con la inflación, pero que ahora resultaba nocivo, tóxico para la economía y la producción nacional.

Mientras tanto Cárcova, el imbatible, confirmaba en su campaña el mantenimiento de la Convertibilidad. Extendía la ilusión de la equivalencia. Cualquier argentino llevaba cien pesos a una agencia de cambios para canjearlo por cien dólares. No era mentira. Años de algarabía concreta en el país donde todo salía mal.

Sin ser político, por simple eficiencia y sentido común, Espelucín crecía en la consideración pública. En especial después de haber dejado de ser ministro. En 1996 Masud lo había despachado.

Bastaba simplemente con encarar los problemas y resolverlos. Y como Masud lo había despedido se beneficiaba personalmente con el agotamiento posterior del gobierno.

Crecía la interpretación: el gobierno había entrado en la declinación desde que lo habían despachado, con una estampilla, a Espelucín.

Iván le propuso su delirio. Pero Espelucín había aprendido lo suficiente del oficio como para no responder nunca pronto. Ni por sí ni por no. Debía pensarlo, le dijo. Racionalizarlo.

El embrollón lo había encarado con una fe conmovedora. La propuesta podía modificar la historia. Entonces Espelucín le aceptó la invitación a la comida discreta y secreta que no debía transcurrir en Teatriz. Como Utrera jugaba de local, lo invitaron a comer en El Cañón de Avellaneda, restaurante de culto suburbano. Para colmo, en esos días Utrera no cesaba de criticar la Convertibilidad desde los medios. El oficialista postulaba el final del laberinto mientras el opositor prometía mantenerlo. En una voltereta analítica, para Utrera la Convertibilidad debía superarse por exitosa. Y para el invento que patrocinaba —el Movimiento Productivo— la Convertibilidad era la fatalidad que evitaba el despegue de la economía nacional. Mientras tanto, para Cárcova, lo fundamental era mantener lo único ficticio que en realidad permanecía. La contundencia del peso igualado al dólar.

En El Cañón de Avellaneda, Utrera y Espelucín se saludaron con un abrazo.

“Bueno verte, Mingo”, dijo Utrera.

“Encantado, gracias por la invitación, se lo ve bien, gobernador, en forma”, muy vigoroso Espelucín.

Dos cordiales amigos solidariamente falsos. De Lanús, Buenos Aires y de Villa María, Córdoba. Se juntaban para escuchar otra vez las lucubraciones patagónicas del tercer amigo común. Iván se encendía. Trataba de ilusionar al caudillo del conurbano y al contador cordobés de la llanura con la fórmula Utrera-Espelucín. Ansioso por confirmarle

de inmediato la primicia al advertido Colorado Richter, de El Gran Diario de la Argentina, para transformar el dato en noticia de primera plana del día siguiente, explotar el golpe de efecto y brindar al mediodía la conferencia de prensa para impactar con la nueva fórmula.

El embrollón impresionaba con su aceleración anímica. Había pedido una pechuga de pollo asada con puré mixto y prácticamente hablaba solo, mientras Utrera, atormentado por el sobrepeso, se entretenía con un lenguadito a la parrilla y su sanitaria papa cultural. Escuchaba el embrollo de Iván pero mantenía la atención concentrada en el ofensivo arroz con mariscos que Espelucín devoraba sin el temor de mancharse la camisa celeste con rayitas blancas o la corbata azul.

“A vos, Espelucín, sacar un 10, un 12 por ciento de los votos no te sirve para nada. Por un diputado o dos vas a consolidar la victoria de Cárcova, aunque defienda tu política económica y sea otro cordobés originario. Pero hoy Cárcova es el enemigo al que se debe vencer, y aunque lo acompañe el Rata Benavídez van a venirse en banda contra el peronismo”.

Pero Espelucín no era peronista y le interesaba un pepino el porvenir inmediato del peronismo. Masticaba y contemplaba a Iván con cierta admiración por su vehemencia y apasionamiento mientras se hacía cargo de los trozos de calamar con arroz amarillo que acompañaba con un vino rosado helado. Percibía que Iván, aquel amigo gobernador que le cumplía, se comportaba como un patagónico avezado en el arte de la negociación. Pero con más entusiasmo que fundamentos. Después del último bocado, con algún granito de arroz azafranado que sobrevivió en el plato, el aficionado Espelucín se dispuso a brindarles una lección ejemplar a los dos interlocutores profesionales. Dos gobernadores y un técnico de la economía con inquietudes. Un turista de Villa María recién llegado al balneario de la política les hablaba con la inspiración ajustada al sentido común.

“Ustedes, amigos gobernadores, del oficio saben mucho más que yo. Pero para mí no se trata de aritmética. Es una cuestión de concepto”.

Utrera y Smirak se miraron. Como si se dijeran “perdimos”. O “no quiere saber nada”.

“A mi criterio —continuaba Espelucín— una jugarreta semejante no

les sirve de nada a ustedes. Pero lo grave es que tampoco me beneficia a mí".

Hizo la pausa para atender el penúltimo trago del vino rosado. Cubitos de hielo naufragaban en la copa.

"Porque, amigos gobernadores, los que piensen en votarme, nunca van a votarme si voy con usted, Utrera. Piénselo".

"En política todo es posible, es un arte…", intentó interrumpir Iván.

"Pero también estoy seguro de que los que van a votar al gobernador, tampoco lo van a votar si va conmigo. O lo van a votar solo por disciplina partidaria, por obligación y tapándose la nariz. No necesito encuestas para convencerme".

De inmediato Espelucín se dirigió exclusivamente a Smirak, el gobernador que había sido favorito.

"Entiendo, Iván, tu noble objetivo, y hasta celebro tu iniciativa que agradezco. Pero si nos unimos con Utrera nos vamos a ser un daño recíproco. Y va a ser aún más fácil para Cárcova. Que es, como les consta, mi amigo".

Ahora Espelucín se dirigía solo a Utrera.

"Lo preferible es que cada uno siga su propio camino. Que usted, don Alejo, continúe criticándome. Tarea que encara, a mi criterio, con una argumentación efectista, aunque bastante débil. Insustancial, le diría, don Alejo, aunque con una coherencia y una devoción que me habilita a felicitarlo".

Al sucesor no se lo construye. Se lo evita. Tarea para un jefe orgánicamente voraz. Omar consolidaba las sospechas de Iván. Final reservado para la invariable soledad. Para semejante inactividad ni hacía falta un secretario. Un jefe debía darse cuenta del paso del tiempo cuando los teléfonos dejaban de reclamar. Lección involuntaria del encuentro fortuito.

Carecía Iván del carácter flexible de los frecuentadores del entorno. Los amigos de Omar solían invertir horas en acompañarlo. Para ver fútbol por televisión, compartir extensos silencios, picar las milanesas cortadas en cuadrados pequeños. O las pizzas mínimas, empanadas poco más grandes que las aceitunas.

Habían sido varios los años del gobernador sin haber mantenido una conversación personal, a solas, con el presidente. Debía sortear varias instancias para conquistar la simpleza de compartir despreocupadamente un café. O los dilatados silencios.

Se conformaba con hablar de vez en cuando con Levy Simón, el ministro que no vacilaba en recibirlo. O con el Flaco Winston. Iván desconocía las instrucciones que les daba Masud a los colaboradores de confianza: "Al plomo de la Patagonia hay que darle lo que pide, ayudarlo en lo que se pueda, de lo suyo sabe. Pero por favor no me lo traigan, es insoportable".

Pero cuando Iván lo recibía a Masud en Río Gallegos lo colmaba de ponderaciones. Compartió una mesa de cordero patagónico cuando inauguraron el aeropuerto de El Calafate. Por su información calificada, aquella mañana Masud se divirtió bastante. Por los momentos de angustia que atravesaba el gobernador. Porque la hotelera, la Olguita, debía estar inexorablemente presente en el palco de las autoridades. Era la viuda del socio que había construido el aeropuerto, Darío Guerrieri. Dueña del hotel más presentable de El Calafate. Trascendía que Olguita mantenía una honda relación de intimidad con el gobernador. Malicia con fundamentos que fastidiaba a la senadora, la socia política y esposa que, en pocos años, iba a consagrarse históricamente.

Pese a las diferencias orales y morales con Masud, la senadora Soraya Gutiérrez de Smirak tampoco quería estar ausente durante las visitas del presidente a la provincia. Aunque fuera para inaugurar el aeropuerto sutilmente problemático de El Calafate.

Al ver a la viuda Olguita Guerrieri en el palco, Soraya se desequilibró. Fue el tema extraordinariamente divertido de conversación en el Tango, que produjo un corto y entretenido regreso.

La hotelera Olguita con la capellina verde, el foulard amarillo. Con el vestido verde musgo, adquirido en su penúltima estadía en París.

Antes de arrancar con el himno y los discursos, Masud, el más grande experto en trampas por el estilo, trataba de calmar al gobernador.

"A todos nos pasa, señor gobernador. Aguante la parada con dignidad".

Iván nerviosamente intentó ofrecer una media sonrisa de complicidad. Había terminado el himno y debía hablar, para "agradecer la presencia del presidente que facilitó más obras para la Patagonia, en toda su historia".

Matrimonio de poder. Socios que mantenían la relación más armónica cuando convivían en ciudades distintas y se hablaban solo por teléfono.

Soraya en Buenos Aires, Iván en Río Gallegos (con escapadas técnicas hacia El Calafate). Ambos se celaban de manera enfermiza. Pero en ciudades distintas mantenían con firmeza la plenitud.

A la futura presidenta le irritaba el rumor que aludía a la hotelera que hizo desalojar del palco. Pero quien celaba patológicamente era Iván. Se perseguía como un chiquilín con los infundios que aludían a otro senador. Un peronista atorrante y litoraleño al que apodaban Pepino por el tamaño de su instrumento. Pepino era de los varones peronistas que solían preguntar el nombre a la dama solo después de habérsela puesto.

El gobernador vivía atormentado por los rumores del cretino que "lo gorreaba". Para los mal pensados del peronismo que extendían el significado de la gorra.

Por la magnitud de los celos Iván trataba de sorprenderla. Llegaba a la capital incluso sin avisarle. El paranoico creía que podría ubicarla en los alrededores geográficos del dotado litoraleño. Lo peor, era en vano.

"Fantasmas que crea la visión", indica el tango.

Porque eran fantasías o porque nunca la podía sorprender in fraganti. Porque Soraya se enteraba al minuto de treparse Iván al avión de la gobernación. Pero una tarde, en Santa Fe, durante la Convención Constituyente que reformaba, el gobernador pasó un severo papelón que fue muy comentado.

Había llegado por la noche y la senadora no estaba en el departamento alquilado. Salió ciegamente a buscarla, con horribles pepinos en el pensamiento. Pero la encontró justo en la parrilla, junto a la diputada opulenta y transitoriamente radical que solía denunciar a

los corruptos y señalaba a los delincuentes peronistas. La radical eternamente en tránsito, Clarita Rondina, era casi amiga de Soraya, que se divertía al escucharla y al verla comer con deleite, o extasiada ante una copa helada, la Melba, cargada de ensalada de frutas y taponada con chocolate derretido. En pleno ágape gastronómicamente orgiástico el gobernador llegaba desencajado. La corbata torcida, el segundo botón de la camisa blanca sin abrochar. Transpiraba. Y Clarita, la constituyente perversa del Chaco, con la cuchara colmada de helado verde y de frutas con chocolate, le dijo: “Arrímese, señor gobernador, pídase un lomito a la riojana, comparta un vino con nosotras y pague la cuenta sin remordimientos”.

2003

Debía quitarse el poder formal de encima. Irse sin cumplir el mandato del estrellado Cárcova. Significaba adelantar las elecciones presidenciales en seis meses. Utrera se dedicó personalmente a prepararlas. Con rigor científico de encuestadores adquiridos y el resultado anunciado. Con la confianza depositada en la numerología de las encuestas, sin importar las ideas. Valían las personas. Solo debía evitar el regreso de Omar. Para fragmentar el peronismo a Utrera le sobraba capacidad. Bastó con organizar un congreso exacto y a la carta, habilitar las candidaturas disponibles, suspender la pugna interna, a cantar la marchita y congreso cerrado. Por "única vez" fueron tres las candidaturas oficiales del peronismo. Y trasladaban, por la urgencia, la lucha interna partidaria en la elección general. Lo prioritario era evitar que Masud protagonizara el regreso triunfal. Que como producto se creyera otro Perón en miniatura.

Estaba convencido Utrera de que Masud, el enemigo examigo, lo había hecho perder con Cárcova. Se imponía plantarle ahora una trampera, porque nunca podía sacar en la primera ronda más de 25, a lo sumo 26 puntos. La imagen extraordinariamente negativa completaría, en la segunda vuelta, la trampa. El trabajo de la destrucción. Debía ganar el segundo. Iván, el patagónico. Aunque El Bandeja Altamirano le asegurara la traición.

Pero a Utrera le importaba solo obstruirlo a Masud. Comparativamente su traición sería anecdótica. De manera que el perdedor de 1999 (por culpa de Masud) le devolvía la trastada. Lo haría perder en 2003. Pese al encanto marketinero de la esposa nueva, la diva salteña.

Sabiamente Omar decidía no presentarse a la segunda vuelta. Caía el ballotaje. Tarde Masud tomaba conciencia de que Alejito lo había embocado. Con la perversa arquitectura electoral diseñada para

coronar al segundo. El de Utrera. El suyo. Iván, el cisne croata.

El inquilino sorprendente de la residencia de Olivos ya era Iván Smirak y la senadora Soraya debía habituarse al rol de "primera dama" que consideraba superfluo. Un título nobiliario surcado por la frivolidad. Su obra era el presidente, que solía emitir generalidades relativamente bien comunicadas, en el Salón Blanco de la Rosada o en la sala de la residencia con fondo de jardines.

Mientras Iván discurseaba, Soraya lo contemplaba con la mirada brillante, como si no cesara de admirarlo.

Discursos fervorosamente olvidables que la "primera dama" escuchaba con concentración de discípula. Y asentía ante las frases armadas, memorizadas, que las celebraba como si se tratara del esclarecimiento filosófico.

Todo salió como Utrera lo había perfectamente calculado. En 2003 Omar le había ganado a Iván en la primera vuelta. Pero era imposible que se impusiera en la segunda. Estaba extrañamente feliz por haber truncado la epopeya módica del retorno del "garca". Por la minuciosa preparación, la sortija presidencial le correspondía a Iván. Aunque Utrera hubiera preferido conservarla.

A mediados de 2002, cuatro o cinco meses después que Cárcova se hubiera estrellado con la ayuda mancomunada y fraternal de algunos radicales y determinados peronistas, el senador Utrera —transitoriamente a cargo de la presidencia— debía subastar la sucesión.

Para el balance de la historia se quedaba con el reconocido mérito de haber rescatado a la Argentina del pozo institucional.

Pero Utrera no podía continuar. Debía concluir. E ilustrar a los interlocutores con sus experiencias en los próximos almuerzos del Tenis Club de San Telmo.

Años después iba a insinuarse que el veto de Washington había sido decisivo. La bolilla negra del Norte, para el relato, era el epílogo más digno que la matanza vulgar de dos manifestantes sociales que habían cortado el paso del puente fundamental.

Pero los "compañeros" con capacidad de conjetura se confortaban

con el cuento de la bolilla negra. Utrera era indigerible para el Departamento de Estado. Arrastraba el estigma de la sospecha por la siniestra información (probablemente mala).

Pese a la choricera de libros que había publicado contra el narcotráfico, Utrera no "pasaba la prueba del ácido". Volúmenes documentados, editados con tapas duras, con el nombre estampado "Alejo Utrera", notable político y ensayista contemporáneo.

Federico Baptista, embajador en Washington y "hombre suyo", no pudo conseguirle siquiera una audiencia de cortesía ni con el funcionario menor que se encargaba del Argentine Desk (con los aledaños Paraguay y Uruguay). Utrera pretendía viajar al Norte, presentarse igual con la dulce Betty para esclarecerlos del error, porque era una infamia. El tesón enternecía.

"Pero no te va a recibir nadie, Alejo, vas a hacer un papelón", trataba de contenerlo Altamirano.

"Vas a sacarte solo una foto con el fondo del Obelisco al pedo de Washington".

"El problema lo tiene arriba, presidente", le dijo Tomás Fornarelli, otro informador sigiloso que solía traficar con el encanto del enigma.

Con dolor profesional, Utrera ratificó la interpretación que le anticipó el ministro Lasalle entre su la nubarreda de humos. Profesional que ostentaba con la insigne chapa del prestigio económico y académico.

Lasalle era un gran buscapina de alto nivel. Mantenía deseos inconfesables de ser el elegido para sucederlo. Pero razonablemente Utrera optó por Smirak, el único que "ponía" garra y entusiasmo espiritual.

"Al final, riojanito, Alejo te la iba a poner".

Muy conforme con retirar a Masud del primer plano de la política. Y con afectarlo en el proyecto de felicidad privada.

A los 73 años, Omar mostraba la fortaleza ingenua de haberse artificialmente enamorado de una salteña bellísima que supo cumplir su rol, al extremo de acompañarlo con entereza en la quinta de Tantanián, cuando estaba preso.

Reina de Belleza, 35 años menor, fiel compañera en la apacible mazmorra de Don Torcuato.

El mejor regalo de bodas para Cinthya: convertirla en “primera dama”.

Evitarlo era el máximo acto de crueldad del vengador. “Alejito”.

Así como Masud prefirió que a Utrera le ganara Cárcova, ahora Utrera se la devolvía. Obligaba a perder al turco carismático con el croata avasallante y pragmático. Sin importarle “un carajo” el vaticinio infalible del Bandeja Altamirano.

2006

Los enemigos íntimos —Utrera y Masud— se iban a reconciliar relativamente en Roma. Tres años después, durante las exequias de Juan Pablo Segundo, el Papa polaco que había volteado la causa perdida del comunismo. Junto a Ronald Reagan, aliado en la misma fe.

En Roma, Utrera y Masud compartieron un café en la Vía del Gamberro. Fue gracias a la intermediación de otro lejano héroe de la resistencia. Pocho Calderaro no debiera pasar inadvertido entre la historia.

Un titán al que solo Omar pudo atreverse a convertirlo en "Su Excelencia". El señor embajador Gian Franco Calderaro, acreditado exactamente ante el Vaticano. Fue donde Pocho conquistó el prestigio incuestionablemente misterioso, que envidiarían todos los desorientados embajadores de la carrera diplomática. La Casa Casta.

Pero en 2006 Calderaro ya había dejado de ser embajador. Era otro desocupado que había sabido aprovechar su ahorrativo paso por la política.

En el Vaticano, Pocho había sido condecorado como Caballero de la Orden Benemérita del Concilio de Trento. Pudo ingeniarse para asistir honrosamente al sepelio del Papa y recibir a los invitados especiales de la comitiva (no oficial) de la Argentina.

Dos amigos del Gran Caballero de la Orden Benemérita, el embajador (mandato cumplido) Calderaro. Pero enemigos entre sí.

Dos expresidentes del país atosigado de italianos con hijos y nietos que se ilusionaban con volver a Italia como italianos y disparar de la Argentina.

Utrera y Masud habían sido jefes de Pocho Calderaro, en las distintas etapas de los respectivos reinados. Extenso el de Masud. Perentorio el de Utrera.

El café de la Vía del Gamberro era uno de los pocos que estaba abierto en la Roma de duelo. El Caballero Pocho se puso solemne, casi sentimental. No admitía que sus dos jefes, dos grandes amigos que habían protagonizado memorables acontecimientos juntos, se detestaran recíprocamente.

Disfrazado como estaba de Caballero de la Orden, Pocho Calderaro se sentía el privilegiado intermediario entre dos exjefes de Estado. Dos amigos que en su momento se esmeraron por hacer una Argentina grande y próspera.

El Caballero Calderaro los distraía con las generalidades de la Roma conmocionada y los enemigos estaban muy serios, ni siquiera se miraban. Por la muerte del Papa (el Caballero lo llamaba "Su Santidad"), Roma lucía radiante con sus edificios modernamente arruinados y rebosante de turistas. Con infinidad de chinos escasamente sensibilizados por el pesar de las exequias.

Los arrastró primero hacia el Greco, el café de la Vía Condotti que le fascinaba a Omar. Era su debilidad, aunque siempre le sirvieran el café tibio. Cuando era presidente, no concebía pasar por Roma sin visitar el Greco, pese a cualquier agenda cargada. Reclamaba el espacio para el café tibio. Pero el Greco estaba cerrado. Y por consejo sabio del chofer recalaron en la Vía del Gamberro, donde hasta había negocios abiertos para comprar camisas o corbatas.

Y el Caballero Pocho Calderaro ingresó al bar y restaurante del Gamberro con los dos estadistas argentinos que vestían riguroso traje oscuro y tenían los rostros oficialmente apesadumbrados.

Miradas tristes de circunstancia. Dolor por la muerte de Su Santidad. En especial al evocar cuando Masud, junto al papa Wojtyla, celebró una misa en la Iglesia Argentina de Roma. Consecuencia del inexplicable poder que ejercía Calderaro en el Vaticano, en aquel momento presente en todos los televisores del mundo.

Los estadistas se encontraban incómodos por estar juntos. Por haberse "garcado" tanto, por haberse mutuamente perjudicado. Y ahora estaban casi pegados, sin espacio entre mesas muy pequeñas del café que estaba lleno de turistas que se fotografiaban.

En sus tiempos presidenciales, el Caballero los había asistido a los dos, en separadas visitas a Su Santidad. Con la diferencia de que Utrera nunca había celebrado misa con el papa Juan Pablo. Aunque Pocho, acaso para compensarlo, le hizo colgar a Utrera una apreciable cantidad de distinciones brillantes. Fantasías de colores que adornaban y complementaban las fotografías de sus despachos. Con la importancia expresiva de los colgantes, la bijouterie de las cadenitas.

Los diplomáticos distraídos solían preguntarse por qué motivo el embajador Calderaro hacía lo que se le antojaba en el Vaticano.

Méritos secretos de la Escuela Diplomática de Munro, barrio de la infancia y la adolescencia del embajador Calderaro.

Pocho nunca fallaba. Desde el inicio de su gestión visitaba a los cardenales decisivos con la gentileza efectiva de los regalitos espirituales. Tenía una capacidad misericordiosa para la persuasión.

Ahora, Omar Masud y Alejo Utrera se encontraban unidos por un gran valor en común y no era el compartido pecado del peronismo.

Tampoco por la epopeya de la interna de 1988, cuando, con la fascinante caravana de réprobos, emprendieron la batalla de la barbarie contra la civilización.

Ahora los unificaba intensamente Iván Smirak, el presidente que los había masacrado a los dos.

Los había expulsado para siempre del primer plano, para dejarlos abandonados en la banquina. Tapados con diarios.

A Masud, por las fulminaciones cotidianas derivadas de su proyecto económico. La basura neoliberal que había implantado junto al derechista Espelucín.

“El croata, Alejito, al final resultó mucho más cretino que nosotros”.

Omar tomaba también su café tibio, con admirable resignación.

“Fuimos dos otarios, Omar, nos enfrentamos inútilmente”.

A Utrera, en cambio, Iván lo había masacrado solo para que lo respetaran. Para que nunca ningún idiota se confundiera y lo creyera un títere.

Y para que los cretinos del peronismo aprendieran que no existía nadie más turro que Iván Smirak.

“Para gobernar un país de hijos de puta como la Argentina hay que ser más hijo de puta que todos los hijos de mil puta que pueblan el bendito país”.

Con Smirak nadie jorobaba. No bastaba con respetarlo. Debían temerle. Para celebrar a Smirak, los empresarios buscapinas, los sindicalistas siempre vinculados al oficialismo, los financistas cabrones, los editores especuladores de los diarios que se alimentaban con leche de pauta, los dueños de canales con deseos de diversificarse, todos juntos, debían hacer la fila.

Para inclinarse, con firme convicción, ante la centralidad de su bragueta.

Así se trate de la cabeza del Grupo mediático más importante. O del mismo don Paolo, el pesado para sacarse de encima.

“¿A quién carajo le ganaron?”.

De pronto, preguntó Omar.

“¿Y la Betty, Alejito, está bien?”.

“De diez, Omar, ahora está más tranquila, es senadora”.

Correspondía entonces que Utrera preguntara por la salteña, que ya estaba en otra, arrodillada en Miami.

“Sé que Cinthya es una verdadera reina, que ahora está de viaje, tengo las mejores referencias”.

2005

Lito Altamirano acertaba otra vez. El croata lo iba a fumigar a Utrera en las parlamentarias de 2005. En la elección de Buenos Aires transcurrieron las escenas más crueles del peronismo conyugal. La gran batalla de Verdún. Entre la señora Beatriz de Utrera, esposa del último caudillo bonaerense, contra la experimentada senadora Soraya de Smirak. Con mil horas recorridas en canales de cable para promover el apellido del marido. Su obra. Cuando Iván era un gobernador desconocido de la provincia patagónica.

Soraya triunfó holgadamente sobre la Betty. E Iván le perforó definitivamente la provincia de Buenos Aires a Utrera, el último caudillo.

Para producir el acontecimiento espectacular de los saltos en garrocha de utreristas que dejaban de idolatrar al caudillo vencido.

Dirigentes incondicionales de Utrera clavaban la garrocha en los suburbios de La Matanza o de Quilmes o en ciudades ricas como Pergamino y San Nicolás para elevarse y aterrizar en el helipuerto de la Casa de Gobierno.

Los recibía el nuevo jefe. Iván. El vencedor que procedía del sur. El croata de la Patagonia que llegaba para cumplir con el vaticinio del Bandeja Altamirano.

Tierra arrasada. “El neoliberalismo nos dejó un desastre”.

Vociferaba Iván en el Salón Blanco, ante la aprobación de los funcionarios y de los mismos gerentes que habían aplaudido a Masud, cuando se beneficiaban con las transformaciones del maldito neoliberalismo de Espelucín.

Pero Iván los defenestraba cotidianamente sin necesidad de mencionarlos. Y mientras los condenaba podía cruzarse en su mente la

imagen de aquel Omar solitario que le brindaba inútiles lecciones involuntarias en la casona de Olivos, acompañados a la distancia por el muchacho que custodiaba los palos de golf. Lo esperaba en vano en el carrito durante la mañana nublada y ni siquiera era un profesional de inteligencia.

O después de denigrarlo lo evocaba junto a la señora amablemente riojana que le traía las milanesas cortadas, minimalistas cuadrados de pizza, aceitunas verdes y negras de Vinchina. La señora Ema era parte del inventario y ahora cocinaba para Iván los churrasquitos hervidos, con los que homenajeaba a empresarios que solían elogiarle hasta la gastronomía.

"El maldito neoliberalismo de los 90 subastó al peor postor el patrimonio de la república, fomentó el culto de la desigualdad y destruyó los pilares de la economía nacional que forjaron nuestros mayores que soñaron con una patria mejor".

Masud era indiferente a los ataques, les otorgaba la menor importancia. Aislado en la casa precaria de La Rioja, o recluido en la casa de Fátima, su hija, calle Moldes, Belgrano.

A Masud lo creían todos billonario. Pero los que se habían enriquecido de verdad durante su gobierno lo habían dejado solo. Y lo peor, seco.

"En una palabra, al Califa lo cagaron los testaferros que suponía leales", sintetizaba Lito Altamirano en los almuerzos demorados del sindicato, mientras planificaba alguna maldad.

El Bandeja enumeraba la lista extensa de los recaudadores que se la habían llevado toda y ni le dieron participación.

O más grave aún, fueron muchos los que robaron en su nombre para la corona y hasta se permitieron criticarlo para tomar distancia y tratar de acercarse a la nueva fuente de poder. Tarea imposible porque Iván era infinitamente más garca que ellos.

"Cuestiones secundarias del ejercicio del poder. Bordes marginales", tal vez sugería Omar, cuando algún fisgón lo apretaba en plena indagación informativa.

"El arte de la política es un acto de servicio, colmado de segundones vocacionales que solo están interesados en bolsiquear. Pobres tipos".

Se le habían quedado hasta con la bodega familiar y la casa de

Vinchina. Pero Omar se habituaba a perdonar a los que ahora lo denigraban.

Solía divertirse Omar cuando para raspar a Iván divulgaban por televisión videos viejos. De cuando solía reivindicarlo como el máximo benefactor de la Patagonia.

Pero Omar perdonaba a los que se habían esmerado en mostrarse oportunamente próximos y ahora justificaban la toma de distancia.

Ante el desfile incesante de los buscapinas, el altivo Masud no ofrecía un mero gesto de indignación. Tampoco de asco. Jamás les iba a dar el gusto de tenerlos en cuenta. En otra dimensión.

"Pobres los tipos que se conformaron con haber juntado un poco de dinero".

No sentía ni pena. Ni remoto desdén. Y cuando ocasionalmente los encontraba, les permitía incluso que lo saludaran con un abrazo.

Algunos le decían, aún, "jefe".

Para Espelucín era angustioso. Le costaba admitir la deslealtad.

"Explicable, Espelucín no es peronista". Altamirano.

Era apenas un economista duro pero sensible que se deprimía cuando quien lo había festejado no se atrevía a saludarlo. Como aquel interlocutor de Teatriz, el simpático patagónico, al que había apreciado, asesorado desinteresadamente. Aquel Smirak prolijo con las cuentas que aceptaba las sugerencias como si fueran órdenes.

La política no debía ser necesariamente así. Menos podía aceptar Espelucín que los cretinos descontaran que fuera millonario en dólares. Calculaban que, durante su gestión, tenía que haber juntado nunca menos de 500 millones de dólares. Inútil convencer al semejante de que Espelucín vivía de sus informes y daba conferencias donde lo contrataran. O por alguna asesoría externa que le tiraban por su prestigio, y que le servían para mostrar eficiencia. O por las participaciones en convenciones o ateneos donde lucía sus conocimientos, en giras apresuradas, aunque las invitaciones vinieran con pasaje de "clase turista". En pajarera. Era un "big man", argumentaba en inglés a quienes lo convocaban. Para que le enviaran un pasaje en una clase inmediatamente superior. Lo grave era que

nadie podía creerle. Que Espelucín no tuviera un miserable canuto de un millón de dólares. Lo tomaban como un sigiloso ocultador que fingía “empobrecimiento ilícito”.

En política, después de haber ocupado puestos de trascendencia, la carencia de fortuna personal era un error. Una severa muestra de incompetencia. Para que los respetaran, los funcionarios debían recaudar. Hacerla.

Los escépticos sostenían que Espelucín simulaba su espantosa decencia. Costaba convencer al semejante de que había sido un funcionario trasparente. En argentino básico, que había sido un pelotudo por no haberse forrado de dólares. Con las oportunidades que había tenido y con lo que se cotizaba su firma.

No haberse forrado de billetes crocantes era una manera de demostrar absoluta incompetencia en la Argentina. La transparencia perjudicaba. Después de haber manejado la transformación económica de los 90 no podía quedar en la historia como un seco. Era una profanación.

Lo que se le podía reprochar al que había manejado las cajas más importantes era bastante reprobable. La incompetencia por no haber sabido, o querido, robar.

2014

Florentino Lagarde, gobernador de Salta, tenía más ganas de ser candidato a presidente que de ser presidente. Lo decían los otros gobernadores. Sus pares que no tomaban las ambiciones presidenciales con seriedad.

Los gobernadores del denominado “interior” solían ilusionarse con encabezar un proyecto nacional, pero en general se conformaban con las gobernaciones.

Pudo lograrlo Omar Masud, desde La Rioja. O Iván Smirak, desde Santa Cruz. De los últimos en intentar la jactancia del proyecto nacional había sido Zanettini, desde Córdoba, pero sin suerte. Cuando subastaba el poder Utrera lo había tenido en cuenta. Lo hizo rodar por los canales, acompañado de Antúnez, pero Zanettini no prendió.

Mientras decantaba piadosamente la gestión de Soraya, en 2014 hacía punta Dante Cabral, el gobernador de Buenos Aires que antes había sido vicepresidente de Iván.

Soraya lo humillaba con frecuencia a Cabral. Lo subestimaba. Mientras era la presidenta, Soraya absorbía los insultos y el gobernador Cabral siempre encabezaba las encuestas. La atormentaba.

Cuando Cabral era vicepresidente del extinto marido, Soraya era senadora. Y ya entonces lo sobraba. No podía tolerar que Cabral fuera titular del Senado.

Como presidenta, desde 2007 debía tolerarlo, Cabral era el gobernador. Montado sobre el burro de su imagen positiva, Dantecito era optimista y vital y se proponía para sucederla.

En un aparte de la apasionante reunión del Consejo Federal de Inversiones, entre pares, Lagarde dijo con cínica sinceridad.

“Ninguno de nosotros hubiera soportado lo que soporta Cabral. Es incombustible. Siempre con esperanza y fe. Con la sonrisa en medio de la catástrofe. Lo admiro”.

Porque cualquier peronista, en el lugar de Cabral, al segundo desplante de la presidenta la hubiera mandado al demonio. Aunque luego no pudiera pagar los sueldos.

Ningún otro gobernador podría haber tolerado el esmeril punzante de Soraya. La frontalidad de la ofensiva contra Cabral resultaba obscena. Los avances eran devaluatorios.

Florentino tenía razón. El comportamiento de Cabral era digno de admiración. Después de once años de lealtad a Los Smirak, desde 2003, Cabral debía esmerarse para conquistar la confianza de la viuda que claramente lo despreciaba.

Llevaba cuatro años como vicepresidente de Iván (que en paz descanse). Y ya llevaba siete años como gobernador. Pero el esmiraquismo seguía sin aceptarlo. Porque no era "del palo".

A Iván, primero, y luego a Soraya, les atormentaba que a Cabral no le afectaran las caídas. Que no le entraran las balas. Rebotaban.

Los desastres seriales arrastraban a Iván con frecuencia hacia el abismo. Desde donde emprendía la aventura de la recuperación. Para Soraya era otro calvario peor.

Iván y Soraya le habían estampado la escenografía perversa de Benito Martini como vicegobernador. Con la instrucción de rasparlo. Con el rol improbable de controlar las proyecciones de Cabral.

Al final Martini también iba a ser asombrosamente leal al gobernador. Hasta convertirse en el primer fan de Cabral.

Pero Soraya no vacilaba en cercarlo. Con los permanentes pedidos de informes, a cargo de los opositores pactados.

Y con desautorizaciones lo descalificaba. Con desaires públicos, televisados con crueldad.

"Cualquiera de nosotros, en lugar de Cabral, la hubiera puteado", insistía Lagarde. "Pero Cabral se la banca, si tiene que chupar, va y la chupa más. No tengo ninguna duda".

Cabral era el único que podía ser candidato del peronismo en 2015.

"La va a doblar al final a la Soraya", aseguraba Lagarde. "Con fe y esperanzas, con aire y con sol, la tumba".

Aniquilar a Cabral era el objetivo de Soraya. Y había sido, alguna vez, el objetivo del extinto Iván. Acabar con su optimismo deplorable. El positivismo demoledor. Desbordante siempre de fe, como si fuera el permanente negador del conflicto.

Ocurría que Cabral representaba el "no conflicto". Y para el esmiraquismo solo se podía crecer a través del conflicto. Una estupidez teórica.

Fue entonces cuando Soraya forzó la transferencia de la Radio Mil, propietaria exclusiva de la audiencia de las mañanas. Influencia que se trasladaba al complemento televisivo. El Canal de la Alegría.

Tiempos del desembarco en los medios de Bartolo Sarratea, el hombre fuerte de los casinos que se introducía, por imposición de Soraya, en otro juego también riesgoso. El casino de las grandes ligas mediáticas.

Explícita consecuencia del desprecio que Soraya sentía hacia Hamurabi Habib. Propietario de la Radio Mil, de catorce radios de FM y del Canal de la Alegría.

Habib era un fenicio perspicaz que tenía el encanto comercial del libanés dotado. Era de una segunda generación de argentinos. Un maronita cultural que se encontraba capacitado para vender hasta las conciencias de sus enemigos.

El desprecio, como sentimiento, con Los Smirak era recíproco.

No podía Habib mantener con Soraya la relación comercialmente eficaz y afectivamente distante que el fenicio maronita pudo haber tenido con Iván, el autoritario insaciable pero que le cumplía. Con pauta y con consideraciones.

Se le mostraba agresivo, pero era insuperable como pagador. A la menor apretada pagaba de más.

Pero Hamurabi prefería verla a Soraya respetuosamente lejos. Alejada hasta del poder que paradójicamente exhibía.

La viuda poderosa mostraba sesgos de ingratitud. No reconocía el apoyo eufóricamente matinal de la Radio Mil, cuando a Los Smirak no les entraba una miserable bala de teflón.

Entre el apoyo (caro) de la radio del libanés, y el dichoso acompañamiento del interesado Grupo de La Corneta, editor de El

Gran Diario, el extinto Iván supo blindar los primeros cinco años de gloria recaudatoria.

Con la venta compulsiva a Bartolo, el rey del ludismo, Hamurabi conseguía el objetivo de liberarse ventajosamente de Soraya.

Pero se sentía vaciado. Ultrajado. Forrado con decenas de millones de dólares crocantes. Desprendido de los medios sentimentales que había vendido por mucho más de lo que realmente valían.

Para la venta Hamurabi era el máximo campeón. Pero con condiciones abusivas que también había sabido cotizar. Se comprometía a no tener más radios ni canales alegres por cinco años.

Igual Hamurabi los iba a embocar. Por el olfato de fenicio que le señalaba el recurso de la web. Y por persuadirse de que en la Argentina estaba todo perdido. Se radicó en Los Ángeles. No volvió más.

2003 - 2005

El pragmatismo de Iván era brutal. Suponía que La Postal, del magnate napolitano Octavio Pradelli, financiaba el proyecto político del adversario estratégico. El hijo Renato Pradelli. El Nene.

Entonces Iván decidió expropiar La Postal. Argentinizarla. Pese a que el viejo napolitano, un tano galante y penetrador, se esmeraba en tratar de hacerse amigo. Para concretar más negocios con el Estado. Su especialidad.

Pradelli padre lo enternecía a Iván, pretendía acercarse. Pero Iván lo fulminó igual. Lo argentinizó compulsivamente.

También, como gran paranoico razonable, Iván suponía que la colosal imprenta de Cecconatto, que estaba alquilada por otro italiano, Tamburini, se dedicaba a financiar el regreso político de Utrera.

Entonces Iván no vaciló en impulsar la quiebra de Cecconatto. Para quedarse también con la imprenta, con su buen amigo y confidente polista, Federico Barranco, que trabajaba en tándem con el fondo de inversión del mejicano fiduciario, que estaba entusiasmado por dedicarse a la faena grandiosa de imprimir billetes crocantes.

A través de la severa irresponsabilidad de morirse, Iván legaría a su viuda y socia Soraya un desbarajuste extraordinario. Las nociones delirantes del estilo recaudatorio.

Precipitadamente Soraya llegó a la conclusión. Debía despojarle de un saque a Cabral el aire tonificante de la propaganda que lo beneficiaba. Estilo Iván.

“La Radio Mil le da manija todo el día a Cabral porque le pone mucha lana de la provincia a Habib”.

Bastó que Godfrey le diera un poco más de máquina a Soraya. Venía cotidianamente envenenada contra Cabral, el campeón imaginario de

una categoría inventada del motociclismo deportivo.

Se presentaba como un deportista de elite. Ya superaba su límite y Soraya pretendía destrozarlo. A Cabral lo apodaban Mancuso desde el accidente terrible que había sufrido con su motocicleta en la proximidad de Rauch. Le había quedado medio brazo colgado, aún pendiente de su hombro. La otra parte del brazo quedó desparramado en la banquina. Aunque Mancuso pronto arrastraba igual el fervoroso optimismo que celebraba la Radio Mil y el Canal de la Alegría.

A Soraya le parecía ofensivo que Cabral presidiera desde el estrado la Cámara de Senadores. Era la senadora más influyente que conducía el bloque a través del senador por Río Negro, Félix Malvestiti, que le obedecía con ímpetu y actitud.

Se abnegaba en méritos porque Malvestiti aspiraba a ser gobernador de Río Negro. Pero Iván prefería que la provincia fuera gobernada por los radicales que se le sometían.

Entonces Soraya ni siquiera contemplaba al presidente del Senado. Lo maltrataba con altivez e impiedad.

“No entiende, pobrecito”, dijo una vez, en voz alta, mal, durante un debate parlamentario.

“No conoce el reglamento”.

Lo dijo para que escucharan los cronistas acreditados.

La Radio Mil apoyaba a Cabral con tanto énfasis que —para Soraya — correspondía quitársela. Como hizo en su momento Iván con La Postal de Pradelli o con la Imprenta Cecconatto de Tamburini.

Punto de partida de la invención de Bartolo Sarratea y de Palmiro de la Vega como graves empresarios de medios de comunicación.

Pero pronto las pautas de Cabral también los iba a seducir a Sarratea y a De la Vega, con el envoltorio mítico de la fe y del entusiasmo. Con sobremesas en los asados de la casona de Tigre donde Bartolo se tentaba con hacer del hipódromo de San Isidro la similar kermesse de maquinitas que había instalado en el hipódromo de Palermo.

La utopía fascinaba a la sublime paquetería del Jockey Club. Podían finalmente los tradicionales elitistas hacer alguna moneda. Pero irritaba fuertemente a los influyentes “porongas” de la Iglesia, como al

monseñor Vicente Basterrica, que operaba sobre El Gran Diario y produjo algunas portadas magistrales de domingo que provocaba insultos en Iván, desde la incomodidad del Purgatorio.

El Canal de la Alegría, CA, entraba en el combo de la venta de la Radio Mil. Para Soraya debía ser el instrumento de comunicación eficaz para marcar diferencias de estilo entre el "líquido" Cabral y el esmiraquismo sustancioso e innovador que ella representaba.

Presentaban en el CA a Soraya como lo que quería mostrar que era. Una intelectual serenamente sólida, conductora y lectora de Bauman, líder e ideóloga del peronismo moderno con referencias hegelianas.

Y a Cabral como lo que también era. Una explosión de hiperactividad, positivista y muy líquido, en la versión de Bauman y con la vacía ideología del vitalismo.

La pugna era entre el crecimiento a través del conflicto, que le recetaban los pensadores Laclau y La Chantal, con el "nopasanadismo" cabralista del "todo es igual", el consenso que reinaba a partir de la fe, la esperanza y siempre para adelante.

Entre la Radio Mil y el CA se insistía, acaso para favorecerlo a Dantecito, en la petulancia de las mediciones, el "minuto a minuto" con los números que aplastaban.

Y las mediciones solo beneficiaban ostensiblemente a Cabral, el portador de la formidable imagen positiva que acongojaba a la presidenta.

Siempre para arriba Cabral y con cifra irrelevante de rechazos.

"En la Argentina se putea al presidente y nunca al gobernador de Buenos Aires. Es una cuestión cultural".

Sensatas consideraciones de Soraya, emitidas entre quienes justificaban la adversidad de las encuestas.

"Cuando no se hace un carajo y el gobernador solo se ocupa de sonreír y de pasear en helicóptero nadie lo va a putear".

Era sistemáticamente imposible encontrar puntos de armonía entre la presidenta y el gobernador. En el fondo la estética de conflicto de Soraya nada tenía que ver con las recomendaciones de Laclau o de Chantal. Era quilombera por sí sola, tensaba la atmósfera y los

superficiales creían que aplicaba una receta. Mientras tanto el gobernador prefería no pelearse nunca con nadie.

Asesinos, ladrones, mangueros insufribles, cínicos interesados, faranduleros impunes y sacerdotes de distinta orientación debían confluir en un consenso cabralista de esperanza y de fe con los industriales, con la pequeña industria, los quiosqueros, los mendigos, los distribuidores de mandanga y todos los que luchaban juntos por llevar adelante el país, de frente y con fe, siempre para adelante, radicales y peronistas, o anarquistas, incrédulos, el gran país debía construirse con toda clase de ladrillos, con cemento o bosta, barro y sobre todo mucha voluntad, tenacidad y amor.

Confrontación de estilos que no podían compartirse. Cabral alteraba el equilibrio emocional de Soraya que solía enredarse en conflictos permanentes con los sectores fácticos de poder que denominaba "corporaciones".

Con la corporación empresarial, con los oligarcas simulados, los terratenientes sin tierras, explotadores que se la llevaban afuera y propietarios de los grandes medios de comunicación que no terminaban de aceptarla como sí aceptaron el primer tramo de su marido. Pero a ella la despreciaban. Le temían.

Eran tan garcas como los profesionales inmanentes del negocio de la Justicia que esperaban el momento para acosarla con una multitud de causas, denuncias, hostigamientos.

Corporativos que casualmente nunca entraban en conflictos con Cabral, el que desbordaba con las buenas ondas y el optimismo patológicamente avasallante que la enceguecía.

Y hasta el Grupo de La Corneta, enemigo fundamental de Soraya, celebraba a Cabral con un respetuoso tratamiento y no solo por la generosidad de la pauta, los prodigios del Operativo Sol, la publicidad del Banco Provincia, de la Lotería.

Los cornetistas trataban con consideraciones notables a Cabral solo para fastidiarla. En especial la dupla cervantina de Bagnatto y de Pando, los máximos responsables del Grupo. Con rotundas fotografías de Cabral, en página impar, en cualquier acto intrascendente, la indisponían.

Entonces desfilaba Cabral en las páginas de El Gran Diario con

positiva animosidad. Lo fotografiaban siempre sonriente, o se destacaba su rostro conmovido hasta en el velatorio de cualquier policía asesinado.

Bagnatto disfrutaba como un chico cuando editaban las peores fotos de Soraya. Procuraban encontrar alguna con la mirada amarga de mujer arpía, generalmente captada con malos gestos. Como si transmitiera muestras gráficas de irracionalidad.

Soraya constataba la impertinencia del boicot mediático que reproducía la continuidad de las puteadas estremecedoras que solo Godfrey podía contener.

Transcurría la guerra abierta de Soraya con el Grupo de La Corneta por la Ley de Medios. Y para herirla, Bagnatto instruía al Colorado Richter o a Gustavo Boa para que se prodigaran en reconocimientos elementales hacia Cabral.

Acentuaban la tendencia natural del gobernador para el consenso que hacía falta lograr en "la sociedad civilizada".

Para sobrevivir, y por intermedio de gauchito Kapucensky, el gobernador Cabral llegó a pedirles a Pando y a Bagnatto que, por su salud política interna, por favor dejaran de elogiarlo.

Prefería, más bien, que lo castigaran, que de vez en cuando lo rasparan un poco, para hacerlo sentir "del palo" entre los esmiraquistas.

Cabral era "el Pacto de la Moncloa que caminaba".

Lo decía el salteño Florentino Lagarde, candidato perpetuo.

Sin vencedores ni vencidos. Juntos todos, hermanos argentinos con la fuerza de la esperanza y de la fe en el próximo, como nos enseñaron nuestros antepasados, los próceres que instalaron las bases de la gran nación.

Para Cabral no asomaba la noción del conflicto, todo debía arreglarse con la utopía del diálogo, ejercicio naturalmente incorporado como la respiración.

La dupla cervantina se obstinaba en mantenerla desequilibrada a Soraya como si se tratara de un juego infantil. Bastaba con brindarle centímetros de columna o minutos televisivos o radiales a Cabral. Con

la sonrisa puesta en la cobertura de la inauguración más pedorra.

Por la difusión del Grupo de La Corneta, un vulgar corte de cintas se convertía en un acontecimiento de gestión.

“Es que Cabral pone fortunas en el Grupo, presidenta”.

“Se la gasta toda encima”.

Le extendían a Soraya en el escritorio los avisos del Banco Provincia, de la Lotería, de cada ministerio, del Operativo Sol sin Drogas y Drogas Sin Sol en la ruta 2 para ir a las playas donde se obsequiaban sombrillas con la inscripción “Cabral Conducción”. O con gorritos de color naranja alegre que apelaban festivamente a la sentencia “Cabral para ganar”.

La batalla prioritaria transcurría en Buenos Aires. El ensayo diario de la orquesta. Territorio que debía garantizar la consagración del “modelo sorayista”. El único modelo posible que en 2014 surcaba los rulos debía ser el de “Soraya Eterna”.

Frase creada por Celia Ugarteche, senadora que procedía del frepasito tardío y con origen relativamente progresista. Ugarteche incendiaba la actualidad política con elogios desmedidos. Se preguntaba: “¿Cómo la Argentina podía privarse de una estadista de semejante magnitud por una mezquina cuestión de reglamento?”.

“Por una norma restrictiva que debía ser corregida”.

Era un recodo decisivo de la historia. Para la senadora Ugarteche no podía prescindirse de una Conductora de magnitud semejante. De una Líder latinoamericana como la presidenta Soraya, que a lo sumo podía aparecer una (o uno) por siglo. O cada dos siglos.

No podía desperdiciarse la oportunidad histórica de tenerla “por culpa de una norma que se suplanta por otra norma”.

Los partidarios inflexibles como la senadora Ugarteche solían ufanarse ante la presencia de Cabral. Y al encontrarlo en cualquier acto de Soraya lo verdugueaban, le hacían burlas, lo contemplaban con ironía.

Eran actos transmitidos con la perversidad de la cadena nacional y en pleno horario central. Cuando Soraya se divertía secretamente por arruinar los programas que deleitaban a los opositores insustanciales.

“Si nos proponemos sacar la reelección de Soraya la sacamos con las manos atadas a la espalda”.

Lo proclamaba la sorayista senadora Ugarteche ante Cabral, que registraba el comentario con una sonrisa de aprobación.

Pero Cabral igualmente los desconcertaba. No había manera de encontrarlo nunca en mala posición. Un planteo del Incomparable Godfrey tuvo el rigor del desafío. Fue lanzado delante de testigos calificados que podían divulgarlo.

“¿Qué vas a hacer, Cabral, si lanzamos la reelección de Soraya?”.

Pero Cabral volvió a desubicarlos.

“Si la presidenta Soraya va por la reelección, al margen de cualquier interpretación de los constitucionalistas, me dispondré a apoyarla”.

Lo confirmaba por el bien y la grandeza del país. Como buen patriota, correspondía apoyarla. Porque Dante Cabral era un sorayista de la primera hora. Un sorayista fundacional.

“No es nuestro”.

Lo confirmaban los figurines que denostaban a Cabral para complacer a Soraya. El avance virulento le impugnaba hasta la identidad.

“Cabral es un invento menor de Masud. Tuvo algunos mejores”.

Para mantenerlo dominado, le habían clavado un clavel como vicegobernador. Benito Martini, el austero caudillo de Llavallol. Poeta vocacional y amigo sentimental de poetas estremecedores como Alfredo Carlino.

Pero poco le costó a Cabral contener al caudillo de Llavallol. Le expresó que admiraba su formación, y su trayectoria, sus años como exiliado en España.

Como era público, Cabral no procedía de la militancia. Confidencialmente le dijo al caudillo de Llavallol que, al contrario de lo que se creía, su maestro fundamental no había sido Masud.

“Fue Iván Smirak. Cuando me metió en la congeladora aprendí, me dio la primera gran lección”.

Pero la verdad: a quien más valoraba Cabral, como estadista, era a Soraya.

"Mujer número uno. Estratega monumental".

Como gobernador comprensivo y paternal, Cabral lo contuvo espiritualmente al Caudillo de Llavallol. Le concedió el manejo de determinados fondos. Cables atractivos de la Red Link. Para completar la ceremonia seductora con el control de una cajita negra emancipada del presupuesto. Y hasta con el regalito que provenía de otra cooperación misteriosa. Correspondía no indagar el origen. Porque Cabral tenía una confianza repentinamente infinita en el caudillo de Llavallol. Por su hombría de bien, por las referencias auspiciosas se había ganado pronto su afecto. Amigos fiables le brindaban la garantía de su caballerosidad.

Entonces Cabral le daba juego al vicegobernador. Se hacía representar en distintos eventos institucionales. Y hasta lo enviaba de viaje, siempre en su representación, como a la cumbre de gobernadores de Lyon, y a la otra gran conferencia en Dubái. Lo atendía con viáticos generosos, y siempre con algún billete crocante de más por alguna circunstancia imprevisible que no constara en el protocolo.

Entre tanta mezquindad, Cabral le proporcionaba juego propio al caudillito. Lo llamaba hasta para consultarlo. Lo sentaba en su mesa cuando llegaban a visitarlo las artistas más deseadas, faranduleras famosas a veces de antaño.

Las Olds Cats, "viejas gatos". Como irónicamente las llamaba.

Cabral se había formado como el Nene Pradelli en el ambiente farandulero y habían penetrado a las mujeres fosforescentes del universo de portadas de revista que Soraya, en efecto, descalificaba.

Y ante una gran diva algo veterana, como Melpómene Velázquez, Cabral definió al caudillo de Llavallol como "mi mano derecha". O con mayor perversidad aun: como "mi conductor".

De pronto Cabral casi abusaba del estilo cautivante. Porque llegó a decirle al celebrado vicegobernador: "Necesito que me aconsejes, Benito, orientame, decime por favor qué hago, te aseguro que yo no estoy detrás de ninguna candidatura, a mí la vida me premió lo suficiente por haber llegado hasta aquí. Pero a vos, como testigo

privilegiado de mi suerte, de mi crecimiento, te consulto. ¿Qué te parece? ¿Dejo que circule la idea de ser el próximo candidato a presidente?".

Paulatinamente Cabral lograba el propósito de reducirlo. Resultaba gracioso porque los esmiraquistas le habían puesto al caudillo de Llavallol para controlarlo. Y en cinco meses el caudillo estaba en condiciones de proclamarse como un partidario incondicional del cabralismo.

Para confortar a los que merodeaban a Soraya, el caudillo —por instrucción de Cabral— debía mostrarse levemente crítico de la orientación que el gobernador le daba a la provincia. Aunque en las reuniones sin estruendo, con los soplones alejados, el caudillo se comportaba como otro cabralista ortodoxo, positivo y sin pensamiento. Hasta convertirse en el activista solidario que participaba de los asados, que interactuaba con las Olds Cats que lo recibían como un muchacho dócil, receptivo, hasta simpático, que escribía poemas, recitaba a Carlino y era divertido.

La transformación del caudillo de Llavallol fue tan repentina como notoria. Influyó también en el logro de la convivencia cordial el Pichín Ramallo, evangelista inapelable de Cabral que se deslizaba en el territorio siempre entretenido y sospechoso del juego. Hombre de bingos, del casino, aliado del gran Bartolo Sarratea y gran jugador de póquer.

Durante una sobremesa de acercamiento, en la casona del Tigre, Pichín Ramallo le dijo: "Benito, sé que Dante Cabral te aprecia mucho, te valora, y te pido que no lo defraudes. Te tiene conceptuado como un cuadro inteligente, un firme continuador de su obra, con un futuro radiante, pero con un superior presente".

El caudillo Benito de Llavallol sentía el impacto de la valoración.

"No me vendas, Benito, esto que voy a decirte es confidencial".

Pichín Ramallo le confió que el jefe, Dante, le había dicho: "Una lástima, no le hace nada bien a Benito que los periodistas que quieren quedar bien con Soraya le atribuyan el rol de comisario político. Porque lo daña, y porque aparte es falso. Y me dijo: Benito no merece que se diga que lo pusieron para controlarme. Lo valoro, pero por sus virtudes".

Aunque Cabral fuera de “otro palo”, que viniera del motociclismo deportivo y de la farándula, Benito sintió que el gobernador era un grande. Aunque no se hubiera formado en las “unidades básicas” que aludían al mito de la militancia.

Pronto ya le costaba al caudillo aceptar las críticas que descalificaban a Cabral por haber sido lanzado a la política desde el neoliberalismo de Masud. Por ser una celebridad, un turista accidental de la política.

Mal que mal, en los años 90, los militantes peronistas forjados en las unidades básicas también habían mojado la medialuna con el masudismo. Cabral tal vez conservaba aquella vertiente neoliberal que se había apoderado del peronismo hueco. La estética aceptablemente superada desde la irrupción del compañero Iván.

Lo importante de Cabral era que mantenía la habilidad indispensable de los neoliberales para resolver los problemas existenciales de los compañeros que necesitaban prosperar económicamente y ponerla de vez en cuando, aunque fuera a los viejos gatos.

Cabral había crecido demasiado. Se justificaba la obsesión de Soraya por aniquilarlo. Su instalación popular se legitimaba desde lo más alto de las encuestas. Los números irritaban. Debía pulverizarlo.

“Son encuestas pagas. Cabral tiene alquilados a todos los encuestadores y ensobrados a todos los periodistas que marcan la agenda”.

“Cabral se vuelca encima el presupuesto de la provincia para su promoción personal. Su proyección y su crecimiento se basan en la pauta publicitaria”.

Pero las travesuras para lacerarlo resultaban insuficientes. Lo contemplaban con desdén mientras Soraya se lucía con las extensas intervenciones que Cabral escuchaba con atención y que las aprobaba con televisivos asentimientos de cabeza (las cámaras siempre lo “emponchaban”).

Y si no la aplaudía a la presidenta Soraya con entusiasmo era por la carencia del brazo que había perdido en una banquina en las afueras

de Rauch. Pero se ponía reverencialmente de pie para ser de los primeros en felicitarla.

2011

"¿Smirak? Un fuera de serie. Hacía política hasta cuando dormía. Pero le gustaba mucho la guita. Demasiado".

En principio, el dinero era sustancial para "hacer política". Después, con la totalidad del poder acumulado, el dinero pasaría a convertirse en el gran obstáculo. No había manera de gastarlo. Ni dónde ocultarlo.

La osadía más irresponsable de Iván había consistido simplemente en morirse. Tenía la obligación de vivir para resolver el quilombo que había generado con su estilo recaudatorio.

Celebrarlo como militante apasionado estaba bien. Correspondía. Podían repetirse los lugares comunes durante los aniversarios. Las verdades básicas del esmiraquismo.

"No había dejado las convicciones en la puerta de la Casa Rosada".

Fue más grave. Metió las convicciones dentro de la Casa Rosada. Las impuso. Instaló la concepción recaudatoria para construir poder.

El dinero como arsenal. Como armamento.

"Son balas", sostenía, mientras recorría con los dedos la cordillera de billetes crocantes.

"Y estas balas es mejor que las tenga yo y no mis enemigos".

Mientras conservara las balas, y mientras las balas se reprodujeran hasta el infinito, ningún turrito se le iba a hacer dueño del proyecto político. El dueño era Iván. Su dueño. Repartía el juego. Porque tenía más balas y fuerzas que todos.

Pudo imponer sus convicciones reservadas. Con el sentido perdonable de la impunidad. Como si el irresponsable ni sospechara que pronto podía partir.

La frente ensangrentada para hacerse cargo del poder que había subastado Utrera. Exactamente en mayo de 2003, Iván ingresaba (con

sus convicciones) a la Casa de Gobierno para aplicar la metodología de interpretación inspirada en la pasión recaudatoria.

Para generar los “desastres seriales” por los que Soraya después debería responder. Clave que intensificaba el dramatismo del contexto para interpretar el ciclo esmiraquista.

En 2007 Iván instalaría a Soraya en el peldaño más alto, la presidencia. Sería su máximo error estratégico. Pero para cederle el poder solo después de cesar irresponsablemente, en 2010, en El Calafate.

Un privilegiado lugar para vivir, pero muy desprotegido para morir.

El temor de los adversarios se había diluido. Pasaba por habituales momentos de sensibilidad. Se atrevían a impugnarla hasta los empresarios que la habían juntado en pala.

Tampoco la respetaban los empresarios de medios de comunicación que mantuvieron hasta último momento la tarea constante de respetar a Iván.

Florecían las denuncias. Se señalaban los negociados. La marroquinería política se situaba en el primer plano y El Especialista en componer las cuestiones judiciales ya no podía asegurar —como en los primeros años— el control emocional de los jueces y fiscales federales.

De repente, los profesionales de la justicia sentían el llamado interior de la vocación. El afán de distribuir justicia estaba explicablemente demorado.

El Especialista ya no daba abasto con todos los quilombos y los juristas ya no podían hacerse los otarios.

Durante el primer ciclo de Iván, entre 2003 y 2007, los principales empresarios solían descansar para celebrarlo luego con mayor vigor. Se amontonaban en filas desordenadas para pedirle favores, concesiones, subsidios. Y rendirle, como correspondía, los abusivos beneficios porcentuales, mientras los comunicadores compartían los desastres seriales con el aporte significativo del silencio.

Admirablemente Iván había construido su poder personal, mientras consolidaba el Sistema Recaudatorio de Acumulación, SRA, que Soraya

hubiera querido modificar. Y que trató, incluso, de prohibir la circulación de valijas.

Pero sin el SRA gobernar era imposible.

La epopeya racional del fenómeno esmiraquista, iniciado en Santa Cruz, se había nacionalizado gracias al dedo insigne de don Alejo Utrera, el último caudillo de la provincia de Buenos Aires.

El tramo de la construcción del poder personal se extiende hasta octubre de 2005. Cuando Iván le perforó a Utrera la provincia para conquistar la hegemonía total.

Coincidió históricamente con Hugo Chávez, el bolivariano lenguaraz de Venezuela. Y con el sigiloso compañero sindicalista Lula, de Brasil.

Junto a ellos, el patagónico Iván iba a permitirse el lujo abyecto de humillar al presidente de Estados Unidos, George Bush junior. En Mar del Plata. Escenario del abominable comportamiento diplomático que desperdició la última oportunidad de proyección para lo que podía llamarse América Latina.

Lula, Chávez e Iván. Tres líderes emergentes que fueron tres grandiosos equivocados.

Los extintos Chávez y Smirak se encontraban fortalecidos por la prepotencia del petróleo y de la soja.

Con astucia superior, Lula se dejaba arrastrar por los dos zarpados que provocaban al poderoso y le facilitaban la diferenciación.

Los zarpados Chávez e Iván ensayaban el infantilismo de la insolencia mientras Lula se dedicaba a apaciguar con la moderada intermediación.

Lula era, en realidad, el jefe. El Departamento de Estado lo valoraba. Era el verdadero peronista del continente que se dedicaba a reproducir clase media en una sociedad pletórica, como la brasileña, de desamparados.

Lula fue el jefe peronista y los instrumentadores fueron Chávez e Iván. Para generar con los desplantes el error más sólido de la geopolítica compartida, pero transformado en un mérito que aún es aplaudido por los aficionados superficiales que mantienen esperanzas de emancipación ilusoria.

Por el mérito de haber evitado, en la cumbre de Mar del Plata, la gestación del ALCA, el boceto del "libre comercio de las Américas". Un mercado entre Alaska y Tierra del Fuego.

Los tres estadistas equivocados desperdiciaban la oportunidad en el momento de la confluencia. Justo cuando se encontraban en las mejores condiciones de negociar ventajosamente para sus países.

Pero los tres tristes equivocados prefirieron el desafío del desmoronamiento. Para pasar a la historia absurda del heroísmo inútilmente mitificado. A partir de desperdiciar la oportunidad irrepetible y reproducir la pifiada geopolítica que los blindaría de prestigio ante los distraídos que ni sabían interpretar un mapa. Pero conservaban vestigios alterables de las ilusiones revolucionarias que tenían que ver con las trayectorias generacionales absolutamente lícitas, pero tóxicas, perjudiciales para las economías de los países condenados que se sepultaban por la portación colectiva de la necedad.

Para no ser menos equivocada que los tres estadistas —los dos zarpados y el sigiloso sindicalista—, Soraya profundizaría también el sendero fácil del error. Tenía todo su derecho también de hablarse encima. Se animó a brindarle una clase magistral al presidente Barack Obama, en el pleno del Consejo de Seguridad, y ante los televisores del mundo.

El keniano la contemplaba con explicable ternura. Soraya utilizó sus estudiados argumentos que reflejaban el rencor por no haberse evitado un pronunciamiento desfavorable de la justicia de los Estados Unidos.

Y al Especialista se le podía pedir que influyera en cualquier juzgado de la Argentina, pero debía aceptarse que no se encontraba con atribuciones para desviar un fallo de la Corte de Washington.

En su dilatada exposición, Soraya le reclamaba a Obama por no haberla rescatado de la siesta aún no asumida de la mala praxis que depositaba a la Argentina en el descenso del default.

Pero Soraya le explicaba al keniano Obama las claves estratégicas de Medio Oriente. Comparaba las negociaciones disparatadas con Irán que le valdrían la eterna bolilla negra, con las negociaciones de los

norteamericanos con Irán por la cuestión nuclear.

La cuestión que Soraya sopapeaba con sus conocimientos a Obama en Nueva York con la soberbia similar de Iván hacia Bush junior, en aquellos desplantes de Mar del Plata.

Iván había sopapeado a Bush del mismo modo que había maltratado a las corporaciones culposas que tenían el culo sucio en su país. Y abusaba de la centralidad que le deparaba el crecimiento a través del conflicto, superstición teórica que también continuaría Soraya mientras en simultáneo se pulverizaba, en efecto, con el estilo positivista y precario de Cabral, que crecía asombrosamente desde el "no conflicto" y sin pensamiento.

Con fe y esperanza y siempre para adelante Cabral le pulverizaba, en efecto, la superstición sociológica.

Iván había sopapeado a Bush como si se tratara de otro general Arrieta que aguardaba pacientemente su orden. Lo obligaba olímpicamente al incendiario general Arrieta a subirse al banquito para retirar del Colegio Militar los retratos truchos de los generales impresentables que simbolizaban la represión.

Otro desplante que le permitía construir el dichoso poder personal. Como lo permitió también maltratar a los jueces de la Suprema Corte a los que acosó sistemáticamente hasta obtener sus renuncias.

La totalidad de las corporaciones culposas debían rendirse ante la reconstrucción del poder que concentraba la figura presidencial. Un poder que después del paso chirle de Cárcova o del desfile de los presidentes fugaces, yacía indecorosamente en el piso y tapado con diarios.

Durante sus dos mandatos, Soraya no pudo disfrutar de la complacencia de la gran prensa que había acompañado a Iván durante su mandato único.

Aunque mantuviera a su lado, en el arranque, en 2007, al Premier Heriberto Mujica, el mismo jefe de Gabinete de Iván que a Soraya no le serviría para nada y debió despedirlo pronto.

Los auténticos pilares que sostuvieron el mandato de Iván habían sido otros dos poderosos, enfrentados entre sí.

Alberto Bagnatto, inmanente empresario del Grupo de La Corneta, y el temible dirigente sindical Ismael Toledo, secretario general de la Confederación General del Trabajo.

Ambos poderosos casi se pusieron de acuerdo para alejarse del esmiraquismo cuando Iván cometió el error de no ir por su reelección y hacerla presidenta a Soraya.

Junto con su escudero Bernabé Pando, en el Grupo de La Corneta, Bagnatto representaba el poder de la comunicación.

Y Toledo simbolizaba el poder del trabajo (o de su falta), al que sumaba el control de la calle, un espejismo ritual.

Soraya se disponía al delirio de "ir por todo" y estaba destinada a padecer las severas derrotas sucesivas por su fantástica adicción de emprender causas irrisoriamente perdidas. Debió improvisarse para asumir el rol de jefa que le quedaba, en efecto, grande. De Conductora de la Superstición del Movimiento Peronista. Junto al peronismo con el que convivía desde que era una muchacha de Tolosa, cuando lo tomaba como mero canal para acceder al poder. Ensoñaciones universitarias que consistían en inducir al peronismo para adaptarlo a las posiciones humeantes de la izquierda chiquilina, durante aquellos años polvorientos donde se imponía voluntariosamente la tendencia hacia el socialismo irreal.

Bagnatto y Toledo eran dos poderosos que Iván detestaba. Pero para gobernar le resultaban insustituibles. Aunque debía admitir que les temía. Solía confesarle sus reservas al interlocutor Federico Barranco, el lobista eficaz que había conquistado su confianza, con lo difícil que era.

Pero Barranco asombrosamente le había entrado también por el lado del afecto. Aunque ni siquiera fuera patagónico. Ni nacido ni criado o por opción. Y ni tampoco fuera peronista. Fredy procedía exactamente de Venado Tuerto, Santa Fe, pero había sido educado en Rosario, refinado en Buenos Aires y con experiencia en el armado artificial de empresas por diversos paraísos terrenales. Un atractivo polista que Soraya prefería mantener a la distancia. Tenía las mejores vinculaciones y la ascendencia social derivada de su condición de

polista de supuesta elite. Un rosarino cultural, despierto y portador de un casamiento afortunado. Su mujer, Catalina Robertson Ugarte, era instructora de equitación. Diestra para el salto, conocía por herencia el negocio agrario y era portadora de antiperonismo fervoroso.

En el inicio alborotado del gobierno, cuando aún lo sindicaban como un muñeco manejado por Utrera, Iván le encargó a Fredy la confección de dos investigaciones especiales.

"Tomografías informativas", las llamó Fredy.

Por el asesoramiento del lobista Iván debió recurrir al auxilio ejecutivo de profesionales en la materia. Desconfiaba de los servicios de informaciones, aunque estuvieran bajo su órbita y los manejara Jorge Abeledo, un aliado distante de Santa Cruz que se preparaba para ser gobernador.

El Barba Abeledo era un rival para mantenerlo cerca y controlado. Le contaba las costillas a Iván desde que era el intendente de Caleta Olivia. Mientras tanto Iván se las contaba desde que era intendente de Río Gallegos.

En la tomografía apareció, de pronto, en la historia, Nicolás Spinelli. Un reconocido banquero de una velocidad para desconfiarle. Otro que solía postularse para resolver los conflictos que generaba. Atravesaba un periodo de declinación. Spinelli era también estanciero, había brillado en los 90 en las proximidades afectivas de Masud y había contratado alguna vez como lobista al eficiente Fredy Barranco. La audacia de Spinelli era ilimitada y había registrado un crecimiento económico extraordinario que le supo deparar los peores enemigos. Entre ellos, el enemigo temible y principal era Alberto Bagnatto. Con el que Spinelli había sido socio, pero también competidor en alguna epopeya mediática que terminó a los balazos. Cuando quiso, en esplendor de la pelea, asustarlo. Pero prefería cargárselo.

Entonces Spinelli fue condenado por el Grupo de La Corneta. Le dedicaron 65 portadas humillantes en El Gran Diario, mientras le producían una multiplicación de demandas judiciales que no podía resolver El Especialista en su totalidad.

"Algunos penales El Especialista podía atajarle, pero muchos

entraban”.

La persecución fue sistemática e implacable. Y llegó al prestigioso Especialista a través de Abdo, el hotelero protegido de Abdenur, encargado de conectarlo con El Especialista que tenía la lista de precios y servicios de jueces, fiscales, camaristas a la carta, que incluían los indispensables aderezos informativos que portaban los cuentapropistas de la inteligencia.

Por impulso del Grupo de La Corneta, Spinelli ocupaba en la historia manipulada el rol simbólico del estafador. E ingresó en la paulatina decadencia sin retorno. Debió ocultarse durante casi un año en un campo insólito de Corrientes colmado de bañados naturales, de cocodrilos ecológicos entre pantanos insufribles. Pertenecía a Delfor Giribone. Un banquero discípulo que en su plenitud desayunaba con frula, al que Spinelli le había enseñado más de lo que sabía. Hasta a comprar estancias, hacerse exportador y ser un titán para el deporte de elite del negreo. Como correspondía, en pocos años Giribone lo iba a superar a Spinelli y ya era titular del Grupo Giribone cuando lo trasladó a Spinelli en helicóptero hacia otro campo de Trenque Lauquen que no tenía cocodrilos y a los efectos de homenajearlo con una asamblea masónica.

En Trenque Lauquen fue donde “los Frates” se juramentaron para destruir al ceo del Grupo de La Corneta. No se iban a detener hasta masacrar a Bagnatto por tóxico, y a todos los escuderos fundamentales que habían sepultado al Frate Spinelli en la ignominia.

En adelante Bagnatto se transformaba en el objeto a destruir de la Gran Logia de Los Frates. Era el exclusivo móvil de vida del Frate Spinelli y sus selectos Frates dedicados a la artesanía de la venganza. Pero ayudados por fuerzas desconocidas que se encontraban penetradas por Bagnatto. Se registraba una lucha simultánea entre las sombras esotéricas. Unánimemente reconocido como el enemigo principal, Spinelli era el más capacitado para detallar los secretos magnificados del causante de la tomografía. Fredy Barranco lo contactó.

El informe de Spinelli sobre Bagnatto, transmitido por Fredy a Iván,

no dejó ningún detalle librado a la improvisación. Conocía minuciosamente las enfermedades del causante y se las había ingeniado para recibir, en su oficina del piso 40 de Alem y Viamonte, las copias de los informes de los exámenes médicos que le realizaban meticulosamente a Bagnatto en la clínica oncológica de Chicago. Descontaba Spinelli que Bagnatto iba a partir. Y pronto. Tenía despachado el equipaje y estaba con el pasaporte en la mano. Solo aguardaba el llamado suave desde arriba para embarcar.

Al margen de los pintorescos detalles de alcobas, en la tomografía Spinelli lo presentaba a Bagnatto como un traidor orgánico.

"De los que necesitaba traicionar al semejante para vivir".

La apasionante cadena de traiciones de Bagnatto se había iniciado con Rogelio Tiberio. Un teórico bolchevique del desarrollismo que se creía el dueño ideológico de El Gran Diario, antes que se metamorfoseara como Grupo de La Corneta y se transformara en la sumatoria de empresas.

Tiberio había llevado al joven Bagnatto para trabajar en la sección contable de El Gran Diario. Era un correcto muchacho de pueblo, un "trepador social de General Villegas", limpio y diáfano y con ambiciones de progreso, que se llevó también otros dos jóvenes de Villegas para trabajar de empleados contables en lo que sería el futuro Grupo de La Corneta.

Traicionar a don Tiberio fue un acto angelical. Para Bagnatto fue un juego de niños acabar con la ficción del desarrollismo bolchevique.

Por supuesto que "el trepador social" iba a escalar en el nivel de las traiciones y supo sacarles después lo que se antojó a todos los presidentes que padecieron la desdicha de tratarlo.

Desde el General Videla hasta Masud, con escala en El Providencial y, en especial, en Utrera.

"El gran salvador que mantiene su estatua de gloria en Piedras y Caseros".

Por haber salvado a El Gran Diario con el cuento de la ley cultural de preservación histórica.

Según la topografía del Frate Spinelli, la receta de Bagnatto era

infalible. Consistía en apoyar en principio al presidente que fuera con El Gran Diario hasta obtener el fundamental beneficio para apretarlo después en el mismo Gran Diario hasta exprimirlo cuando el poder se le escurriera y estuviera en condiciones de ser arrojado a la banquina de la memoria.

La tomografía informativa de Spinelli era implacable. Podía ser recusada por el severo rencor que le profesaba al sujeto causante del estudio. Por el deseo ferviente de Los Frates de Trenque Lauquen por verlo aniquilado, pobre o preso.

Aunque tenía el prestigio en el subsuelo, Spinelli aún conservaba una digna fortuna. Ya no era aquel exitoso dueño de bancos ni de consultoras de finanzas. Pero le quedaban dos estancias para vender y tres departamentos, aparte del enorme edificio hipotecado de Alem y Viamonte donde tenía su guarida. Solía defenderse mediáticamente con la insuficiente propiedad de dos radios de "frecuencia modulada" que necesitaba también vender porque le producían pérdidas. Ya nadie le tiraba una pauta a Spinelli, siquiera mínima, aunque los puteara desde las radios. Los dólares acumulados se le esfumaban y ya vivía cargado de juicios laborales que invariablemente perdía.

El informe que le había pedido Fredy Barranco era para un inversor japonés vinculado al universo bancario. Pero Spinelli sospechó desde el comienzo que el polista se lo pedía para el presidente Smirak, al que hubiera querido conocer. Sabía que Fredy era su amigo. Pero el polista insistía con el cuento del japonés.

Por su desprestigio instalado, por su condición de mala palabra, Spinelli no podía conseguir una miserable entrevista con el presidente. Una vez fue a la Basílica de Luján detrás del fenicio Hamurabi para tratar de saludarlo. Pero Filomeno se le puso adelante y le impidió acercarse.

Por aquel legendario memorándum para el japonés, Spinelli no le pidió ni un dólar a Barranco. Pero para concluir la tomografía se permitió redactar algunas conclusiones básicas. Para sugerir, llegado el caso, la línea de acción.

Descontaba Spinelli que el único lector de la tomografía iba a ser el presidente Smirak. Y por supuesto el polista, que siempre se guardaba copias por las dudas de lo que fuera.

Para los primeros meses, Spinelli recomendaba encarar una ofensiva despiadada sobre Bagnatto.

“Hostigarle las cajas”.

Era donde “podía dolerle” a un sujeto de sus características Y luego avasallarlo con impuestos, multas en cantidad y con una nueva Ley de Comunicaciones que promoviera la carnicería de debilitarlo.

Correspondía “fulminar a Bagnatto antes que Bagnatto decidiera fulminar al japonés de referencia. Tarde o temprano. O al gobierno”.

Debía evitarse que Bagnatto le aplicara al nuevo competidor —así se tratara de otro gobierno— la técnica imbatible oportunamente utilizada con los militares de la dictadura, “a quienes les arrancó la Gran Papelera”.

O con los radicales del Providencial, “a quienes les manoteó la Radio Meridiana y el Canal 8”. Y por último a los relativos peronistas de Masud, a los que “hizo percha” (traducir su equivalente en japonés) y les sacó Canal 15.

“Tendrá, el señor Kaganuchi o quien sea, que aguantarse veinte o treinta portadas de El Gran Diario. Son bastante desagradables”, especificó.

“Pero con una estrategia clara y convicciones firmes las portadas pueden soportarse”.

Para concluir: “Cuenta solo con titulares y calumnias. Pero con la pólvora mojada. Nada demasiado grave. Triste hojarasca para el olvido”.

La tomografía del Negro Toledo ya era innecesaria. Después de ser presentada la tomografía de Bagnatto, no tenía sentido. Suficiente para que Iván tomara la decisión.

Abundaban los peronistas que estaban cargados de reservas y de prevenciones sobre Toledo. Temible causante que les extirpaba afiliados a los colegas sindicalistas. Pero en general se lo admiraba hasta la exageración. Lo tenían sindicado como un sinónimo del poder. O más aún: un producto del poder.

Iván instruyó a un secretario de Estado de perfil bajo, discreto y rápido, para que contratara a dos gavilanes del derecho y estudiaran

las vulnerabilidades de Toledo. Para indagar desde dónde eventualmente se le podía entrar en materia judicial. Y cómo.

El pasado del Negro Toledo fue estrujado analíticamente en la prehistoria del sindicalismo peronista de derecha. Se buscaron testimonios sobre su participación en los actos de violencia en Necochea, en los tiempos verdes de la Juventud Sindical Peronista. Y también se indagó en los aspectos comerciales misteriosos. En el caudaloso negocio de la basura. Y hasta en los diretes exagerados que aludían a las distribuciones camioneras por la totalidad del país.

En rigurosa soledad, con las dos tomografías informativas sobre la mesa, Iván tomó la decisión más inteligente. Directa y pragmática. Y le dijo a Filomeno: “Lo sensato que se impone es arreglar. No combatirlos. Meterlos en la bolsa”.

Lo conveniente era atraerlos, tentarlos, mantenerlos a favor, asociarse. Convertirlos en parte gravitante del modelo. Junto a los artesanos progresistas del humanismo. Con la izquierda controlada y adentro, felizmente aceitada. Con los militares presos para entretener a los revolucionarios y con las cajitas dispersas para hacer más amable la vida espiritual.

Guerra de convalecientes en terapia intensiva.

Entre dos pacientes principales. Bagnatto, figura fuerte del Grupo de La Corneta, e Iván Smirak, expresidente de la Argentina.

Los dos poderosos, el ceo y el presidente, en ese orden, habían sido aliados durante los cuatro años de gobierno. Conformaron una invulnerable sociedad de beneficios mutuos.

La Corneta, mientras tanto, se extendía económicamente.

Iván lo llevaba de la mano a Bagnatto, que estaba interesado en lograr la megafusión de las dos grandes empresas que ejercían el monopolio de la comunicación.

En trueque tácito por la megafusión, Iván blindaba la concepción recaudatoria del poder. Recaudaba con parsimonia y tranquilidad. Libre, emancipado, sin depender de ningún grupo poderoso que se forrara por su esfuerzo para conquistar (el poder).

“Yo soy mi propio Abdenur”, se ufanaba Iván.

“No me hace falta ningún Jorge Antonio Zaker”.

Se jactaba ante su confidente Barranco, que le celebraba el triunfo.

“Para recaudar estoy yo. No necesito cuñados”.

Ningún cretino le iba a ganar. Demostraba que era más capaz que cualquiera para acumular una fortuna inimaginable.

En el periodo tenso de la construcción del poder personal, necesitaba contar con el acompañamiento incondicional del Grupo de La Corneta, que tenía el monopolio de la prensa tradicional. La escrita, editada en papel, y la penetrante prensa televisiva. O la que circulaba por la radio, en los lapsos libres que dejaran los avisos publicitarios.

La expresión radial también la tenía en el bolso, gracias a los servicios bien cotizados del fenicio Hamurabi. Otro pesado que le resultaba de utilidad desde la Radio Mil.

Era imposible, en los cuatro años del primer tramo, que a Iván le entrara alguna bala terminal. La estabilidad estaba asegurada.

El arquitecto Fresnedas fue el único que alcanzó a alterarlo con su dolor perfectamente administrado. El hombre creíble de rostro pálido y europeo, siempre con barba prolijamente desordenada de tres días, desató un berenjenal de solidaridad. Cautivaba a las señoras sensiblemente apasionadas por las causas buenas y justas. Le habían asesinado a Johny, su hijo.

El padre doliente se dedicó a ejercer por su cuenta el reclamo de justicia y supo embocar a Iván con la explotación de la inseguridad. Ponía el acento en la delincuencia y en la ineficacia de la policía y de la justicia para combatirla. Arrancó con entrevistas televisivas y siguió con la organización de marchas en principio silenciosas. Ciudadanos honorables portaban velas, exhibían carteles con la imagen límpida de Johny Fresnedas y pronto se convocaban cientos de miles de respetuosos, en la plaza del Congreso o en la plaza de Tribunales y en cualquier momento frente a la Casa de Gobierno.

Iván le tenía terror a Fresnedas y sus movilizaciones. Temía que la multitud solidaria se le concentrara con la ceremonia de las velitas en la Plaza de Mayo y fuera aprovechado por los anarquistas, por los marginales de la política, para apedrearlo e insultarlo.

Pronto las marchas de Fresnedas se convirtieron en marchas contra el gobierno por la falta de seguridad. Un mero gesto de Fresnedas podía habilitar el vendaval. En algún momento de las conmovedoras concentraciones, alumbrado por la luz impresionista de los miles de velas, con los ojos nostálgicos, siempre al borde del llanto que contenía, Fresnedas se dirigía a la multitud. E Iván casi temblaba al contemplar el espectáculo transmitido en directo por todos los canales de televisión.

Paulatinamente Iván decidía controlar, como fuera, a Fresnedas. Se propuso reclutarlo, tenerlo también a su servicio. Comenzó la tarea relativamente elegante de captarlo. Se dedicó a solidarizarse con Fresnedas, hacer suyas sus palabras como le correspondía a un funcionario comprensivo y solidario.

Debía entonces atraerlo. Lo recibió en principio en audiencia especial. Después lo llamaba por teléfono tres veces diarias, lograba que sus delirantes ideas represivas fueran traducidas en leyes sabias para el parlamento. Lo hacía participar de las reuniones parlamentarias de la comisión de seguridad. Por supuesto también Iván estimuló la creación de la Fundación Fresnedas para la Justicia y por la Vida, y autorizó subsidios estremecedores.

La cuestión es que, en menos de dos meses, el arquitecto pálido, dolorido padre europeo de rostro creíble y permanente barba de tres días, participaba de las grandes paradas del esmiraquismo.

El arquitecto también se pronunciaba a favor de las insostenibles causas perdidas que generaba Iván. Como combatir, sin ir más lejos, las papeleras belgas que se construían en Uruguay, porque apestaban el aire sublime del balneario de Gualeguaychú.

Junto a la casi totalidad de los gobernadores que aportaban para la Fundación Fresnedas por orden de Iván, el arquitecto Fresnedas participó de la colosal parada de protesta organizada en el Corsódromo de Gualeguaychú.

Fue donde Iván, con la presencia de las damas dignamente estampadas que simbolizaban la lucha por los derechos humanos, y con todo el plantel institucional, lanzaba con dramatismo patriótico la movida jurídica internacional. Para ser más dramático aún, en la Corte Internacional de La Haya, Iván iba a perder, por goleada.

En terapia intensiva, Bagnatto y Smirak (con la ayuda del paciente Spinelli), para espanto de las enfermeras y los curanderos, se tiraban con los sueros. Volaban las jeringas, los tubos de oxígeno.

En la Guerra de Convalecientes pugnaban por amordazarse recíprocamente con las vendas. Se arrojaban hasta con el líquido amarillento de los papagayos. Los tres tenían una infinita capacidad de daño.

Pero Iván se equivocaba. Creía que Bagnatto iba a morirse primero.

Y como Soraya ahora presidía, Iván podía castigar a Bagnatto con mayor crueldad. La estrategia de aniquilar a Bagnatto se inspiraba en las informaciones que le proporcionaba a Iván el tercer paciente de la sala de terapia intensiva. Nicolás Spinelli, el complementario que le arrojaba a Bagnatto hasta almohadas.

El legendario Spinelli solía recibir visitas secretas en el piso más alto del edificio desde donde trataba de ver Colonia, en “días claros” según el poeta Sánchez Sorondo. Pero Spinelli y Bagnatto arrastraban rencores implacables por negocios conflictivos compartidos en los años 90 que Iván solía condenar, aunque había sido útil para su enriquecimiento institucional y personal.

Pero Bagnatto, después del distanciamiento, lo consideraba a Spinelli “apenas un delincuente”, como aquel film con Jorge Salcedo.

En su momento, Bagnatto había ordenado que masacraran a Spinelli en todos los medios del Grupo, en portadas preferenciales, hasta destruirlo. Pero ahora, preocupado por su salud, lo tenía olvidado.

Lo creía fuera de juego. Era solo molesto, para él, como un mosquito nocturno. Y cuando su lugarteniente Pando le recordaba a Bagnatto que Spinelli había contratado al Especialista y se encontraba aún operativo, apenas ofrecía una mueca de desdén.

Lo tenía registrado en la memoria, en sus inicios, como un buscavidas vulgar, acaso algo pintoresco, que impresionaba a los incautos cuando les hacía bailar la conga o el tango a los caballos de su estancia. Para entretener a los turistas que les pagaban a los

chacareros que ofrecían un día de campo, con show completo, con churrascos (a la parrilla, nunca hervidos), con provoletas y chorizos, empanadas y caballos bailarines. También Spinelli organizaba bailongos de caballos en los monótonos eventos anuales de la Sociedad Rural.

Para Spinelli, desde pequeño, Bagnatto jugueteaba con ganzúas en el moisés. A su criterio, era un descuidista exitoso que había ligado la sortija del poder, al engañar a la viuda fiestera y anexarla en la traición a Los Tiberio.

Pese al incremento de su poder, a Bagnatto —según Spinelli— no se lo podía invitar a una casa decente porque, al primer descuido, el descuidista podía llevarse los ceniceros o una cuchara oculta en el abrigo.

"El delito en Bagnatto es un acto miserablemente instintivo".

Sostenía Spinelli: "El cleptómano se lleva desde los relojes hasta las empresas. En el primer descuido, les manoteó a los militares la Papelera y después los hizo encerrar".

En cuanto cualquier visitante accedía al despacho del último piso, Spinelli lo recibía con la última serie de radiografías de Bagnatto. Con los informes en inglés que le traducía una secretaria veterana. Y enseñaba los electrocardiogramas de Bagnatto, o exhibía las copias de los chequeos completos que le hacían cada tres días. Aseguraba enfáticamente que el cleptómano estaba a punto de morirse en la clínica terminal de Chicago, así que había que avanzar fuerte sobre La Corneta, amenazar con juicios, con estafas, comprarlo.

"No llega a fin de mes", entusiasmaba Spinelli en un mensaje a Barranco para Iván (o Kaganuchi).

"Y en el día de su muerte voy a publicar un fúnebre en *El Nacional*".

Le brillaban los ojos a Spinelli. Y le enviaba los informes traducidos a Kaganuchi a través de Barranco porque personalmente el presidente nunca quería recibirlo por su mala imagen.

Con la inscripción, en una tarjeta blanca, sujeta con un ganchito al informe: "Tiene el hígado perforado, la presión por las nubes, ya no pueden bajarla. Parte invariablemente".

O con precisión: “Tiene muy bajo el índice de hematocrito. Aguantará dos días, a lo sumo tres”.

Como era seguro que Bagnatto pronto partía, en otro informe confidencial Spinelli consideraba que había llegado el momento ideal para hacer la oferta de compra total por el Grupo.

“La Corneta, sin Bagnatto, estalla. Por sus contradicciones y deudas que están sostenidas solo por su intensa mitomanía”.

Y solo sin Bagnatto la Argentina podría despegar.

“Volver a ser un país interesante donde valiera la pena invertir, hacer política, proyectarse”.

Antes de atacarse en la terapia intensiva, cuando Iván era el presidente lo recibía a Bagnatto con frecuencia semanal. Eran firmes aliados que compartían churrascos hervidos. Pero Bagnatto lo cortejaba junto con Pando a Iván solo porque quería que le facilitara la megafusión. Era la zanahoria que le permitía a Iván mantenerlo controlado y contenido a Bagnatto, el medio penetrante que le pertenecía y que le jugaba bien a Iván.

Bagnatto se jactaba, con cuestionable razón, que ningún gobierno podía resistirle una semana de títulos destructivos a cuatro columnas. Aunque Spinelli contabilizaba más de setenta portadas y seguía en pie. Claro que sin poder hacer otra cosa que gastar sus dólares.

Mientras tanto Iván buscaba la manera de asociarse al Grupo. Para neutralizarlo y hacerlo esmiraquista.

Antes que Bagnatto —como aseguraba Spinelli— partiera.

Iván planificaba sus pasos con cautelosa seguridad. Aunque la información de Spinelli fuera inapelable.

“Venía de arriba”, decía.

Nunca menos que de la CIA. A la distancia, Spinelli le caía simpático a Iván. Pero por sus llamaradas no tenía ganas de tenerlo cerca. Era material incendiario. Tampoco podía invitarlo a compartir los churrasquitos hervidos. Pero aceptaba los valiosos datos que aportaba gracias al amigo común, Barranco, el intermediario confiable que traía buenos negocios, resolvía con sus diversos canales que atravesaban fronteras y nunca traficaba con las angustias existenciales.

“Las patologías se complican por un principio de neumonía, que agudizan el cuadro de diabetes avanzada”, se leía en el informe que llegaba de Chicago.

“Mientras tanto el hematocrito no se recupera. No aguanta. Parte”.

Spinelli continuaba la pelea en la sala metafórica de terapia intensiva. Le tiraba con pelelas, volaban enemas con los tubos de oxígeno y las bacinillas. Pero Bagnatto no partía.

Al contrario, desde su lecho, con sueros y entrecruzado de cables, le guiñaba el ojo.

Para colmo Bagnatto había regresado de Chicago. Y hasta caminaba. Mostraba alguna dificultad para comunicarse, pero otra vez se lo veía sentado al mando del Grupo, La Corneta en estridencia.

Por intermedio de Barranco el expresidente le reprochaba a Spinelli: “No parte un carajo, se aferra”.

Con la megafusión asegurada en el bolso, Bagnatto avanzaba ahora por las acciones de Telecom que tenían Los Paisanos Weinstein.

Pero otro dato incidía en la Guerra de Convalecientes. Soraya, la presidenta, no quería saber nada con Bagnatto, y menos compartir los churrasquitos hervidos.

“No quiero ningún negocio con los concentrados hegemónicos de La Corneta”.

Lo decía Soraya con inexplicable voz de mando al marido desplazado. Cuando le hacía sentir la autoridad, la mirada de Iván encontraba refugio en el piso.

“Me ofende si me elogian ahí, ¿qué es lo que no entendés?”.

Por si no bastara, Bagnatto se recuperaba. Asistía a los ágapes de la Asociación Empresaria aunque ni simulaba comer.

“Este maldito al final nos va a enterrar a todos”.

Lo dijo Iván. Y sin proponérselo fue profético.

El primero en morirse fue Iván. Primavera de 2010.

La circunstancia era macabra, pero habilitaba la presentación de Bagnatto como el gran triunfador en la Guerra de Convalecientes.

Sobrevivía.

De Iván persistía la conflictiva memoria que se reducía a la condición de mito. Se recreaba. Se resignificaba. Encerraron los despojos en el interior del mausoleo de mal gusto, enclavado en un cementerio de la Patagonia, clausurado con cinco combinaciones de llaves. Cada fin de semana la memoria de Iván toleraba otra vuelta de llave.

Pero Iván contuvo un destino comparativamente superior al de Spinelli. A quien se le reservaba, apenas, la peste del olvido.

Pese al índice del hematocrito, Bagnatto todavía podía expresarse. Se vestía. Participaba de reuniones con los Karatecas máximos de la Asociación Empresaria. Solo escuchaba. A veces sonreía. Aprobaba. Era protagonista central de biografías autorizadas que lo enriquecían con ponderaciones. Elevaba la categoría de jefe en el universo de los empresarios.

Solo Soraya lo enfrentaba, pero ahora sin soberbia y con deseos de arreglar.

Tramitaban, desde diferentes canales, un encuentro. La cumbre Soraya-Bagnatto.

Pero las divisiones fragmentadas del Estado llegaban, a lo sumo, hasta la privada de Pando. La cumbre se imponía imposible.

La artillería gastada del Grupo de La Corneta se fortalecía con las obsesiones del sorayismo.

Atacaba El Gran Diario sin piedad cuando desde el Estado, la propiedad de Soraya, lo acechaban con plazos y condicionamientos. O lo acosaba con leyes.

Willy Castagnino, el funcionario sorayista más osado, se le entrometía a Bagnatto en representación del Estado. Utilizaba el recurso del foquismo en las asambleas de accionistas, distribuía provocativos guantes de box.

Simbólicamente Castagnino irrumpía en la asamblea de accionistas con la intención de boxearlos, interrumpir votaciones y oponerse a cualquier iniciativa que favoreciera al hegemónico bagnattismo.

Pero Bagnatto ya había avanzado lo suficiente y superado la

cuestión del hematocrito. Se encontraba en condiciones de voltear o de fortalecer al presidente que se le antojara y aplicar la agenda vengativa.

Aparte, Soraya tenía el veto definitivo. El índice para abajo que no se levantaba más.

Se había extrañamente instalado que a Soraya le habían puesto la bolilla negra que procedía del Norte que valía por haber entrado en negociaciones con los iraníes.

Pero la bolilla negra, para ser francos, a Soraya se la había puesto Bagnatto. En la Argentina el Departamento de Estado tenía menos importancia que El Grupo de La Corneta, aunque tuviera la pólvora irreparablemente mojada y la venta de diarios ya fuera un negocio de antaño, olvidable, menor, paulatinamente desaparecido.

El ACV fue tremendo. El súbito “accidente cerebrovascular” iba a fulminar violentamente a Spinelli.

Por el ACV quedaba fuera de juego por tiempo indeterminado. Pocas personas podían visitarlo. Pasaba la mayor parte del día sentado en una mecedora mientras contemplaba, sin reconocerlo, su campo preferido de Pergamino.

Para estimularlo, los sobrinos solían prepararle el show clásico de la conga de los caballos, que había sido su orgullo.

Una conjunción de cumbia, conga y tango.

De pronto Spinelli tenía raptos perentorios de luz y hasta sonreía. Lapso fugaz de diez a quince minutos de lucidez nociva. En general, durante la mañana. Suficiente para tomar conciencia de la lenta oscuridad, posterior e interminable. No le daba tiempo siquiera para sentir piedad de sí mismo. Lagrimeaba Spinelli. Para volver pronto a la prolongada ausencia de lucidez. A la patología de la normalidad.

2008

“Doble comando”. Utrera había acertado al instalar la estampilla del “doble comando” para atenuar el poder de la presidenta Soraya.

Para Utrera, continuaba Iván como presidente y Soraya mantenía los trapos ideológicos de la formalidad.

Iván estaba demasiado cerca, y para Utrera, en efecto, gobernaba. Mientras reducía a Soraya al rol lateral de delegada, con los atributos del mando, pero sin la legitimidad.

En su reinstalación, Utrera ahora trataba de vengarse de Los Smirak. La venganza era ya un estado de rutina espiritual. Resuelta la venganza con Masud, era el turno de vengarse de Los Smirak.

Para relegarlo, primero, Los Smirak lo habían eclipsado a Utrera con el cargo inventado de Inspector del Mercosur. Para después perforarle la provincia, vencerlo y someterlo a la humillación de la marginalidad. De manual.

Utrera lo había convertido en presidente a Iván para evitar el regreso con gloria de Masud. Pero concluía previsiblemente traicionado.

Para colmo fue tildado, por Soraya, en el Gran Teatro de La Plata, de Padrino. Le diseñaba el formato trágico del mafioso.

La dulce Betty se enceguecía. Picaba pacientemente el seso de Alejo.

“Siempre te embocan. A los que ayudás te traicionan. ¿Cuándo aprenderás a no ser tan bueno?”.

En la reinstalación, Utrera se atribuía el rol culposo del responsable.

“El que puso al Loco lo debe desalojar”, decía.

Se inflamaba, pero no podía desalojarlo. Era tarde.

El croata había construido su poder personal. Para culminar tranquilamente su mandato y atreverse a designar a Soraya como sucesora. Mayor demostración de fuerza era imposible.

El “doble comando” que denunciaba Utrera se entendía como algo

real. Iván estaba demasiado cerca y con sus decisiones le impedía gobernar a ella.

El estilo de conducción doble iba a cesar solo con la muerte irresponsable de Iván. Acontecimiento terrible que marca el verdadero comienzo del sorayismo. Durante el tercer año del primer mandato de Soraya, que iba a concluir con el deseo de reinstalarse de Utrera. Para convertirlo al pobre caudillo vaciado en un declarador frecuente, monotemático y autorreferencial.

Soraya no pudo, no supo o no quiso, sustituir el trípode de poder que había garantizado el éxito político (y recaudatorio) del marido extinto.

Era absurdo suponer que con el sindicalismo adicto de Yayo Rotsky, el sindicalista blanco, podía suplir los servicios que el Negro Toledo le brindara oportunamente a Iván.

Tan tonto como suponer que la choricera de publicaciones satelitales y fervorosamente adictas de Samuelito Epelboin bastaban para suplir los favores que le hacía Bagnatto con el silencio. O simplemente con la omisión.

Solo sin tratar los negocios de la marroquinería en El Gran Diario, Bagnatto era más importante (para Iván) que el alboroto de las doscientas publicaciones oficialistas de Epelboin alimentadas con leche de pauta.

En tiempos de Iván apenas algún medio marginal-digital aludía a la barbarie recaudatoria. Pero comenzarían a detallarse después de la equivocada pelea infantil, en adelante conocida como Guerra de Convalecientes.

Ya sin Iván, Soraya debía gobernar con los descalabros que de repente descubrían las desatadas fieras mediáticas. Con El Gran Diario como enemigo principal.

Tardíamente se disponían a informar sobre los desbordes atropellados de la “marroquinería política”.

Los compartidos churrasquitos hervidos estaban oportunamente destinados al olvido. O tal vez fue más grave aún. Era como si aquellos churrasquitos nunca se hubieran hervido.

Para no extinguirse, los penetrantes medios de La Corneta (diario, radio, TV abierta o por cable) se lanzaban a detallar todo lo reprobable que habían callado durante cinco años.

En los tiempos en que Bagnatto, junto a su escudero Pando, compartían cervantinos churrasquitos hervidos con Iván, con papa natural, mientras tramitaban la dichosa megafusión.

Entonces Bagnatto podía tragar los churrasquitos hervidos en virtud de las ventajas comerciales que superaban las ambiciones de la megafusión. Iván les proponía asociarse, y transformarse también en responsable del Grupo de La Corneta y podía convertirlo a Bagnatto en un hombre más rico que don Paolo. Le ofrecía áreas petroleras, zonas de exclusión.

"¿Acaso te interesa, Beto, la cuenca del Orinoco? Puedo arreglarlo con Hugo".

El acuerdo tácito de las ventajas comerciales a cambio del silencio o las omisiones podía estallar en cualquier momento. Justamente cuando Iván dejaba de ser el presidente.

Cuando Soraya pretendía gobernar mientras Iván, en la plenitud del doble comando, arrojaba leños hacia la hoguera de la confrontación.

Pero se notaba en el matrimonio una diferencia ontológica. Y hasta metodológica.

Iván solía castigar para negociar después. Y conceder desde la posición dominante. Las feroces diatribas perseguían el objetivo de ablandar al oponente. Agredía para sentarlo en la mesa de las concesiones. Aunque ni les sirviera ya los churrasquitos hervidos.

Soraya, al contrario, cuando castigaba era para dañar. Ultrajar. Humillar y destruir sin permitirse nunca el error de retroceder.

En la caja de velocidades de Soraya no existía la "marcha atrás".

2007 - 2003

El misterio de la presencia ausente. El enigma indescifrable de Cabral. Podía vérselo en el Salón Blanco durante las grandes puestas de Soraya por cadena nacional. Celebraba las imposturas. Se abrazaba con los pares. Pero en simultáneo estaba ausente. Los desconcertaba. Bastaba un paseo fugaz por su rostro televisado mientras Soraya pontificaba para constatar que se sentía “en otra” dimensión. La limitación física acudía en su beneficio. La carencia del brazo lo absolvía de la obligación de aplaudir las sentencias irónicas y morales de Soraya.

El atributo de estar presente y al mismo tiempo ausente lo había irritado con frecuencia a Iván cuando lo tenía como vicepresidente.

Por las dudas, lo mantuvo preventivamente dos años en el freezer.

Pero cuando Dante era gobernador, Iván y Soraya le hacían la gestión imposible.

Utrera se lo había impuesto como vice, por su popularidad como deportista de la categoría imaginaria.

El ruso Andrés Coch, idóneo operador y repartidor de Utrera, fue el encargado de decirle a Iván, el candidato que la ponía, que su compañero de fórmula iba a ser Dante Cabral.

“Dice el jefe que Dante te sirve de vice porque lo conocen mucho más que a vos, ya que a vos no te conoce nadie”, le dijo Coch con frontalidad suburbana.

“Dante es uno de los mejores inventos de Masud, el que aprendió rápido. Como no viene de la política te va a ser muy útil”.

En 2003 Cabral fue como vice de Iván en contra de su inventor Masud.

Utrera sabía, indudablemente, dañar.

Consta que Dante soportó la ingratitud de sentirse traidor. Felizmente fue una sensación tan leve como breve y no tenía la menor

importancia.

Como confirmaba Coch, el invento había aprendido demasiado rápido las reglas del nuevo juego.

Al difundirse la noticia de la fórmula con Smirak, el primero que llamó al celular de Cabral fue Omar.

“Felicitaciones, Dantecito, es un acontecimiento positivo para tu trayectoria, es un ascenso tuyo en el arte de la política que celebro, de corazón”.

2008

Durante la guerra irrelevante con los chacareros Dante Cabral era gobernador de Buenos Aires, la presidenta era Soraya e Iván el presidente consorte que daba las órdenes con suerte relativa.

Pero Iván lo obligó a disertar a Cabral en uno de los actos más catastróficos de la historia contemporánea del peronismo.

Desde la tribuna armada frente a la Plaza del Congreso, Dante debió emitir su mensaje justamente cuando estaba por registrarse la peor escenografía de la derrota. Los chacareros vencían en la guerra irrelevante mientras Soraya creía luchar contra "los oligarcas corporativos, los hegemónicos del universo agrario".

Con Iván en la presidencia nunca hubiera ocurrido la guerra irrelevante con los chacareros. Pero como presidía Soraya, el presidente consorte se dedicó a agitar con énfasis la pelea que era simplemente por plata.

Un litigio impositivo por el intento de imponer compulsivas retenciones que no resolvían ningún problema, pero manoteaban los billetes crocantes que apasionaban a los chacareros. El epílogo calamitoso fue contemplado por la dupla matrimonial por televisión, en la cama y desde Olivos.

Cuando para desempatar en la pajarera del senado Claudio Corradi, el vicepresidente radical (que Iván había inventado con el cuento de la transversalidad), dijo durante la madrugada fatídica.

"Mi voto no es positivo".

Los chacareros eufóricamente vivaban y arrojaban las boleadoras al aire mientras se abrazaban y espantaban a los políticos como Clarita Rondina que querían aparecer oportunamente en la fotografía y pretendían treparse al palco improvisado.

La sociedad le iba a facturar la derrota exclusivamente a Iván. Para Cabral, otra vez, salía gratis. Otro vendaval le pasaba por arriba o por

el costado, inadvertido y por debajo, sin siquiera despeinarlo.

Aunque hubiera emitido un “mensaje” categórico en la Plaza del Congreso. Cabral gritó “¡con la comida no se jode!”, mientras paulatinamente los movilizados se olvidaban de sus palabras que ni eran atendidas.

Atributos, en efecto, del misterio de la presencia ausente que mortificaba a Iván y enceguecía a Soraya, que debía tolerar los pedidos de renuncia de Iván.

“Este país no merece una presidenta como vos, rajemos de aquí, son todos golpistas de…”.

2009

La sociedad tampoco lo había registrado a Cabral como perdedor durante el papelón memorable de las “candidaturas testimoniales”. Elecciones legislativas de 2009.

Con el Mariscal Tito como armador, el inexperto empresario Montero Cubillas lo vencía al propio Iván Smirak.

El croata se quedó fundido debajo de la lona y al día siguiente le arrojó por la cabeza la titularidad del peronismo a Cabral.

Justamente Cabral figuraba como “testimonial” en la lista. Pero no lo rozó el menor daño involuntario.

Con la impaciencia controlada por su frialdad, Soraya heredaba del marido la misma desventura. La exasperante indemnidad de Cabral.

Pese a las acciones destinadas a fulminarlo, Dante se presentaba en cualquier puesta escenográfica, aunque los sorayistas de culto diario lo maltrataran.

Pero en nada lo afectaban a Cabral los sistemáticos desplantes. Llegaba con el empuje esperanzado del que iba solo para adelante, sin detenerse a cuestionar, ni a pensar, ni a dudar. Ponía el rostro y salía indemne. Obstinado en brindar muestras de lealtad, con la columna vertebral de plastilina y la piel de cuero.

Tal como sostenía Florentino Lagarde, a la larga, a fuerza de paciencia y mediciones, Cabral iba a imponerse como el candidato del peronismo para calvario de Soraya.

Para deprimirla bastaba que Cabral apareciera fotografiado en El Gran Diario al lado de Sebastián Randall, que desde que había renunciado como Premier se disponía a tomar distancia del esmiraquismo. Por considerarlo un ciclo agotado.

El Sebas Randall amagaba con “irse por afuera” y construir una nueva fuerza con la colaboración del Mariscal Tito. Para reinventarse como candidato opositor mientras desmentía categóricamente esa

posibilidad.

“No hagan caso, son jueguitos inofensivos de Randall para llamar la atención, darse importancia, fulbito para la tribuna y elevarse el precio”.

Le aseguraba el Chico Lerchundi a Soraya.

El Chico conducía las finanzas de la indolencia institucional del espionaje.

O tal vez Cabral aparecía fotografiado con pantalones cortos, en un partido de fútbol de salón, junto al Nene Pradelli, convertido en alcalde de Buenos Aires por culpa de Heriberto Mujica.

El Nene Pradelli era el adversario preferido que en principio había instalado Iván, pero que artesanalmente Soraya construía como rival escogido.

El Nene Pradelli era, como Cabral, una celebridad. Y a las celebridades no les entraban las balas.

Cabral y Pradelli eran relativamente amigos desde hacía veinticinco años. Habían sido dos jóvenes depredadores que marcaban la agenda de la noche del verano y participaban —vestidos de blanco y siempre bronceados— en las fiestas de Mar del Plata que, por culpa del turismo gremial se trasladarían después hacia Punta del Este.

Ambas celebridades con los rostros seductores cargados de sol se multiplicaban en las revistas y siempre estaban al lado de mujeres deslumbrantes. En general modelos o actrices que penetraban o complementaban el producto que tanto fascinaba en tiempos del masudismo.

O tal vez para enfurecer a Soraya bastaba con la intercepción del diálogo telefónico de Cabral con Toledo. Los aportaba el Chico Lerchundi, el espía que procedía del sur y, desde el Country Abril, llegaba acompañado de Schultz con copias de diálogos para que la viuda solitaria insultara en voz alta, y después los castigara a sus colaboradores por haberse atrevido a agraviarla con la entrega de documentos que destruía solo después de haberlos leído.

Iván había dejado una fortuna incalculable a Soraya. Sin contar los millones que le habían robado los valijeros habilitados de extrema

confianza que silenciosamente lo despreciaban. Y le dejó el comando único del gobierno que arrastraba el destino clavado del naufragio.

Como pudo, Soraya trató de encarrilarlo. Tuvo la colaboración de la inestimable docilidad del peronismo, que supo inventarla como conductora. Aunque persistían oponentes internos que trataban de resistirse desde el Peronismo Republicano y Federal, integrado por gravitantes peronistas en desuso.

Aquel gran movimiento se había reducido al estado vegetal. Sin presente ni épica. Como reflexionaba el pensador Atahualpa Gorosito: "Este peronismo no merece su pasado".

Carecía —se lamentaba el pensador— hasta de pensamiento. Pero como le decía el Mariscal Tito para acabar las discusiones: "Aquí se cobra, Atahualpa, no se piensa".

Y los peronistas en otra resistencia debían adaptarse precipitadamente a la ficción de tomar a Soraya como líder. Conductora, para la superstición. Aunque careciera del menor interés de conducirlos. Porque los subestimaba.

Para Soraya los peronistas formaban parte de una agenda vieja que la incluía. Para considerar solo desde la historia. Eran más parte de los problemas que de las soluciones.

Mientras tanto Soraya se dejaba arrastrar por la condición de jefa y pronto sentía que le encantaba serlo.

La influencia se extendió durante el segundo mandato. Desde abril de 2012 hasta octubre de 2013.

El tramo podía identificarse gráficamente: desde el acto de Vélez, en Liniers, hasta que Randall de Bancalari le perforara bruscamente la provincia. Y se volviera a la mediocridad de lo normal.

En el estadio de Vélez, 2012, con los chicos inclaudicables de La Agencia, Soraya lanzó el esquema de los "Unidos y Organizados".

La consigna de circuito cerrado aludía a la tontería abrupta del "ir por todo". Con el riesgo de quedarse sin nada.

Junto a los incondicionales incentivados a fuerza de presupuesto. El avance ciego ante la multiplicación de conflictos conducía invariablemente al choque frontal.

Y en octubre de 2013, el joven Randall, que en vida de Iván había sustituido como Premier al autorreferente Heriberto Mujica, "se le había ido por afuera". Y a pesar de las informaciones distorsionadas del Chico Lerchundi, encargado para colmo de contener a Randall, instrumentador del triple discurso, con un tono de supuestos malentendidos que desorientaban.

Entre avances y retrocesos, entre medias verdades y desmentidas constantes, Randall le perforó Buenos Aires a Soraya en la elección de medio término. Apoyado por el Pipe Gudiño, por el Nene Pradelli y con la sublime orquestación del Mariscal Tito.

Fue el final atroz de la pesada salamería del "ir por todo". El Sebas Randall asomaba como el nuevo jefe de la provincia y ya desde los medios precipitados se lo producía como un presidenciable.

De pronto hasta Heriberto Mujica hacía fila para celebrar a Randall. El alcalde de Bancalari conocía los vericuetos del Estado como nadie. Tenía una astucia reconocida como su velocidad, y se le podía reprochar que su viveza fuera tan visible, casi transparente.

Se le notaba demasiado a Randall, flamante "poronga" del peronismo, que era pícaro, inteligente y superior, pero arrastraba una fatal falta de credibilidad.

La dinámica de su rapidez ya hacía perceptible un vuelco. La noche del triunfo llamó la atención la presencia en el municipio de Bancalari de Heriberto Mujica, que acaparaba micrófonos y se instalaba en el centro de la sala cultural como si fuera el jefe de la campaña de Randall. Aprovechó por su cuenta para criticar la "autocracia de Soraya" con una ferocidad que contrastaba con la sutileza del vencedor. Pero Mujica confirmaba que el merecido triunfo del "compañero Randall" era la consecuencia de un estilo de gobierno que "había confundido la democracia con la monarquía".

Mientras tanto el Mariscal Tito, el verdadero jefe nominal de campaña "Randall 2013", se sorprendía al percibir la centralidad dicharachera de Mujica, que con admirable audacia se apoderaba del triunfo. Coincidió el Mariscal Tito con Randall. Correspondía dejarlo hablar a Mujica, tenía su derecho, contenía sed protagónica, se hablaba encima y en cualquier momento podía decir lo contrario.

“Soraya eterna” quedaba para el revuelto de gramajo de los historiadores.

La creación del heredero era una aventura imposible. Soraya estaba incapacitada para generar una continuidad racional. Le pasaba finalmente lo mismo que al Providencial, o a Masud.

Después de la perforación provincial de Randall, solo debía administrar su salida. Como en su momento El Providencial.

Con la contundencia en las encuestas, la proyección de Cabral era —para Soraya— la representación gráfica del fracaso colectivo y personal.

Como lo que había sido para El Providencial la proyección irremediable del gobernador Miguelucci.

O lo que fue el gobernador Utrera para Masud.

Igual que Perón y que Masud, Soraya pudo sucederse a sí misma en 2011. Pero en 2015, por Randall, se le acababa.

La perspectiva de entregarle la banda en 2015 a Randall era una humillación. Pero colgársela a Cabral era directamente insoportable.

Aunque Cabral se forzara por demostrar la obstinada lealtad. Sin aceptarlo ni sugerirlo, para Soraya era preferible entregarle la banda al Nene Pradelli, el adversario sigilosamente elaborado.

Como prefirió Masud, en su momento, entregársela a Cárcova. Nunca a Utrera.

Porque es en el compañero, en el correligionario, o en el camarada, donde crece y se desarrolla el germen del enemigo.

“El enemigo está adentro. El adversario está afuera”.

Lo aconsejable entonces era vigilar los pasos del propio, los del enemigo que estaba adentro. Como El Providencial prefirió entregarle la banda a Masud. Y nunca a Miguelucci.

Soraya no desentonaba. Prefería ser sucedida por el Nene Pradelli y nunca por Cabral. Sin decírselo a la pared ni con el pensamiento.

Efectos perversos de la preferencia por el adversario. Infinitamente más tolerable que la expansión del enemigo íntimo.

Randall pulverizaba la teoría. La destrababa. Durante el reinado de

Soraya estaba instalado que nada podía crecer en el peronismo. Como durante el reinado de Masud no podía crecer Utrera. Aunque se le desprendió, se le "fue por afuera" el Rata Benavídez, quien al final lo dobló.

Pero Randall, al vencer a Jacinto Gamboa, el candidato tapón de Soraya, le facilitó la apertura de caminos a Cabral.

Y al que exhibía la apetencia de crecer, como Cabral, correspondía masacrarlo.

Como los masacraron a Miguelucci y a Utrera.

En el fondo Randall apareció en auxilio de Cabral, pero para disputarle la herencia. Y para algarabía estratégica del Nene Pradelli, que primero lo ayudó a Randall para vencer a Soraya y ahora iba por los dos.

Por Randall y por su amigo Cabral. La otra celebridad.

Como a Miguelucci y a Utrera, a Cabral y a Randall también los aguardaba, irreparablemente, la lona. La besarían sin placer.

Endiosada, a Soraya la habían estimulado con la certeza de eternidad. Como oportunamente se la habían estimulado a Masud. O al Providencial.

Pero ahora Soraya debía toparse con la fecha de vencimiento. Como los predecesores de referencia.

Podía obstaculizarlo a Cabral con la explotación del Flaco Luraschi, que estaba dispuesto a perder con el Nene Pradelli.

Aunque Luraschi no tenía aún magnitud para ser rival.

Entonces Florentino Lagarde acertaba. Al único que Soraya podía presentar era a Cabral. El misterio de la presencia ausente se la ganaba. El profesional de la fe, anclado en la ideología del vitalismo.

Como aventura, el "ir por todo" pudo haber sido posible. Con la frivolidad del balance a la distancia, quedó como una utopía trunca que mantenía la algarabía del delirio.

Abundaban en el peronismo los "tenedores de sacos". Vocacionales valientes con el cuerpo y el coraje del otro, que tenía la obligación de

pelear para salir bien parado en la estampita. Mientras se le tenía, simbólicamente, el saco.

Los tenedores de sacos desaprobaban las penúltimas posiciones del senador Omar Masud. Les fastidiaba el epílogo sin grandeza. Por ser senador y aprobar generosamente, a favor o en contra, lo que instruía Soraya. La dama que solía denigrarlo cuando era la senadora y Omar era el presidente.

Los peronistas que le negaban a Soraya la categoría de peronista pretendían que Omar se le opusiera.

Querían tenerle de nuevo el saco. Para que Omar saliera a inmolarse. A luchar contra los perseguidores judiciales que lo inmovilizaban. Los que procuraban tenerlo, de nuevo, en prisión.

Sin transpirar ni ensuciarse los tenedores de sacos juzgaban. Con la trayectoria del otro, y en el país sin memoria donde todo, absolutamente todo, terminaba invariablemente mal.

Proliferaban los funcionarios objetivos que secretamente sentían admiración hacia Masud. Sin decirlo. Preguntaban de pronto por El Califa. En voz baja, como si transgredieran con el mero susurro. O como si evocarlo fuera una profanación.

Era políticamente incorrecto, patéticamente inconveniente, establecer una línea de comprensión distinta a la visión oficial que predominaba. Había sido impuesta por los vencedores transitorios del relato. La interpretación lo condenaba. Paralizaba a quienes impugnaran la visión plácida, ajustada al oportunismo de la coyuntura.

En el país de los finales horribles costaba admitir que el reducido senador Masud había generado la más notable transformación económica. La gestación del clima de inversiones que los distraídos devaluaban.

El ciclo dinámico del capitalismo incitaba comparativamente a la autocompasión. Flagelaciones del destino. Y era mentira: la Argentina no había estado siempre a la deriva.

Durante el ciclo de Masud había transcurrido la última —y probablemente única— apuesta estratégica de política internacional.

Entonces parecía que el mundo estaba cerca. Ahí nomás. Desfilaban dos presidentes por semana en el hotel Alvear.

El universo tenía en cuenta al país de los malos finales.

Se marcaba el peso de la presencia. La identidad remitía al respeto. A la ambición. El argentino carecía de visados.

En el país donde todo terminaba para el demonio y donde se odiaba preventivamente más de lo necesario, Masud había intentado pacificar. Para crecer. E imponer, entre los espíritus que se masacraban, la utopía de la reconciliación.

Fue Masud un pobre equivocado, a lo sumo un triste iluso.

Tenía la espalda del semejante perfectamente merecida.

2008

“Mirá que Soraya de esto no sabe nada”, decía Iván mientras contaba los billetes crocantes de 500 euros junto a dos cretinos.

Y en presencia de Federico Barranco, el polista que sabía todo.

“Si la Flaca se entera, ninguno de ustedes puede asomarse más por aquí. Y a mí me corta los h… O me raja”.

O Soraya fingía no saber nada e Iván hacía teatro ante los cretinos, o simplemente no sabía nada de verdad.

Desconocía los detalles de los negocios. Los secretos recaudatorios. El desfile cotidiano de bolsos y valijas.

Pero Iván se esmeraba en demostrar que Soraya era ajena. Una apasionada del desconocimiento.

Circulaban los videos donde Iván abrazaba extasiado las cajas de caudales con sed de llenarlas. El secretismo no era excesivo.

La cuidaba tanto a Soraya que cualquiera podía desconfiar. Decirse: “El jefe nos toma por boludos”.

Pero Iván insistía: “La Flaca es una puritana insoportable, da asco de tan decente”.

La protegía. Pero la dama distaba de ser tonta.

Al pregonar burlonamente la imagen de “la puritana”, Iván fomentaba la idea de la diferencia que la blindaba.

De dinero solamente se podía hablar con Iván. Y si Iván lo autorizaba con Filomeno.

A Soraya debía entretenerla el doctor Schultz.

Cuando Iván era presidente o gobernador, le ordenaba a Schultz que discutiera con Soraya sobre tópicos y códigos de interpretación. Que analizaran los enfoques filosóficos con la senadora que se definía como hegeliana. Que discutiera acerca de las diferencias del proceso cubano con el socialismo real de los soviéticos. O sobre cualquier malentendido de los tantos que arrastraba la generación.

“Que trate con Schultz esas pelotudeces”, ordenaba.

Pero Soraya se daba cuenta de la maniobra sin sorprenderlos. Cuando irrumpía en medio de una reunión de roscas, entre los cretinos se producían silencios expresivamente densos.

A veces Soraya interrumpía las entrevistas misteriosas del marido y de inmediato percibía que, ante su presencia, se cambiaba automáticamente de tema. Cambiaba el ritmo, el tono y el rumbo de las conversaciones.

Dos meses después de la muerte irresponsable de Iván, los secretos contenidos estallaban. Secretos colectivos, compartidos, se agigantaban desde Santa Cruz.

De pronto infinidad de patagónicos habían contado billetes crocantes con Iván. O lo habían visto contarlos. Indagaban sobre la desaparición súbita del secretario habilitado para saber.

El jefe había muerto y se desataba el jubileo, en medio del dolor, entre los habilitados. Divulgaban que a Iván se le había detenido el corazón en pleno conteo. Mientras lanzaba los billetes crocantes, los euros de 500 ajustados con gomitas, a un gran canasto.

Se multiplicaban hasta emanciparse las anécdotas populares. Muy coloridas por obra mágica de la reiteración, siempre sujetas a perfecciones y cambios. Leves modificaciones que, en efecto, las enriquecían.

Debía comprender Soraya que le correspondía intensificar el desconocimiento. Sin indagar en la verosimilitud de las habladurías. Indicaban que su marido, líder de culto y gran conductor, había sido el recaudador inagotable.

Pero para Iván liderar y conducir significaba recaudar. En defensa propia. Para la política y para que lo respetaran. Y le temieran.

Pichi Junco, intendente pícaro de Saldería, pueblo inadvertido de Santa Fe, supo paulatinamente divertir a Soraya con las desopilantes anécdotas del marido extinto. Parecían inventadas de tan perfectas.

Como la que remitía a Pipo Fischer, el adversario interno, peronista

rosarino muy turro que se había instalado en San Julián, Tierra Santa.

Fischer le miraba con envidia el bolso cargado de billetes crocantes de 500 euros, pero abierto.

Fue cuando Iván tomó el clásico puñado de billetes crocantes con una mano, y se los puso cerca de la cara. Para que Fischer olfateara los euros. Mientras tanto le decía: “Esto, ruso querido, ves, olelos bien, esto nunca los vas a tener. Porque si dejo que los tengas, los vas a usar contra mí”.

Entre carcajadas, el Pichi hacía la pausa calculada para decirle a Soraya que Fischer suplicaba: “Dejame mojar”.

Prometía que nunca lo iba a desafiar.

“Y con el tiempo algo Iván lo dejó mojar”.

2012

Un digno esmiraquista, ante un problema, nunca busca una solución. Busca un culpable. Siempre tiene la suerte de encontrarlo.

Soraya convivía con la disyuntiva existencial. Tenía identificado al responsable de su angustiosa situación judicial. Era Iván. Pero la solución no consistía en entregar su memoria. Era imperdonable demoler el mito de héroe que pacientemente había edificado.

O asumía la complicidad y se hacía políticamente cargo de la fortuna que heredaba (aunque desconociera detalles de la acumulación). O se desentendía y ajustaba los hechos, los tergiversaba para presentarlos como consecuencia de una conspiración política, post mortem. Sin derrumbar el mito de "Ivanauta", inspirado en el Eternauta de Oesterheld.

No era ninguna viuda sorprendida por los millones amontonados por el extinto. Era la presidenta de la nación. Y las informaciones sensibles se desparramaban.

Las gargantas quebraban los cuidados. Se publicaban cantidad de libros que figuraban entre los más vendidos. Para salvarse en el plano personal, cretinos innumerables detallaban confidencialmente cuestiones de valijas que aludían al marido muerto.

Las denuncias fortalecían las carreras políticas de los oportunistas que se diplomaban repentinamente en ivanología. Especialistas en la marroquinería del esmiraquismo.

En simultáneo, Soraya percibía que, además de temerle o de admirarlo, muchos lo habían apreciado de verdad al marido extinto.

Tres sentimientos que completaban el cóctel del estadista para novelar. Admiración, afecto y temor. Tres valores que, en efecto, no se trasladaban mecánicamente hacia Soraya, que no sabía recaudar y ponía, ante el semejante, la distancia natural de la altivez.

Pero los ostensibles enemigos se multiplicaban y le reservaban el

destino de la prisión. Por sindicarla como “jefa de la banda”. Empresas por doquier, decenas de estancias del “testaferro Ramiro”, millones de subsidios en valijas fantasiosas que se amontonaban en el departamento céntrico, en Río Gallegos o en Punta Arenas, que movilizaban a los innumerables buscadores del tesoro perdido. Baúles ilusorios con los billetes crocantes de 500 euros apretujados y ocultos en los cuantiosos Fort Knox desperdigados por la Patagonia. O en sótanos tan codiciados como inhallables. Empotrados en casonas de El Calafate, San Martín de los Andes, o en bulines de Puerto Madero herméticamente clausurados. Ocultos Fort Knox entre las medianeras, entre paquetes forrados con plásticos que fueron oportunamente visitados por el secretario con derecho a la sabiduría.

1983 - 2012

Generacionalmente, la Agencia de Colocaciones presenta mayores puntos de contacto con los radicales de la Junta Coordinadora Nacional, de los ochenta, que con los invocados peronistas Montoneros de los setenta.

A los sexagenarios y septuagenarios les costaba aceptar que los confabulados treintones y cuarentones de La Agencia los desplazaran de los cargos. La mezquindad explícita de la negación se combinaba con el desencanto que arrastraba la pérdida de vigencia. En especial cuando los treintones no emergían como discípulos. Al contrario, ni siquiera los negaban. Los pasaban generacionalmente por arriba.

Eran continuadores apalancados por la magia del parentesco. Y se apoderaron de las cajas para borrarlos. Transformarlos en carne melancólica del pasado que carecía de fundamentaciones para reciclarse y eran olímpicamente barridos por las nuevas vertientes.

Los de la Junta Coordinadora Radical habían llegado con la protección de El Providencial. Explicable entonces que Soraya fuera la protectora inapelable de La Agencia y a través de ella captara la energía generacional de la juventud.

Con Masud habían brotado algunos valores juveniles de epopeya francamente individual. Como Franco Bellini, Zapatitos Blancos. Pero ya rondaban los 60 años y cíclicamente desconfiaban de los treintones que les ocupaban las cajas con más audacia que experiencia, y directamente los superaban.

La Coordinadora radical se expandió explosivamente y ocupó los puestos en el segundo lustro de los ochenta, pero con una impetuosidad inferior a La Agencia durante el nuevo siglo.

Con sus baluartes, La Coordinadora ayudó a producir, en los 80, la colonización cultural del peronismo. La renovación del peronismo agrupada detrás de Tony Sanardi.

Radicales impetuosos, como los peronistas relativos de La Agencia que debieron aprender la marchita para disimular.

Aquellos despertaron la desconfianza de los viejos radicales y estos irritaron a los peronistas sexagenarios que no admitían la dinámica de las transformaciones y aún pensaban que el peronismo existía y podía perdurar.

Pero los pendejos se los llevaban precipitadamente puestos. En cuanto los cuarentones de La Agencia comiencen a redondear los 60 o 70 van sacar la licencia de desconfiados y raspar a la runfla que invariablemente los arrastre para desalojarlos de los cargos.

Scigliano, Grinberg, Storni, todos dignos septuagenarios que acompañaron las declinaciones y proyecciones de la Unión Cívica Radical que en el año 2000 volvió a distribuir los cargos, asociado al progresismo imaginario de la izquierda. Cárcova Güiraldes con el Rata Benavídez.

Y en 2015 desembarcarían en los presupuestos asociados a la derecha, a través del Nene Pradelli.

Con una escala, en 2007, en la convergencia con la versión esmiraquista del peronismo, con Corradi como vice transversal de Soraya, con aquel registro inolvidable de campaña.

“Soraya, Corradi y vos”.

Justo cuando despuntaba La Agencia, con la módica utopía de crecer y extenderse desde el Estado y financiada por el Estado.

Versión corregida y aumentada de la Junta Coordinadora Radical. Y antes del fenómeno peronista, pero desde el Estado, siempre desde el Estado, nada podía persistir sin el amparo del Estado omnipotente.

Desde el poder se facilita el desembarco en el delito.

Al contrario, en la Argentina, desde el delito se desembarca en el poder.

Los vulgares creían que el poder era la antesala del delito.

Lo revolucionario aquí es que el delito conduce al poder.

La patología delictiva permite juntar el dinero en palas.

Para instalar el enigma metafórico del Fort Knox personal. Pilar del Sistema Recaudatorio de Acumulación. Imposible abordar la

problemática sin reconocer la capacidad de Iván Smirak, el creador. Para hacer caja. Juntarla. Negar un atributo semejante significaría asumir la tergiversación histórica. Pero debe advertirse contra la interpretación precoz. Concluir que el esmiraquismo fue una asociación ilícita.

La complejidad radica en que también el esmiraquismo fue una causa noble conducida por Iván, un líder de culto.

Para llevársela era conveniente recaudar desde la izquierda. Con pronunciada tendencia hacia el rubro humanitario.

Sentenciado sea entonces con admiración. La pasión por llevársela es tolerada cuando se combate por la justicia social y se atenúa el efecto de la pobreza.

Importaba poco o nada que el líder se la llevara cuando la economía funcionaba y el argentino se vestía, comía, viajaba, compraba relojes.

Pero los pactos, de pronto, caducaron. Se acababa el capitalismo de amigos. O peor, ya ni había más amigos.

Evaluación de los emprendedores audaces que habían acordado de manera bilateral con el extinto. No se trataba de acuerdos colectivos. Eran personales.

En materia recaudatoria, Iván representó la superación profesional del peronismo. El esclarecimiento de la cuestión empresaria.

Durante el gobierno de Perón, fundador y primer jefe, los hombres de negocios entendieron mayormente las claves de la inversión sin riesgo y con beneficio social. Pero la cuestión empresarial quedó reducida al emblema del gran visionario Jorge Antonio Zaker. Fue quien se enriqueció durante los años del mejor peronismo, aunque también se bancó las consecuencias negativas. Con prisiones. Con alguna huida memorable que solía celebrarse durante la mitología de la resistencia. Pero también Zaker aportó presencia y capitales durante el exilio. Hasta que, por decisión de Perón que se atribuía a Funes Ventura, el Turco Zaker no pudo penetrar más en el círculo íntimo.

Pero Zaker sabía que Perón lo utilizaba a Funes Ventura para tergiversar sus decisiones y espantar a los indeseables. Certeza que lo amargaba a Zaker. En las sobremesas de las comidas árabes con su amigo Edmond. O cuando volvían juntos de algún casino en Las Vegas, Zaker permitía desahogarse con su amigo Chacra.

“Al General, Edmond, le iban con cuentos, como a Estela Frutos”.

Y Perón no solo los creía. Era más grave, los inventaba.

Seguramente Perón se había dado cuenta que el objetivo de Zaker no consistía en enriquecerse. Quería mucho más. Pretendía sucederlo.

Durante el ciclo Masud —segundo gran jefe del peronismo— transcurrió la explosión de los empresarios. El mito estructurado de la iniciativa privada. Lo ventilaban los liberales idóneos de recetario televisivo. Pero la técnica de interpretación era bastante similar.

El emblema máximo del capitalismo de Masud fue don Elías Abdenur. Pero crecía Abdenur económicamente desde el advenimiento de El Providencial.

Para el masudismo, Abdenur fue mucho más influyente que Zaker para Perón. Pero Abdenur en los 90 tropezó con un peligro más grave que el de Zaker, que terminó preso por los militares y luego fue oficialmente vedado por Funes Ventura (que aplicaba instrucciones de Perón).

Abdenur había conquistado, en su expansión, el enojo instintivo del ministro Domingo Espelucín. En pleno éxito de la Convertibilidad, pilar milagroso de la proyección del país. Origen del amontonamiento de presidentes mensuales que se precipitaban para visitar a Masud, hacer negocios con sus empresarios y ser protagonistas principales de las recepciones en el hotel Alvear.

En su conflicto inexorable de competencia con el presidente Masud, fue que el ministro Espelucín se obstinó en enfrentarlo a Abdenur. Para utilizar el vocablo instrumental, la palabra prohibida. Mafia. Trataba a Abdenur directamente de mafioso.

Pero Espelucín no era ningún instrumento de Masud. Con su comportamiento irascible y sus palabras incendiarias, el ministro producía su propio eclipse personal.

El tercer jefe del peronismo, Iván Smirak, fue superador, en la problemática, de los dos jefes anteriores.

Perón y Masud no sabían recaudar. Ninguno de los dos.

Incapacitados para generar fortuna, se limitaron a ejercer y distribuir el poder.

En el exilio, mientras transcurría la épica resistencia, los sindicalistas le llevaban regalitos a Perón. Al mejor estilo diplomático del Pocho Calderaro, en el Vaticano.

Y Masud, para pesar de los tenedores de sacos, sobrevivía en la pajarera ejecutiva del Senado, en representación de La Rioja. Se movilizaba con el auto que le ponía el Estado, con custodios puestos por el Estado, vivía en la casa de su hija y cuando se trasladaba a La Rioja dormía en una casa de country sin imaginación, próxima al campo de golf.

Como Iván supo recaudar no necesitaba de ningún Zaker. Tampoco de un Abdenur. En cierto modo Iván había decidido ser su propio Abdenur, su Zaker íntimo. Sabía hacer dinero y no debía dar explicaciones ni al pueblo peronista, que en todo caso lo prefería rico, pobre nunca.

Menos aún quería explicarle nada al Fondo Monetario Internacional. Inapelablemente nadie podía auditarlo. Ni detenerlo. Ni siquiera la Justicia.

Solo la providencia abyecta de la muerte.

Severa irresponsabilidad la de morirse. Osadía inoportuna. No tenía ningún derecho a cesar.

Iván dejaba aparte acuerdos secretos y bilaterales. Extrañas identidades debían acordar, en medio de la incertidumbre, con Soraya, que no quería ver a nadie. Debía fortalecerse en el duelo y dedicarse a recopilar datos que conformaran relatos. Producir sus propias tomografías informativas, pero no tenía en quién confiar.

A Filomeno lo mantenía distante, pero lo prefería dentro del esquema, para vaciarlo de a poco y apartarlo de muchas atribuciones.

La muerte severamente irresponsable había generado fortunas, pero también quebrantos.

El Mariscal Tito, armador territorial e intermediario de negocios, era de los que tenía acuerdos secretos políticos con Iván que no figuraban en ninguna libreta negra. Solía autocompadecerse por los rincones

canallas.

Los interesados, como los afectados, se resignaban a la arbitrariedad selectiva de Soraya, que marcaba los tiempos signados por la desconfianza.

“Por aquí no pasa ningún bolso más. ¿Entendieron? Llego a enterarme que valijean y los destruyo”.

A los capitalistas amigos no les quedaba otra alternativa que esperar. Tolerar las dilaciones que paralizaban la gestión del gobierno.

Sin la circulación de valijas era la tierra de nadie.

La Mujer del César era ahora el César. No bastaba con invocar al César que irresponsablemente se había ido. La César debía autorizar los procedimientos. Pero no podía evitar el estallido de la herencia envenenada.

No respetaba a nadie que alegara haber tenido un trato reservado. O pactos confidenciales con su marido.

Para Soraya detrás de cualquier secreto preexistente con el muerto se ocultaba una chantada.

Costaba mantener una conciencia crítica entre los desastres heredados.

Mientras tanto llamativamente aumentaba la magnitud emotiva de los homenajes. Dejaba que circularan las caracterizaciones del Súper Iván. O el mito consumista del “Ivanauta”. Y confundía a los funcionarios que se habían ajustado a la normalidad anterior.

Sentían que Soraya homenajeaba al marido muerto para eclipsarlo, mientras cambiaba todos los procedimientos y se proponía una discreta tarea de limpieza, de profilaxis e imposible purificación.

Pretendía salvar la ropa “del modelo” esmiraquista (que no existía) y se imponía cambiar lo inmodificable.

Más que reformar el modelo, debía destruirlo de raíz. Pero en simultáneo soldaba las bases mitológicas del gran político que no había dejado sus convicciones en la puerta de la casa de gobierno.

Pero la conspiración de la realidad se la llevaba puesta a ella.

Aunque aludiera favorablemente al César que deslegitimaba, al modificar sus hábitos. Debía continuar con los homenajes a la gran

obra del “compañero de vida y de militancia”. Aunque ya la calificaran, desde algún expediente, como “jefa de la banda, la asociación ilícita”.

Para no pulverizarse contra las rocas del sentido común justamente cuando le correspondía renovar la permanencia. Cuando se proponía elevar la “calidad institucional” se le venía encima la barbarie de las recaudaciones que nunca le había interesado controlar.

Los peronistas que estaban dentro del gobierno, pero fuera del negocio, tenían una alternativa clara. Colgarse, sin pudores ni prejuicios, del “Vestidito Negro” de Soraya, pese a los rigores de su disyuntiva existencial.

La herencia política del extinto era manejable.

El desafío consistía en acertar en el manejo de la herencia económica. El tesoro acumulado durante la pasión recaudatoria.

Multiplicadas ceremonias estructurales. Años de acumulación espiritual. Con Iván no existía el cuentapropismo. Atributo que debía valorarse.

El Sistema Recaudatorio lubricaba con armónica brutalidad. Nadie podía comerse una aceituna que no le correspondiera. Conocía todos los rubros de las cajas y solo Iván habilitaba a los que trasladaban bolsos en determinados depósitos. Pero fue muy inocente al respecto.

Valijeros sin identidad se enriquecieron. Tenían por delante miles de años de perdón. Le costaba a Soraya asumir las contradictorias concepciones del gobierno que comenzaba, en efecto, a conocer de verdad.

Hasta los que repudiaban la corrupción estructural veían con simultánea simpatía los adelantos en el ámbito de los derechos humanos. El virus usual de la corrupción había invadido también la virtud humanitaria. Complemento inadmisible. El noble humanitarismo facilitaba también el ejercicio del delito.

“Con la izquierda adentro se recauda mejor”, solía sintetizar Iván con lúcido cinismo.

Los pontificadores se divertían con el exabrupto. Sin utilizar palabras, advirtió de entrada que el intercambio de superioridad moral

necesitaba una contraprestación.

¿Y qué quería la izquierda para quedarse tranquila, sin molestar, y dejar, al que gobernaba, recaudar en paz?

La izquierda reclamaba justicia, reparación histórica, reconocimientos emocionales, y de ser posible el manejo de algún presupuesto.

Y exigía, en especial, presos. Como gobernador de Santa Cruz, Iván jamás se había conmovido con los pañuelos blancos de las Madres de la Plaza. Le encantaba demorarse en los asados de los cuarteles.

Pero como presidente no vaciló en acabar con la "obediencia debida" dictada por El Providencial. Tampoco con los indultos de Masud.

Los represores no debían envejecer paulatinamente libres.

Las organizaciones humanitarias que acumulaban indignaciones lo plantarían a Iván como el gran benefactor.

Iván tuvo tiempo hasta para la sobreactuación de bajar dos cuadros falsamente simbólicos. Nadie iba a protestar si apresaba de nuevo a los militares, que estaban en el foso de la política.

Menos nadie iba a enfrentarlo cuando se encontraba en la etapa lógica de "construcción del poder".

En 2011, antes de aplastar electoralmente a los opositores, con el muerto como indirecto jefe de campaña, Soraya se había alejado de los hombres de Iván. Los que estaban pendientes, en la cuerda floja, a su disposición.

Tal como El Bandeja Altamirano le había advertido a Utrera: "Y la senadora es peor que el marido, acordate. La mamita los va a cagar a todos, uno por uno".

Los sindicalistas la habían respaldado como si fuera el último favor que le retribuían al jefe extinto. Aunque ella los ignorara. Y ni los registraba. No devolvía un llamado, no respondía un pedido de audiencia.

Pero los "compañeros" sindicalistas estuvieron igualmente presentes. De adorno. Para aplaudirla en los insalubres actos oficiales. Consideraba que había llegado el momento justo para avanzar contra

los Ricos, Gordos y Malos. Los que nunca habían trabajado. Prepotentes, inconformes, preocupados solo por “la de ellos”.

Los desplantes lanzados contra el Negro Toledo no eran casuales. Escenográficamente humillantes, imperdonables. Ante los industriales oficialmente seducidos que formaban parte del inventario.

Los desplantes mantenían el aroma espeso de la ingratitud. La sensibilidad corporativa indicaba que la agresión no se producía solo contra Toledo.

“Es contra el Movimiento Obrero”, recriminaba El Bandeja Altamirano a sus pares. “A darse cuenta de que volvió la zurdita de los 70”.

Cuando percibían que “iban por ellos” las fracciones del sindicalismo peronista solían unificarse. La alta tasa de negatividad de los sindicalistas conmovía a las sensibles capas medias.

El Estado (o sea el Gobierno) les debía a los gremios, por las obras sociales, miles de millones de pesos. La deuda los unificaba. Fraternidad ante la persecución.

Y para Soraya resultaba más redituable perseguirlos que pagarles.

Los Camperas se sentían traicionados. Repetían: “Con el croata esto no pasaba”.

Crecía, en simultáneo, el deseo gélido de venganza.

“Cáscara”, o “carcasa vacía”. Sin vida ni ideas. Era el Partido Justicialista para el Negro Toledo. Lo decía con bronca, después de haberse peleado con Soraya.

“Con Iván de presidente no hubiera existido la pelea con Toledo”.

Guapo del barrio, desde que era camionero de Verga Hermanos, Toledo sabía explotar el encanto de la negritud.

Había sido el socio fundamental de Iván, junto a su detestado Bagnatto. Para la ficción de la fortaleza del modelo esmiraquista, agotado para Toledo después de la muerte (irresponsable) de Iván.

Pero con Soraya de presidenta le escamoteaban a Toledo hasta los fondos para sostener las obras sociales. Aparte, trascendía que Toledo estimulaba el síndrome Lula. También quería ser presidente.

El síndrome Lula provocaba que cualquier Campera se imaginara

con la banda. Hasta el mismo Bandeja Altamirano. Al que Pécora, desocupado desde el fin del masudismo, pretendía convencer de ser candidato.

"La patroncita se les enojó", se burlaba El Bandeja.

"Les dije que esta bruja era peor que el finadito, que los iba a garcar. Pero no me hicieron caso, creían que era una viuda piadosa de La Plata. Y ahí la tienen, si puede los corta en cuadraditos como a la mortadela".

Filomeno, peronista cultural, estaba en total desacuerdo con las arbitrariedades de Soraya. Era el único peronista del gobierno que podía calmar a Toledo. Podía lograr que le atendiera el teléfono.

Pero Soraya despreciaba a Filomeno por una razón fundamental. Era un incondicional de su marido, estaba bajo sospecha. Lo tenía alejado, pero no lo soltaba. No lo dejaba irse, pero paulatinamente lo desplazaba. Era la memoria.

Mientras tanto la frontalidad de Soraya emocionaba a la franja gravitante de la izquierda. Progresistas en banda que creían en la reencarnación de los vientos huracanados de la Tendencia Revolucionaria de los 70. Cuando los que apostaban por el socialismo utilizaban al peronismo como instrumento que facilitaba la epopeya y les garantizaba la permanencia laboral. Como si el peronismo fuera la cicuta cotidiana de bajas calorías que debían tragar para situarse por los bordes del poder, con los celulares, secretarias y choferes financiados por el Estado.

Ellos tomaban a los peronistas culturales como elementos simplemente descartables. Úselos y tírelos. De ser posible, olvídelos, representan una movida que dejó de existir.

"El jefe, al final, fue un gil".

Por haber cometido el error de no ir en 2007 por la reelección. Por obsequiar la presidencia.

En cuanto Iván se quedó sin el trabajo de presidente se entretuvo un par de semanas con la presidencia del Partido Justicialista.

Con la fila de gobernadores, legisladores y exlegisladores de mandato cumplido que sacaban número para verlo. Como los

empresarios con iniciativas. Los financistas. Para fotografiarse, jactarse y decir: “Estuve con el jefe”.

Pero Iván fue mejor presidente de la Argentina que del Partido Justicialista. Despreciaba al “pejotismo”.

Al “peronismo de cochería vertebrado por el Grupo Mausoleo”.

El PJ era un vegetal a la carta. Un producto de la voluntad de Iván.

Por la imposibilidad de pelearla “por adentro”, hubo peronistas que preferían emanciparse e irse “por afuera”.

A los esmiraquistas les dejaron el espacio ancho y libre, servido, a merced, aunque fuera un vegetal. Abandonaban la cancha grande para jugar más tranquilos en los potreritos personales. Clave del llamado Peronismo Federal Republicano. Con la pedantería de presentarse como los peronistas verdaderos. Republicanos y Federales. Los peronistas le negaban identidad peronista al esmiraquismo, mientras disputaban por la conducción del peronismo que había dejado de aportar identidad.

“Peronismo no había más, solo quedaban peronistas”.

Se resignificaban. Mutaban. Se adaptaban.

Peronistas proustianos, aunque nunca hubieran leído a Proust. Buscaban el tiempo perdido. Recitaban sentencias que ya no estaban vigentes, aludían a la justicia social mientras el país desbordaba de miserables que hacían una industria de lo que otros, apenas más pudientes, descartaban y tiraban a la basura.

2002

Con Cárcova en la presidencia había ocurrido el colapso. El desmoronamiento del sistema político que precipitaría la hegemonía posterior de los dos nuevos animadores. Los Smirak, Iván y Soraya. Y la gestación de la derecha que no se atrevía a definirse como liberal, y menos como masudista. La irrupción de Renato Pradelli.

Utrera pudo darse el gusto de ser presidente igual y sucederlo a Cárcova, el que le había ganado en 1999. Fue después de suceder a dos presidentes breves. Tres días del senador Federico Desaux, y diez de don Calixto Domínguez Mendiburu, del Estado Imaginario de San Luis.

En el plano pequeño, Cárcova había acabado con la impostura progresista de la Unión Cívica Radical. En el casino de 1999 el partido había jugado la ficha de la izquierda, junto al peronista progresista Rata Benavídez, animador de la eterna usina de funcionarios nucleados en el Frente Gigante.

Muchachos capacitados por su amplitud estomacal para ejercitar el arte de la continuidad y situarse siempre cerca de las ventanillas ganadoras, sin pagar nunca los costos de los fracasos que producían. Lo importante era quedarse aferrados al presupuesto y sin seguir el ejemplo despreciable del Rata Benavídez, que ante las primeras dificultades de Cárcova decidió abdicar.

Cuando por la calle, en vez de decirle con admiración “Grande, Rata”, en lugar de alentarlo “Vamos Rata todavía”, comenzaban bruscamente a insultarlo. A decirle “Garca, vos también nos garcaste, sos como todos”.

El asunto de las coimas en el Senado le brindó el pretexto que Benavídez necesitaba para huir. Tuvo un profundo síncope de moralidad y decidió, de arrebato, renunciar, y brindar una conmovedora conferencia de prensa en el City Hotel, donde hasta

Clarita Rondina se acercó para manifestarle su cotizada solidaridad, y decirle “usted es un ejemplo de moralidad”.

Benavídez lo dejó colgado a Cárcova, con la ilusión de creer que las masas progresistas iban a movilizarse en caravana hacia Caballito para suplicarle que volviera, al grito de “¡Rata sí, otro no!”.

Pobre Cárcova, la situación lo excedía, la depresión lo rodeaba, se sentía culpable y hasta estaba a punto de suplicarle al Rata que regresara.

Pero el respetable doctor Bellizzi, una suerte de Lito Altamirano radical, puntero de la Boca y de chequera imposible, le dijo: “Carcovita, te felicito, pudiste liberarte de la yarará que tenías en la cama, ahora vas a poder dormir tranquilo y fracasar en paz”.

El periplo de los progresistas fue admirable. Pese a la sucesión de gobiernos antagónicos y diferentes, permanecieron indemnes, siempre cerca de los nombramientos. Solo cambiaban transitoriamente de adversarios.

Aquel Frepaso (Frente del País Solidario) de orígenes peronistas se había unido a los radicales de Cárcova para combatir la vertiente peronista de Masud, impregnada de liberalismo instrumental.

Estos progresistas atravesarían la historia con el estigma del “frepasito tardío”. Distribuyeron progresismo ilusorio entre los gobiernos peronistas de Utrera, de Iván y de Soraya.

Acostumbrados a las ceremonias emotivas de los juramentos, con abrazos, parientes y contenidos lagrimones, y ya habituados a la persistencia de los salarios, los viáticos, los autos con chofer, secretarias con visión igualitaria para el futuro y una colección de asesores patriotas que también distribuían progresía entre los gobiernos culposos que los necesitaban.

Otorgaban la chapa redituable de transparencia y del humanismo. Calcomanía invalorable que le deparaba a Iván la certeza para recaudar tranquilo.

El país de los finales horribles se desangraba. Volaban piedrazos por

la calle. Imágenes cinematográficas de los policías a caballo. Manifestantes de finales de 2001 y principios de 2002 perseguidos sin método, porque manifestaban también sin método ni experiencia en movilizaciones.

Eran los estafados. Damas coléricas, señores honestos, cabezas de familia, todos enojados y embocados por los ahorros diluidos.

El peronismo debía ocupar otra vez el vacío que le atribuían haber provocado por agudizar las fantásticas impericias de Cárcova.

Por acentuar las contradicciones del frente superficial que gobernaba.

Por inspirarse en la fragilidad institucional del gobierno que se diluía como los ahorros.

La sociedad no estaba preparada para admitir que el peso ya no valía más un dólar. Cada dólar de pronto valía cuatro pesos. Y los dólares no estaban precisamente en el bolso. La gran parte de los billetes crocantes estaba en los bancos.

“El que depositó dólares recibirá dólares”, calmaba Utrera con voluntariosa honestidad. Creía poder cumplir sus promesas a la bartola.

El peronismo emergía como el instrumento político para resolver la crisis que desde el peronismo se había gestado.

La tormenta generada suplicaba por el piloto que pudiera dominarla.

Utrera era el piloto indicado para rescatar al país del mal final y prepararlo para la próxima fantasía que podía terminar peor.

Engendrado en el esmiraquismo, el sorayismo era distinto. La prioridad no consistía en mantener el Sistema Recaudatorio de Acumulación. En el sorayismo esa patología no tenía lugar. No había negocios. Apenas los tradicionales peajes de mantenimiento, en botoneras que funcionaban mecánicamente.

El sorayismo se inspiraba en la ideológica Revolución Imaginaria como si fuera real.

Una astuta fantasía del esmiraquismo precedente. Quien osara cuestionarla era metódicamente estampado como neoliberal, defensor

de la economía concentrada. Iván y Soraya representaron dos vertientes tergiversadas del peronismo inmanente que se extendía y mutaba a discreción.

Nada original. El fenómeno había arrancado en 1945 a contramano de la historia y pudo subsistir por su pragmatismo ejemplar para iniciados, con el tono de los modos dominantes, a derecha o izquierda, y el pilar retórico de la justicia social que se recitaba mientras se aceleraban las distancias y se multiplicaban los miserables.

En 1989, el extravagante pintoresquismo de Masud había coincidido felizmente con el desmantelamiento súbito de la Unión Soviética. Con la certeza del capitalismo plantado como manera exclusiva de acumulación universal.

En 2003 la precariedad efectiva de Smirak coincidió exactamente con el fracaso del modelo transformador de la economía que se había aplicado, al que se condenaría con el mote de neoliberal.

Tiempos de maldición del Consenso de Washington.

Iván conectaba con los populismos estremecedores que se ponían de moda en el subcontinente. Primero con Chávez y el delirio bolivariano que a Iván le causaba gracia. De inmediato con Lula y su flamante peronismo paulista. Continuado por la simpatía indigenista del Evo en Bolivia y la antipatía militante de Correa en Ecuador.

Con la agenda y los contactos de Roque Sperdutti Burgos, el canciller paralelo, se le facilitó a Iván la utopía de su propia transformación.

Sperdutti Burgos le brindó el curso acelerado de izquierdista que nunca, en efecto, había sido.

“Para ser peronista basta con decir que sos peronista y ya lo sos”, proclamaba Desaux.

En la práctica, Iván recreaba la comodidad de aquella plácida definición.

“Para ser revolucionario basta con inventarse un pasado y que nadie lo desenmascare”.

Profundizaba la fórmula e Iván asumía con énfasis los dolores de su generación. Debía sentirse interiormente como un montonero frustrado, con la mochila cargada de muertes. La tarea no era demasiado complicada. Cualquier muchacho de su edad podía

considerarse un sobreviviente. Había que contar con algún amigo "muerto en combate". Nada tampoco muy original.

Pero Sperdutti Burgos había sido revolucionario de verdad. De la trágica militancia le quedaban desparramados los compañeros cubanos, los venezolanos barrigudos de cerveza, los complejos colombianos e infinidad de muertos compartidos para evocar con melancolía y tramitarle indemnizaciones a la familia. Los sobrevivientes de la batalla y la metralla.

Y ahora, con increíble paciencia, se resignificaban como auténticos demócratas que compartían el pasado de la pólvora romántica que asesinaba y que solían evocar en sus encuentros. Cuando entonaban canciones laudatorias hacia "la querida presencia" del "comandante Che Guevara".

Los Castro, como Alí Rodríguez, o el colombiano Reyes, todos eran amigos de Sperdutti Burgos que ya no arrojaban cohetes ni siquiera para navidad.

Sperdutti Burgos y sus amigos septuagenarios hicieron pronto de Iván un auténtico pichón de combatiente desencantado pero orgulloso de pertenecer a la generación que invocaba el mito de la militancia para alcanzar un mundo más justo. Como si todo aquello hubiera sido, en efecto, real.

La Argentina podía entenderse a través del baile de máscaras. Con la imponencia de una ópera rock complementada con el acordeón festivo de los cuartetos cordobeses.

Durante las dos o tres vueltas de vals transcurrieron las 72 horas del presidente Federico Desaux. Resultaron útiles, en diciembre de 2001, para destrabar la anarquía elaborada y ceder el turno a la "samba enredo" en el fantástico festival de la presidencia entretenida de Calixto Domínguez Mendiburu, gobernador del Estado Libre Asociado de San Luis.

El gobierno de don Calixto fue el malentendido que facilitó la aventura colectiva de vivir una semana en el aire. Momentos de máxima aceleración emocional. De pronto don Calixto Mendiburu se elevaba en las encuestas por su irreverente hiperactividad y hasta

barajó la alternativa atractiva de quedarse. Al menos hasta finalizar el mandato interrumpido de Cárcova y no llamar a elecciones inmediatas. Fue una sospecha que se clavó en el pensamiento de los gobernadores que tomaron distancia de don Calixto, que pretendía recibir muestras de apoyo y convocó inútilmente a una cumbre en Chapadmalal en pleno despunte del verano.

En Chapadmalal transcurrió el tramo mágico para la ópera rock. Florecieron los treinta y cinco portadores programados de cacerolas, en pantalones cortos y ojotas, que conspiraron violentamente para derrocar al autócrata don Calixto que debió huir para renunciar en San Luis, capital de su provincia.

Y entonces, en Buenos Aires, Santos Covadonga asumió el control transitorio de la samba enredo para entregarle el poder al verdadero piloto de la tormenta generada en colaboración con El Providencial, que también compartía el hábito cultural de preferir al enemigo.

El senador Alejo Utrera era el verdadero piloto de tormentas que se encontraba en condiciones de brindarle alguna dirección a la ópera devastada, en la antesala de la paulatina destrucción.

Con la alborotada clase media en la calle, las señoras honorablemente enardecidas que gritaban “que se vayan todos” y que el pensador Zuleta denominaba “Madres del Banco de Galicia”, curtidas las pobres en manifestaciones cotidianamente bullangueras, con un calor de 38 grados y con la violencia de los cucharones que golpeaban los cristales de los bancos que no podían devolver los fondos que les pertenecían a los desesperados por juntarse con sus billetes crocantes.

2003

Después de la liquidación, Utrera subastaba el poder. Ofrecía la candidatura presidencial al persuadirse de que no podía ser presidente. Justamente el piloto que había controlado la tormenta no podía estar al mando.

Para la frivolidad de la historia instalaron que Utrera no completó el mandato de Cárcova como consecuencia del asesinato de dos manifestantes ejecutados debajo del puente interrumpido en la rutina de otra protesta. Pero se contaba que a Utrera le habían bajado el pulgar, le habían puesto la bolilla negra aunque publicara un libro por semana contra el flagelo del narcotráfico.

"Lo bajan desde arriba", sugerían los traficantes de información calificada, sin citar ningún nombre.

O era Dios o el Departamento de Estado. Entonces Utrera decidía adelantar las elecciones, ponerle garra y empeño a la subasta, movilizado por el objetivo de obstruir el regreso triunfal de Masud, mientras los masudistas divulgaban que al Departamento de Estado, Utrera le importaba un carajo, y que no era candidato para no perder de nuevo.

Subasta con dificultades. Cabalén era el preferido por Utrera. Alto, blanco, moderado y estanciero y en especial había sido un ídolo deportivo, un piloto de Fórmula Uno políticamente inventado por Masud, como Dante Cabral o Jimmy Tolengo.

Sin tenacidad ni apasionamiento por tomar la iniciativa, el plácido Cabalén se mostró desconfiado y vacilante. Temía interceder en la pelea de dos pesados, como Masud y Utrera, y transformarse en víctima de cualquiera de los dos.

Los sobrevaloraba como expertos y profesionales. Y Cabalén arrugó.

“Me van a boxear, y yo no quiero problemas”.

Prefirió quedarse en la estación abandonada y dejó pasar el último tren. Pero se conformaba con ser el eterno senador. Llegar de Entre Ríos el martes e irse el jueves, almorzar en el comedor del Senado con algún colega como don Calixto Mendiburu o Carreño y suponer que estaba activo en el oficio.

La pajarera selectiva del Senado le resultaba hasta agradable. Le proporcionaba un despacho, empleados y asesores. Estaba dispuesto a seguir en la pajarera hasta que pudiera y ser velado, cuando correspondiera, ahí.

Tampoco Utrera tuvo suerte en la subasta con el cordobés Zanettini. Mostró entusiasmo como buen cordobés y fue al frente, paseó por todos los canales con un discurso tan prolijo como sus trajes, demasiado elegantes, impecables, y se presentaba como un muñeco perfecto que buscaba el consenso, con generalidades que no entusiasmaban ni a los posibles consensuados. Desplegó una sucesión de frases correctas que no aportaban la menor solución al desesperante desastre colectivo. Todo perfecto, perfumado, armónico y limpito.

Después, en la búsqueda implacable del consumidor para el producto que subastaba (la presidencia de la Argentina), Utrera ensayó con una oferta básica al Pipe Gudiño, que gobernaba Buenos Aires porque el gobernador Schiafino había abandonado la gobernación para ser el canciller de Utrera. Y aunque creía que la presidencia podía haber sido para Schiafino, por su alta consideración en las encuestas.

Pero Gudiño, reconocido paranoico notable, sospechó que Utrera pretendía arrebatarle la gobernación. Pidió la eternidad de 24 horas para pensarlo. Y como no creía en la sincera generosidad de la oferta de la presidencia regalada le hizo caso a su paranoia y respondió que no. En pocos meses Gudiño se arrepentiría.

En la declinación de la subasta, Utrera pensó hasta en el Nene Pradelli, que mantenía una excelente imagen, era también blanco y rico, hijo del potentado seductor. Pero Pradelli le dijo con honestidad a Utrera que era consciente de sus limitaciones y aún estaba verde para la presidencia, no se encontraba a la altura del desafío. Necesitaba madurar. Administrar antes, al menos, el gigante Maxi Quiosco de la ciudad.

Entonces para no capitular ante Masud solo quedaba la última alternativa. El Flaco embrollón. El desgarbado de la Patagonia que había deseado evitar la derrota del peronismo en 1999 y amagaba con posicionarse para 2007 y podía ponerla. Solo contaba con el apoyo rentado del canal de *Crónica* para nacionalizar su figura y de paso ser más valorado en Santa Cruz, donde tenía derecho a la reelección ilimitada, eterna.

El tiempo se aceleraba y Utrera no encontraba más oferentes para la subasta institucional. Y aquel Flaco no titubeó ni un segundo.

"Ya, agarro ya".

Y de inmediato se lo comunicó a la senadora que rompía las paciencias con las televisivas cátedras de superioridad moral en una versión femenina, pero mejor estructurada, del estilo Rata Benavídez.

2007 y 2005 fueron los años clave. 2007 es el año del error fundamental de Iván. Acabó el único mandato y declinó la opción legal por el segundo. Salió de la presidencia y se llevó el poder.

Había sabido aprovechar los efectos catastróficos del sinceramiento económico producido durante el paréntesis de Utrera.

El fin de la Convertibilidad iniciaba el periodo de la nostalgia del peso unificado con el dólar. La pesificación compulsiva había arrasado con los ahorros y producido una extraordinaria transferencia económica que afectó especialmente a los destrozados de la clase media. Los que se creían solventes en dólares crocantes que se habían evaporado.

Iván supo explotar también la beneficiosa circunstancia internacional y se aferró a la gloria de la soja. Se le podía reprochar la ostensible capacidad para desperdiciar la etapa tan favorable. Sin generar, entre tantas ventajas, ningún proyecto capitalista.

Si con los mil millones de dólares recibidos no había logrado desarrollar Santa Cruz, nadie podía esperar que generara un proyecto de desarrollo para la Argentina. Cuando se crecía formidablemente, a "tasas chinas".

Lo prioritario para Iván había sido consolidarse políticamente e imponer el Sistema Recaudatorio de Acumulación. Para "hacerla", de

verdad.

Una gigantesca base económica para financiar posteriormente la política. Debía hacer caja para "la política", y el único que hacía política y caja debía ser él. Nadie más.

Sin percibir que sus valijeros de confianza le robaban con sistemática lentitud. Tenían derecho al guardado de espiritualidades.

Impulsaba la idea superior de ser económicamente fuerte para ser libre e independiente. Sin recurrir a los préstamos de ningún canalla que lo financiara y se creyera dueño del gobierno. O de la propia política, que absolutamente le pertenecía.

La tradicional jugarreta de los poderosos con Iván no iba a ser posible. Se iba a sacar de encima hasta al Fondo Monetario Internacional y las auditorías reguladoras.

Pondría de frente hasta el último dólar para quedar a mano y no caer en adelante en la trampa dominante de la deuda. Que se resolvía con saldarla y sacarse al abrojo del Fondo de encima, que prestaba solo para dominar.

Preferían que el país emergente se endeudara para mantenerlo con la deuda eterna de rehén.

"Conmigo no, hijos de puta, métanse los créditos en el orto".

Se lo dijo jactanciosamente a Barranco después del segundo whisky.

Se sentía poderoso cuando la juntaba y no entraba en las pequeñeces de las comisiones. Iván no consistía en ninguna simple estación de peaje y no se conformaba con participar. Prefería ser socio, o casi dueño, de la autopista. Intentaba quedarse con la parte del león.

Para ponerla, cuando correspondía, en la política. Sin depender de ningún Abdenur o Zaker que financiara. Su proyecto contenía el secreto de financiarse solo y nadie podía tener más dinero que Iván. Ni ser más temiblemente poderoso que Iván. Iba a sacarle el jugo hasta a las rocas.

Se iba a quedar con lo que pudiera. Con bancos, petroleras, tierras extendidas, con la energía y con montañas de dólares y de euros crocantes amontonados en bolsos que a veces le encantaba mirar. En fila, con capacidad individual para un millón. Aunque los dos valijeros habilitados para recibir y trasladar le encargaron secretamente bolsos casi iguales, pero levemente más pequeños, donde entraban 900, a lo

sumo 920 mil, y le manoteaban entre ochenta y cien lucas por bolso.

Así valía la pena dejarse maltratar. Que Iván les pellizcara el culo o les diera una patada o una trompada porque sí, para descargarse.

Le aguantaban los sopapos cuando Iván necesitaba descargar las tensiones. Sin siquiera sospechar que los sopapeados se enriquecían con los crocantes que acumulaban con virtuosa perversidad.

"Mesa chica" no había. Era innecesaria. La mesa del poder de Iván era una mesa ratona, a la que solo podía sentarse él, para conducir y diseñar el Sistema Recaudatorio de Acumulación.

Pero irresponsablemente al partir iba a dejar un desastre extraordinario para algarabía de los valijeros habilitados que lo despreciaban.

Iván decidía en rigurosa soledad. A lo sumo consultaba con el fiel Filomeno, o lo que correspondía con Ramiro, inventado como empresario de la construcción. O con el cordobés reluciente de brillos que se encargaba de los subsidios del transporte. O parcialmente con Chico, el financista de los servicios, que disfrutaba los atributos intransferibles del presidente para ejercitar la cultura de la "tarasca".

Pero ni su Premier Mujica —que se ufanaba de ser la mano derecha — y mucho menos Soraya tenían la menor idea de los caminos brutales de la tarasca.

Iba a costar que algún mediático pudiera reconstruir el verdadero camino de los euros crocantes. La muerte prematuramente absurda iba a condenarlo a la ironía de enriquecer a los castigados secretarios habilitados exclusivamente para trasladar la marroquinería de una ciudad a otra, en el vuelo semanal hacia Río Gallegos, luego de pasar por el departamento de Recoleta o de Puerto Madero, hasta el avión que recibía el equipaje presidencial que se bajaba en el aeropuerto de Río Gallegos para conducirlo hacia los depósitos del gran constructor.

Costaba admitir, después de la muerte irresponsable, que Soraya desconociera los mecanismos de funcionamiento. Y nadie interpretaba el desconocimiento como un mérito ni como justificación. Y menos cuando avanzaba la vengativa voracidad de la justicia que oscilaba y se había emancipado del Especialista.

El Sistema Recaudatorio se había desmoronado, florecían por doquier las gargantas profundas que procuraban salvarse. Y, por consecuencia hereditaria, Soraya era “la jefa de la banda” de la asociación ilícita del esmiraquismo.

En Río Gallegos, en El Calafate, en Punta Arenas, florecían los mitómanos con información básica que indagaban sobre el Fort Knox local.

El tesoro oculto que había juntado Iván. Con el formato antiguo de una bóveda de banco. En sótanos con olor a tinta de los billetes crocantes.

Para el imaginario, en el Fort Knox de la Patagonia se acumulaban montañas de crocantes de 500 euros. Maletines de los viernes a la tarde colmados de efectividades. Originados de maneras cuantiosas, desde las cajas más insospechadas, no solo desde la servida obra pública o de los regalados subsidios espirituales al transporte o la energía. Melancólicos retornos rebosantes de densidad litúrgica.

Zelim Kessen, profesional de las mudanzas de Río Gallegos, había trasladado las dos viejas y enormes bóvedas del Banco Hipotecario de la sucursal Santa Cruz. Hacia las dos residencias particulares del matrimonio. En Río Gallegos o El Calafate. Dos Fort Knox que, en caso de existir, resultaron inhallables. Como la base colmada de lingotes de oro del real Fort Knox de Kentucky.

Pero el Fort Knox patagónico se expandía a través del mundillo elitista de los servicios de inteligencia. Los burócratas del espionaje persistían camuflados en las embajadas con rangos diplomáticos. Intrigantes de las estaciones foráneas de “servilletas” que se pasaban las mitomanías entre ellos.

Y en un cóctel del hotel Alvear, en plena recepción de Arabia Saudita, un intrigante supuestamente vinculado a la CIA deslizó: “Tenemos todos los datos. Están filmados. Sabemos de los movimientos del día. Pero tenemos detectados también los traslados de la noche. Por los campos. La salida por Punta Arenas”.

Los que años después buscaría el fiscal Garciarena con una excavadora de inspiración neorrealista, perseguido por cientos de

cámaras de televisión y de fotógrafos cautivados ante la inmensidad de la Patagonia cuya tierra removían.

Se imponía saber quién tenía la clave del acceso hacia el misterioso Fort Knox. Los fiscales se dedicaban a la producción de arrepentidos que tenían la obligación de saberlo. Pero ya era tarde.

Nadie podía encontrar al sufrido Blas, el secretario habilitado que tenía conocimientos suficientes como para acumular una impresionante fortuna a través del estilo manotazo. Y el día fatídico de la muerte irresponsable tampoco nadie casualmente había podido encontrar a Martiniano, que tenía un llavero nutrido y odiaba al extinto que lo sopapeaba para distenderse. Aunque se identificó tanto con Iván que tuvo su mismo final. La sorpresiva osadía de morirse la provocó en Miami, exactamente después de un polvo. Caro, el polvo.

Para uso personal, Iván deseaba tener aquello que temía. El Gran Diario. Con Bagnatto en el combo.

El único poder que le faltaba conquistar era el de la comunicación. Durante las ceremonias de churrasquitos hervidos, los cervantinos Bagnatto y Pando, aunque cada vez con mayor distancia, lo llamaban "presi".

Sin reparos ni contemplaciones: Iván los doblegaba o los aniquilaba.

"O me aniquilan a mí, Barranco".

A esa altura no podía capitular. O los conquistaba o se les rendía. Plantaba un escenario polarizado de destrucción.

En 2007 Iván tenía el país entero en el bolso. El país era otro bolso más pesado. Tenía la totalidad del poder puesto encima. Y la totalidad del empresariado, detrás. Con deplorables muestras de pleitesía.

Contaban que don Paolo, en Caracas, no se despegaba un minuto de Iván. El poderoso empresario multinacional se prodigaba en demostrarle el afecto que compartía con Hugo Chávez, el charlatán al que Iván podía soportar, con suerte, apenas quince minutos. Aunque le sirviera para recaudar.

Así fuera don Octavio, o el temible Bagnatto, los pesados de la economía estaban a su disposición. De haber continuado, los conquistaba. Los reducía.

Pero había cometido el error de dejar a Soraya como sucesora.

Para completarla, le había colgado a Soraya un vicepresidente radical. Corradi era un probo radical transversal que iba a padecer durante tres años y medio la ira condensada de Soraya. Por el desenlace de la guerra con los chacareros, que pasó a la olvidable posteridad como “conflicto del campo”.

Por no haberla apoyado, para Soraya simplemente Corradi había dejado de existir. En ningún acto le dedicaría una miserable mirada.

De moda estaba afirmar que la guerra contra los chacareros tampoco hubiera existido si el presidente era Iván.

Y como la presidenta era Soraya, el presidente consorte se dedicó a estimular la confrontación. Con una espléndida emoción y actos que conmovían a la militancia sin causa que creía luchar contra la oligarquía.

“Estos son dos son lunáticos, y ella es mucho peor”.

Pero nadie atendía al Bandeja Altamirano.

Imágenes espectaculares de la Plaza de Mayo que desbordaba, ante la euforia de la militancia y la imagen partida de todos los televisores del país. Entre militantes de la plaza y chacareros en los pueblos, ataviados de gauchos y con chinas paquetísimas en alpargatas de yute.

Los ventiladores diseminaban la escenografía de los papelitos de colores radiantes. Soraya concluía su mensaje incendiario e Iván la abrazaba entre las cámaras para decirle “te amo, te amo”.

“A estos dos les sopla el moño, Utrera, por culpa tuya esto va a terminar mal, muy mal y la rep…”.

Antes de entregar el bastón de mando, Iván se había arrepentido.

“Me mandé un cagadón, Barranco. Soy un idiota, Barranco”.

Por haberla convertido en presidenta. El error no era por Soraya. Era por él. Soraya se sentía preparada para ser presidenta. El problema residía en que Iván no estaba preparado para que ella lo fuera.

Debía simular la prematura desesperación. La abstinencia se le anticipaba. No era el protagonista oficialmente prioritario del poder.

“¿Dónde carajo me pongo ahora, Barranco?”.

Desperdiciaba lo que había logrado. Para ser el esposo de compañía. Recurría al humor para compadecerse. Se iba a anotar en un taller literario.

Era “el primer damo”.

“Un pelotudo, Barranco”.

Los líderes portan la ineptitud natural para generar herederos.

El General supo maquillar con acierto la incompetencia. Al afirmar “el único heredero es el pueblo”. Como heredero no dejaba a nadie.

Como si el poder fuera otro bien ganancial, Iván había designado a Soraya. Copiaba al General, que había elegido como vicepresidenta a Estela Frutos, la bailarina que alegró su exilio y perdería cinco años de su vida entre humillaciones de presidiaria y la falta de reconocimiento del peronismo que había representado.

Pero Soraya en cambio era una profesional de la política, que se había dedicado excesivamente a militar para la gloria del marido.

La retribución no era gratis, la merecía. La presidencia se la había ganado desde la noche que inauguraron la unidad básica de “Los muchachos”. Y ahora se disponía a ejercer sus atribuciones, racionalmente despreocupada de los sentimientos anímicos del predecesor. O del arrepentimiento que lo deprimía.

Sin mostrarse interesada en la obsesión recaudatoria probablemente Soraya ejercía el poder con una convicción superior. Con criterio y sentido de la responsabilidad, pero sin tener la capacidad de construcción de Iván.

Solo lo superaba con la prédica intelectual. Ostentaba lecturas, nombres de autores que deslumbraban. Simulaba erudición con su conocimiento sobre los libros que Carson, su hija adolescente, próxima novelista, leía de verdad.

Algún intelectual efectista la había descalificado al escribir injustamente que Soraya tenía una “nutrida cultura de contratapas”.

La cuestión es que la presidenta utilizaba las frases justas que denunciaban un arsenal de conocimientos. Suficiente para eclipsar la vastedad de la ignorancia colectiva. Con la mera pose desarticulaba al

adversario. O a la “compañera” que en el fondo la envidiaba.

La pose de altiva intelectual la mantenía en común con Clarita Rondina. Pero ahora estaban en bandos diferentes. A la distancia se respetaban. Ninguna criticaba a la otra. Demasiada complicidad. Se encontraban unificadas por el antimasudismo. Hasta que Clarita percibió que las agresiones hacia Soraya resultaban redituables.

Soraya generaba notables crecimientos de odio, incluso entre las mujeres. Con ella no tenían lugar las recriminaciones de género. Había piedra libre para atacarla, decirle chorra sin inconvenientes, o yegua, o lo peor, “jefa de la banda”.

Con Iván ya superaban el explícito juego de la competencia matrimonial. Soraya había conquistado la credibilidad, elaborada en meticulosos programas televisivos. Solía grabarlos para después verse, estudiarse. Corregirse. Nada quedaba librado a la improvisación.

Era conocida, y casi casi respetada, una senadora internamente combatida, mientras Iván era el gobernador desconocido e irrelevante. Con la intrascendencia que facilitó el efecto sorpresa. Y pudo mostrar que se encontraba dotado para abusar, como correspondía, del poder.

Pero la abstinencia se le anticipaba y le costaba simular a Iván la incomodidad. En efecto, el arrepentido la celaba, establecía críticas. En silencio, o en un susurro, a veces hasta la maldecía.

Iván se lamentaba y sorprendía a Barranco con opiniones francamente negativas sobre las acciones inconsultas de Soraya.

Las expresaba confidencialmente, en la intimidad de los scotch y sin contener los vestigios de furia.

Lobista veloz, polista cómplice, Barranco había conquistado extrañamente el afecto de Iván. Tenía sus ventajas. No se sometía y tampoco dependía.

Después de la primera catarsis, Barranco le dijo: “La cagada, hermano, ya la hiciste. Es tarde”.

“Ya lo sé, boludo, que es tarde, claro que lo sé. Me lo digo el día entero, es tarde, la pata ya la metí, fui un boludo, ¿qué hago?”.

“Aguantar, presidente, dejarla gobernar, sin dar lástima, que te queda mal”.

Extraño amigo, Barranco. Lo conoció por intermedio de Filomeno y como lobista de Elvio Cardeñosa, titular del grupo empresario y financiero que Iván se quería cargar. Porque tenía ganas de humillar a Cardeñosa. Le caía mal. Se proponía fotografiarlo con las esposas puestas, exhibirlo de frente y de perfil, en la portada de El Gran Diario. Y en todos los noticieros.

Gerónimo Cardeñosa era un astuto deudor serial del fisco que vivía atravesado con demandas permanentes. El Estado siempre estaba en deuda con Cardeñosa y no había por dónde entrarle al genial creador de fideicomisos y extraordinario equilibrista de las cautelares.

Según Filomeno ocurría exactamente lo contrario. Cardeñosa estaba en constante deuda con el Estado, pero sabía judicializar los litigios con una habilidad estremecedora y con un ingenio que demostraba siempre lo contrario. Un conglomerado de demandas, cautelares y entrecruzamientos.

Aparte, desde el masudismo, el Estado nunca tenía razón. Para Iván, al gallego Cardeñosa se encontraba en la misma fila que don Octavio Pradelli, el padre que financiaba al Nene Pradelli.

O como los hermanos Cecconatto, el impresor de billetes que financiaba —según Iván— el retorno político de Utrera, el generoso benefactor de empresarios fundidos que se amparaban en los esquemas plácidos del artículo 22. Planes interminables con descuentos para pagar los impuestos que nunca terminaban de pagar. Estado Bobo significaba tratarlo de bobo a Iván, que los quería encerrar. Los llamaba “fideocometeros”. Y no iba a detenerse hasta verlos con las esposas puestas en la portada de El Gran Diario. Para que lo respetaran.

“Un artículo 22 no se le niega a nadie”, sostenía Filomeno.

Tenía una fila de empresarios adictos al 22 que eran remolones para pagar impuestos. El problema con Cardeñosa era que no pagaba ni siquiera las cuotas ventajosas extendidas en los antiguos 22 que se renegociaban por distintas demandas mientras tramitaba otro plan precedido de una nueva cautelar. En adelante, el artículo 22 se les negaría a todos aquellos empresarios que Iván deseara especialmente fulminar. Como Cardeñosa. Que solía mostrarse bronceado en las revistas y llegaba con su helicóptero a las fiestas que ofrecía Rattazzi

en Punta del Este o los Soldati en Rocha. O hacia la residencia del banquero Barbeito que celebraba sus aniversarios en Miami y al que Iván también quería encerrar.

Fredy Barranco cayó como amigo de relativa confianza de Filomeno y con sus conocimientos de entrada lo impresionó favorablemente a Iván. Lo recomendaba indirectamente El Bochi, el amigo del sur que había sido particularmente generoso cuando Iván daba los primeros pasos recaudatorios para ser el intendente de Río Gallegos.

Barranco se caracterizaba por la astucia de la discreción, por sus magistrales recursos para inventar empresas y por sus mil maneras de situar dinero en cualquier parte, a veces por derecha y con una blancura admirable. Tenía el conocimiento exacto del territorio que pisaba. Presentable y eficaz, ideal para resultarle de utilidad a Iván.

Nadie podía tomarlo a Barranco como runfla. Vivía bronceado como Cardeñosa, rodeado de mujeres de marca y portadas de revistas. Mantenía contactos estrechos con los apellidos del momento, participaba de varias mesas distinguidas y estaba presente en las reuniones luminosas donde costaba ser invitado. Y era un polista aficionado que alternaba Rosario con Tortuguitas.

Según El Bochi tenía otra enorme virtud. Barranco no mangaba negocios. Los traía. Y los que traía, valían.

No se trataba de delirios como los miles de millones de dólares que le habían prometido los influyentes que manejaban capitales de chinos truchos que no eran de Beijing. Eran de Macao. Operaban desde Angola y se los mandaba Chávez a través del banquero portugués.

Con Barranco cerca Iván nunca hubiera pasado el papelón que debió protagonizar con aquellos chinos truchos. Se había dado cuenta tarde de que eran una runfla de chinos pícaros, procedían de Macao y seguramente estaban vinculados al negocio del juego. En semejante campo Iván ya cargaba con demasiadas sospechas, si hasta había firmado para Bartolo un decreto en que lo obligaba a instalar mil máquinas lúdicas más.

La eficiencia básica de Barranco logró que Iván desistiera de fotografiar a don Gerónimo Cardeñosa con las esposas, o con una

campera sobre su cabeza como cualquier pistolero del montón.

Bastaron un par de palos verdes vivos y crocantes acercados como gentileza y el compromiso personal de Barranco. Aseguraba que Cardeñosa iba a levantar las demandas contra el Estado Bobo y se asustó tanto que iba a pagar sin quejas los artículos 22 de sus diversas empresas y nunca más iba a obstaculizar con cautelares.

Significó que Barranco había arreglado el dilema Cardeñosa y hasta convenció a Iván de que don Gerónimo era una buena persona.

“Admito que no muestra una gran tenacidad para pagar sus deudas”, dijo Barranco con su ironía habitual.

“Consta que es muy difícil sacársela. Pero Gerónimo sabe que cuando hay que ponerla la pone. Y sabe cuándo y con quién corresponde compartir, así se trate de refinadas comidas, placeres prohibidos, billetes que unifican”.

Pronto Barranco, para entrar, dejó de necesitar a Filomeno o al Bochi. Tenía ingreso garantizado al complejo universo de Iván y podía encontrarse con el intendente de La Matanza. O como se encontró con el canciller de Chávez, un tal Maduro, que lo conocía.

“Así que tú eres el famoso Barranco, tengo un libanés colombiano que habla muy bien de ti”.

O con Merlo, el director técnico de Racing con apellido de localidad, que podía estar con Iván a la hora del scotch al lado del ronco Basile.

La cuestión que Barranco sabía ubicarse y ya cumplía para Iván ciertas misiones secretas de alta recaudación. Con inapelable eficiencia, Barranco llevaba, pero sobre todo traía, y nunca se le pegaba un billete crocante que no le correspondía entre los dedos, y llegaron hasta a cotizar determinadas audiencias con el presidente.

Hubo un heredero profesional, Marcos Humboldt Koremblit, que aceleraba detrás de las acciones de Telecom que pretendía capturar Bagnatto y puso tres palos gringos para mantener una entrevista de una hora con el presidente.

Iván se quedó con dos y Barranco agradeció por quedarse con un palo.

El heredero se fue de Olivos depilado pero feliz y por supuesto no

pudo quedarse con las acciones, aunque fue a Roma por tratativas con Spinelli y el conde italiano Carlo Elia de Valorini, quienes también se anexaron en la logia de la depilación.

Pero Barranco tenía algo más que cautivaba a Iván. Roce social, sentido común. Versatilidad temática. Combinaba el polo con la erudición barrial que le proporcionaba Rosario y tenía el descaro inoportuno de decirle de frente lo que pensaba.

Solo por estar repentinamente cerca del marido, Soraya le dispensaba a Barranco una desconfianza normal. Un preventivo desprecio. Para ella era otro frívolo bronceado en pleno invierno como los jugadores de rugby de su adolescencia en La Plata. De elegante sport, pilchas informales a la moda, a veces con traje y zapatillas sin medias como si Barranco se anticipara culturalmente a la moda que impondría el Nene Pradelli.

Como en Tánger, según Paul Bowles.

A nadie se le debía preguntar qué buscaba en Tánger.

O qué buscaban, qué hacían en Río Gallegos.

¿Cómo habían ido a parar ahí? Inmigrantes internos que procedían de San Juan y Boedo, barrio de tango, luna y misterio, como el porteño Filomeno.

O desde Oncativo, llanura de Córdoba, como el lituano Fernando Schultz.

No importaba por qué demonios esos tipos habían llegado a Río Gallegos. Lo importante era que estaban en Río Gallegos. El Tánger de Bowles y de Iván.

La historia acelerada del esmiraquismo puede relatarse a través de las diferencias entre Filomeno y Schultz. En la estricta competencia interna incentivada por Iván, el “nyc”. Nacido y criado en Santa Cruz.

Filomeno era el instrumento ideal para la acción. Hacía lo que Iván le ordenaba. Cumplía, lo entendía con la mirada. Era el único habilitado para enterarse antes de que Iván tomara una decisión trascendental.

Mientras tanto Schultz era el idóneo para encontrar la forma jurídica que Iván necesitaba. Fuera un discurso, una ley, una condena, un

contrato o un decreto.

Filomeno y Schultz vivían en eterno desacuerdo. Iván solía humillar a uno en presencia del otro.

“Fernando, de política no opines porque no tenés la menor idea, no entendés un carajo, vos escribí lo que yo te pido y nada más”.

A veces algún comedido hacía publicar, en la controlada prensa local, que Filomeno Vallejo estaba postergado. Podía ser un gran candidato a intendente o a gobernador.

A Iván entonces fingía molestarle el rumor. Aunque descontara que eran operaciones contra Filomeno (tal vez sugeridas por el propio Iván).

Pero en general apuntaba a Schultz. Sin errarle.

“Acá el único que hace caja y política soy yo. Si querés hacer política, no me hables de obras, de hacer volantes ni de contratar la consultora de un primo”.

“Si lo que te interesa es la caja, y para lo que servís es para hacer caja, no se te ocurra querer ser diputado ni intendente, Papa o gobernador”.

“Política y caja aquí solo hago yo. ¿Qué es lo que no se entiende?”.

Los colaboradores luchaban por la atención de Iván. Por ser importantes en su crecimiento. Y a medida que Iván acaparaba espacios crecían las diferencias entre Schultz y Filomeno. Se agravaban. Desde el relativo romanticismo de la básica “Los Muchachos Peronistas”. Punto de partida.

“¿Qué tiene el lituano de peronista?, si es zurdo”.

Desacuerdos sobre algún acto pedorro, primero. Por las consignas de un volante, después.

Tonterías que dejaron de ser anecdóticas cuando Iván conquistó la intendencia de Río Gallegos. O se agudizaron cuando Iván capturó la gobernación.

El doctor Schultz llegó a presidir el Supremo Tribunal de Santa Cruz cuando Filomeno se ocupaba especialmente del Instituto de Desarrollo Urbano y Vivienda, IDUV.

La confrontación entre Filomeno y Schultz resultaba necesaria, era imprescindible para Iván. Cuanto más se odiaban, mejor se proyectaba Iván.

“Me equivoqué, Barranco. No pude lograr que estos dos boludos se batieran como caballeros. Para un duelo no daba. Caballeros no son”.

Construcciones Gatti agonizaba. La conducía Iván a través del leal Ramiro Quiroga. Un “muchacho de códigos” que venía de abajo, incondicional, hijo de un inmigrante del Chaco que murió en Puerto Santa Cruz.

Para manejar la declinación de Gatti trajo Ramiro a Eduardo Caparelli. Sin conocerlo, y sin querer nunca verlo, Iván le puso El Porteñito a Caparelli, un financista que había quebrado en Buenos Aires, pero se recomponía en Río Gallegos.

Gracias a los manejos de El Porteñito la empresa del viejo Anselmo Gatti estiraba sus problemas irresolubles. Se las ingeniaba para alejarlo del borde de la quiebra.

Don Anselmo convivía con la angustia económica y cuando Iván conquistaba la gobernación la empresa ya le pertenecía, en la práctica, a Ramiro, que se ilusionaba con tener su propia constructora.

Hasta que llegó un momento en que Construcciones Gatti no daba para más. Tenía el prestigio detonado. Y ya en alza, otra vez próspero, El Porteñito estaba optimista a fuerza de billetes.

De pronto El Porteñito sacó de la galera una empresa imaginaria de las tantas que tenía registradas. Entonces le obsequió a Ramiro, sin cargo alguno, para agradecer, como si fuera una corbata, la Constructora Concordia.

Flamante empresa constructora que emergía con la potencia de las obras viales, mientras Gatti se dejaba desvanecer.

Justamente cuando Iván sorprendía a la Patagonia entera y se consagraba presidente, gracias al dedo exclusivo y a las maniobras eruditas del caudillo Alejo Utrera.

Quiroga ascendía económicamente y comenzaba a ser socialmente considerado en Santa Cruz. Lo aceptaban en El Británico, aunque los envidiosos divulgaran que era un “palo blanco”. Un testaferro vulgar.

Y que Constructora Concordia era indudablemente de Iván, como probablemente también de Iván era Hielos Sagrados. Otra empresa de amplio espectro que se dedicaba también a la hacienda y a la

estancada compra de tierras para los pocos valientes que complementaban la multiplicación de estancias de Quiroga.

Solo podían recorrerse las estancias con un avión privado, que Ramiro debió adquirir.

Y cuando murió el viejo Gatti la Constructora Concordia ya estaba instalada en el ámbito nacional. Constaba que Quiroga fue tan generoso que hasta contrató como empleados a dos hijos y tres nietos del pobre don Anselmo, que se estrelló con su camioneta cuando regresaba de Punta Arenas, ciudad de Chile, estratégica para el esmiraquismo. Una suerte, después de todo, que Punta Arenas aún por desconocimiento no haya sido explotada por los florecientes profesionales del periodismo patrullero.

Schultz —con Soraya— le ganó a Filomeno. La presidenta optó por quien prefería mantener a su lado. Y si no lo desplazó a Filomeno antes fue por la presión de Iván. Se daba cuenta de que Soraya se disponía a fulminar a quienes le respondieran.

En efecto, la presidenta comenzó a plantarles distancias a los incondicionales de Iván. Pero con Filomeno se excedía. Era la memoria del esmiraquismo, había participado en todos los enjuagues y Soraya, aunque lo despreciara, para consultarlo lo necesitaba regularmente a mano.

Schultz también era leal a Iván, que solía encargarle la tarea difícil de contenerla. Mantenerla entretenida.

“Discutí con ella, lituano, dale bola, preguntale, vos sabés”.

Era el encargado de debatir planteos intelectuales. Dichosos “tópicos” que iluminaban su vocabulario. Estructuras “hegelianas”. O discutir sobre Bauman y la liquidez de la realidad.

Lo importante, para Iván, era que la hegeliana no se zarpara, y “le rompiera menos las pelotas”. Correspondía mantenerla ocupada. E Iván distribuía los roles.

La faena de Schultz era original. Tenía instrucciones de escucharla, rebatirle, analizar sus inquietudes intelectuales, tomar con seriedad las alucinaciones teóricas relativas a las modificaciones posibles de la sociedad. Debía entretenerla con enfoques y tópicos mientras Iván

compartía con Filomeno el secretismo precario de las recaudaciones y de las operaciones para raspar al gobernador que no se le entregaba. O para favorecer al gobernador o intendente que ya se le había entregado.

Un desafío superior para Filomeno consistía en animar las claves del poder a través de la recaudación. Una manera arbitraria de asegurarse la condición de imprescindible, a partir de la magnitud reproductora de la caja. Sin necesidad de rendir cuentas sobre detalles de la estrategia. Iván solía acertar siempre, y cuando se equivocaba debía ser también, a la larga, para su beneficio.

Pero Schultz iba a adquirir una preponderancia mayor. A consolidar su reputación de estratega recién a partir de la presidencia de Soraya. Cumplía con las instrucciones de Iván y conquistaba simultáneamente el afecto y la complicidad de Soraya. Solo por haber estado siempre cerca de ella, Schultz le ganaba la partida a Filomeno. Por haber representado los intereses de Iván, y sus secretos, porque se había hecho, además, confidente.

Filomeno retrocedía en importancia para la consideración de Soraya. Paulatinamente le quitaba el manejo de cualquier rubro. Así fuera el transporte, para el Flaco Luraschi. O la energía, para el ascendente Ariel Keller, que taladraba el pensamiento de Soraya con su influencia intelectual de académico transparente.

Reducir las competencias de Filomeno era para Soraya una forma perversa de plantar distancias con su marido. Porque Iván la molestaba por su afán de saber todo y con detalles, antes incluso que los hechos ocurrieran.

Se sentía, sin decirlo, invadida por el desmesurado control. Pero entendía. Iván era monarca desde que había arrancado con la intendencia de Río Gallegos.

Y al percibir que Soraya apartaba a Filomeno de las responsabilidades que le había atribuido, Iván caía en raptos de furia contra su esposa. Arrebatos que debía contener Barranco.

Ahora Schultz debía cumplir con las instrucciones de Soraya.

“Manténgalo ocupado a Iván, Fernando, cuéntele algo, confórtelo, coméntele algún artículo de *El País* de Madrid, dígale que es un genio en materia de conducción política. Que superó a Perón. Le cabe como

a cualquiera".

Schultz ya "era de Soraya". Le había encargado la tarea de entretenerla. No para obedecerle. Para desagotar la furia, debía utilizar la paciencia fraternal de Barranco, que se había resignado, con Soraya de presidenta, a no ligar más un negocio. No había.

"Con tu esposa no se puede juntar un billete".

Nadie podía creerle a Barranco que la cercanía con el poder real derivara en simple pérdida de tiempo. Y de dinero. Facturaba menos.

Iván había dejado de ser el presidente autoritario que se proponía fotografiar a Cardeñosa con las manos esposadas. Ahora era su amigo. Al que notaba cada vez más tenso, irritado, bastante en banda.

Barranco comenzaba a tenerle una despreciable lástima.

"La turra se manda sola, fui un infeliz, debí haberme dado cuenta de que iba a hacer la suya, sin consultarme".

"Te despertaste tarde, presidente, pero no la descalifiques más, y por favor no lo hagas delante mío, por lo que fuiste te pido que te respetes. Y que de paso me respetes un poco a mí, que apuesto por vos y sé que vas a ser otra vez el más grande. Con la experiencia por lo que fuiste, y por el desastre que aún vas a hacer… Es tu mujer, la hiciste presidenta, y si te da menos bola no te quejes. Yo estoy peor que vos, por ser amigo tuyo no me invita ni para que vaya a aplaudirla. Y si me invita, prometo aplaudirla de pie".

Entonces Iván lo insultaba, pero reía, le daba a otro scotch.

El prejuicio lo había arrastrado al error. Lo traía desde Puerto de San Julián. Creía que, para postularse por la reelección, debía lograr previamente la reelección indefinida. Como cuando era gobernador.

Para Iván, la Argentina podía gobernarse solo con certeza de continuidad. Sin tener la permanencia guardada en el bolso ni valía la pena arriesgarse.

"En el primer año del segundo mandato ya se sienten los límites".

Y en el tercer año se repetía el lugar común.

"Te traen frío hasta el café".

No había que ser un estratega genial para darse cuenta. Con la salida a plazo fijo, el país no podía gobernarse.

En 2007 podía haberse quedado con otro ciclo de cuatro años. Pero inmediatamente después de jurar se hubiera desatado la lucha para sucederlo. Cada día iba a ser un goteo continuo. Mientras caían las gotas, el poder se vaciaba.

Vivía perforado por los prejuicios que había incorporado en interminables charlas del Gran Hotel de Río Gallegos. Parecía un dirigente conservador.

Después de las legislativas de medio término nadie iba a respetar al presidente del plazo fijo. Menos aún irían a temerle. Esquema propicio para el florecimiento de las denuncias. Declinación asegurada. Se animaban los fiscales y los jueces, en la antesala de los cambios, podían volver al profesionalismo extremo como a la imparcialidad. Para embocar al que se iba.

Hasta Adelita podía resistirse a la obsesión semanal de la glotonería. La boca amplia de Adelita se imponía como el postre que lo relajaba después de los churrasquitos hervidos. Turno de reposar, media hora de siesta, en la habitación situada detrás de la puerta inalterablemente cerrada, en su despacho, de presidente o de gobernador.

Adelita también había sido trasladada a Buenos Aires. Servicio de protocolo, tareas generales, asistencias varias.

Iván se sentía, en la práctica, el continuador de Bill Clinton.

Mientras Adelita se esmeraba en su tarea mecánica, Iván trataba de conciliar el sueño. Con los auriculares puestos, atendía los mensajes del celular.

Circulaba una versión relativamente falsa. Mientras Adelita lo relajaba, Iván se ponía al tanto de las selectas grabaciones que le aportaba Chico Lerchundi, el del “servicio” que aportaba los fondos reservados que el presidente manejaba a discreción, hasta el último peso.

Las transcripciones aludían a los adversarios del oficio. Las que menos interesaban. Porque las únicas conversaciones que apasionaban a poderosos como Iván eran las que mantenían sus funcionarios. O los empresarios con los que plantaba algún negocio, junto con Barranco. O las comunicaciones del propio Barranco, al confidente que mantenía

en permanente estudio. O las grabaciones exclusivas de los gobernadores que no confiaba.

Acaso por haber sido gobernador descontaba que cualquiera podía traicionarlo. Le disgustaba que hablaran entre ellos. Conocedores de la fantasía, los que sospechaban ser intervenidos —como Barranco— solo pronunciaban las palabras y los conceptos que le encantara escuchar al presidente.

“Estos turros hablan todos bien de mí”, se decía. “Saben que los tengo enchufados”.

En especial Iván quería saber con quién hablaba Soraya. Le desconfiaba, sin motivos. Creía en los viejos cuentos que se mitificaban. Que había fritado milanesas en el departamento del actor que quiso ser diputado de izquierda. O se martirizaba con el infundio multiplicado por los pasillos y despachos del Senado.

A Iván le molestaba verla tan arreglada. Soraya pasaba horas concentrada en la imagen del espejo. Encerrada, en el baño. Se ponía bella, con seguridad, para alguien. Traiciones inexistentes de Soraya que lo obsesionaban desde que sospechaba del oftalmólogo oriental de Río Gallegos.

Y acontecían las grabaciones mientras Adelita continuaba su faena relajante, hasta que el relajado probablemente se dormía, en general sin llegar al punto extremo de la gloriosa felicidad.

2007

Con el poder puesto encima, todos estaban pendientes de la reelección. Los empresarios a su merced, como los funcionarios, los periodistas o los financistas del periodismo. Preocupados por saber si Iván continuaba o no.

Evocaba aquel encuentro de fin de ciclo con Masud. El rostro de serena resignación. A Iván nunca nada ni nadie iba a manejarle los tiempos. Ni la reglamentación que marcaba el epílogo. Debía retirarse por propia determinación. Saltear el ocaso.

En julio de 2007 Iván manejaba el suspenso con sabiduría.

Gran calculadora, Soraya tampoco preguntaba. Frialdad superior, tenía la ansiedad contenida. Un fuerte blindaje espiritual.

Mientras tanto Dominique —la amiga que no conocía y aportaba amigas anónimas— le aseguraba "cadenas de apoyos".

Multiplicación de protecciones energéticas. El territorio del misterio que siempre resultó atractivo entre los recovecos del peronismo.

Lo importante era que Soraya se sentía espiritualmente fortalecida. Tal vez saber que tenía apoyos ocultos le facilitaba la templanza. La certeza del equilibrio para encarar complejidades relativas a la antesala del poder. Con limpieza interior, con un alto concepto de moral. Sin la tóxica corrupción. Planteaba la "superior calidad institucional".

Por conocer la elemental vulgaridad de sus teorías, Soraya descontaba que Iván no iba a postularse para la reelección. Mientras tanto, las cadenas anónimas de apoyo y la multiplicación de protecciones le facilitaban la "apertura de caminos" para alcanzar el objetivo.

Sabía que Iván no confiaba ni en su sombra. Muy lejos de considerar amigos a quienes lo rodeaban, lo alababan, se enriquecían, recaudaban. Salvo Barranco, al que Soraya mantenía distante, pero no

mal conceptuado. Un tipo interesante con el estilo irónico que no molestaba. Al contrario.

Iván no tenía la ductilidad ni la paciencia de Utrera para subastar la sucesión. Solo podía cederle el bastón a Soraya. Los apoyos y las protecciones funcionaban el día entero. Cadenas por doquier. Bendiciones.

El Premier Heriberto Mujica (jefe de Gabinete de Ministros) se mostraba pendiente de la problemática sucesoria. Con la esperanza lícita.

Los periodistas le preguntaban, necesitaba mantenerse informado.

¿Y si Iván lo elegía sucesor? Lo merecía. Podía corresponderle la sortija.

Una tarde, en El Calafate, Heriberto compartió con Soraya el té de jengibre, mientras Iván maltrataba al intendente de Caleta Olivia.

“Me encantaría; Soraya, por la Argentina, que La Elegida fueras vos”, dijo Heriberto. Y agregó: “Voy a trabajar para que seas vos, porque sos la más capacitada”.

El Premier Mujica generaba en Soraya un afecto distante. Vulgar. Era un idóneo servicial, con suficiente lealtad. Capacitado para resolver los conflictos imaginarios que producía. Ostentaba la gran influencia que deparaba su cargo entre los grandes medios de comunicación. Y se lo consideraba, en efecto, “hombre de El Gran Diario”. Equívoco que el mismo Premier propagaba.

Para Soraya, el jerarca de El Gran Diario, Bagnatto —gran interlocutor de su marido que compartía los churrasquitos hervidos—, no la aprobaba como sucesora. Probablemente se trataba del rumor malicioso que se deslizaba desde el mismo despacho de Heriberto. Producido por el propio Heriberto. Para elevarse el precio.

El Premier se proponía para intermediar entre Soraya y Bagnatto. O por lo menos con la antesala, Pando, a quien llamaba en confianza “El Flaco”.

Pretendía Heriberto modificar la falsa impresión que presuntamente Bagnatto tenía de Soraya.

“Gracias, Heriberto, pero no vale la pena, mejor no hagas nada”.

Heriberto traficaba influencias y se mostraba generosamente interesado en favorecerla. Pero Soraya lo tenía medido. De frente, de espaldas y de perfil.

"Valoro tu buena intención, dedicate a tus responsabilidades múltiples porque no tengo el menor interés. Para el país, lo mejor es que continúe Iván".

Sabía que Heriberto, con ella de presidenta, creía asegurarse la continuidad como Premier. E influir durante su eventual gobierno. Por el magistral equívoco de mantener una excelente relación con El Gran Diario. Tribulaciones.

Pero con ella de presidenta se iba a acabar la cordialidad de los tristes churrasquitos hervidos. Y el jubileo de los billetes crocantes.

De ser la sucesora, Soraya iba a tener que fumarse no solo a Pando y a Bagnatto. Le preocupaba también Filomeno. Lo detestaba por ser cómplice del marido. Por compartir secretos impenetrables que la dejaban afuera.

Debía fumarse también al Pardo Brizuela, el Señor de los Subsidios, cordobés de brillos insólitos. Próceres inventariados que no podía perforar con el cuento de la transparencia administrativa. Ni con la "superior calidad institucional". Como la de Alemania. O Dinamarca.

Ambicionaba la reelección indefinida. Iván se esmeraba en conquistarla. Curiosamente cuando tenía la sociedad casi rendida ante sus mocasines. Las "fuerzas vivas" estaban colgadas de su bragueta.

Pero el objetivo de la reelección permanente, no imaginaba cómo conseguirlo. Y el intento inútil legitimó su grave error.

Pensó que Gastón Bobadilla, el gobernador de Misiones, podía facilitarle el atajo. Bobadilla se encontraba en pleno litigio con la justicia provincial que todavía no lograba manejar a control remoto.

La arquitectura jurídica misionera le impedía presentarse a otra reelección. Entonces Iván creyó ver la oportunidad de plantear el plebiscito en Misiones. El derecho a otra reelección para el popular gobernador con rostro de rudo general y altura de infante.

Si se aprobaba el plebiscito en Misiones podía convertirse en el antecedente para presentar la reelección indefinida también en la

nación.

Iván estaba seguro, Bobadilla ganaría sin inconvenientes.

Pero como se jactaba de conocer a su pueblo, Bobadilla sostenía precisamente lo contrario.

“El pueblo, presidente, no lo aprueba”.

Entonces no se atrevía a convocarlo. Pero tampoco podía resistir las sistemáticas presiones del presidente.

Con cualquier excusa Iván visitaba la provincia y pretendía persuadirlo. Tiempos de desesperación de Iván cuando aprovechaba cualquier casualidad para desplazarse hacia Posadas, la capital. Hasta para inaugurar la apertura de un puesto de venta de periódicos y alfajores en el aeropuerto de Iguazú. Llegó a improvisar una escala en Posadas en un desplazamiento hacia Paraguay, y en otro hacia Brasil, solo para forzar la entrevista con Bobadilla, compartir un pacú a la parrilla con papa natural e intentar persuadirlo.

Incluso Iván se lo llevó a Bobadilla hasta Brasilia en el Tango y lo sentó en la reunión con el presidente Lula.

Al gobernador ya le costaba explicar las razones de la reticencia.

De pronto, entre las turbulencias del vuelo, Iván sorprendió al gobernador Bobadilla. Delante del canciller Poy y la asistente Adelita: “Sabés, Bobadilla, sos el único petiso cagón que conozco…”.

Bobadilla sintió el golpe feroz. Se tomaba del apoyabrazos durante la turbulencia y su estatura era demasiado breve. Adelita no pudo evitar reírse con su boca inquietantemente amplia.

“Los petisos que conozco son todos valientes, caraduras. Petisos con las bolas bien puestas que van al frente en cualquier guerra. Decime, gobernador, ¿a quién carajo saliste tan cagón?”.

Al final Bobadilla convocó al plebiscito. El eufórico Iván pensó que se le daba y se la ponía a los porteños. La Argentina podía ser una versión aumentada de Santa Cruz.

Detrás de la estrategia del plebiscito de Bobadilla estaba también el gobernador Pipe Gudiño, con ganas de quedarse y repetir la experiencia en Buenos Aires. También el compañero gobernador Feierstein estaba atento en la jugada, porque aceptaría reelegirse en

Jujuy.

El furor participativo por las reelecciones despertó la sospecha del eterno curita desconfiado que conocía a los peronistas de memoria. El arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Pedro Saralegui, que pronto se ganaría el sitial del enemigo público número uno del esmiraquismo.

El Padre Saralegui era un jesuita apasionado por el tango que ponía rostro circunspecto al hablar de la pobreza. Tenía un doctorado vital en peronismo y coleccionaba peronistas en desuso que se le pegaban como abrojos y lo trataban de “compañero”.

El jesuita sentía, hacia Iván, la clásica desconfianza fundamentada. Distaba de alarmarlo su pasión recaudatoria. Conocía de memoria la seducción de los maletines dominantes. Y atribuía el desparpajo pecador de los peronistas al fenómeno cultural del atorrantismo, una categoría que perduraba desde la literatura picaresca del siglo de oro español.

Pero el jesuita erudito de repente decidió ponerse al frente del “no a la reelección de Bobadilla”. Y habilitó para la cruzada al austero Obispo Desanzo, para que representara los valores democráticos de la negación.

El compañero Padre Saralegui diseñó, para el santo Desanzo, camisetas celestes con la imagen del San Miguel Arcángel, el Guerrero de la Luz y Príncipe de la Milicia Celestial. Para proteger al pueblo misionero de los delirios del Mal que doblemente representaban, en la tierra anaranjada, la escueta figura del aspirante a tiranuelo Bobadilla y del burlador Smirak, el autócrata patagónico que quería quedarse de presidente para siempre.

Con el triunfo del Padre Desanzo, en el plebiscito de Misiones, facturado políticamente por Desaux, se desvaneció el proyecto de reelección indefinida de Iván. Y el Cardenal Saralegui asistía a la simbólica coronación. Se diplomaba como el máximo enemigo al que el esmiraquismo implacable debía destruir.

Al Arzobispo Saralegui no lo iban a recibir nunca más. Transformado en el jefe opositor, ya ni le respondían un llamado telefónico. Demoraban los pedidos de audiencia.

“Que lo atienda el secretario de Culto al pajero ese”.

Iván no podía soportar la estampa avinagrada del cura.

“El cretino que les ponía cara de orto”.

Por orden de Iván se trasladaba hacia las provincias la ceremonia del tedeum del 25 de Mayo. Para que las “boludeces” clericales las recitara un cura más permeable, amigo. Del palo.

Descentralizaban una de las dos fechas patrias. Ahora con la caravana del 25 de Mayo partían hacia Salta, Catamarca o Santiago del Estero. Donde no estuviera el Cardenal Cara de Orto. Aunque se tratara del feriado con contenido exclusivamente porteño.

Y Florentino Lagarde, en Salta, para recibir a Iván y Soraya se disfrazaba de Gauchito Gil. Se ponía un poncho rojo para festejar el “sol del 25”. Los ministros se desplazaban desde Buenos Aires para escuchar las “boludeces” del cura amigable. Se prendían la escarapela, cantaban el himno, se inflamaban de patriotismo.

Pese a la reticencia inicial de Soraya, en adelante el matrimonio de Estado se dejó cautivar por las medidas progresistas. Abrían los corazones profesionales para recibir la amplitud de criterios que provocaban los estragos que estremecían a la Iglesia.

Ya no se trataba del debate espectacular del aborto, una simpleza elemental. Ahora se discutía el casamiento entre “personas del mismo sexo”.

La manera perversa de irritar a la Iglesia que sostenía los principios inalterables de la pareja tradicional de mamita y papito. Pero la sociedad estaba tan eufórica como Iván y se encontraba en estado de debate modernizador mientras la plana mayor de la Iglesia se sentía acorralada.

Cara de Orto estaba enfurecido y los católicos militantes llamaban a las concentraciones de desagravio. Pero Iván maquinaba la venganza y se divertía como si fuera el muchacho atorrante de Río Gallegos.

Con solo imaginar “la cara de orto” de Cara de Orto Saralegui, le brillaban los ojitos sin armonía.

El cura debía clavarse las manifestaciones frente a la Catedral. Los homosexuales esclarecidos pugnaban por sus reivindicaciones. Se besaban en la boca en la escalinata de la Catedral para regocijo de los reporteros gráficos.

La medida más progresista del primer tramo del esmiraquismo fue elaborada con el objetivo prioritario de denigrar al cura compañero Saralegui.

Cada vez que se registraba un casamiento entre varones o mujeres, Iván se dedicaba personalmente a la faena de la divulgación. Le encantaba que las ceremonias fueran filmadas y transmitidas en vivo por todos los canales de noticias. Y que se fotografiara especialmente a las parejas con la libreta matrimonial en la mano, mientras se besaban en la boca y los amigos alborozados les arrojaban flores y arroz.

Una vez, hasta Barranco se alarmó mientras Iván se descuajeringaba de tanto reír. Cantaba como si fuera un "barra brava" en la tribuna popular de Racing.

"Y ya lo ve, y ya lo ve / es para Saralegui que lo mira por tevé".

Imaginaba la mirada avinagrada de Cara de Orto mientras festejaba cada beso de lengua como si fuera un gol de Milito.

Se reía escandalosamente con los besos desenfrenados de las mujeres.

"¿Te gustan las tortas, Saralegui?".

Le gritaba Iván al televisor aunque el compañero Padre Saralegui no estuviera entre los lengüetazos que provocaban indignaciones extraordinarias entre los "penetradores del clero".

"Cínicos que se garchan entre ellos", le gritaba Iván al televisor y volvía a cantar o reír.

2007 - 2015

Con el Nene Pradelli también Iván iba a fracasar al plantearle el acuerdo para la sucesión.

Pretendía atraerlo a Pradelli para destruirlo. Era el adversario ideal. El bocado apetecible para situarlo en el rol del opositor permitido. Porque representaba, en el imaginario, a la derecha, cuando Iván se volcaba en gestualidad hacia la izquierda. Para consolidarse en el progresismo (y recaudar mejor).

A la hora demorada del whisky, con simpático desparpajo proclamaba: “Solo la izquierda brinda impunidad, con la derecha vas preso”.

Pero la teoría con Pradelli no iba a funcionar. Lo intentó por intermedio del enemigo banquero que se consagró después como un gran amigo. El Cardeñosa del sistema bancario. Otra sorpresa que le deparó la política.

Desconfiaba del banquero Valentín Barbeito al comenzar su gestión y hasta se propuso rebanarle la cabeza. Para que lo respetaran, como siempre, y no lo tomaran por idiota.

Y justo cuando estaba a punto de fusilarlo, de fotografiarlo con las esposas puestas, se interpuso Filomeno y lo convenció. Barbeito podía ser el interlocutor confiable del circuito financiero.

“Barbeito articula como nadie la política con los empresarios y el sistema bancario”.

Un instrumento profesional para contar juntos billetes crocantes.

Pero Iván avanzó más. Se hizo amigo. Aparte Barbeito era también amigo de Barranco, que ya actuaba en tándem con Filomeno y El Bochi.

Entonces Iván le encargó a Barbeito la transmisión del mensaje personal al oponente selectivo, el Nene Pradelli. Fue a través de Nahuel Godoy, el gran “amigo de la vida” del Nene Renato Pradelli.

El mensaje contenía el ofrecimiento claro y perverso, en cierto modo era hasta adolescente. Pedía que Pradelli se presentara en 2007 como candidato a presidente. Mensaje efectivo y escueto.

“Si Pradelli se larga, Iván Smirak va por la reelección”.

El cuadro de situación era espantosamente simple.

Iván le iba a ganar a Pradelli. Dirigente principal del partido Argentina Nueva Adelante, ANA.

“Y como en 2011 Smirak no tenía reelección le entregaba el terreno libre para Pradelli”.

Y el ANA pasaba al frente. El ofrecimiento mantenía en realidad el doble objetivo. Al lanzarse para la presidencia, Pradelli renunciaba a presentarse para gobernar la ciudad de Buenos Aires. Territorio donde Heriberto, por haber nacido en Caballito, se creía con derecho a opinar. Por integrar el club de amigos del peronismo de la Capital.

Después de Bataclán, la ciudad políticamente cambiaba.

Por el colosal incendio de Bataclán, la disco de Almagro que dejó decenas de adolescentes calcinados que iban a acabar con la ascendente carrera política de Víctor Colman.

Al ser destituido Colman, se quedó con la jefatura de gobierno el dandy Teddy Príncipe, al que Heriberto despreciaba. No lo quería al frente de la intendencia.

Porque Teddy, para Heriberto, no lo había respaldado lo suficiente a Víctor, el hijo del prócer revolucionario paraguayo que había sido prisionero del dictador Alfredo Stroessner. Y hermano, en especial, de la estilizada Sabrina Colman, la novia de Heriberto, que combinaba el modelaje con la abogacía.

Para gastarlo al Premier, Iván la llamaba La Paraguayita.

La desmoronada disco Bataclán estaba floja de papeles habilitantes. Acabó con la epopeya del alcalde Colman.

Pero gracias al Premier Mujica, Bataclán resultó fundamental para elevar al Nene Pradelli y catapultarlo como alcalde del Artificio Autónomo y situarlo en la antesala de la presidencia de la república.

Iván pretendía sacarlo al Nene Pradelli de la carrera por la ciudad.

Pero por amor, el Premier Mujica pretendía sacarlo de la misma

carrera al Teddy Príncipe. Por haber traicionado al cuñadito.

Godoy cumplió con Barbeito y discutió la propuesta con Pradelli.

Iván se comprometía a financiar la campaña presidencial de Pradelli y complementaba la propuesta con una previsible montaña de billetes crocantes, a los efectos de recompensar la generosa espiritualidad.

Pero Nahuel y el Nene, los amigos de la vida, prefirieron dejar pasar el ofrecimiento. Resultaban tentadores los billetes crocantes, pero correspondía dejarlos pasar.

En 2007 era preferible apostar por el presupuesto de la Capital.

"¿Y quién nos asegura que en 2011 vamos a ganar?".

Le preguntó el Nene Pradelli a Godoy.

"¿O que los turros esmiraquistas nos vayan a cumplir?".

"Así me gusta, Nene, que juegues fuerte. Que se metan los crocantes donde quieran. Vayamos ya por la ciudad", cerró Godoy.

Más que un socio, o un amigo, Godoy era casi el jefe de Pradelli.

Sabían que contaban, en la práctica, con el apoyo indirecto del Premier. Porque, en el afán de evitar la reelección del Teddy Príncipe, el Premier enceguecido iba a inventar otra candidatura.

Desempolvó otro rival para el dandy. El intelectual Víctor Goldstein, exministro de Colman (y de Príncipe).

Fue una manera de entregarle, en bandeja, la capital al Nene Pradelli, que le debería su gran ascenso al Premier Heriberto.

Porque Príncipe y Goldstein dividieron los votos propios para facilitar la consagración del Nene Pradelli, que pudo instalarse en las grandes ligas y bailar al ritmo de Gilda, en ocho años, en las celebraciones de Punta Carrasco.

Ya lo tenían adentro al Nene Pradelli, el opositor permitido. Con presupuesto y vocación estratégica, al comando de la ciudad para lucirse.

Pero Iván no podía controlar el crecimiento del opositor permitido. Soraya, después, tampoco. Y ocho años después el Nene Pradelli desalojaba del poder al esmiraquismo, vertiente patológica del peronismo. La corriente política que debiera ser estudiada a partir de sus recuperaciones. De sus memorables caídas.

En un duelo fabuloso de celebridades, el innovador Nene Pradelli, de Argentina Nueva Adelante, le ganaría al positivo Dante Cabral, candidato peronista a pesar de Soraya.

Para instalar la infatuada maquinaria dichosamente electoral de Todos Juntos Por la Argentina Nueva, con sus secuelas torrentosas de focus, camisas sin corbatas, insustancialidades soberbias y unánimes trajes para usar sin calcetines y con zapatillas blancas.

Sociedad matrimonial políticamente perfecta. Pero cuando Soraya era la senadora e Iván el gobernador. Con la felicidad de vivir en ciudades distintas.

Utrera interrumpió la algarabía rutinaria cuando, en la subasta de verano de 2003, improvisó a Iván como presidente.

Juntos la semana entera, en la misma ciudad, era distinto. Soraya se sentía menos libre. Prefería presentarse solo como senadora. Se sentía devaluada cuando la presentaban como la “primera dama”.

Pero fueron cuatro años tensos e intensos que pasaron rápido. Hasta que asomaban al año clave, 2007.

Iván debía maquillar el error cometido. Sin quedar como un tonto arrepentido por haber desperdiciado la reelección. Debía simular la equivocación, brindarle un ropaje teórico. Estratégico. Era producto de un cálculo sigilosamente preparado. Elevaba la metodología racional, la fórmula del “cuatro por cuatro”.

En 2011 Iván volvería a calzarse la banda y en 2015 volvería a colgársela a Soraya. Con el método “cuatro por cuatro” tenían asegurado un cuarto de siglo de esmiraquismo y quebraban el estigma del país de los malos finales.

Tergiversaba el error. Pretendía convencerse de que la decisión había sido inteligente y acertada. Expresión ilusoria de la voluntad que consumían. El fenómeno del cuatro por cuatro lo detallaban los comentaristas televisivos, los columnistas domingueros. Como si fuera una teoría viable y no la justificación teórica del arrepentimiento.

Descontaba Soraya que, con Iván en el segundo plano, la convivencia iba a ser casi imposible. Desplazado, con tiempo libre. Con dinero encanutado en abundancia a su disposición, pero sin estar

preparado para utilizarlo.

Porque Iván recaudaba para la política y no para vivir mejor.

El ingenuo ni se daba cuenta de que solo enriquecía a los secretarios "que había visto crecer". Eventuales traidores con iniciativas que llevaban y traían bolsos, habituados a recibir cachetazos, patadas, pellizcos en el culo.

Iván no podía conformarse con el horror de ser el "primer caballero".

2007 marcaba el inicio de la declinación del esmiraquismo, consagrado por la transformación recaudatoria, la reivindicación del humanismo (modo de empleo) y la implantación de la Revolución Imaginaria.

El cesarismo conyugal no funcionaba. El invento había salido mal y se notaba en las encuestas. Pesaba la estampilla del doble comando que les había pegado Utrera.

Como presidente de la Argentina, Iván había tenido más suerte que como presidente del Partido Justicialista. Banalizó las estructuras vigentes hasta anularlas. Sin generar ninguna estructura de suplantación.

Después de las semanas de ocio en Puerto Madero, planificaba instalarse en la casona de Matheu. El museo solemne del peronismo de cochería.

Pero pronto Iván iba a olvidarse del Partido. Fue después de la derrota de 2009 contra el empresario Germán Montero Cubillas, el que vivía obsesionado por competir con el Nene Pradelli.

Entonces Iván le tiró el partido por la cabeza a Cabral, para que lo mantuviera cerrado hasta tres meses antes de la próxima elección.

En el museo de Matheu no había nada para exhibir. Apenas la alternativa monótona de las reuniones que admitían la justificación posterior del asado, en el quincho del tercer piso. Culminaba con la marchita rítmicamente representada con los dedos en V de la victoria. Melancolía que permitía evocar la historia que el peronismo ya no se merecía, y consolidar el vacío estratégico del poder sin pensamiento.

La larga transición debía concluir en 2011. Pero se interpuso, primero, la caprichosa enfermedad, con una operación. Luego "la severa irresponsabilidad de la muerte". Madrugada de octubre de 2010. El Calafate. Concluía el ciclo esmiraquista y se signaba el comienzo real del sorayismo. Variable que compartía el progresismo humanista, aunque derivara en la gestación de un frepasito tardío. Amontonamiento con tendencia a la izquierda oral y moral. Se la profundizaba con el lenguaje que asustaba a los distraídos que comenzaban a temerle de verdad.

"No solo a Dios, también un poco a ella".

Soraya tomaba la Revolución Imaginaria como si fuera de verdad. Le daba a Chávez más bolilla que Iván. Se entendía mejor con Lula, el jefe, mientras saltaban las alertas rojas porque se ampliaba hacia Putin y buscaba resolver el sensible tema del atentado en un acuerdo con Irán.

Se creían percibir ostensibles diferencias entre aquel gobierno de Iván y el de Soraya. Pero ya se trataban, con contundencia, los efectos de la disipación del fenómeno recaudatorio. La política retrocedía. Correspondía el acoso judicial.

El billete crocante importaba ahora menos que la idea.

Error de Soraya, entre tantas malas ideas. Confusas ideas.

Pero tenía que hacerse cargo ante la Justicia de la profunda Revolución Recaudadora que había impuesto Iván.

Soraya pasaba a ser "la chorra". Se buscaban los lugares secretos donde se ocultaban los tesoros. Los insólitos Fort Knox de la Patagonia, donde se resguardaba la caudalosa espiritualidad.

Para el extinto resultaron infinitamente menos confiables los incondicionales valijeros habilitados que estaban con él desde niños. Los que reconocían las llaves y las claves, y que se esfumaron.

Mientras tanto los testaferros furtivos se disponían a contar para no ir presos. Pero hubo varios titanes que, por la osadía de la muerte de Iván, se sintieron de pronto grandiosos, sigilosamente millonarios, callados.

No estaban todas las operaciones anotadas en mitológicos cuadernos, libretas invalorables. Algunos hasta fueron relativamente leales. Figuraban en la libreta y aportaron para la familia bastante menos de lo que correspondía. Pero ponían algo al fin. Seres nobles tampoco detectados por los policías vocacionales del periodismo patrullero ni por los cazadores de corruptos que prosperaban con denuncias en el oficio de la política.

Así como 2007 fue el año de la equivocación, 2005 fue el año de la conquista. Cuando Iván demostró a la canallada que dejaba de ser lo que nunca había sido. El instrumento de Utrera, delegado o títere.

En 2007 nadie se le podía animar. Tenía el respaldo impreso y gráfico, merced a los churrasquitos hervidos que compartía con Bagnatto y Pando. Con la potencia radial de Hamurabi en el bolso. Con los pesados de la industria como don Paolo, y de las finanzas como Barbeito. Todos pugnaban por su continuidad.

Algunos medios comenzaban a criticarlo, a rasparle el esternón de la moralidad, pero les daba poca importancia. Los dejaba afuera de sus preocupaciones. Como si les dijera: “Si quieren pegar, peguen, importa nada”.

A *El Nacional* prefería tenerlo en contra. Representaba al imaginario de la derecha. Tiraban las balas éticas que ni rebotaban. Aparte, *El Nacional* estaba financieramente al borde de la quiebra.

Para Iván, informado por Spinelli a través de Barranco, *El Nacional* se sostenía por el legendario aporte de El Gran Diario.

Pero se equivocaba porque la información era tendenciosa, surcada por el rencor de Spinelli. Propagaba que también *El Nacional* era de Bagnatto, como lo fue *Página 12* durante el masudismo. A quien le tiraban por izquierda o por derecha, pero Omar estaba seguro. El que tiraba siempre era Bagnatto.

En la valija de Iván sobraba el sitio para tranquilizar al noventa por ciento de la comunicación que debía sobrevivir. Los empresarios hacían cola para celebrarlo. Para inclinarse simbólicamente.

Los pilares del Sistema Recaudatorio de Acumulación estaban firmes por la arquitectura de la eficacia. En el juego de la perinola todos

ponían sin quejarse. Porque se la llevaban. Se asociaban.

Todo aquel que ponía contaba con la certeza de llevársela. Al final Iván había sabido construir la “comunidad organizada”.

El deseo de reinstalarse de Utrera no lo inquietaba a Iván.

Insistía Utrera con la utopía pendiente de volver. Repetía el cuentito: “Como había puesto al Loco, se lo debía llevar”.

Pretendía conservar cuotas de influencia. Animaba el denominado Peronismo Republicano y Federal y se entretenía en internas provinciales contra el más creativo de los Mendiburu.

El hermano Edison Domínguez Mendiburu era un notable pintor, potencial actor, un peronista esotérico que se contactaba con los planetas enigmáticos y un bailarín de bachata que solía equipararse con Julio Bocca.

Trataba Utrera de hablar con autoridad, pero se topaba con la sonrisa paternalmente burlona, nunca contenida, del Bandeja Altamirano.

“Te lo advertí, Alejo, el croata te iba a cagar”.

La gastada metodológica de Altamirano no evitaba que Utrera siguiera adelante, y se presentara también contra Soraya, acompañado de otro portugués, Joaquín Da Costa, que de pronto sintió vergüenza y por su recato ni siquiera participó de un acto de campaña.

Utrera besaba la lona política y hasta se le había apartado el Toto Venegas Lynch. El gremialista agrario que pretendía ser diputado.

Por solidario y leal, Utrera le proponía ayudarlo.

“Gracias, Alejo, pero mejor no me ayudes”, le dijo Venegas Lynch.

“Me gané el derecho de fracasar solo”.

Hablaba el Toto Venegas Lynch con su seriedad habitual. Con la legitimidad que le daba haber financiado, en alocadas aventuras, sus cientos de fiscales, aunque los facturaba por miles.

San Juan Tenis Club. Almorzaba Utrera con El Bandeja Altamirano en un salón apartado.

Atendía Utrera como dueño de casa. Con santa paciencia, Lito le

había escuchado por cuarta vez el minucioso relato del diálogo de Utrera con Lula.

O sobre lo que Utrera le había dicho al colombiano Uribe.

Relataba pormenores de sus diálogos con Piñera, y hasta desfilaba el comentario sobre uno de sus libros, que había manifestado, en persona, su amigo Juan Carlos. El Rey de España, que merecía ser "un compañero peronista".

"¿Otra vez me vas a contar la historia con el gallego Juan Carlos? Lo del Rey ya se acabó, Alejo. Por piedad, no me arruines el churrasco. Para mí que el croata te dejó mal del moño, quedaste del otro lado del arroyo".

"Parala, Lito, no solo el croata me cagó. Vos también me cagaste antes que el croata".

"¿Cuándo te cagué yo, Alejo? Decime".

"Cuando operaste con Scigliano para conseguirle la reelección al Turco Masud. En el 95 me correspondía".

Utrera comía un pescadito. Merluza a la romana, con el jugo de un limón entero. Acompañaba con ensalada de zanahoria, también con mucho limón.

"Nada te costaba, en el arreglo, agregar también la reelección en las provincias. Tuve que transpirar para conseguirla".

"Y tuviste que ponerla. El milico te ayudó. Es rápido y se diplomó de político enseguida. Caro pero el mejor. Como el Chupete. Yo le pedí al ruso Levy Simón y al Providencial por lo tuyo, te lo dije, y me respondieron que no podían legislar sobre las Constituciones provinciales. Tal vez me durmieron, sabés que de leyes no entiendo un carajo".

El Bandeja se cortó un pedazo de carne con grasita y se lo mandó con ganas.

"El que te sacó de la cancha fue el croata, el Turco no, el Turco te puso en la cancha, te lo dije cien veces, y todavía lo insultás".

"Pero si el Turco no acordaba conmigo no llegaba a ninguna parte. Si en la provincia, acordate, no tenía una maceta. Su fama y nada más".

"No te entiendo, Alejo, Masud merece que le hagas un monumento. Así como El Gran Diario tiene que hacerte un monumento a vos, que

los salvaste y para colmo gratis. Solo por la pesificación asimétrica tendrían que homenajearte, y ni hablar de la Ley Cultural. Al edificio de Piedras tienen que ponerle Edificio Utrera".

"Y lo volvería a hacer. Jugarme por las empresas nacionales".

Utrera se ponía solemne y patriota cuando se enojaba.

"Yo decidí salvar las empresas argentinas que quebraban. En 2002 se iba todo a la mierda. ¿En qué país vivías, Lito?".

El Bandeja también fingía enojarse.

"Fuiste vos un gil por no haber ido como presidente en 2003. Te operaron, salame. Te vendieron que los yanquis te habían bajado el pulgar, que tenías bolilla negra. A los yanquis les importamos un huevo, veninún. ¿Cómo pudiste haberte comprado esa historia? Que el Departamento de Estado se oponía a que fueras candidato…".

Sin más reproches festivos, Utrera acabó su "pescadito".

"De turros entiendo más yo que vos, Alejo".

Y El Bandeja volvió a la carga.

"Solo cagaste al que te hizo ganador. Te llevó de concejal de Lanús a la vicepresidencia. En tu lugar otro se iba a pie a Luján todas las semanas, para agradecer al Califa, al Santo Omar".

"No me hables más de ese turco garca, acabala…".

El peronismo era un movimiento de turritos y El Bandeja se divertía.

"En este negocio, Alejo, sos mandíbula o sos bocado, una de dos. Me da bronca porque vos estabas para ser mandíbula…".

El Partido Justicialista lo deprimía a Iván. Le deparaba un confortable aburrimiento. Lo fastidiaba la reorganización partidaria, en las oficinas prestadas por Bartolo en Puerto Madero, barrio copado por el esmiraquismo.

Le resultaba difícil ocupar las horas en monotonías distritales sin estar pendiente de los movimientos de Soraya. Tenía que esforzarse por saber todo porque Soraya, como privilegiada discípula, era también adicta al secretismo, mientras trataba de gobernar con diversos frentes de conflictos abiertos. Los que probablemente nunca hubieran existido si el presidente era Iván, quien casualmente los agigantaba.

A la guerra irrelevante con los chacareros debía anexarse el escándalo sin solución con El Gran Diario. El virtual estado de guerra del gobierno contra El Grupo de La Corneta. De repente se dedicaban desde sus medios a la tarea de informar con detalles sobre los negocios que hasta entonces habían silenciado. Pero desde el sorayismo esmiraquista los acusaban de lo peor. Como de haberse apoderado de la Papelera en una sala de torturas.

Ahora Soraya trataba de cercar a El Gran Diario con los artículos de la Ley de Medios que defendía Benito, el caudillo de Llavallol.

Mientras tanto, levantaban la cabeza y apretaban los fondos de inversión que pretendían cobrar bonos de la deuda acumulada. Y a los que Iván había calificado, con su capacidad para la síntesis, como "fondos buitre".

En simultáneo se desvanecía el poder conceptual de la soja hegemónica. Y la economía mostraba signos de agotamiento.

Soraya debía cubrir los desastres seriales que había sembrado el marido. La multiplicidad de problemas que había dejado pendientes, mientras que Iván sostenía confidencialmente lo contrario. Que Soraya se mandaba sola y cometía sus propios errores.

Como el de haber designado al ministro bello y de rulitos. Juan Lartigau plantaba las retenciones demenciales al campo que Iván debió salir a defender con excesivo entusiasmo. Hasta agravar la magnitud del litigio.

Sentía Soraya que Iván se había arrepentido por su error de colgarle la banda. Y que sistemáticamente, sin sutilezas, la obstruía. Resaltaba de pronto su carácter irritable. Emitía una horrible vibración que transmitía malestar. Una suerte que tuviera espirituales protecciones.

La incomodidad lo descontrolaba y ya no emitía quejas exclusivas ante Barranco, quien paulatinamente se hartaba de ser tan leal.

El lobista planificaba irse a surfear para siempre en las playas de Cozumel. Acompañaba un negocio inmobiliario. O podía instalarse definitivamente en Naples, "su lugar en el mundo", donde mantenía un piso frente al mar y podía dedicarse a la pasión del golf. A disfrutar de la fortuna que tenía sabiamente acumulada, a buen resguardo.

Barranco ya no se esmeraba tanto en bancar al amigo expresidente que añoraba volver a serlo. Pero que ahora, con la moral en

declinación, se dedicaba a las desventuras del Partido Justicialista que legitimaban sus depresiones.

Para colmo Iván era el candidato natural para encabezar la lista de diputados de 2009. Donde iba a atravesar el papelón de perder con el novato Montero Cubillas, empresario acaudalado que competía obsesivamente con el Nene Pradelli y había tenido suerte con sus tres pasitos de danza en el show de Tinelli. Resultaron fundamentales para humillar a Iván.

Mientras Barranco despaciosamente se hastiaba de los lamentos de Iván, que debía entretenerse con los peronistas del Grupo Mausoleo que aún se ilusionaban con el peronismo de cochería.

El confidente ejemplar, Federico Barranco, amagaba con retirarse a Méjico. Participaba del ambicioso proyecto inmobiliario en Cozumel, un conjunto de villas lujosas en un barrio privado que financiaba don David Fernández, el fondista de inversiones que se interesaba especialmente en copiar los inventos de Costantini. Un programador de osadías elementales en los arroyuelos del Tigre que no podían compararse con los lotes que daban de frente al Caribe.

Pero Iván lo retenía.

“Lo que te robaste acá querés derrocharlo en Méjico”.

A los 53 años el lobista aspiraba a continuar con los buenos negocios y prefería pasarlo de maravillas, en un ensueño de golf y surf, y de ser posible también con algo de polo. Aunque el polo ya resultara perjudicial para su columna. O prefería encerrarse con su mujer en Naples y sin la menor intención de complicarse con las maldiciones del amigo que había sido presidente y solo vivía movilizado por la fantasía de volver a serlo.

Emitía Iván las críticas condenables hacia su esposa y en presencia de Barranco. En la residencia de Olivos donde Iván convivía con la presidenta Soraya y atendía sus cuestiones marroquineras. Y analizaba los errores de la presidenta que Barranco atribuía a los arrebatos de la abstinencia. Su amigo expresidente se enceguecía y le costaba simular la indignación. Solía lamentarse en el silencio del sueño o en la intimidad. Pero delante de Barranco se desahogaba.

“No puedo dormir y la culpa es enteramente mía. Se la tomó en serio y se creyó que está ahí por sus propios méritos”.

“No lo creo, presidente, al contrario. Hay quien dice que fuiste presidente gracias a ella, que era bastante prestigiosa cuando a vos nadie te conocía”.

La protegida Soraya se mostraba blindada y segura. Consolidaba su criterio autónomo y le rebotaba cualquier pensamiento adverso. Empoderada, asumía su posición de fuerza. Iván se le había convertido en una carga, y tomaba distancia con autoridad.

La convivencia en Olivos, para Iván, representaba un tormento. Lo confesaba a Barranco.

Para contenerlo, a veces Soraya fingía atender las sugerencias de Iván, que en otros momentos debían ser tomadas como órdenes. Pero ella ni las aceptaba ni las rechazaba. Más grave aún. Le decía que las iba a tener en cuenta, pero conscientemente las olvidaba.

Hacía Soraya lo que creía conveniente, o lo que su intuición le dictara. Lo veía tan fuera de foco y con una onda tan negativa que se propuso apartarlo de las decisiones. Y hasta dejó de consultarlo.

Pero cuando Iván le hablaba, Soraya parecía escucharlo por compromiso. O tal vez era por piedad. Lo cual resultaba patético. Como si la carga de Iván se le hubiera convertido en un plomo. O como si Iván ya fuera el exjefe político. No le debía obediencia. Solo el respeto de un par.

“Soraya es tan política como vos, Iván. Con un agravante. Aprendió lo mejor, lo políticamente presentable de vos. Y sin el menor interés en recaudar. Pero ahí la tenés, sentada en el trono y vos aquí, conmigo, con un scotch”.

“Sí, Barranco, fui boludo, la puta madre que te parió, me equivoqué y no la defiendas más”.

Se compadecía. No encontraba su lugar en la residencia y se iba al departamento prestado de Puerto Madero para recibir al que en otros tiempos no le hubiera dado una audiencia de diez minutos.

“Era obvio que iba a dejar al costado a todos tus amigos. Para ella fuimos los aprovechadores que te arrastramos hacia el mal camino. Pero porque ella, que te quiere, tiene la peor imagen de vos. A mí, por ejemplo, creo que ni me puede ver. Para verte tengo que entrar por

Libertador, casi a escondidas. Debe pensar que soy el que te presenta las minas. Aunque si te las presentara yo tendrías minas mejores, para mostrarlas".

"¿Qué minas? Si no hay ninguna mina", pero ya se reía Iván.

"No me lo expliques, es lo que Soraya creo que cree. Lo peor es que aquí ya no pude mojar ningún negocio más. Ni siquiera de energía eólica, no hay derecho. Estoy solo para escucharte pero los billetes crocantes los contás con otros".

Iván ya se reía a carcajadas, Barranco siempre lo rescataba del pozo.

"¿Qué? ¿Vas a decirme que te hace falta plata? ¿Con la que te robaste conmigo y con el turro ese de Cardeñosa? Y te querés ir a cagar gente a Méjico con la venta de terrenitos de tarjeta postal, para los boludos como vos que surfean o le dan con un palo a la pelotita".

"Pero con el fondo de un mar fucsia, y a veces, incluso, hasta azul".

Ser amigo del presidente era más redituable que ser ministro del presidente. La concepción le servía a Barranco. Se le daba por primera vez. Pudo haberlo intentado con Masud, pero el Flaco Winston lo espantaba. Los polistas lo irritaban. Barranco le caía mal, como si fuera un traficante de esnobismo.

Barranco debió corregirse. Su prestancia producía envidias poco simuladas entre los plebeyos reticentes a la sonoridad de los apellidos que giraba. O por la distinción de los ambientes que frecuentaba.

Antes de conquistar el afecto de Iván, había merodeado entre las proximidades de Utrera. Y hasta compartió, impulsado por sus gestiones de lobista, los clásicos mates con sacarina. Para dar muestras de su amplitud llegó a comer matambre a la pizza, un plato adorado en el suburbio, como las patas del pollo envueltas en papel de aluminio. Las comía cuando operaba para Cardeñosa la construcción de cuatro cárceles provinciales que se despachaban por licitación.

No pudo mojar en el negocio de las cárceles, fracasó por el escriturado italiano Faustino Berlingieri, el constructor habitual de los suburbios.

Pero Barranco logró salvar a Cardeñosa en el ámbito de Utrera con la renegociación interminable del quebranto de otra constructora, que

se prolongaba con la inspiración del hegemónico artículo 22.

Debía aceptar que la "runfla bonaerense" del peronismo también le obstaculizaba el acceso. El Chino Rao desconfiaba de los lobistas por considerarlo un oficio de garcas y maricones. De vagos inescrupulosos y demasiado vivos que nunca habían agarrado una pala y tampoco ponían monedas y se llevaban las monedas que podían.

Desconocidos que, de pronto, en un arrebato, se volvían fraternales. Destellaban con las luces de colores de las agendas que mareaban a los ansiosos por trepar socialmente y formar parte de ellas.

La capacidad de intermediar, para Barranco, era el insumo principal para un competente vendedor de humo. Consistía en estar siempre cerca de los ministros y de ser posible vinculado también con el presidente o los gobernadores. Su oficio esencial consistía en establecer lazos con los que mandaban, a los efectos de favorecer los propósitos de los empresarios que lo contrataban solo de palabra.

En su "consultora" Barranco contaba con el listado relativamente selecto de empresarios como Cardeñosa, menos o más importantes. Y mojaba, cuando podía, algún negocio personal. Se daba un permitido.

Era el perrito refinado que se comía lo que se cayera de la mesa. Amigo de los jueces decisivos y contacto frecuente con El Especialista. Por supuesto que era consultado por los periodistas que marcaban la agenda.

Giraba con destreza a los periodistas influyentes que atormentaban a los poderosos que les temían. Y Barranco completaba el circuito diseñado para consumo personal. Les hacía favores efectivos a los periodistas que lo mantenían informado y se comportaba como un maestro que les daba cátedra de "importancia personal". Lo consultaba algún ministro o secretario de Estado que tenía problemas con algún medio de comunicación, o simplemente con cualquier periodista que giraba en la búsqueda de la información.

Facilitaba los contactos selectivos con calculada generosidad. Como un eficiente intermediario para la faena discreta de repartir, o de recibir la verdad revelada de los billetes crocantes.

Aparte, Barranco siempre daba la impresión de saber mucho más de lo que sugería y por pudor lo callaba. Un juego exacto de simulaciones redituables. Recurso excelente para que otros, a su vez, le contaran.

Pero con Iván cometió Barranco el pecado infantil de hacerse amigo. Gran error del lobista o consultor que no era precisamente un iniciado.

Por carácter transitivo, el pecado de la amistad lo inhabilitaba después para estar cerca de la presidenta que no permitía que nadie se quedara con algún billete crocante que no le correspondiera.

Soraya lo tenía en estudio constante a Barranco por el simple hecho banal de ser amigo del marido. Y probablemente por sospechar que era quien le suministraba las "minitas". Suponía que Iván utilizaba a Barranco como surtidor, y de cobertura para sus mentiras. Por las frecuentes comidas de extraño trabajo que pretextaba con los misteriosos inversores extranjeros.

Pero eran tribulaciones imaginarias de Soraya. En cuanto dejó de ser presidente Iván también se alejó hasta de las veleidades del erotismo. Incluso tomó distancia de la boca estremecedora de Adelita.

Por ser amigo, Barranco no propagaba las teorías inquietantes. Apenas se las comentaba a Iván, que se encargaba de difundirlas.

Según la tesis de hierro del lobista, Soraya era infinitamente más cruel que Iván y coincidía, sin saberlo, con otro de sus clientes. El Bandeja Altamirano.

Había que cuidar, en su presencia, de darse vuelta.

"Podría, sin motivo aparente, clavar un puñal en la espalda".

Para Barranco —como para Altamirano—, Soraya mantenía una frialdad superior y era tiernamente sanguinaria. Con la carga de inseguridad que simulada con altivez. Con las agresiones punzantes o con su indiferencia letal.

"Nunca vas a ganarle, presidente, hay que respetarla".

Y cuando Barranco alcanzaba semejante clima de intimidad, Iván perfectamente se lanzaba a insultarlo. Pero compartía.

Nunca iba a terminar de conocerla. Eternamente Soraya lo iba a sorprender.

"Merece ser la presidenta. Y que te clave, en la primera de cambio, el puñal. Te lo ganaste".

Era lo suficientemente perspicaz como para no decirle a Iván nada que afectara a Soraya.

En determinado nivel, calificar al presidente de gran hijo de puta debía entenderse como un elogio.

“Hasta en eso te gana”.

Las paredes podían registrar que el expresidente menoscababa a la presidenta. Con todo el derecho de ser el marido.

Para Barranco se trataba de una pelea ajena. Intransferible. Que Iván la puteara era apenas una anécdota político-conyugal. Pero Barranco tenía mucho barro encima como para anotarse en la condena. Ni para arrojar un miserable dardo que incentivara el rencor.

“Estos dos turros se maltratan, pero después se arreglan. Y si te metiste en el medio entre los dos te meten en el horno”.

Lo pensaba Barranco. Sospechaba: “En cuanto se arreglen Iván no me atiende más”.

Una suerte que estimulara seriamente el proyecto de instalarse en el barrio privado de Cozumel, en una mansión de narcos, pero con columnas jónicas y con un camino de flores escandalosas que concluía en la algarabía del mar.

Sin agotarse, iba a dedicarse a trotear por la playa que le pertenecía y a entretenerse después con la jactancia lenta del golf. Para cruzarse hacia Miami o hasta la majestuosa escollera de Naples, con su barquito de ochenta metros de eslora que había adquirido en blanco con sus negocios inmobiliarios y los subproductos de los multiplicados sellos financieros o diseños empresariales. Debía disfrutar los contenidos de la torta que había acumulado y volver de vez en cuando a Buenos Aires.

Sospechaba que Iván, si volvía a ser presidente y a estar de nuevo en armonía con Soraya, podía dejarlo de lado. Por ser el testigo indeseablemente involuntario que había escuchado su permanente caravana de insultos. Y no se trataba de las prevenciones paranoicas de un lobista experto.

Lo inadmisible —para Barranco— era que Iván estuviera pendiente el día entero de la agenda de Soraya. Necesitaba el regalado saber qué demonios hacía, a quién recibía, qué “tópicos” trataba y con quién.

Pretendía conocer la agenda exacta de la estadía programada en La

Pampa, o en el distrito de Malvinas Argentinas, en Cruz del Eje o José C. Paz.

"Por Dios, presidente, hermano querido, me cansás, estás loco".

El desesperado debía conocer hasta el último detalle de los movimientos de Soraya. De antemano quería saber el detalle de las audiencias para el día siguiente. Y hasta averiguaba sobre las audiencias programadas para una semana después. Indagaba sobre el motivo de cualquier desplazamiento. O por el sentido de desplazarse en helicóptero hacia Quilmes por la inauguración de la nueva sala de terapia intensiva del Hospital de Berazategui.

"Te comportás como un chiquilín".

Barranco estaba seguro de ser grabado.

"No hay razones para convertirte en un obstáculo para su trabajo".

Y cuando Iván se enteraba de que algún cretino que conocía pedía una audiencia con Soraya sin pedirle permiso, lo llamaba sin ningún pretexto.

"Decime, ¿por qué motivo querés hablar con la presidenta?".

O si quien pedía la audiencia era un intendente amigo, o un conocido de mediana confianza: "¿En qué andamos, atorrante? ¿Para qué carajo querés hablar con la presidenta? ¿Para qué estoy yo, turrito, para puentearme? ¿Te olvidaste toda la que te llevaste conmigo, o que te hice rico?".

"Te enloqueciste, Iván, te lo suplico por tu cordura, no quiero tenerte lástima. Aunque sea una turra, como decís, tenés que dejarla gobernar. Solo si le va bien a Soraya vas a poder ser presidente otra vez, en 2011".

Pasado al cuarto, disminuido, Iván despotricaba porque ella no le obedecía. Soraya parecía responderle desde la televisión. Le enviaba mensajes elípticos por cadena nacional.

Mientras ella se lucía con sus parrafadas, en la sala improvisada como despacho, los pocos amigos con acceso contemplaban el rostro tenso de Iván y bebían scotch, para colmo barato. Con hielo y agua mineral.

La presidenta disfrutaba con el placer del discurso articulado con

exactitud. Corría levemente, hacia atrás, una suerte de flequillo emancipado que complementaba las pausas frecuentes. Indispensables. Se acomodaba el pelo que insistía en caer desde su frente, mientras deslizaba una frase rigurosamente estudiada para que fuera aplaudida con fervor, en el Salón Blanco por los mismos que solían aplaudir a Iván.

Pero Iván notaba que los traidores aplaudían a Soraya con un entusiasmo auténtico. Y desfilaba su amargura mientras la cámara emponchaba a los empresarios que la aprobaban y aplaudían con el vigor similar al de los funcionarios sonrientes. Celebraban las ironías destinadas a cualquier opositor, en especial cuando se refería al Nene Pradelli, que gobernaba la Capital. O aludía vagamente a la maldad que portaban los grandes medios "de la prensa concentrada y hegemónica". Adelantaba en broma los títulos del día siguiente y los aplaudidores se encendían.

Pero con quien nunca se metía Soraya era con Clarita Rondina, la antigua cómplice que se jactaba de ser la jefa de la oposición, y se especializaba en denunciar los excesos del esmiraquismo. Una actitud redituable.

Sin saltar —como saltarían pocos años después, cuando Iván ya no estuviera—, los militantes jóvenes mostraban el compromiso "con la liberación". Marcaban la escenografía del final de la fiesta mientras Soraya pondría la mano derecha sobre su corazón para contemplarlos con maternal ternura.

Pronto los iba a saludar, desde el piso superior, a los "pibes para la liberación" que saltaban, hacían pogos y olas en el Patio de las Palmeras.

2010

Los secretarios de Soraya los elegía Iván. Se enojaba si aparecía otro que no hubiera aprobado.

Y a los sacrificados que habían trabajado antes con Iván les exigía obediencia. Debían tenerlo al tanto de todo.

Pero Soraya lo tabicaba. Comprendía que Iván mantenía los hábitos del monarca desde hacía veinte años. De 1987 a 1991 había sido monarca de Río Gallegos, y desde 1991 a 2003 había sido monarca absoluto de Santa Cruz. Escalafón para ser posteriormente monarca de la Argentina, hasta 2007.

Había desperdiciado su continuidad por mera especulación política. O francamente por tonto. Por entregar la presidencia envuelta en celofán, como si el poder fuera un regalito con moño para Soraya, que lo supo aprovechar.

El monarca desocupado se sentía un ridículo infeliz con la diputación que lo aburría. Con las sesiones esporádicas y las reuniones de comisión que ni siquiera lo relajaban. Extrañaba las formalidades intrascendentes del tratamiento protocolar. Los atributos cotidianos del máximo cargo, que en su momento no valoraba. Pero lo contenían. Con alguna ruptura del protocolo, para que lo respetaran y demostrar que no era fácilmente controlable.

Como estadista desocupado podía dedicarse al honroso rebusque de las conferencias, aunque transcurrieran en el exterior. Pero no tenía voluntad para imitar las iniciativas lucrativas de Bill Clinton, que cobraba 300 mil dólares por presentación, 100 mil por masticar una hamburguesa y sonreír en el curro del almuerzo o 10 mil por saludar en una fiesta de cumpleaños.

O como José María Aznar, que cobraba apenas 50 mil para dictar las recomendaciones básicas de liberalismo práctico.

Tampoco podía dedicarse a las inspecciones electorales, como

Jimmy Carter. No le daba.

Debía conformarse con la abulia legislativa de la Cámara de Diputados y preparar su regreso triunfal con el Mariscal Tito, el reconocido armador de Buenos Aires.

El Mariscal Tito era costoso. Sabía cotizar los méritos de los diseños electorales, pero Iván tenía recursos suficientes para financiarlo. El Mariscal Tito era el portador sano de cultura suburbana que hasta 2009 había trabajado para el fenómeno Montero Cubillas, con quien Tito había vencido al expresidente Iván. Y hasta le cobró el diseño a Montero Cubillas con la propina de una banca en el bolso.

Ahora, ya alejado de Montero Cubillas que se creía un estadista, el Mariscal Tito era un diputado que se comprometía a armar la provincia de Buenos Aires para Iván. Y a fiscalizar también, con los soldados de su pertenencia, el armado de Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba. Para cumplir con el objetivo de Iván y volver a la presidencia en 2011.

"Te dormiste, compañero Iván", le dijo cordialmente el Mariscal Tito.

"Creíste que con tu figura y con otras estampitas testimoniales ibas a ganar Buenos Aires, porque estaban todos con vos. Y te lo di vuelta con el Muñeco Montero, el empresario ecuatoriano que supo bailar en televisión. Juntos te embocamos".

Soraya tenía el derecho a ser reelecta pero ya estaba decidido. El próximo presidente debía ser Iván. Funcionaba la pretextada fórmula del Cuatro por Cuatro. Iván imponía su condición de jefe político.

Entonces el horizonte estaba claro. Iván debía hacerle caso a Barranco y abandonar las hostilidades imbéciles hacia la presidenta, aunque fuera su mujer. Para girar y apoyarla como el primer sorayista.

Acertaba Barranco cuando le decía que solo podía volver en 2011 si Soraya le entregaba un país en mejores condiciones. Debía dejar entonces que la dama gobernara por su cuenta y tolerar si en alguna cuestión no lo consultaba. O lo consultara solo para cumplir y no hacerlo sentir mal, como si fuera un chico.

Iván tenía el paquete político sujetado con firmeza y el panorama estaba abierto. Una lástima que se interpusiera la muerte, tan prematura como inoportuna y despiadada.

“Está difícil, no recibe a nadie”.

Habían pasado quince días de la ceremonia funeraria.

Después de cuarenta y cinco años compartidos elaboraba solitaria el duelo. Con la carga del país de los malos finales.

Se imponía, con Soraya al frente, una epidemia de decencia. Escudada en el blindaje impenetrable de viuda. Solo entraba en la privada aquel a quien la presidenta convocara. O El Bochi. O Godfrey. O Carson Smirak, su hija novelista.

Se habían acabado los procedimientos irregulares. No quería saber nada de la circulación de bolsos, ni de la ideología de la recaudación. Nada que llegara “por izquierda”. Y no se refería a una cuestión ideológica.

Soraya decidía terminar con la patología del Sistema Recaudatorio de Acumulación. El SRA. Pero era tarde. Los enemigos de la política (y del periodismo) no se lo iban a aceptar.

Con el objetivo de meterla presa, se agudizó la faena de masacrarla.

Aunque hubiera interrumpido hasta la algarabía porcentual de los subsidios. Derivaban en protestas o en algo más indeseable aún. En parálisis. En accidentes.

La pasión oficial por la marroquinería se desvanecía como se desvanecían los acuerdos misteriosos que aludían a los billetes crocantes negros.

La decencia repentina era francamente insostenible en una estructura inspirada en la eficacia de la recaudación marginal. Nada podía funcionar sin circulación de valijas, sin irregularidades.

Era un sistema. No había sido magia. Y Soraya arrasaba en la presidencial de 2011. Le sacaba 40 puntos de ventaja a don Odiseo Villariño, el socialista romántico de Rosario.

Y Clarita Rondina dejaba de ser la jefa de la oposición. Para concentrarse, con otras damas transparentes, en el firme propósito de encanarla.

Tampoco quiso recibirlo a Barranco. Se había comportado con ella

como un caballero, pero lo tabicaba.

Si estaba tan cerca del marido debía ser por algo oscuro. Planificaban en conjunto.

Y los funcionarios que se aferraban al poder del vestido negro de Soraya solo le apuntaban a Barranco.

El lobista lo había meticulosamente estudiado. Descontaba que, desde la muerte irresponsable de Iván, se le clausuraban los accesos. Correspondía borrarse.

Para despedirse, le había pedido a Soraya una audiencia formal. Estaba decidido a irse del país. Deseaba plantearle una agenda de inversiones pendientes. Pero Soraya ni le contestó.

Barranco se fue a Méjico forrado de billetes crocantes para tres generaciones de Barrancos. Montaría los caballos de polo, pese al drama de su columna, y también los vendería desde América Central.

Alternaría entre Cozumel, Costa Rica y Naples.

Sentía una explicable tristeza por la ausencia del amigo presidente que había llegado a hartarlo. Aunque probablemente la muerte inesperada lo había favorecido. Pero no todo en la vida podía mirarse desde el punto de vista comercial. O de “los intereses permanentes”.

No había claridad para blanquear tanto crocante negro que estaba secretamente lejos y mejor protegido que Fort Knox.

Los crocantes paulatinamente se multiplicaban sin ser siquiera dilapidados.

“Con el presupuesto no alcanza”.

Lo confirmaba el veterano español que hacía milagros con los dibujos subsidiados al transporte y la energía.

La muerte irresponsable había producido ganadores. E innumerables perdedores.

Bolsos que no llegaron nunca a ser entregados se perdieron en el camino de los acumuladores.

De Barranco se supo que volvía esporádicamente a Buenos Aires de manera casi clandestina. Con el perfil excesivamente bajo. Comía un par de “ojos de bife” en el Happening de la costanera, se lo vio alguna noche de jueves en Gardiner. Tal vez lo visitaba a Barbeito, acaso a

Cardeñosa, telefoneaba a Hamurabi o al borrado Especialista. Y en su propio avión, un pequeño Cessna Excel, volvía a partir. Naples.

Fueron varios los que dejaron de cobrar lo que esperaban. Hubo un festivo atorrante, Palmieri, que llegó a lamentarse en latín: *Ubi mea est*, decía, y de inmediato traducía: "¿Dónde está la mía?".

Habían proliferado pactos de caballeros cuyos lineamientos eran solo conocido por los pactantes y el caballero principal había partido. Pero se destacaban por el silencio más que por la caballerosidad.

La ecuación era diáfana. Simplemente Iván debía cobrar o pagar. Y cumplía. Solía jactarse de su condición de ser un confiable pagador. Pero lucía como un extraordinario cobrador.

El experto no perdonaba un miserable crocante.

Por la epidemia de decencia, el mecanismo cultural de la marroquinería política había dejado transitoriamente de existir. Como los acuerdos sin testigos que Soraya debía detectar.

Frenaba entonces todo aquello que oliera a negocio. Rendía el tributo inútil al bacilo de la transparencia.

Cuentan que un colaborador leal, al sentirse presionado por Soraya cuando buscaba información concreta, la acompañó hasta el subsuelo de determinado depósito abandonado. En Río Gallegos los bolsos vacíos se apilaban. Ante el cementerio de bolsos, el asombro antecedía al espanto.

"Por Dios. ¡Para qué juntar tanta basura!".

Paulatinamente arrancó con las entrevistas entre los colaboradores de confianza de Iván que más conocía. Socios políticos que habían sido secretamente relevantes.

Con Ramiro Quiroga, el constructor improvisado, podía entenderse. Aunque no lo quisiera.

Descontaba que Ramiro nunca iba a transmitirle la verdad total a Soraya. Pero tampoco a la justicia.

Si tenía que ir preso, Ramiro iría preso sin inconvenientes. Sin quejarse ni arrepentirse.

Pero como no se disponía a despojarla a Soraya podía ponerla viva sobre algún mecanismo de funcionamiento.

Aunque Ramiro fuera apenas un socio minoritario de Iván. La presidenta, con cierta injusticia, lo trataba como a un testaferro vulgar.

De a poco, comprendió las claves de funcionamiento de su compañero de vida y de militancia. Volvía a asombrarla. A admirarlo.

A condenarlo por la disyuntiva existencial.

2011

Otra reunión ilustrativa, mientras se resignaba o se rendía, la tuvo con Juan Pablo Lorenzo, el Mariscal Tito. Compañero peronista que conocía desde hacía décadas. De su misma edad, tal vez un año menor.

El Mariscal tenía el atributo de hacer reír a Soraya.

Habían coincidido, se habían enfrentado. En 2003 coincidieron cuando el Mariscal Tito armaba para la banda de Utrera y lo hizo presidente a Iván.

En 2005 se enfrentaron cuando Iván se había emancipado de Utrera y la puso como candidata a senadora a Soraya. El Mariscal armaba aún para Utrera y la Betty de Utrera era la rival.

En 2007 Tito había armado, por orden de Iván, para la presidencia de Soraya, acompañada por un radical. Pero en 2009 armó en la legislativa contra ella.

Aunque en realidad Tito había armado contra Iván, financiado por el inexplicable empresario Montero Cubillas. Lo había contratado ventajosamente para embestir contra el esmiraquismo, que llevaba como candidato a Iván.

Había sido un formidable operativo comercial, que derivó en un acontecimiento político. El Mariscal Tito le ganaba a Iván con el empresario que debutaba, Montero Cubillas. Y se quedaba también con el vuelto de una banca.

Entonces Tito fue diputado junto con Iván, el pobre expresidente que se aburría como un hongo en la pajarera de la Cámara.

E Iván se acercó a Tito, de quien oportunamente se había alejado después que lo escracharan “como servilleta”. Fue en la portada de una publicación delatora.

Era demasiado joven el Mariscal Tito cuando cobraba un sueldito menor como empleado. Pero lo escracharon furiosamente solo para apartarlo de una pelea.

“¿Vos no podés dejar de darme bola a mí, compañero Iván? Por haber cobrado un sueldo indigno cuando era un pendejo. Al lado tuyo, sabelo, soy un monaguillo”.

El compañero Iván entendía. Reía.

“Si vos te comiste hasta los huesos del perro”.

Pronto Iván lo contrató de palabra al Mariscal Tito para que le “armara” bien Buenos Aires. Apostaba por su retorno en 2011 a la cabeza del esmiraquismo real. Con Iván al frente y no con Soraya. A la que Tito llamaba la Bruja.

Típico peronista cultural, inteligente, vago y solidario. Combinaba sus lecturas de Leopoldo Marechal o de Leónidas Lamborghini con su plebeyismo cautivante.

El Mariscal Tito despertaba en Soraya una simpatía que ella trataba de no admitir. Porque también procedía del plebeyismo de Villa Elisa que combinaba con las lecturas de Hegel, o de Galeano. O con sus intentos de entender a Kant.

Tito estaba condenado socialmente por el escrache de los que, en política, no se le negaba a nadie. Y no era ningún “servilleta”, había sido un invento.

Como armador era eficaz, tenía influencias de Julio Mera Figueroa y había aprendido mucho de Carlos Grosso y del Chueco Mazzón. Diseñaba y producía acontecimientos a través de fotografías que impactaban.

Había sido intendente de Los Polvorines y rosqueaba con Faruk, el intendente de La Plata (muy amigo de Soraya y próximo ministro de Justicia). Tito y Faruk completaron un trío con Vicente Salvestrini, de La Matanza.

Los tres juntaban fuerza territorial desde diversas secciones electorales para ir por la gobernación.

Tres intendentes que rosqueaban para sucederlo al Pipe Gudiño, pero finalmente aceptaron encuadrarse con Iván, por orden de Utrera.

Pero a partir de 2005 el “jefe político” fue Iván. Hasta que decidió enfrentarlo.

Mientras tanto Iván continuaba con el recetario de Masud y puso

como gobernador de la provincia a su vicepresidente, Dante Cabral, a quien el Mariscal Tito llamaba Mancuso.

El trío alcanzó a colocar el vicegobernador, Cacho Salvestrini, compañero vigoroso y saludable que estaba para grandes maniobras, aunque iba a sorprender con la calamidad del ACV que lo apartó de la contienda. Murió sin darse cuenta.

Ahora, muerto irresponsablemente Iván, el Mariscal Tito merodeaba el armado provincial de Sebastián Randall, la flamante esperanza del peronismo que amagaba con "irse por afuera".

Randall, intendente de Bancalari, había sido Premier de Soraya y se disponía a interrumpir el cuento de la Soraya Eterna.

Entonces el Mariscal Tito se definía como randalista de la primera hora. En alianza inconcebible con Pipe Gudiño, aferrado también al ascendente randalismo y con el apoyo moral del Nene Pradelli y las ganas de introducirse por la claraboya de Heriberto Mujica. Otro expremier que repentinamente se resignificaba como el máximo impugnador televisivo de la Soraya Eterna.

El armado randalista iba a derivar en una cruzada contra Soraya que a nadie podía asombrar en el peronismo.

En el juego interno cada uno jugaba con lo que podía. Con lo que tenía. Soraya había dejado una apreciable cantidad de heridos en la banquina y prefería concentrarse en los chicos de La Agencia, o en los servidores inclaudicables del frepasito tardío.

Aunque el Mariscal la divertía. Soraya —como le conocía la trayectoria— le tenía las costillas contadas y lo dosificaba. Prefería mantenerlo también a la distancia.

Había operado para Sanardi y luego para Utrera, para acercarse a Masud y después a Iván, para armar después la cruzada contra Iván y a favor del empresario que Tito sentó con La Oveja Pires y con el viejo Davoine, la esfinge de mármol de Carrara que circulaba y brindaba mantos de honorabilidad.

El Mariscal Tito era el peronista profesional que había cumplido con el sueño de tener un Montero Cubillas propio, para uso personal, que le pagara las cuentas de los celulares hasta de los punteros de las

unidades básicas que facturaba con énfasis.

Un mesías propio que financiara el aceite de los compañeros que le respondían en cada sección.

“Si no se les pone combustible especial, Montero, los compañeros pistonean, no funcionan, entienda”.

Después del papelón de ser vencido por Montero Cubillas, para Soraya el que cumplía el sueño del peronista profesional era Iván.

El humillado Iván se había rendido ante el Mariscal Tito. Fue después que le explicó, con desparpajo, por qué había perdido con el empresario. Aparte, con detalles, Tito le explicó también por qué motivo Iván, en la Cámara, no acertaba una. Y se sentía desubicado, ahí, en la pajarera.

“Compañero presidente”, le dijo el Mariscal Tito.

“Aquí en la pajarera no hay presidente que valga, debe resignarse a ser un pájaro más, nadie lo va a respetar por haber sido presidente. Al contrario. En la pajarera se los cogen primero a los que fueron gobernadores. Imagínese si los muchachos tienen la posibilidad de cogerse a un presidente”.

Y el Mariscal Tito comenzó a “armar” para Iván. Buenos Aires entera, pero también Iván lo habilitaba (y le ponía) para armar en Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos. Con el combustible especial los compañeros no pistoneaban.

Hasta que todos los compañeros fueron sorprendidos por la insolencia de la muerte.

En el dramatismo tenso del velatorio el Mariscal Tito lloraba sin consuelo. Pero Monzón, un compañero que le armaba en Córdoba, lo sacudió: “Moderate, Tito, llorás más que la familia, no sabíamos que lo querías tanto…”.

De entrada, en su despacho de presidenta, le dijo al Mariscal.

“Tito, quiero que me cuentes todo lo que hacías para mi marido. Qué y con mi marido. Quiero saberlo, te escucho”.

Con las maneras jocosas del peronista culto de Los Polvorines, Tito le respondió con otra pregunta: “¿Todo, compañera presidenta? ¿Está segura?”.

“Sí, todo”.

“La verdad, no se me enoje, écheme si le parece, póngame preso. Y si no quiere verme más y fusilarme por la espalda, lo voy a comprender. Pero no me atrevo a contarle todo. Iván jamás me lo perdonaría”.

“No seas hijo de…”.

“Como tampoco Iván me perdonaría si trato de engañarla. Como para decirle, presidenta, que no está sentada aquí por tonta. Sabe que la política en el territorio no se arma con discursos televisivos y citas del General”.

“No me tomes por boluda…”, dijo la presidenta Soraya, con firmeza, pero el Mariscal ya le había provocado una primera sonrisa.

“Todo lo contrario, compañera presidenta. Y le sugiero, de corazón, que para que el gobierno empiece a funcionarle bien, como se debe, y para que tenga una gestión honrosa, no le diría espectacular, usted debe hacerse, precisamente, lo que me acaba de decir. Un vocablo vulgar que delante de la señora presidenta no me atrevo a pronunciar”.

Pero de inmediato Tito le guiñó un ojo.

Soraya ya se tomaba la cabeza, bufaba, pronto directamente reía.

“Ustedes los peronistas son todos unos hijos de mil…, son de lo peor que hay, los voy a echar a todos con los granaderos…”.

Reían los dos. Debían atenuarse las carcajadas. Resultaban incompatibles con el dolor de una viuda, compañera presidenta altiva y digna.

“Las cajas tienen su propia dinámica, compañera, ya lo aprendió, no se puede luchar contra la ley de gravedad. Las cajas tienen vida, aunque usted se resista a hacer caja, las cajas siempre se van a llenar igual, a pesar muchas veces de los deseos y románticas intenciones del dueño, o de la dueña, la jefa. Y son muchas las cajas, no me permita caer en la obviedad. Celebro que finalmente usted haya aprendido y se ponga la gestión en movimiento, tal vez con fuerte resignación de su parte”.

“A ustedes los peronistas no los aguanto más, son amorales, son —y no podía contener la carcajada— son lo peor…”.

“Ahora si queremos ganar la elección al Nene Pradelli, y armar bien

la Tercera, la Primera y la Séptima, hay que ponerla, como la pone Pradelli. Y dejar a los compañeros que pateen tranquilos su penal…, merecen patearlo… Se ganaron ese derecho".

"Andate, Mariscal".

"Para ganar la nacional hay que regar bien la provincia con el combustible de superior calidad, hay que poner mucha vocación, jefa, usted ya lo sabe, compañera, hay que hacer obras, muchas obras, polvo de cemento hasta el cielo, hay que ser comprensivo y hay que ensobrar con planificación minuciosa, hay que estimular a las constructoras distritales que son fundamentales para el desarrollo de los municipios, para elevar la moral y la mística de los compañeros…".

"Con ustedes los peronistas no quiero saber más un c…, rajá de aquí, Tito".

Pero Soraya se tapaba la boca para ocultar vanamente su carcajada.

"Andate, no quiero verte más, rajate o te hago echar por los granaderos, fuera, bicho, rajá".

Continuará…

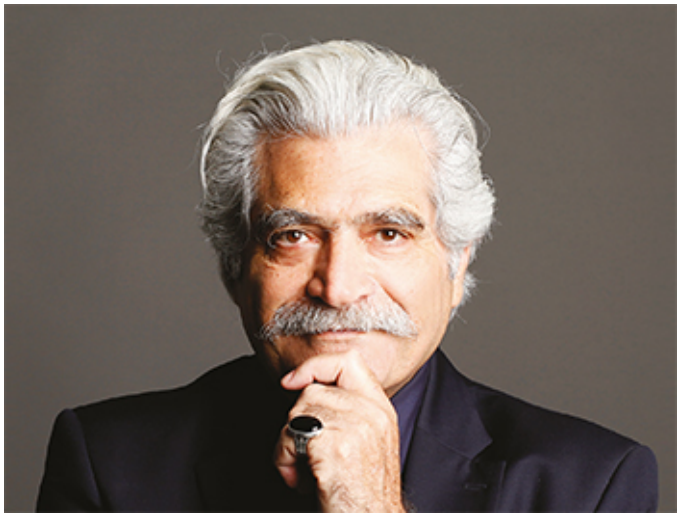
Buenos Aires, enero de 2021, abril de 2022

¿Quién mejor que Jorge Asís para escribir la gran novela de la política argentina?

Podría decirse también que se trata, al fin, de la esperada novela del peronismo, aunque desfilan por estas páginas casi todos los funcionarios y empresarios importantes de los últimos setenta años. Sin dudas, este es su libro más polémico, porque las escenas íntimas que narra Asís, por primera vez, permiten correr el velo del relato político y periodístico, para iluminarnos con las verdaderas razones que hubo detrás de los hechos más destacados de nuestra historia reciente. De Perón a nuestros días, Asís talla, con su magia narrativa, admirable poder de observación y análisis, los perfiles más insospechados de quienes gobernaron la Argentina.
Iván Smirak se reúne con Omar Masud, que está al final de su período presidencial, para hablar sobre sus amigos y enemigos internos. Masud llega a la conclusión de que el enemigo está dentro del propio partido y que el partido está muerto. La compañera Soraya, una apasionada del desconocimiento, persigue una revolución imaginaria con la idea

de que la Patria Socialista se alcanza con el instrumento plebeyo del peronismo. Su compañero negocia con el líder del mayor conglomerado de medios mientras comen churrasquitos hervidos. Iván es un comensal estratégico y desbordado por la adicción a los billetes crocantes, tan necesarios para construir su estructura política.

Siempre lejos de las historias oficiales, irreverente, caricaturista, periodista artesanal, profesional de la palabra, literato de la política, sofista de la actualidad, esta novela confirma a Asís como uno de los escritores más excepcionales de la literatura argentina.



JORGE ASÍS

Nació en Avellaneda, en 1946. Escritor y periodista, fue también embajador argentino en París ante la Unesco, secretario de Cultura de la Nación y embajador de la Argentina en Portugal. Desde la publicación de *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (1980), la obra de Asís se ha convertido en best seller. Su literatura, urbana y a veces caricaturesca, lo posiciona como el mejor escritor de novelas políticas de la Argentina, y ha sido traducida al francés, ruso, portugués, alemán e inglés. Trabajó en el diario *Clarín*, la revista *Libre* y en varios programas de televisión, entre ellos “Poder vacante” y “Animales sueltos”.

La biblioteca Asís en Sudamericana incluye los títulos: *Hombre de gris; Tulipanes salvajes en agua de rosas; Diario de la Argentina; Excelencias de la NADA; Lesca, el fascista irreductible; Del Flore a Montparnasse; Casa casta; Cuentos completos; El sentido de la vida en el socialismo; La línea Hamlet; Dulces otoñales; Flores robadas en los jardines de Quilmes; Los reventados; Partes de inteligencia; Sandra, la trapera; Cuaderno del acostado; El Buenos Aires de Oberdán Rocamora; Carne picada; Cazadores de canguros; Rescate en Managua / El pretexto de París; Memorias tergiversadas; La mafia del bien y La marroquinería política.*

Jorge Asís se define como un periodista artesanal y publica sus

crónicas de análisis político en su página web www.jorgeasisdigital.com.

Foto del autor: © Alejandra López

LA NOVELA DE LOS SERVICIOS

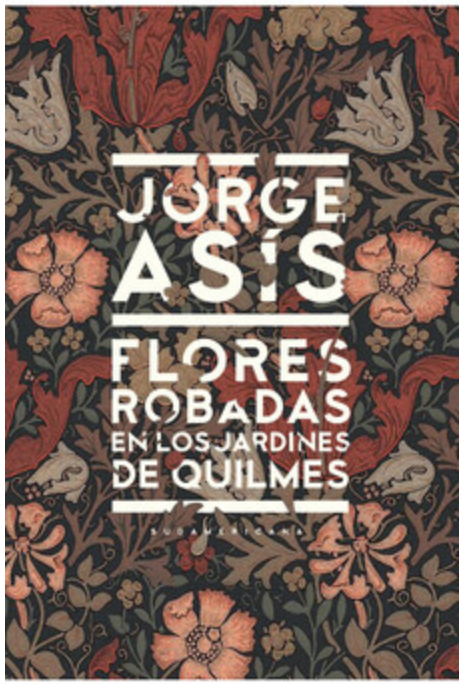
BIBLIOTECA

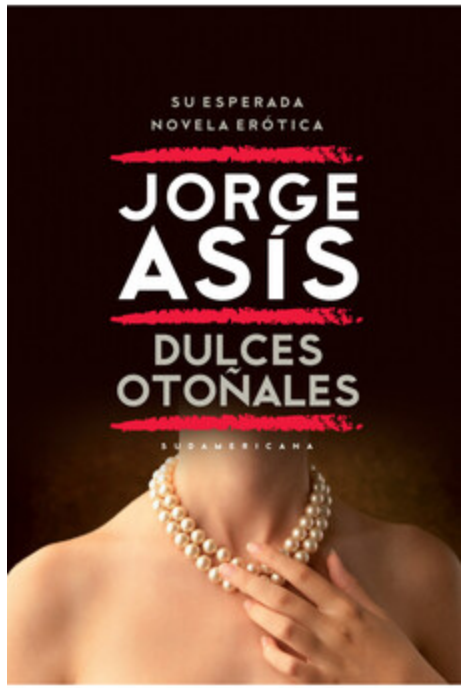
JORGE ASÍS

PARTES DE INTELIGENCIA

SUDAMERICANA

LA NOVELA DE LA MILITANCIA PERONISTA
BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
LOS REVENTADOS
SUDAMERICANA


JORGE ASÍS
FLORES ROBADAS EN LOS JARDINES DE QUILMES


SU ESPERADA
NOVELA ERÓTICA
JORGE
ASÍS
DULCES
OTOÑALES
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE
ASÍS
LA LÍNEA
HAMLET
O LA ÉTICA DE LA TRAICIÓN
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA

JORGE ASÍS

EL SENTIDO DE LA VIDA EN EL SOCIALISMO

SUDAMERICANA

BIBLIOTECA

JORGE ASÍS

CUENTOS COMPLETOS

SUDAMERICANA

LA NOVELA
DE LA DIPLOMACIA
ARGENTINA
JORGE
ASÍS
CASA CASTA
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE
ASÍS
DEL FLORE A
MONTPARNASSE
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
LESCA, EL FASCISTA IRREDUCTIBLE
SUDAMERICANA

JORGE ASÍS
LA MARROQUINERÍA POLÍTICA
El primer libro que contó cómo funcionaba el circuito de recaudación K
Sudamericana

BIBLIOTECA

JORGE ASÍS

EXCELENCIAS DE LA NADA

SUDAMERICANA

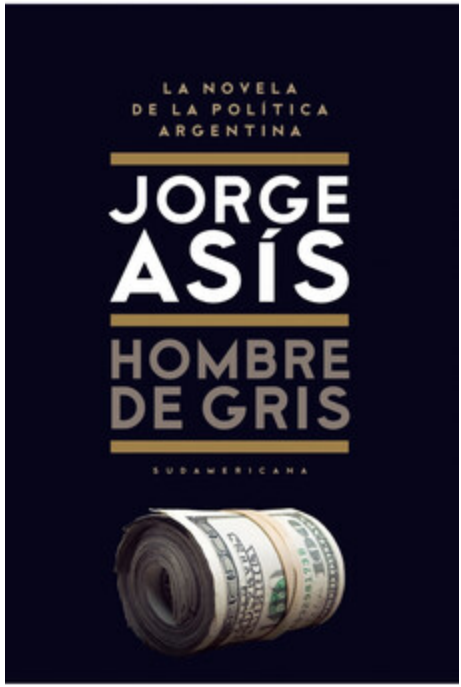
BIBLIOTECA

JORGE ASÍS

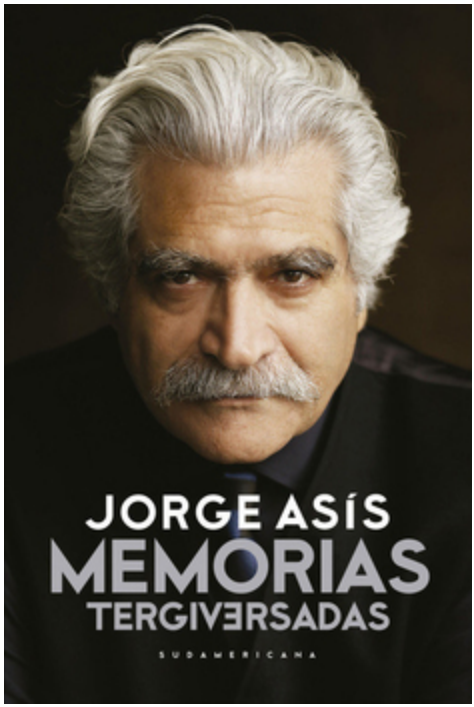
DIARIO DE LA ARGENTINA

SUDAMERICANA

LA NOVELA
DE AMOR
JORGE
ASÍS
TULIPANES
SALVAJES EN
AGUA DE ROSAS
SUDAMERICANA


LA NOVELA
DE LA POLÍTICA
ARGENTINA
JORGE
ASÍS
HOMBRE
DE GRIS
SUDAMERICANA

JORGE
ASÍS
LA
MAFIA
DEL
BIEN
El tercer
gobierno radical
de Macri
SUDAMERICANA

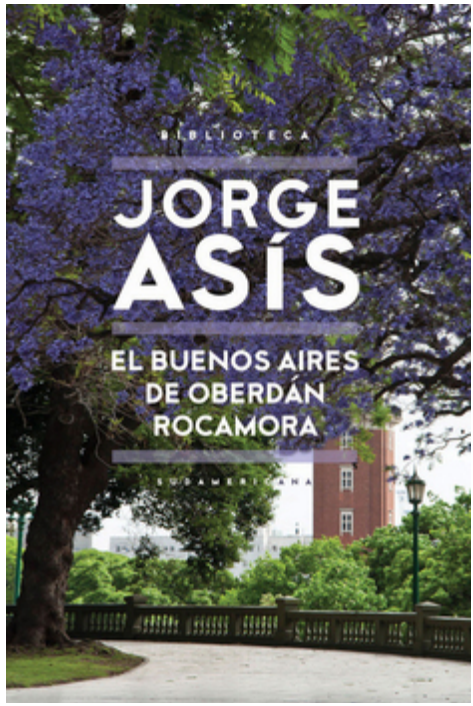

JORGE ASÍS
MEMORIAS
TERGIVERSADAS
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
EL PRETEXTO DE PARÍS
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
RESCATE EN MANAGUA
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
CAZADORES DE CANGUROS
SUDAMERICANA
500
VARELA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
CARNE PICADA
SUDAMERICANA


BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
EL BUENOS AIRES DE OBERDÁN ROCAMORA
SUDAMERICANA

BIBLIOTECA
JORGE ASÍS
CUADERNO DEL ACOSTADO
SUDAMERICANA

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Asís, Jorge
Churrasquitos hervidos, billetes crocantes / Jorge Asís. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6732-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6732-3

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Churrasquitos hervidos, billetes crocantes
1999
1992
1955 - 1976
1999 - 2003
1973 - 1983
1989
1999
2003
1989
1989 - 1991
1999
1993
1999
2000
1999
2003
1999
2003
2006
2005
2014
2003 - 2005
2011
2008

2007 - 2003
2008
2009
2008
2012
1983 - 2012
2002
2003
2007
2007 - 2015
2010
2011
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos